

CRIATURAS DE LA NOCHE

D. MARTIN

Contenido

[CRIATURAS DE LA NOCHE](#)
[NOTAS PRELIMINARES](#)
[PROLOGO: LAS CRIATURAS](#)
[UNA LARGA NOCHE](#)
[EL HOMBRE DEL SOMBRERO](#)
[SUCEDIÓ EN HALLOWEEN](#)
[EN EL REINO: LA PRIMERA BATALLA](#)
[LAS PLAGAS](#)
[LOS OBSERVADORES](#)
[EN EL REINO: LA SEGUNDA BATALLA](#)
[ANGELES Y DEMONIOS](#)
[EL INFIERNO FUE HECHO EN EL CIELO](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)
[NOTAS FINALES](#)

CRIATURAS DE LA NOCHE
D. MARTIN

© CRIATURAS DE LA NOCHE
PRIMERA EDICION 2020
D.MARTIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

QUERIDO LECTOR: Esta es una buena oportunidad para pararse a pensar en el presente y el futuro. Con estas palabras pretendo darte ánimos para que sigas hacia delante, para que observes y valores todo lo que tienes alrededor y no pares de soñar.

Para Rous
Por enseñarme que nadie es indispensable en la vida de otra persona.

SINOPSIS

En esta visionaria novela ambientada en un futuro apocalíptico y distopico un nuevo ciclo de horror despierta desde las entrañas de la tierra cuando unos seres misteriosos que parecen surgir de ningún lugar comienzan a utilizar a los humanos como materia prima para su propia subsistencia. Utilizarlos como fuente de alimento y fines reproductivos no será suficiente, pues en medio de los horrores una guerra tan antigua como la creación misma está por desatarse, poniendo a la humanidad al borde de la extinción y enfrentando nuevamente a las fuerzas del bien y del mal en una épica y aterradora batalla, en la que el mal podría resultar vencedor..

NOTAS PRELIMINARES

Este es un libro de ficción, todos los acontecimientos narrados provienen de la imaginación del autor, imaginación que quizá resulte demasiado retorcida para algunos. No está de más advertirte, querido lector, que algunas escenas pueden crear polémica, sobre todo al tocar un tema tan delicado como la religión y sobre todo ante la idea de pintar un Dios cruel. Debo aclarar que en mi vida personal, yo he mismo he visto la grandeza de Dios en más de una ocasión, mi profesión como enfermero me ha dado incontables oportunidades de ser testigo de primera mano de casos verdaderamente excepcionales, casos que únicamente podrían catalogarse como milagrosos.

Otro punto importante que me gustaría aclarar son las escenas de sexo explícito en esta novela, las cuales también podrían resultar algo incómodas para lectores no acostumbrados a este tipo de lectura, afortunadamente no son muchas y si has leído a George R.R. Martin o Stephen King, lo que aquí aparece te parecerá tan suave como una película infantil. En fin, querido lector, has sido advertido. ¡Que disfrutes el viaje! Eso sí, no puedo asegurarte que será agradable, pues hay partes verdaderamente retorcidas. Tú eres el Juez.

PROLOGO: LAS CRIATURAS

Dean

Jessica Sullivan caminaba de regreso a su casa. La jornada había sido dura y se sentía verdaderamente cansada. A cada paso que daba era como si pequeñas agujas castigaran las terminaciones nerviosas de sus piernas. Llego a la ancha avenida y miro a derecha e izquierda antes de cruzar. Avanzaba lo más a prisa que podía, cuando de pronto vislumbro las luces de un auto en movimiento. Trato de apretar el paso, pero el auto venía con demasiada velocidad. –Viene borracho – fue el último pensamiento que Jessica tuvo antes de recibir el impacto.

El auto la golpeó, arrojándola violentamente por los aires. Jessica aterrizo en la acera, fracturándose el cráneo y varias costillas en el acto. El conductor no se detuvo, sino que por el contrario piso a fondo el acelerador a fin de evitar ser relacionado con el accidente.

El hombre al volante, era un sujeto ex convicto afroamericano de unos 35 años de nombre Michael. Michael miro por el espejo retrovisor y vio el cuerpo de Jessica en la acera. Era de noche y no pudo distinguir con claridad si la mujer a la que acababa de atropellar estaba muerta o solo herida de gravedad. Trato de concentrarse de nuevo en la conducción y para evitar ser detenido, se detuvo en el siguiente semáforo, que estaba en rojo. Se frotó el rostro con ambas manos, sudaba y temblaba y parecía al borde de un ataque con las pupilas dilatadas y el rostro pálido. Había bebido demasiado y lo que vio por el espejo retrovisor le pareció en primer

momento una alucinación. No era así. Un hombre iba sentado en la parte de atrás de su auto deportivo. Michael se frotó los ojos en un inútil y patético intento por hacer desaparecer la visión. Entonces el hombre le sonrió y dijo:

- Es momento de que pagues

Los ojos de Michael se abrieron tanto que parecían de caricatura. El hombre detrás ensancho su sonrisa y mostro unos dientes afilados como púas

- ¿Quién eres tú? – dijo Michael con voz trémula y temblorosa. Sentía sus extremidades adormecidas al punto que no era capaz siquiera de pisar el acelerador. El semáforo había ya cambiado a verde, pero no había nadie en la desierta avenida para pitarle.

- Mi nombre no es importante, solo soy un emisario – dijo el hombre.

Hubo unos instantes de silencio en lo que Michael lucho desesperadamente por salir de allí, pero su cuerpo parecía incapaz de hacer algo más allá de respirar.

El hombre río y dijo:

- Michael, Michael, mis amigos me llaman Dean, pero sabes algo no creo que ese sea un buen nombre para alguien con un trabajo como el mío.

- ¿Qué trabajo? – pregunto Michael con voz pastosa

El hombre se acercó y Michael pudo percibir el olor a amoníaco saliendo directamente de su boca. Pudo ver también que vestía una larga gabardina color negro y que llevaba un tatuaje de cráneo en la mejilla derecha.

- Alimentarme de tipos como tú- dijo el hombre en un susurro.

Entonces Michael contemplo con horror como aquel tipo sacaba su lengua. Una lengua bífida y larga como la de una serpiente. Sintió una parálisis total cuando aquella lengua asquerosa le toco el cuello. Un calor sofocante inundo el espacio a su alrededor y su campo de visión comenzó a reducirse hasta llegar a la oscuridad total. Antes de que perdiera el conocimiento vio a una mujer de aspecto angelical parada frente a su auto deportivo.

El hombre que se había presentado como Dean salió del auto y dirigió una mirada de satisfacción a la mujer.

- La cacería es buena – dijo y le guiño el ojo. Entonces echo la cabeza hacia atrás y mostro unos colmillos grandes como de canino, sus ojos se tornaron blancos y las venas del cuello le saltaron de forma grotesca e inhumana durante unos instantes.

- Nunca cambias Dean – dijo la mujer de aspecto angelical.

- ¿Cómo esta ella? – pregunto el hombre conocido como Dean.

- Se pondrá bien – contesto la mujer.

Dean sonrió y camino hacia la oscuridad de un callejón aledaño. La mujer lo vio marcharse y después ella misma se encamino hacia el horizonte, hacia donde solo un par de horas después saldría el sol.

Rob

Martha Grey vomitaba en uno de los inodoros. Estaba en un bar local y hacía ya casi una hora que había dejado de beber. Aun así los vómitos continuaban, con esta era la tercera vez que

Martha se excusaba ante sus amigos para ir al baño. El ruido de la música en el exterior impedía que su amiga, Nora, que había entrado con ella escuchara las arcadas que provenían de su interior.

- ¿Estas bien? – dijo Nora tocando la puerta

Martha seguía abrazando el inodoro con la mano derecha y tocándose el vientre con la izquierda.

-¡Enseguida salgo! – grito

- Te veo afuera – replico Nora.

Martha no sentía en lo absoluto deseos de salir y seguir bebiendo, lo único que deseaba era irse a casa cuanto antes. Sabía que su madre no tardaría en llegar y si no la encontraba en casa para cuando ella llegara, a Martha le iría muy mal. Se apartó un mechón de la frente, tenía la frente sudorosa y se sentía mareada. Decidió que usaría la poca sobriedad que le quedaba para ir directo a su casa. Al diablo Nora y sus amiguitos – pensó.

Salió del baño y camino a la salida. Le costó un poco de trabajo pues muchos estaban de pie, bailando. Propino algunos empujones y consiguió llegar a la salida. Echo una última mirada al recinto antes de salir y vio a Nora con los dos amigos que la acompañaban. Nora había intentado presentarle a un chico de nombre Rick, pero Martha supo de inmediato que era un idiota. Más que un idiota, un completo imbécil. Quizá por eso, ella había bebido de más, pues no encontró agradable la compañía de ninguno de los chicos. Nora le agradaba, pero cuando se emborrachaba era bastante tonta e impertinente y casi siempre terminaba cayéndole mal.

Salió del lugar, sintiendo de inmediato el intenso frío del exterior. Se puso sus anteojos y entorno bien los ojos, esforzándose por enfocar. Empezó a caminar, miro su reloj y se percató con horror que era más tarde de lo que había pensado, con toda seguridad su madre ya estaría en casa. Avanzo tambaleante unos cuantos metros más, sintiendo el intenso frío en sus piernas desnudas. Su corta falda no era protección suficiente. Cruzo los brazos en un intento de conservar el mayor calor corporal posible y entonces escucho voces. Voces detrás de ella. Rápidamente se dio cuenta que aquello era real y no el efecto del alcohol en su sistema.

- Espera, preciosa – dijo una voz masculina

Martha giro la cabeza y pudo ver a dos sujetos que la seguían. Dominada por el pánico empezó a acelerar el paso. El susto de descubrir que estaba siendo perseguida casi le hizo olvidar la borrachera. Se esforzó por caminar tan rápido como le era posible. Más adelante había una avenida bien iluminada sobre la que podían verse muchos negocios aun abiertos. Martha se sentía fatigada, jadeaba y su respiración aumentaba su frecuencia a cada segundo, trato de avanzar desesperadamente pero por el contrario avanzaba torpemente y tenía que usar casi toda su capacidad de concentración para caminar. Deseo no haber tomado tanto.

- Déjanos acompañarte – dijo la voz tras ella.

Martha quiso gritar pero su cerebro estaba tan inundado por el pánico que solo consiguió emitir algunos quejidos ininteligibles. Su mente gritaba por ayuda, pero su cuerpo parecía reacio a obedecer, era como si el alcohol hubiera causado un corto circuito en las señales sinápticas. En un último intento por escapar, trato de echar a correr pero tropezó apenas hubo dado unos cuantos pasos. Cayó a pocos metros de la seguridad de la avenida. Un auto pasó y como si ser perseguida no fuera suficiente, el auto hundió una de sus llantas en un charco junto al bordillo de la acera y una oleada de agua sucia y estancada cayó sobre Martha. Giro en redondo y trato de incorporarse. Frente a ella los dos sujetos que la seguían la miraban con expresiones estupefactas, Martha no pudo enfocar bien el rostro de ninguno de ellos y para colmo un nuevo acceso de nauseas amenazaba con volver. Vio sus piernas salpicadas por el agua sucia y pensó: - Es el final, no puedo seguir huyendo, espero que solo me roben la cartera y el teléfono y se vayan. Aparto la

terrible idea de que aquellos dos pudieran llevarla a uno de los muchos callejones y abusaran sexualmente de ella. Los hombres se acercaron y comenzaron a arrastrarla hacia la oscuridad de un callejón aledaño.

- No – dijo Martha con voz pastosa y apenas audible. En su mente aquello fue un grito, pero la realidad era que apenas conseguía hacerse escuchar.

- Nos vamos a divertir mucho – dijo uno de los hombres.

Parecía imposible que nadie transitara por allí, que nadie acudiera en su ayuda. Martha pensó por un momento que aquello debía ser un castigo de Dios, por haber desobedecido a su religiosa y abnegada madre. ¿Cuántas veces le había dicho ella que la compañía de Nora era nociva? Muchas. ¡Dios! habían sido muchas veces.

Martha forcejeo y trato de desasirse usando las pocas fuerzas que le quedaban, pero todo fue inútil, estaba siendo arrastrada al callejón con la facilidad de un producto de supermercado en una cinta transportadora.

Uno de los hombres le susurro algo que ella no entendió en absoluto. Lo que sí pudo captar fue el aliento del hombre, olía como si algo se hubiera fermentado en su boca. Era un olor pútrido y golpeo sus fosas nasales con tal fuerza que las náuseas volvieron inmediatamente. Su estómago no pudo soportarlo más y vomito sobre los pantalones de uno de ellos. El tipo la soltó, intercambio algunas palabras con su compañero y allí, justo a la entrada del callejón la abofeteo. Martha sintió el calor del golpe irradiarse rápidamente por todo su rostro. Algo caliente le corría por la comisura de su boca y supo de inmediato que estaba probando su propia sangre. Martha se aferró a la idea de que aquello no fuera más que un sueño, que pronto acabaría. Su idea se desmorono rápidamente cuando fue arrastrada con violencia hacia la densa oscuridad del callejón. Allí, había unos cubos de basura enormes y sería fácil ocultarla. Finalmente le soltaron y pudo ver como uno de ellos comenzaba a desabrochar su cinturón y después bajo la cremallera de su pantalón.

- Yo iré primero, porque esta perra me ha vomitado – dijo el tipo.

Martha miro a derecha e izquierda y no vio nada con lo que pudiera defenderse. Miro al tipo frente a ella. No podía ver con suficiente claridad pero estaba segura de que el hombre tenía una erección ridícula frente a ella. Paradójicamente a la situación, Martha se sintió tentada a reír, pero se arrepintió rápidamente de hacerlo. El otro hombre se le acerco y rasgo su falda. Martha trato de abofetearle pero sus movimientos eran torpes y erráticos.

- Hazlo rápido – dijo nervioso el hombre que aún estaba totalmente vestido.

El hombre se hincó y trato de abrir las piernas de Martha. Ella grito por fin y el otro hombre se acercó a tapan su boca con la palma de la mano. Los dos luchaban por someterla y en ese preciso instante, Martha pudo ver que un tercer hombre entraba al callejón. No podía verle la cara pero la silueta no mentía: Era un hombre. Ella siguió forcejeando y alcanzo a asestar una torpe patada en el hombre que intentaba penetrarla. Entonces a la escasa luz de la luna, pudo ver el rostro del tercer sujeto. Era un rostro varonil y tan bello que a la luz de la luna a Martha le recordó a los sexys vampiros de la televisión. Quizá fuera solo su imaginación, pero le resulto en extremo guapo. Martha se sintió súbitamente atraída hacia ese sujeto, a un punto tal que casi olvido que estaba por ser violada. De pronto su boca se vio liberada y ya nadie trataba de abrir sus piernas. Si estaba soñando – pensó en un intento por explicar lo que estaba viendo. Entonces vio que uno de sus agresores parecía levitar, pero al observar más detenidamente Martha vio que el hombre que tan bello le había parecido levantaba al sujeto por el cuello usando solo una mano. El sujeto se retorció como un gusano en un anzuelo, duro solo unos segundos, pues rápidamente sus movimientos degeneraron en espasmos agónicos y finalmente se quedó quieto. El hombre le soltó y su cuerpo cayó al suelo con un ruido sordo.

El sujeto que había intentado penetrarla corrió a refugiarse detrás de uno de los cubos de basura. Se subió los pantalones y desde la seguridad de su guarida saco un arma. Disparo pero no hizo daño alguno al sujeto. Martha se llevó ambas manos a los oídos. El tipo soltó el arma y trato de escapar saltando un muro de piedras al final del callejón. Entonces Martha levantó la mirada y vio el rostro del hombre que había acudido en su ayuda. Era de una belleza hipnótica sin igual: Facciones perfectamente definidas, simétricas y detalladas, ojos azules, nariz respingada y labios pequeños. A su lado los hombres guapos que ella había conocido en su vida parecían esperpentos ridículos y sin chiste. El hombre le sonrió y Martha sintió desaparecer todo rastro de alcohol en su cuerpo. Las náuseas desaparecieron e incluso el golpe en su rostro dejo de dolerle. Martha vio alejarse al sujeto en dirección al hombre que trataba de escalar el muro y observo, no sin horror, que su agresor también levitaba y se retorció, solo que está vez ninguna mano apresaba su cuello. Era una fuerza invisible. El hombre dejo de moverse a los pocos segundos, mientras sangre manaba de todos los orificios de su cuerpo. La fuerza invisible dejo caer al sujeto, completamente inmóvil.

Martha estaba en shock ante lo que acababa de presenciar. Se levantó dispuesta a echar a correr, pero entonces el apuesto hombre ya estaba frente a ella, obstruyéndole la salida.

Sonrió y dijo:

- Nadie molesta a mis hembras.

Martha quiso huir pero la mano del hombre se posó sobre su boca y nariz en un movimiento tan rápido como el rayo.

Se durmió.

Brooke

Daniel Smith conducía de vuelta a Houston. Trabajaba como camionero y había ido a dejar un cargamento importante a la ciudad de Nuevo Laredo en México. Era casi medianoche y la carretera 59 estaba completamente desolada a esas horas. Solo se había topado con algunos autos que le rebasaban y pitaban exasperados por la lentitud del Kenworth T680 que Daniel manejaba.

Daniel se frotó la cabeza y tomo otro sorbo de su bebida energética. Necesitaba estar despierto para llegar a Houston antes del amanecer. No quería tener que detenerse en aquella desolada carretera. Prendió la radio y al no encontrar nada digno de escuchar en las emisoras que frecuentaba, conecto su USB y puso algo de Rock de los ochenta. El camino seguía libre y se estaba volviendo tan monótono que Daniel temía quedarse dormido al volante. Sería fatal, recordó a muchos colegas suyos que habían muerto por quedarse dormidos. Así que subió el volumen y empezó a cantar al ritmo de KISS y su canción "Detroit Rock City". Dio otro sorbo a su bebida y cuando volvió a centrar su vista en la conducción vio a un auto pequeño con las intermitentes encendidas, detenido en el camino. Estaba a solo algunos metros por delante y estorbaba el camino casi en su totalidad. Pensó en rodearlo y pasar de largo, pero vio que una mujer le hacía señas para que se detuviera. Daniel dudo un instante, si debía detenerse o no. Finalmente decidió que al menos se detendría a preguntar que sucedía, rebusco en su mochila y sacó una navaja, no era gran cosa pero podría hacer la diferencia si aquello era una treta para asaltarlo o algo por el estilo.

Daniel detuvo el Kenworth justo detrás del auto pequeño, apago las luces altas y pudo ver el rostro de aquella mujer. Era un rostro jovial, bello y con grandes ojos color avellana. Daniel se preguntó qué haría una mujer tan bella, sola a esas horas y en una carretera casi desierta. Se quedó allí unos instantes, sin atreverse a abrir la puerta y salir al exterior, no quería abandonar la

seguridad de su amplia cabina. De pronto supo que había sido una mala idea haberse detenido, casi se sentía estúpido por haberlo hecho. –Diablos debí haber pasado de largo – dijo para sí mismo.

- Puedes ayudarme, por favor – dijo una voz femenina. Daniel se sobresaltó pero pronto se tranquilizó y cayó en la cuenta de un detalle bastante peculiar: La voz era hermosa, era una voz melodiosa de soprano, una voz femenina, dulce y sensual al mismo tiempo. Daniel encendió la luz de su cabina y no vio a la mujer en la carretera. Giro la cabeza y una presencia junto a él le saco un susto de muerte. La chica estaba parada junto a la ventana del Kenworth, Daniel se tocó el pecho y sintió su corazón como caballo desbocado. Latía con fuerza y aprisa.

Entonces la mujer dijo con la misma hermosa voz:

- Lo siento, No quise asustarte.

Daniel bajo el vidrio de la ventana y desde la seguridad de su cabina dijo:

- Descuida. ¿Qué ha pasado?

- Oh... No sé mucho de autos solo dejo de avanzar. – dijo ella

- Bien lo revisare – inquirió Daniel

Algunos minutos después Daniel revisaba el motor, ajusto correctamente algunas bujías sueltas y el auto encendió sin ningún problema.

- ¡Guau! – Dijo la Mujer - ¡Muchas Gracias!

Daniel sonrió. Se dio cuenta lo encantadora que era aquella mujer. Lo hipnótico de su voz era solo uno de los motivos, pues de cerca pudo ver que era más hermosa de lo que había creído en un principio. Tenía una figura perfectamente estilizada, amplias caderas y pechos perfectos, además de una cabellera larga y sedosa.

- ¿Viene usted sola? – pregunto Daniel esforzándose por apartar un instante la mirada de la bella mujer.

- Oh... No... Mi hermano Deán volverá pronto – contesto ella.

- ¿Ah, Si? ¿A dónde fue? – Daniel no pudo evitar su asombro ante semejante situación.

- No lo sé siempre está perdiéndose – La mujer sonrió y Daniel vio que su rostro era una extraña y hermosa mezcla de niña y mujer. – Oh... No me he presentado... Soy Brooke – la chica extendió la mano. Daniel estrecho una mano sueva y ligera. Era una mano delgada y de una piel muy tersa y cálida.

- Mi nombre es Daniel, mucho gusto.

La chica le miro directo a los ojos durante unos breves instantes y se apresuró a decir:

- Creo que debo irme

- Sí, yo también – replico Daniel soltándole la mano – Mi esposa está enferma en casa y debo llegar cuanto antes.

- Oh... ¿Enferma de qué? – pregunto Brooke alarmada

- Tiene una fuerte gripe. Muy probablemente neumonía o algo similar. Está en cama

- Eso no suena muy bien. – Respondió ella – Mmmm... Sabes que creo que la visitare.

Daniel miro a la mujer con aire inquisitivo.

- ¿Perdón?

Brooke Sonrió

- Dije que la visitare

Daniel soltó una carcajada.

- No... no es necesario.

De pronto comenzó a sentirse bastante inquieto, como si la presencia de aquella mujer se hubiera tornado de pronto pesada y un tanto siniestra.

- Lo hare. – respondió Brooke muy seria. – Tú me ayudaste con el auto y yo puedo ayudarte a aliviar a tu esposa.

- ¿Cómo? – pregunto Daniel más confundido que nunca.

- Ya lo verás – respondió ella – Por ahora debes irte tranquilamente a tu casa.- Brooke miro alrededor inquieta y después se volvió de nuevo a Daniel. – Mi hermano está por llegar y no le gusta que hable con desconocidos.

- Entiendo – replicó él

- Gracias otra vez – dijo Brooke con la misma expresión bella y sonriente.

- No hay de que – respondió Daniel que ya se alejaba en dirección al pesado camión.

Daniel abrió la puerta y entro de nuevo a su cabina. Arranco el motor y el Kenworth avanzo lenta y pesadamente como un mastodonte. Echo una última mirada y vio que la chica se subía también a su auto y lo ponía en marcha. Tras unos minutos el pequeño auto le rebaso en la carretera y pudo ver que dentro no había solo un ocupante, sino dos.

Hacia las cuatro de la mañana Daniel Smith llegó a su casa en Houston, Texas. Sentía los parpados pesados y le dolía la espalda pero estaba feliz de llegar. Pensó que se sentiría aún más feliz si su esposa, Jane, no estuviera en cama dependiendo de los cuidados de su madre. Si ella estuviera bien él podría platicar con ella y quizá harían el amor antes de que juntos se quedaran dormidos y con la radio encendida como solían hacerlo.

Cuando entro se sorprendió al ver que su mujer estaba levantada preparando la comida. Jane Smith estaba vestida con un elegante vestido que la hacía ver demasiado sensual. Tanto que Daniel sintió que su corazón brincaba de emoción; se quedó sorprendido e inmóvil unos segundos en el umbral de la puerta, Jane lo vio y corrió a abrazarlo.

- Cariño, ¿No estabas enferma? – pregunto Daniel mientras olía la deliciosa fragancia en el cabello de ella.

Jane levantó la mirada y dijo.

-Ni yo sé cómo paso, ayer estaba tosiendo y escupiendo sangre. Y ahora ¡mírame!

Daniel le sonrió y la abrazo aún con más fuerza. De pronto recordó lo que aquella misteriosa mujer en la carretera le había dicho. Supo que debía contarle a Jane lo sucedido, pero por ahora solo quería abrazarle, comer y descansar. Quizá más tarde – pensó.

Stacy

En una oscura habitación, donde la única iluminación provenía de un candelabro con tres velas había una mujer en una mecedora. La mujer vestía toda de negro, llevaba los labios pintados del mismo color y cantaba una canción de cuna mientras amamantaba a un bebé de apariencia humana, el bebé berreaba y pataleaba cada vez que su boca perdía el agarre del pezón. Aunado a su alimentación deficiente, el niño tenía un tinte icterico preocupante, lo cual le confería un aspecto aún más inquietante. Tras algunos minutos la mujer detuvo abruptamente su canto y separo la boca del bebé de su pezón. Levantó al niño frente a ella y lo contemplo con la curiosidad de quien mira algo nuevo y desconocido. El niño comenzó a llorar y Stacy sonrió dejando al descubierto unos dientes filosos propios de los caninos. Lo sostuvo unos segundos más y entonces giro la cabeza en

dirección a una pequeña mazmorra tras ella.

- Tu bebé no sirve – dijo con voz tranquila. Hizo una mueca de compasión fingida y miro a la prisionera.

- ¡Suéltalo, Por favor! – dijo la voz de una mujer.

La chica de nombre Madeleine estaba en la mazmorra y aferraba los barrotes de su diminuta prisión con tanta fuerza que sus dedos comenzaban a ponerse traslucidos.

Stacy se levantó y la mecedora quedo meciéndose unos instantes como si hubiera un fantasma allí sentado.

- Míralo – dijo Stacy acercándose a la mazmorra.

Madeleine estiro su brazo pero por una distancia de pocos centímetros no logro tocar al bebé. Madeleine gimoteaba y sus ojos estaban demasiado enrojecidos.

- Por favor, dámelo – dijo la chica sollozante.

- Me temo que no puedo hacerlo – respondió Stacy. Miro de nuevo a la chica frente a ella y esbozo una sonrisa hipócrita y altanera. Esto pareció enfurecer a Madeleine.

- ¡Dámelo, Perra! – grito

La expresión de Stacy se tornó repentinamente en una mueca burlona y bufonesca. Entonces, solto una carcajada. Era una risa como la que tendría cualquier bruja de cuento infantil. Salvo quizá por el minúsculo detalle que la risa de Stacy era más jovial y no tan ronca y cascada como la de las brujas.

Madeleine la miro desconcertada, tenía aun el brazo extendido y manoteaba al aire, como si aquello la pudiera poner más cerca de Stacy y el bebé.

- Lo siento querida – dijo Stacy una vez cesó sus carcajadas. – Me parece que tú no querías a este bebé.

- Eso no...

- No, no, no, no, no me mientas – continuo Stacy moviendo su dedo como índice como péndulo. – Yo sé todo de ti, querida. Y pensé que tu bebé podría sernos de utilidad pero ya veo que no. Está demasiado enfermo y no creo que sobreviva mucho tiempo. Es una pena que no lo hayas concebido cuando aún vivías con tu dulce marido.

Madeleine quiso replicar algo, pero estaba en un estado cercano a la hipnosis. Veía fijamente a la mujer frente a ella y contemplaba con una mezcla de asombro y horror como los ojos de la cosa frente a ella, cambiaban de color. El cambio era tan rápido y natural como el de un camaleón.

Finalmente los ojos de la bruja quedaron fijos. ¡Eran los ojos de una serpiente!

- Madeleine, querida mía – dijo la mujer. Aun sostenía al bebé, que de pronto parecía haberse quedado dormido. – Un niño como esté tampoco habría hecho feliz a tu marido, es feo y enfermizo, Aún así yo no podía permitir que este bebe muriera antes de nacer. – Stacy comenzó a descubrir al bebé. Arrojo al suelo la cobija con estampado de winnie Pooh que le cubría. El bebé se quejó un poco pero volvió a dormirse. Aparentemente la hipoglucemia estaba haciendo estragos ya en el sistema del pequeño. Madeleine seguía sin poder hablar, sudaba y temblaba. Stacy comenzó a quitar la ropa del bebé y en pocos segundos el niño estaba totalmente desnudo, tenía un tono de piel nada saludable y había vuelto a despertar. Lloro, pero rápidamente su llanto degenero en simples quejidos y finalmente ceso de nuevo.

- Dame a mi bebé – dijo Madeleine. Estiro sus brazos y sus ojos habían vuelto a tornarse vidriosos. Pronto sobrevendrían las lágrimas.

- No, mi amor no puedo – respondió Stacy.- Sería ir contra mi naturaleza – añadió con una

sonrisa.

Madeleine aún tenía miedo de los ojos de aquella mujer, eran ojos de bestia, ojos de maldad. Pero de pronto se sentía más preocupada por lo que pudiera pasarle a su bebé. Deseaba estrecharlo entre sus brazos y darle alimento y consuelo. Era verdad, ella no quería a ese bebé, no después de todo lo que había sufrido en el pasado, pero ahora, al verlo tan indefenso y frágil, un instinto primitivo había despertado en ella. Deseaba cuidar a su bebé. Deseaba estar con él. Pero de alguna manera sabía que aquello no sucedería jamás. La mujer frente a ella la asustaba. Era lo más parecido a una bruja que ella había visto nunca.

La mujer le guiño un ojo y abrió su boca como lo haría un lobo. Madeleine vio que tenía unos colmillos grandes y filosos. Eran como dos enormes estacas que emergían de la mandíbula de la mujer.

- Tu hijo solo sirve para una cosa, Madeleine.

- ¿Qué cosa? – pregunto Madeleine con voz temblorosa.

- Para alimentarnos – dijo Stacy. Acto seguido clavo sus grandes colmillos en la espalda del niño. El bebé soltó un pequeño chillido y después hubo silencio total. Un silencio que fue quebrado de manera abrupta por los gritos de Madeleine.

Stacy inyectó un veneno letal en el cuerpo del niño. Este cayó inconsciente casi de inmediato y a los pocos minutos estaba muerto. Los gritos de Madeleine se prolongaron solo unos instantes pues cayó inconsciente también.

Stacy dejó al bebé junto a la mazmorra. Al alcance de Madeleine. Se levantó y sus ojos volvieron a ser humanos. Eran unos ojos de belleza hipnótica. Besó al niño en la frente y acarició a Madeleine con tanta ternura como podría hacerlo una madre.

Dio media vuelta y salió no sin echar una última mirada a las demás prisioneras. Todas dormían plácidamente y ella contemplaba con agrado y admiración sus vientres abultados. Volvería después. Ahora era tiempo de cazar.

UNA LARGA NOCHE

1

Madeleine despertó diez minutos después. Tenía un terrible dolor de cabeza y se sentía tan mareada como si acabara de bajar de la montaña rusa. Bajo la mirada y aún con la escasa iluminación del lugar, pudo ver al bebé que yacía en el suelo.

Madeleine ahogo una exclamación y recogió al bebé. Noto inmediatamente que estaba frío y flácido, era como sostener un muñeco de trapo. Estrecho el cuerpo inerte de su hijo contra su pecho y comenzó a sollozar, sus lágrimas empañaron el cuerpo desnudo y frío del bebé. Casi de manera inconsciente comenzó a mecerlo entre sus brazos. Ver los ojos acuosos y sin vida de su hijo, la llevo al borde de la locura. Cerró los ojos y se obligó a serenarse. Debía conservar su cordura intacta o jamás tendría la mínima oportunidad de librarse de su prisión. Súbitamente recordó los ojos de aquella mujer que había matado a su hijo y sintió un escalofrío subir desde su espalda, pensó también que no podía ser real. Desde niña ella sabía que las brujas y los monstruos que viven en el armario o debajo de la cama eran solo fantasía barata, pero ahora, ya de adulta, parecía que todo eso se había vuelto de pronto tan real como que el día antecede a la noche. Ahora, no tenía más opción que dar crédito a lo que había visto y si necesitaba una prueba, la tenía en sus brazos. Incluso podía ver la marca de los colmillos de la bruja en la pequeña espalda

de su hijo.

- ¿Te sientes mejor? – preguntó una voz femenina en la oscuridad.

Madeleine se sobresaltó e instintivamente estrujo con más fuerza el cadáver de su hijo. Miro de un lado a otro intentando adivinar de dónde provenía la voz. Había escuchado la voz de la bruja y esta nueva voz no se parecía en lo absoluto. Era una voz dulce, casi de niña.

Permaneció inmóvil unos instantes y luego retrocedió un par de pasos dentro de la mazmorra. Seguía sosteniendo a su bebé, fuerte contra su pecho. Cerró los ojos luchando contra el impulso de echar a llorar histéricamente, lo consiguió a medias, pues algunas lágrimas rodaban ya por sus sucias mejillas.

- ¿Madeleine? – la voz femenina se escuchó más cerca esta vez.

Madeleine abrió los ojos y vio frente a ella a una mujer. Era la antítesis de la bruja que había visto antes. La bruja irradiaba oscuridad y la mujer frente a ella parecía emanar un torrente de luz blanca. Eran en apariencia totalmente opuestas, pero aun así tuvo la extraña certeza de que ambas pertenecían a la misma especie.

- ¿Estas mejor, Madeleine? – pregunto la mujer.

Madeleine tardó unos segundos en responder. Estaba tratando de dilucidar que podría querer aquella mujer o que intenciones tendría detrás de su aparente amabilidad. Finalmente contesto moviendo la cabeza negativamente.

- Lamento lo de tu bebé – dijo la mujer

Madeleine rompió a llorar ante la mención de su hijo. Se esforzó por controlarse, levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de la mujer. Pudo ver en ellos una expresión triste y melancólica. Como si de alguna manera pudiera entender su dolor.

- ¿Qué quieres? – pregunto Madeleine

- Solo ayudarte – respondió ella- Oh... por cierto mi nombre es Brooke

Brooke extendió la mano entre los barrotes pero Madeleine retrocedió. El contacto de aquella mano le causaba pavor.

- No temas – añadió Brooke. Aún tenía la mano extendida, pero la bajo al ver que la prisionera retrocedía hasta el fondo de la mazmorra.

- ¡Jodete! – Grito Madeleine- ¡Dile a esa maldita bruja que me las pagara, por haber matado a mi hijo!

Brooke la miro unos instantes. Después dio media vuelta y salió. Cuando hubo salido, Madeleine se sentó en la pequeña cama que había dentro. Estrecho a su bebé y lloro hasta que el cansancio la venció no mucho tiempo después.

- ¡Apuesto lo que quieras a que puedo vencerte esta vez!

Dean y Rob estaban sentados a la mesa jugando a las cartas. Dean había perdido una cuantiosa suma y lanzaba todo tipo de exclamaciones, parecía un niño obsesionado por vencer al menos una vez.

Rob, por el contrario miraba con la concentración de un faquir su mano de cartas. Ignoraba por completo los comentarios de Dean y solo se limitaba a asentir en algunas ocasiones.

Tras la nueva ronda Dean volvió a perder. Se pasó las manos por la cabeza y arrojó la copa de vino que estaba bebiendo. La copa explotó contra la pared, produciendo un sonido estruendoso y desperdigando vidrio roto en todas direcciones.

Rob miró a Dean, que estaba a punto de hacer una rabieta, como si haber perdido en un estúpido juego significara el fin del mundo.

- Lo que pasa, hermanito, es que no sabes perder – dijo Rob con voz serena. Sorbió de su copa un trago de vino.

- ¡Al diablo con esto! – Dean tomó su larga capa negra que estaba sobre el respaldo de la silla y abrió la puerta dispuesto a salir. Dio unos cuantos pasos y chocó de frente con Stacy que acababa de subir las escaleras desde el sótano.

Dean no se movió, esperó a que Stacy saliera de su camino. Ella se limitó a mirarlo con sus espectaculares ojos color ámbar.

- ¿Volviste a perder? – preguntó ella con una sonrisa

- ¡Al diablo Rob y sus estúpidos juegos! – Dean la rodeó y caminó hasta una enorme ventana. El ocaso estaba llegando, pronto anoecería. Volvió una vez la cabeza por encima del hombro y dijo:

- Me voy. Es momento de cazar.

Stacy asintió y le guiñó un ojo.

- Anda ve.

Dean abrió la ventana con un único movimiento. El marco tambaleó y estuvo a punto de caer. Entonces Dean saltó al vacío y al poco una figura espectral y fantasmagórica se elevó por los aires, como una especie de ángel de la muerte. Dean era la viva imagen de la representación que los humanos dan a la muerte, salvo por el detalle de que no portaba una guadaña.

Stacy lo vio desaparecer y entró a la habitación.

- ¿Cuántos bebés para hoy? – preguntó Rob cuando la vio llegar.

- Solo uno – respondió Stacy. Se sirvió una copa de vino y se sentó a la mesa.

- ¿Solo uno? – Pregunto Rob arrojando el mazo de cartas a una chimenea cercana – Haber, déjame ver si entendí – continuo Rob - ¿Estás diciendo que solo cazaras a uno esta noche? Solo porque quieres quedarte a cuidar a las prisioneras ¿Es eso, Stacy?

Stacy lo miró y el adivino la respuesta en sus ojos.

- ¡Maldita Sea! – Rob se levantó de la mesa y al igual que Dean, tomó su larga capa y se dirigió a la salida. – Solo recuerda que a él no le gusta ser desobedecido, y menos por ti – Abrió la puerta y salió dejando sola a Stacy en la sala. Ella se levantó, camino hacia la chimenea, se puso en cuclillas y contempló el resplandeciente fulgor de las llamas. Estas se reflejaron en sus ojos, mientras ella pensaba en la forma de darle gusto a él. Stacy era su representante en este mundo, estaba a cargo de la legión y sobre ella pesaba una gran responsabilidad. Era una misión difícil, pero sabía que podría. Se sentía capaz. La misión de mantener vivas a las criaturas de la noche, la misión de asegurar una descendencia. Un linaje en el que los humanos serían fundamentales. Stacy seguía contemplando el fuego y pensó en lo injusto y estúpido que era todo,

empezando por lo ridículo de la genética. Las fémimas de su especie no podían concebir, pero, por el contrario los machos podían fácilmente fecundar a las estúpidas mujeres humanas y engendrar niños más o menos normales.

De los cuatro, Stacy sentía que su “función” dentro del clan era la más aburrida y absurda de todas. Primero estaba Rob, que era el encargado de preñar a las humanas. Una especie de semental que aseguraría la descendencia de las criaturas. Luego venía Dean, que era el encargado de propagar enfermedad, dolor y muerte. Como una especie de expiación a la humanidad se alimentaba solo de lo que él llamaba “la escoria del hombre”. Y por último estaba Brooke, la elegida. La consentida. Stacy pensaba que Brooke era la favorita pues básicamente estaba excluida de cualquier actividad que favoreciera a las criaturas. Si la tonta de Brooke ayudaba a los humanos era por decisión propia y nada más.

Stacy no estaba celosa de eso, después de todo ella odiaba a los humanos, tanto como estos últimos a las ratas. Lo que verdaderamente le molestaba era su “función”. Eliminar a los que, en palabras de él, estaban de más (enfermos terminales, personas en situación de pobreza extrema, minusválidos, niños abandonados, etc.) y cuidar de las mujeres preñadas por Rob, no era, en su opinión, digno de ella. Después de todo ella debería ser la emperatriz del reino de las criaturas.

Se levantó y decidió que una vez acabada la temporada de caza, hablaría y ajustaría cuentas con Quantum, el rey del mundo de las criaturas. Ella no podía seguir siendo una simple emisaria. Ya no más. Después de todo, estar a cargo de los tres hermanos no era algo que la enorgulleciera. Su lugar estaba en la cima, incluso por encima de Quantum.

3

Martha Grey despertó de un largo sueño. Lo primero que pudo distinguir del lugar donde se encontraba no provenía de la vista, sino del olfato. Olía a humedad. Pero no a una humedad fresca, sino a algo que le lastimaba las fosas nasales en cada inspiración. De inmediato un dolor punzante le recorrió la espalda. Estaba acostada en una dura cama. Atada del cuello como si fuera un perro y completamente desnuda se irguió a duras penas. La cadena que sujetaba su cuello era corrediza y le permitía cierta movilidad. Se levantó cuidadosamente e inspecciono el lugar donde estaba. Era una mazmorra, algo así como un cuarto diminuto y sucio. A Martha le recordó a las prisiones en las fortalezas de la antigüedad, como en la época de la Revolución Francesa.

Sus ojos apenas estaban adaptándose a la oscuridad, cuando de pronto las luces se encendieron. Del techo colgaban dos pesadas lámparas en forma de péndulo. Emitían una luz blanca bastante intensa e incómoda si le miraba directamente. Es como mirar el sol – pensó Martha.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la intensa iluminación pudo ver frente a ella, una celda idéntica a la suya. Había una mujer allí también. Y estaba desnuda al igual que ella. Era más delgada que ella y se cubría los pechos en un intento de proteger su intimidad. La muchacha vio a Martha, la estudio unos instantes con la mirada y volvió a bajar la vista al suelo. Martha no sabría decir si estaba apenada, asustada, triste o todo al mismo tiempo.

Paseo la mirada por el lugar y pudo ver otras celdas como la suya, una de hecho estaba a lado suyo. En todas había mujeres desnudas, sucias y desaliñadas. Entonces escucho pasos que

provenían desde la escalera. Algo descendía. Algo se estaba aproximando. Martha retrocedió unos pasos y recordó al hombre que la había rescatado de una violación segura. Recordó sus ojos, sus bellas facciones y la forma en que líquido a aquellos desgraciados tipos que querían hacerle daño. Retrocedió todo lo que pudo en su celda y trato de refugiarse en la poca oscuridad que aún quedaba allí. Se acurruco en una esquina, deseando desaparecer. Cerró los ojos un momento y cuando los abrió una mujer vestida totalmente de negro estaba frente a su celda. Martha emitió un grito y puso su mano para ahogarlo. La mujer con ojos de serpiente la miro unos instantes y balanceo la cabeza de un lado a otro, como si hiciera ejercicios para el cuello. Martha vio que llevaba guantes de seda color negro. Se llevó una mano a los labios y con los dientes se retiró el guante, dejando al descubierto una mano con solo cuatro dedos, una mano horrible, de color blanco que parecía la de un reptil; unas uñas alargadas completaban la escena de horror. La mujer miro a Martha y sonrió. Martha quiso gritar de nuevo pero en lugar de eso se tapó los ojos y trato de arrinconarse aún más en su celda. Cuando volvió a abrir los ojos la mujer no estaba allí, pero podía oírla caminar aún demasiado cerca. Escucho que hablaba con otra prisionera. Pero Martha solo pudo escuchar un nombre: Madeleine.

De pronto la horripilante mujer se colocó en el centro de la habitación, allí, donde estaba, era visible perfectamente para las cuatro prisioneras. Martha vio que la mujer se quitaba su pesada gabardina y lo que vio después la horrorizo aún más. Llevaba un rebozo, tan común como el que usaría una madre, dentro del rebozo había un bulto pequeño. Martha vio que una cabeza diminuta asomaba y supo que se trataba de un bebé. La mujer se quitó el rebozo y tomo al niño entre sus brazos. Era niño de eso no había duda, pues Martha pudo ver el pequeño pene en la entrepierna.

- ¡Déjalo, Perra! – grito la mujer de la celda contigua. La que la criatura había llamado Madeleine.

La mujer la miro y entonces Martha pudo ver, desde el ángulo en el que se encontraba, como los ojos de serpiente se transformaban repentinamente en un ojos hermosos, ojos color ámbar, tan bellos y cautivadores que tuvo que resistir el impulso de seguirlos contemplando.

- No le hare nada querida mía – dijo la criatura con voz dulce – Por el contrario les daré a este pequeño para que lo alimenten y lo cuiden.

La mujer se paseaba a lo largo del estrecho corredor que separaba ambos lados de las celdas. El bebé dormía plácidamente con el rostro recargado en el hombro de la criatura.

- No me mires así, Madeleine – dijo la criatura – Pensaba dártelo a ti pero en vista de tu actitud... Bueno... Voy a divertirme un rato más con él. ¿Verdad cariño? – La mujer movió ligeramente el cuello y beso al bebé en la cabeza.

- ¿Qué... Que va a hacer? – pregunto la mujer de la celda frente a la que se encontraba Martha.

- Oh... Susi... ya verás – respondió la mujer. Volvió al centro y pasó la mirada por cada una de las prisioneras. Sonrió animadamente, bajo la mirada y volvió a levantarla. – Queridas mías – dijo Stacy – este bebé es el primero de la temporada. Ustedes se preguntaran a que me refiero. Bien, pues esté bebé es hijo de una mujer como ustedes y de mi hermano Rob. – Ninguna de las prisioneras habló. – Así que es un buen comienzo, para nosotros las criaturas de la noche, porque esté bebé es la prueba de que nuestra raza continuara su existencia en este y otros mundos.

- Es mentira... Es mentira... Es mentira... - La voz de Susi iba aumentando los decibeles. A medida que su letanía subía de volumen, se tapó los oídos y comenzó a dar vueltas en su celda. Stacy la ignora por un momento pero después se volvió a mirarla y uno de sus brazos comenzó a estirarse de forma imposible hasta alcanzar por el cuello a Susi. Las demás gritaron al unísono al contemplar la pavorosa escena. El brazo de Stacy se convirtió en una garra de color ocre, levanto a Susi unos cuantos centímetros del suelo y susurro en voz dulce y apenas audible.

- Guarda silencio mi amor, por favor.

Susi asintió. Tenía una mueca de terror en el rostro y había comenzado a temblar. Stacy asintió y la enorme garra regreso a ser un brazo femenino bello y esbelto.

- Bien, Como les decía, esté bebé es un buen comienzo para nosotros. Incluso es bueno para ustedes, mis amores. Porque significa que no tendrán que parir una y otra vez.

Martha sentía un nudo en la garganta, en su mente no había cabida para cosas como las que estaba viendo. Y en todo caso no podía imaginarse como podrían ellas, cuatro mujeres asustadas y desnudas, vencer a una criatura como la que estaba frente a ella.

- Pero saben – continuo Stacy. El bebé seguía dormido y ella le daba pequeñas palmaditas en su espalda. – Yo no pienso seguir con esto, mi sitio es en un lugar más alto, no cuidando de las mujeres preñadas. – Miro de nuevo a cada una y se detuvo ante la celda de Martha. – Mi sitio es en la cima – dio media vuelta y volvió al centro. – Así que dejare que se lleven a este bebé – Las prisioneras intercambiaron miradas. Stacy soltó una carcajada. – No se emocionen queridas que no todas saldrán de aquí – Dicho esto Stacy sacó un revólver que había permanecido escondido debajo de sus ropas. Martha abrió los ojos como platos y las demás la imitaron.

La criatura se acercó a la celda de Susi y le extendió el revolver. Susi lo miro sin atreverse a tomarlo.

- Vamos Susi querida – dijo Stacy – Tómalo – Dentro de la recamara hay dos balas. Quiero que pongas el cañón en tu boca y jales el gatillo, tu suerte decidirá si mereces vivir y será la suerte la que decida quienes saldrán de aquí.

Martha vio que Susi palidecía, parecía a punto de desmayarse. Sabía que si la mujer se negaba a tomar el arma, todas pagarían las consecuencias, eso sin mencionar lo que la criatura le haría al bebé.

Finalmente Susi tomó el arma con manos temblorosas. La miro unos instantes antes de ponerla en su boca.

- Confío en mi suerte, perra – dijo Susi con voz firme.

Stacy no dijo nada. Un silencio sepulcral se apodero del lugar, entonces Susi jalo el gatillo y la bala le atravesó el cráneo. La bala salió desde detrás de la nuca y rebotó contra la pared de la celda. Las tres prisioneras restantes volvieron a gritar como si fueran un coro. Stacy se limitó a agacharse y tomar el revólver que había quedado en el suelo. El disparo no despertó al bebé, era como si se estuviera sumiendo en un sueño profundo en los brazos de la criatura.

Stacy camino a la celda frente a ella y dio a Madeleine el revólver, no sin antes hacerle una advertencia.

- No intentes dispararme querida, No servirá de nada

Madeleine tomó el revolver entre sus manos y lo miro tal y como había hecho Susi hace solo unos instantes. Se le veía indecisa, probablemente en su mente estaba intentando encontrar una forma de salvarse, una forma de salir de allí sin tener que recurrir a su suerte. No encontró ninguna. Una lagrima resbalo por su mejilla, colocó el arma en su boca, cerró los ojos y apretó el gatillo. Nada. Madeleine soltó el revolver al suelo y comenzó a temblar como si la temperatura del lugar hubiera descendido por debajo del punto de congelación.

- Excelente, amor – dijo Stacy. Se agacho de nuevo y tomo el revólver.

- Tu turno cariño – dijo extendiendo el arma a Martha Grey. Ella lo tomo de inmediato, casi arrebatándoselo. Y apunto a Stacy cuando esta dio media vuelta para colocarse en el centro.

- No servirá querida – dijo Stacy con una absoluta calma en su voz.

Martha no hizo caso y disparo contra la criatura. Nada. Disparo una segunda vez y tampoco paso nada, una tercera y nada. Bajo el arma y comenzó a llorar, cayo de rodillas y retrocedió hasta que su cuerpo desnudo toco la pared de su celda.

Stacy se acercó y la miro.

- Anda cariño, es tu turno. No nos hagas esperar, si Rob o Dean regresan ninguna tendrá la oportunidad de salir con vida.

Martha se obligó a serenarse. No sabía si lo que decía la criatura era cierto, pero era su única esperanza. Había disparado tres veces y sabía que casi con toda seguridad le esperaba la muerte si apretaba el gatillo una vez más. Se levantó y al igual que Madeleine, comenzó a temblar, además sudaba profusamente. Tomo el arma y la metió en su boca y tras unos segundos apretó el gatillo. Nada. Se había salvado. La criatura seguía frente a ella, le apunto y disparo, entonces la bala paso de largo el cuerpo de la criatura, como si no hubiera estado nunca allí. Por un momento Martha creyó haberle disparado directo en el pecho, pero cuando ella camino de nuevo al centro con toda tranquilidad, vio que a quien había matado en realidad había sido a la mujer de la celda de enfrente. La bala había perforado la arteria femoral de la mujer, de la cual no sabían su nombre. Se desangraba rápidamente, en pocos minutos un charco de sangre cubría casi la totalidad del espacio que la separaba de la celda de Martha.

Martha grito, cayó al suelo y de nuevo rompió a llorar.

Stacy dejo al niño en el suelo, tomo su gabardina y comenzó a subir las escaleras. Volvió su cabeza una última vez y dijo:

- Lárguense de aquí – Su voz no sonó femenina esta vez, sino gutural.

Inmediatamente después las celdas comenzaron a abrirse. Martha seguía llorando, cubriéndose la cara, cuando la mano de Madeleine le toco el hombro. La ayudo a levantarse. Madeleine tomo al bebé en brazos y salieron al exterior. Estaban aún desnudas, pero no les importaba, estaban vivas y tenían una oportunidad de escapar.

4

- ¡Maldita sea! – Dean golpeo la mesa en la que hace algunas horas jugaba a las cartas con Rob. El manotazo hizo tambalear la mesa como si hubiera un terremoto.

Brooke y Rob permanecían en silencio junto a la puerta. Rob con los brazos cruzados y Brooke con la mirada baja y las manos entrelazadas detrás de la espalda.

- ¡Maldición! Hay que hacer algo – vocifero Dean mientras daba vueltas nerviosamente alrededor de la sala. – No pueden estar muy lejos.

Brooke suspiro.

- No podemos seguir las ahora, esta por amanecer. ¿O eres tan estúpido que no te das cuenta? – dijo Rob

Dean se detuvo de pronto como si hubiera chocado con una pared invisible y volvió la mirada hacia Rob.

- ¡Bien! Entonces dejaremos que hablen de nuestra existencia a los demás. Vamos a dejar que Stacy se salga con la suya. Me parece perfecto tu proceder, hermano. – Dean se sentó a la mesa y

miro retadoramente al dúo que estaba apostado en la puerta. Aun sentado no podía disimular su nerviosismo, pues movía compulsivamente las manos - ¿Y tú Brooke? di algo Maldita sea.

Brooke levantó un instante la mirada y se encogió de hombros.

- ¡Bien! – grito Dean. Se levantó de la silla y la lanzo contra la pared. La fuerza del impacto fue tal que la silla se rompió por la mitad. - ¡Si ustedes no van a hacer nada, yo atrapore a esas mujeres y las traeré antes de que amanezca! – Dean avanzo rápidamente con intenciones de salir pero antes de que alcanzara la puerta Rob le cerró el paso.

- He dicho que debemos esperar – dijo Rob.

- Quítate de mi camino – respondió Dean.

Se miraron fijamente unos instantes. Parecían dos boxeadores en la sesión de pesaje previa a la contienda.

- Por favor, Basta – dijo Brooke. Se acercó a ellos y puso una mano en el hombro de cada uno.

– No podemos pelear entre nosotros, con la traición de Stacy tenemos suficiente. – Paso la mirada de uno al otro buscando y esperando estar haciéndolos entrar en razón.

- ¿Qué haremos entonces? – pregunto Dean apartándose súbitamente.

- Informaremos a Quantum cuanto antes – sugirió Rob.

- Nada de eso – intervino Brooke – Es precisamente eso lo que Stacy espera que hagamos.

- De acuerdo, ¿entonces qué demonios hacemos? – Dean volvía a dar vueltas en la habitación.

- Buscar a las mujeres, mañana por la noche – sugirió Brooke – Las traeremos de regreso para confirmar si alguna de ellas está embarazada, si no es así las dejamos ir.

- ¡No podemos dejarlas ir! – grito Dean. – Aunque no estuvieran preñadas no podemos soltarlas así como así. - ¿De qué lado están? No se dan cuenta que si ellas hablan podría significar una guerra entre ellos y nosotros. ¡Diablos! ¡Nos harían pedazos! ¡Son muchos más que nosotros!

- Nadie creería en sus palabras – intervino Rob – Las tomarían por locas, es algo que los humanos tienen, no creen en nada aunque les caiga encima.

- En eso estoy de acuerdo – dijo Brooke.

- ¡Bien! Entonces esperemos hasta mañana – la expresión de Dean se había serenado. Tomo una honda inspiración y de pronto la piel de su rostro se volvió ligeramente transparente dejando a la vista una calavera humana. Los ojos eran dos agujeros oscuros, un vacío infinito parecía habitar allí.

- Es hora de ir a dormir – dijo Brooke.

- ¿Por qué Stacy haría algo así? – pregunto Rob

- Por vanidad. Por orgullo, yo que se... – la voz de Dean sonaba ligeramente más grave que antes. Una octava por debajo, quizás. – Esa loca siempre ha querido ocupar el lugar de Quantum en el reino.

- Nunca lo conseguirá – dijo Rob que continuaba apostado en la puerta con los brazos cruzados

- Si no cumplimos con la cuota, el mismo Quantum nos desterrara a las tierras del submundo. Tal vez para siempre – Dean levantó la mirada y su rostro era humano de nuevo.

- ¿Qué propones? – pregunto Brooke desde un extremo de la habitación. Su cabellera rubia le llegaba hasta los pechos. Parecía una muñeca de colección. Esbelta y perfecta.

Dean sonrió y su lengua bífida asomo unos instantes.

- Una cacería masiva – dijo al fin. – Dormiremos por ahora, pero mañana por la noche, cazaremos sin descanso. – Se puso de pie – Mañana despertaremos a las legiones, recuperaremos a las prisioneras y nosotros tres aseguraremos el futuro y al supervivencia del reino de las criaturas. No necesitamos a esa loca de Stacy.

- Stacy, es muy poderosa – intervino Rob – Puede poner a las legiones en nuestra contra, puede incluso enfrentarnos sola y no creo que tengamos muchas oportunidades de vencerla.

Dean lo miro, su expresión decía: “Eso ya lo sé” pero antes de que pudiera replicar algo la voz de Brooke rompió el breve silencio.

- Esperen. ¿Ya vieron la hora? – dijo con extrañeza. Parecía asustada.

- ¿Qué? – pregunto Dean

- Es verdad – dijo Rob saliendo de la sala y dirigiéndose a la ventana. Los otros se miraron entre si y lo siguieron.

- Las 6:30 am. Debería haber ya un resquicio de luz en el horizonte – Rob se volvió y los miro a ambos.

- Aun tenemos forma humana – dijo Brooke mirándose las palmas de las manos.

- No amanecerá. – Dijo Dean con una sonrisa – Es hora de llamar a las legiones.

- ¿Quién causo esto? – Pregunto Brooke - ¿Stacy?

Paseo la mirada de una a otro. Los dos hermanos asintieron.

Aquel día el sol no saldría. La noche se prolongaría por tiempo indefinido. En el mundo pronto empezaría las especulaciones, se vería a científicos y pseudo – científicos tratando de explicar el fenómeno. Los religiosos dirían que el fin del mundo estaba próximo y muchos fieles alrededor del globo lo creerían. Un desajuste colosal en el ritmo circadiano de hombre y bestias comenzaría y el pánico se esparciría como plaga en muchas ciudades. La oscuridad era solo el comienzo, las cosas se pondrían peores en los días venideros. El reino de las criaturas de la noche había comenzado su invasión.

Desde lo alto una criatura alada emitió un alarido gutural. Las tres criaturas oyeron el espantoso sonido y supieron de qué se trataba. Se miraron mutuamente. Las legiones despertarían, pero probablemente no estarían de su lado, sino a las órdenes de la bruja. A las órdenes de Stacy.

5

Sentado frente a su escritorio, dentro de lo que él llamaba su guarida, el Príncipe Setri volvió la mirada hacia la jaula donde su mascota, un ave bicéfala le observaba. La pócima para el poderoso Quantum estaba lista, era un brebaje simple de sabor dulce, tan dulce como la miel. Setri no tenía intenciones de matar a su amo, solo preparaba una infusión que le ayudara a dormir mejor. Una cosa bastante sencilla para un hechicero de su calaña.

Setri se miró en el espejo. Su cabello le llegaba a los hombros y tenía barba y bigote en forma de candado. Sus ojos eran tan humanos como los de cualquier mortal, salvo por un detalle espeluznante: el color del iris era rojo. Un rojo brillante. Rojo sangre. Su piel, también estaba demasiado pálida y si alguien le hubiera tocado habría sentido un frio glacial. Un termómetro podría arrojar una temperatura corporal media de 32 o 33 grados Celsius. Setri vestía una gabardina de piel color negro, estaba desabotonada y dejaba expuesto su pecho y abdomen. Estos eran fuertes pero sin demasiada grasa corporal. Seguía contemplándose al espejo cuando pudo ver, con el rabillo del ojo, la silueta de una mujer y supo de inmediato de quien se trataba.

- Tan pronto has regresado – pregunto Setri sin voltear, ni perder la atención en su reflejo.

La mujer no contesto inmediatamente, primero entro a la sucia guarida de Setri y se sentó en uno de los altos bancos de madera.

- La cacería ha terminado – dijo Stacy con voz cansina.

Setri dejo en paz su reflejo, volteo y miro a Stacy. No lo hizo directamente a los ojos, al menos no de inmediato, sino que primero paseo la mirada por sus piernas. Eran unas piernas

sensuales, largas y perfectas. Stacy iba entallada con un vestido corto color negro, el sostén era espectacular y las mallas que llevaba en las piernas la hacían parecer la mujer más sensual del universo.

- ¿Escuchaste lo que te dije? – pregunto Stacy un tanto impaciente ante el silencio de Setri.

- Claro – contesto Setri a secas.

- ¿No me preguntas porque? - la expresión en el rostro de Stacy era totalmente humana. Parecía una mujer coqueteando en un bar con un desconocido.

- ¿Por qué? – Setri seguía comiéndosela con la mirada. No lo hacía de forma boba y sin gracia como suelen hacerlo los adolescentes en plena etapa hormonal, por el contrario, era una expresión madura, galante y soberbia al mismo tiempo.

Stacy se levantó sin contestar la pregunta, camino hasta donde estaba Setri. Camino como lo haría una modelo en una pasarela, pasó su lengua bífida por sus labios y se abandonó por completo a su lado humano.

Setri la tomo de la cintura, deleitándose con el simple contacto de sus dedos con las caderas de Stacy. Stacy puso ambas manos sobre los hombros de Setri mientras seguía paseando su lengua por las comisuras de su boca. De pronto y a la velocidad de la luz, los ojos color ámbar de Stacy cambiaron a los mortíferos ojos de serpiente que tanto pavor habían infundido en las prisioneras desnudas del sótano. Setri sintió de pronto que el calor se encendía en su entrepierna. Le excitaban tanto los ojos de Stacy, como a un hombre común los pechos y el trasero de una mujer. Setri la sujeto con más fuerza y la acercó todo lo que pudo hacía él. Stacy saco su larga lengua bífida y lamio la mejilla derecha de Setri, esté sintió rápidamente el poder de una erección. Erección que iba en aumento a medida que Stacy comenzaba a besar su cuello con pasión desenfrenada. A los besos se sumaron pronto las caricias de ella en la entrepierna de Setri.

Para cuando Stacy consiguió quitar el pesado cinturón y desabotonar el pantalón, Setri tenía una erección tan potente como no recordaba haberla tenido nunca. Stacy introdujo el miembro en su boca y Setri emitió un gemido de placer. La lengua bífida de Stacy le proporcionaba una dosis extra de placer. Setri bajo la mirada, deleitándose con la visión de Stacy con el pene dentro de su boca. Ella se movía frenéticamente, moviendo la cabeza de atrás hacia adelante en movimientos constantes y acompasados. Setri tomo la cabeza de Stacy con ambas manos y comenzó a impulsar su pelvis contra la cavidad oral de ella. Empezó lentamente, luego más rápido, hasta que al final el movimiento era tan rápido como para que una mujer que no perteneciera al reino de las criaturas pudiera resistirlo. Cualquiera que hubiera visto la escena desde fuera, hubiera pensado que más que darse placer, Setri parecía decidido a atravesar el cráneo de Stacy con su largo pene. Algunos más probablemente habrían reído ante lo inusual y peculiar de la escena.

Finalmente tras algunos minutos la escena culmino con el rostro de Stacy cubierto de una espesa capa de secreción. Setri se subió de nuevo los pantalones, mientras Stacy iba a limpiarse la cara.

Setri volvió a mirarse en el espejo y le complació verse con mejor color que antes, se veía más apuesto y más fuerte que antes de la llegada de Stacy.

- Se acabó la diversión, Es hora de hablar – dijo Stacy a sus espaldas.

Martha Gray y Madeleine estaban en un callejón. Habían encontrado varias bolsas con ropa vieja y aunque la mayoría de las prendas estaba rota u olía muy mal, pudieron encontrar (después de revisar varias bolsas) algunas ropas adecuadas para ellas. Martha encontró una sencilla blusa

color azul marino y unos pantalones de mezclilla algo desgastados y algunas tallas más grandes que los que ella usaba, pero estaba bien, cumplían con el propósito de tapar su desnudez y brindar aunque sea una mínima protección contra el frío. Madeleine, por su parte, encontró una playera color blanco, unos pants bastante holgados y un par de zapatos para cada una.

Permanecían acurrucadas una pegada a la otra, el bebé llevaba apenas una sencilla frazada como protección contra el ambiente. No tenían manera de saber qué hora era, pero en su interior sospechaban que ya debía haber amanecido. No era normal que la noche durará tanto.

Permanecieron un rato sin hablar, cada una perdida en sus propios pensamientos. Madeleine fue la primera en romper el silencio con una sencilla, pero pavorosa pregunta.

- ¿Qué son?

Martha giro la cabeza y Madeleine vio el miedo en sus ojos.

- No lo sé – respondió Martha en apenas un susurro.

- Son monstruos – dijo Madeleine. Apoyo el rostro contra sus piernas flexionadas perdiéndose de nuevo en el silencio.

Martha sujetaba al bebé y cada tanto comprobaba que siguiera vivo. Lo hizo una vez más. El bebé respiraba y dormía plácidamente, ajeno totalmente a la situación en la que se encontraba.

- ¿Tienes familia? – pregunto Martha de pronto.

Madeleine levanto el rostro y miro de un lado a otro como para comprobar que no había nadie cerca.

- Solo a mi mamá – respondió finalmente. ¿Y tú? – miro a Martha que mecía tiernamente al bebé.

- Si, también solo a mi mamá.

Antes de que pudiera agregar algo más. Una corriente de aire fría golpeo sus rostros. Era como si alguien hubiera abierto una ventana y el aire se hubiera colado. Estaban en el exterior, así que no tenía sentido que una corriente fría apareciera así, tan repentinamente. Además el sonido de ese viento parecía tener vida propia. Levantaron la mirada cuando escucharon con claridad algo sobre sus cabezas. Algo con alas, estaba sobrevolando los edificios. Se miraron entre sí, buscando una explicación en los ojos de la otra. Pero, entonces volvieron a escuchar el sonido de la criatura voladora sobre los edificios. Cualquiera cosa que estuviera allí, parecía tener enormes alas, pues se escuchaba con tenebrosa claridad como cortaba el aire.

El bebé que Martha tenía en brazos comenzó a despertar. Se removió inquieto y después empezó a llorar. Martha puso su mano sobre la boca del niño, para evitar que su llanto fuera escuchado por la cosa que sobrevolaba arriba. Sabía que era peligroso, pues podía ahogar al bebé, pero en esos momentos, parecía mucho más peligroso ser visto por la criatura que merodeaba por allí.

Madeleine se levantó sigilosamente y le hizo señas a Martha para que la siguiera. Martha se levantó, sintiendo como sus fuerzas flaqueaban por el miedo. El bebé se removió una vez más y comenzó a adormilarse nuevamente. Más tarde – pensó Martha – habrá que darle algo de comer, su comportamiento no parece el de un bebé normal. Y lo cierto era que tampoco el aspecto del niño parecía del todo humano. Martha tenía la inquietante sensación de que había algo raro, algo macabro gestándose en el pequeño niño.

Se levantaron y caminaron con sumo cuidado a la salida del callejón. Madeleine tenía la intención de llegar a la avenida y buscar a alguien que pudiera ayudarlas. No pensaba en nadie en específico, pero necesitaba encontrar a otra persona desesperadamente. Pues de pronto y sin motivo alguno tuvo la sensación de que Martha y ella eran las únicas personas en la ciudad. Se obligó a apartar la idea de su mente. Después de todo resultaba bastante estúpido pensar así,

aunque estuviera iniciando el apocalipsis, tendría que haber sobrevivientes.

Llegaron a la avenida, pero no se apartaron de la seguridad de los edificios. No querían exponerse a ser vistas por la criatura voladora. Madeleine miro de un lado a otro y de pronto un terror insidioso y enfermizo se instaló en su cerebro. No daba crédito a lo que estaba viendo. Quería gritar pero sentía un nudo en su garganta, un nudo tan denso y pesado que le dificultaba incluso respirar. Martha iba tras de ella y cuando sus ojos vieron lo que Madeleine había descubierto solo unos segundos antes, grito. Fue un grito ahogado, pues reacciono a tiempo poniendo su propia palma sobre su boca.

Frente a ellas, docenas de criaturas aladas descendían desde lo alto de los edificios. No hacían nada, solo observaban y caminaban por la acera como cualquier transeúnte. Ambas retrocedieron de vuelta a la seguridad del callejón. Se movieron instintivamente, sin necesidad de intercambiar palabra alguna. Martha pensó por un momento esconderse dentro de uno de los enormes cubos de basura. Olía mal y seguramente habría ratas, pero incluso eso era preferible a tener que caer en manos de aquellas criaturas grotescas.

Madeleine miro nerviosamente al bebé, tenía miedo de que fuera a despertarse. Por fortuna el niño dormía plácidamente. Su respiración indicaba que estaba vivo.

Madeleine, le hizo una a seña a Martha indicándole que se quedara allí mientras ella volvía a la entrada del callejo. Quería ver que hacían aquellas cosas. Sabía que era algo estúpido pero se sentía más nerviosa simplemente esperando allí. Tenía que ver que hacían. Tenía que ver si se iban de allí.

Martha asintió y estrujo al bebe contra su pecho. Se sentó en el suelo, a lado de los enormes cubos de basura. Estos le servirían como escondite.

Madeleine avanzó de nuevo, pero antes de alcanzar la salida del callejón, tuvo que regresar corriendo al sitio donde estaba Martha. Las criaturas alzaron el vuelo y por poco una de ellas la veía. Madeleine logro esconderse a tiempo. Estaba tan cerca de Martha que parecían dos chicas a punto de besarse.

Madeleine sentía su corazón latir con fuerza y su respiración era rápida y trabajosa. Una fina capa de sudor le corría por la frente. Finalmente tras un par de minutos logro dominarse. Afuera ya no se escuchaban ruidos. Las criaturas se habían ido.

- ¿Te vieron? – pregunto Martha

- Creo que no – respondió Madeleine.

- ¿Tú los viste? – Martha vio la expresión de terror en el rostro de Madeleine y tuvo miedo de escuchar la respuesta. Se arrepintió de inmediato de haber preguntado.

- Si – respondió Madeleine – Son... Son como demonios.

Madeleine comenzó a sollozar y abrazo a Martha con fuerza. El bebé se removió un poco. Abrió los ojos y volvió a dormir como si nada pasara.

7

Setri estaba terminando de afilar sus cuchillos cuando llamaron a la puerta.

- Pasa – dijo Setri dejando el último cuchillo sobre la mesa.

Un hombre enorme entro, era tan alto que tuvo que agacharse para evitar golpearse la cabeza.

- Príncipe Setri las legiones han despertado – informó el gigante.

- ¡Estupendo! – dijo Setri poniéndose en pie rápidamente. – Gracias Paul, puedes retirarte.

El gigante asintió, hizo una reverencia y salió repitiendo el molesto proceso de tener que agacharse.

Setri recogió su pesada gabardina del suelo y se la puso. Tomo un sombrero negro de copa

alta, y un bastón que colgaba de la pared. Su aspecto había mejorado notablemente luego de la visita de Stacy.

Salió de su guarida hacia un largo pasillo iluminado solamente por algunas antorchas sujetas a las paredes. En el pasillo la sensación de calor era densa y sofocante, la sensación térmica superaba fácilmente los 50 grados Celsius, pero Setri permanecía fresco y seco. Camino a la izquierda, llegó hasta una escalinata de piedra y comenzó el ascenso. Luego de 10 minutos llegó a la cima de la torre. Abrió la puerta y pudo ver la silueta de Quantum. El lugar estaba totalmente a oscuras, solo la iluminación del exterior ofrecía una pequeña visibilidad. Setri pudo ver la luna desde donde estaba parado. Era una luna roja. Una luna gigantesca y fantasmal.

- Pasa – dijo una voz desde la penumbra.

Setri se quitó el sombrero y avanzó lentamente en la oscuridad. Algo de lo que había allí le inquietaba, pero no podía determinar que era. Había estado muchas veces allí, en presencia de Quantum y nunca había sentido esa pesadez en el ambiente. Era una sensación fría y extraña.

- ¿Majestad? – Setri miraba de espaldas el trono en el que Quantum solía sentarse. Era un trono gigantesco, Quantum era un tipo enorme de más de 2 metros de altura pero aun así el trono le quedaba grande. Esté siempre permanecía de frente a la ventana y de espaldas a la puerta de entrada. Setri recordó que Quantum solía bromear acerca de que un día alguien entraría y lo asesinaría sentado en su trono.

Antes de que Setri pudiera alcanzar el trono, tropezó en la oscuridad con algo. Era algo parecido a un bulto. Setri se agachó y vio el cadáver de Quantum tendido boca abajo. El muerto tenía los ojos abiertos y un charco de sangre estaba debajo de su pesado cuerpo. Setri tomó la cabeza de su rey y la levantó unos centímetros del suelo. Quantum tenía un corte profundo en la garganta. Parecía una grieta colosal. Una grieta roja y palpitante. Setri se irguió sobresaltado. Si Quantum estaba muerto antes de que él llegara, ¿quién demonios le había hablado?

Setri desenvainó su espada esperando el ataque. ¿Habrían sido las legiones? ¿Los humanos, tal vez? ¡Imposible! Los humanos no conocían la forma de llegar al reino de las criaturas.

Setri permaneció inmóvil, con la espada lista para cortar la garganta de cualquier intruso que osara acercarse.

- ¿¡Quién está allí?! – grito Setri dirigiéndose a la entidad que estaba sentada en el trono.

No hubo respuesta.

Setri se acercaba sigilosamente al trono cuando una risa llegó desde el fondo de la habitación. Setri giró en redondo a la velocidad de un rayo y vio surgir de entre la más negra oscuridad a Stacy. Allí estaba ella, con su bobalicona sonrisa, con su expresión cándida e inocente, como la de una niña que ha cometido una travesura.

Setri era un gran hechicero, con conocimientos ancestrales de alquimia y necromancia. Era incluso en algunos aspectos más poderoso que la misma Stacy, pero aun así en ese momento pensó que durante su larga vida pocas personas le habían inspirado el miedo que Stacy le provocaba en ese momento. Le temía, sí, pero también sentía un deseo desenfrenado y casi animal por ella. No la amaba en lo absoluto, pero encontraba en ella una personalidad fuerte y admirable. El mismo Setri no sabía la razón, pero así era.

Stacy camino hacia él, tomó la espada con la palma de la mano, lo hizo de la parte más afilada y no sufrió corte alguno. Se la quitó a Setri y la arrojó al suelo. La espada emitió un tintineo que sonó a trueno en la silenciosa sala del rey.

- Ahora yo soy la reina de las tinieblas – dijo Stacy

Setri trago saliva. Sentía una mezcla extraña de miedo y admiración.

Stacy camino hacia el trono que había pertenecido a Quantum y se sentó. La luna roja iluminó

su blanco rostro dándole un toque siniestro a sus facciones humanas. Volvió la mirada a Setri, que seguía de pie en su mismo sitio, tan fijo y quieto como si fuera un objeto y le hizo una seña para que se acercara.

Setri camino hacia ella como hipnotizado, una vez hubo llegado cayo de rodillas. Sus ojos veían fijamente a Stacy. Ella sonrió y le acaricio la cabeza como si fuera su perro fiel.

- Es tu turno – dijo ella mientras abría las piernas.

Mientras Setri le practicaba sexo oral, Stacy contemplaba la luna, se sentía al fin realizada, al fin ocupaba el puesto que ella siempre había merecido. Que el hechicero y más fiel sirviente de él rey se ocupara de su entrepierna simbolizaba el puesto que Setri ocuparía a partir de ahora. Ella tampoco lo amaba en absoluto, esa era una estúpida y absurda cualidad que solo los humanos tenían. No, para nada. Ella quería a Setri solo como aliado, como sirviente y como juguete sexual.

Aparto la vista de la luna, acaricio la cabeza de Setri y dijo.

- Este será nuestro reino a partir de ahora.

Setri pareció no haberla escuchado, estaba demasiado ocupado como para prestar atención a sus palabras.

- Es más humano que yo – pensó Stacy mientras volvía su atención de nuevo a la luna y a los cielos que empezaban a tornarse más negros a cada minuto.

Brooke supo de inmediato, al ver que el día se quedaría sumido en tinieblas, que aquello tenía que ser obra de la bruja Stacy. Quantum no permitiría jamás que la oscuridad se prolongara más allá de lo establecido por las leyes de la naturaleza. Era demasiado arriesgado, porque aunque eso significaba que las criaturas tendrían mayor poder y vitalidad, también significaba que tarde o temprano se verían forzados a dormir. Dormir de noche los volvía vulnerables ante un posible ataque de las legiones. Las legiones estaban por debajo de las criaturas en un nivel estrictamente jerárquico. Durante siglos habían trabajado en conjunto con el reino de las criaturas, pero ahora, bajo el mando de Stacy, con toda seguridad se volverían en su contra. Se desataría una guerra, en la que, con toda seguridad, los humanos quedarían en medio del fuego cruzado. Y ahora, allí, sentada frente a la chimenea, Brooke esperaba, esperaba a que sus hermanos volvieran para poder construir un plan, un plan de batalla que les permitiría hacerle frente a Stacy y las legiones.

Entonces recordó lo que Rob había dicho, que aun combatiendo los tres, tendrían pocas posibilidades de derrotar a Stacy, Brooke sabía que esto era cierto, incluso le pareció que Rob había sido demasiado optimista, pues ella creía que sus posibilidades no eran más altas que las que tiene el sistema solar de ser tragado por un agujero negro, o serían en todo caso iguales, a las que tendría cualquier mortal de ser alcanzado dos veces consecutivas por un rayo. Pero una pregunta más que ninguna otra aparecía en su cabeza, y por más que se esforzaba en apartarla, está

siempre volvía, era como el zumbido de un insecto molesto.

¿Qué habrá pasado con Quantum? ¿Acaso el permitiría que Stacy tomara el control del reino? ¿Acaso Stacy habría sido capaz de matarlo? Muy a su pesar, Brooke creía conocer la respuesta. ¡Si! Era eso. Stacy había matado a Quantum, con toda seguridad usando sus poderes de bruja. Unos poderes tan fuertes y espectaculares que le habían ganado un lugar privilegiado en el reino de las criaturas. Unos poderes que se habían ganado el respeto y el temor del mismísimo Quantum.

De pronto sintió una profunda tristeza y descubrió para su sorpresa que una lágrima le resbalaba por la mejilla. Eso era sin duda algo que provenía de su lado humano. Quantum había sido para ella como un padre, la había acogido sin poner ningún tipo de distinción entre ella y sus hijos varones. Las criaturas femeninas eran escasas en el reino, Brooke pensó que no había visto más de una docena desde que ella era niña. La razón era sencilla, las criaturas femeninas no producían descendencia, tenían poderes considerablemente inferiores a su contraparte masculina y casi siempre eran desterradas a vivir con los humanos. Con el tiempo las criaturas terminaban volviéndose casi totalmente humanas. Perdían todo rastro de su poder y al final el único distintivo que las acompañaba hasta la tumba era su esterilidad y su extraordinaria belleza. Brooke pensaba que con el tiempo ellas mismas se olvidaban de su origen no humano.

Todo lo que ella sabía sobre sus progenitores, era que su madre pertenecía o había pertenecido a los humanos. Su padre, por otro lado, había sido una criatura encargada de preñar a las humanas, tal como su hermano Rob tenía que hacerlo ahora. Ella había sido la única fémina nacida en esa temporada y su padre (que también era el padre de Rob, Dean y otras criaturas más) había muerto poco después en circunstancias extrañas. Unas circunstancias, que, ahora que lo pensaba, coincidían extrañamente con la llegada de un hombre al reino, un hombre de aspecto inquietante que se hacía llamar el Príncipe Setri y del que se decía provenía de las tierras bajas del inframundo y era tan poderoso como la mismísima Stacy. Tal vez incluso más.

Seguía pensando en aquellas cosas, cuando de pronto escucho que alguien subía las escaleras. Eran unas pisadas fuertes, con toda seguridad producidas por algo tan grande que los escalones retumbaban y crujían bajo su monstruoso peso. Brooke se levantó rápidamente y corrió a ocultarse tras de la puerta.

La cosa monstruosa que había subido las escaleras entro a la habitación. Brooke lo vio de espaldas. Trataba de contener el aliento ante tan maligna presencia. La cosa frente a ella era enorme, más de 2 metros y medio de estatura y tenía alas. Brooke cerró los ojos y rebusco en su mente hasta que encontró el nombre de aquella criatura. Era Aballah el comandante de las legiones. Y sabía que estaba allí por una única razón: matar a las criaturas y comenzar la guerra.

El edificio Charleston en el centro de la ciudad, es la sede de muchas compañías extranjeras presentes en el estado. Tan alto que casi podría considerarse un rascacielos en la pequeña ciudad de Laredo, Texas y de una base tan ancha casi del tamaño de una pista de atletismo. En el piso 17 de él edificio Charleston, antaño utilizado como sede para transmitir noticias, programas de radio local y alguno que otro show televisivo barato se hallaba totalmente a oscuras (como el resto de la ciudad, el país y quizá el mundo entero). El reloj de pared en forma de ovoide marcaba las 12:20 pm de un viernes. Pero afuera, la ciudad seguía tan sumida en la oscuridad, como si fuera medianoche. Ese día se habían suspendido las labores en casi todo el edificio. Solo algunos veladores se paseaban inquietos por los pasillos, ayudados por la luz de su teléfono celular como única fuente de iluminación habían abierto las puertas como todos los días a las 6 am del viernes.

Los empleados del turno matutino comenzaron a llegar, pero rápidamente se dieron cuenta que algo andaba mal, probablemente muchos de ellos pensaron que sus relojes o sus teléfonos habían perdido, por alguna extraña razón, la noción de las horas. Todo cambio cuando las cadenas de noticias locales y nacionales abandonaron todo acontecimiento relevante del momento para centrarse en una sola noticia: La ausencia de luz solar a las primeras horas de la mañana. Algunos portavoces de los noticieros, como el veterano Christopher Simmons se mostraron optimistas, alegando que el problema se resolvería pronto. Algunos más se aventuraron a decir que antes del mediodía, la luz del sol sería tan intensa como cualquier otro día. Pero al paso de los minutos, marcados por la incalculable cantidad de relojes en Norteamérica, se fue haciendo palpable que tal cosa no ocurriría. En el horizonte, por donde debía brillar el sol en todo su esplendor, no había otra cosa que negrura. Oscuridad y más oscuridad.

Alrededor de las 10 am cesaron actividades, no solo en el edificio Charleston, sino en edificios y oficinas aledañas. Los centros comerciales se mantuvieron abiertos hasta mediodía, cuando el pavor de los empleados fue tan grande que decidieron irse a sus casas. Aparentemente muchos de ellos creyendo que el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina, robaron cuanto pudieron y se marcharon sin que nadie fuera capaz de detenerlos. Dios sabe que en situaciones crisis los actos de rapiña suelen ser usuales, pero aquello parecía un auténtico éxodo de ladrones. La paranoia iba en aumento y algunas cadenas de noticias reportaron gran cantidad de suicidios en todas las ciudades de Estados Unidos, México y algunos otros países. Quizá uno de los casos más sonados durante aquellas primeras horas de oscuridad, fue la de un padre que, convencido que el fin del mundo había llegado y que Satan llamaría a su puerta en cualquier momento para llevarlo al infierno, mató a su esposa, a su cuñada (que estaba de visita) y a sus tres hijos (dos pequeñas gemelas y un varón que cursaba quinto grado). Terminado el asunto el mismo se metió una bala en el cerebro. En los días de sol, aquello hubiera sido un auténtico escándalo noticioso, pero en el primer día de oscuridad, casos como ese, fueron apareciendo por todas partes, emergían de la nada como topos que salen de sus guaridas, como bestias que abandonaban las cuevas.

A las 12:30 la mayor parte de la ciudad se hallaba en silencio. El edificio Charleston se erigía en el centro (con la bandera de Estados Unidos ondeando a sus pies en completa oscuridad) como si fuera el único vestigio de una raza agonizante.

Al contrario del silencioso piso 17, en la planta baja del edificio se hallaba un pequeño grupo de personas. Estaban sentados alrededor de un televisor, tal y como lo harían los excursionistas alrededor de una fogata en medio del bosque. Era un grupo de aproximadamente 20 personas, la mayoría de ellos empleados que, al no tener a nadie que los esperara en casa, habían decidido quedarse con sus compañeros de trabajo. Sin embargo, no todos eran unos desconocidos. Entre el grupo, había algunas personalidades de mediana popularidad. Entre ellas estaba el reverendo Jimmy Wayne, que había llegado temprano para conversar con Christopher Simmons acerca del inminente fin del mundo.

- ¿Es esta una señal de que el apocalipsis está cerca? – había preguntado Simmons mientras se ajustaba las enormes gafas montura de Carey que usaba a diario en el noticiero.

- Estoy convencido que así es – había respondido Jimmy Wayne – El periodo de oscuridad antecede a la segunda venida de Cristo.

Después de oír aquello Simmons tuvo que disculparse ante la audiencia, había caminado unos cuantos pasos con intenciones de ir al sanitario y había caído desmayado. Presa del miedo, de algún subidón en su tensión arterial o de ambas cosas.

Jimmy Wayne se hizo cargo de la situación, al menos en cuanto a lo televisivo, y había recitado ante la cámara (y ante miles de espectadores) un padre nuestro, el salmo 23, el salmo 91

y habría comenzado con el rosario, de no ser porque el productor, un hombre afroamericano de duros modales, le gritó que dejara de asustar a la gente. El reverendo se levantó y a falta de poder orar frente a la cámara, había ido a la planta baja y había esnifado una cantidad considerable de cocaína. Aquello le hizo recuperar el ánimo y le quitó el miedo, un miedo que también él sentía igual que todos los demás. Pues muy en el fondo, Jimmy Wayne sabía que si Cristo venía de verdad, muy seguramente él no sería uno de los elegidos para acompañarlo al cielo.

Ahora, sentado frente al televisor, Jimmy Wayne veía el rostro de los demás, veía miedo y verdadera preocupación en aquellos rostros pálidos y sabía que nada de lo que él pudiera decirles les tranquilizaría. Así que se limitó a suspirar tragándose con ello un sermón que solía dar a los adeptos de su iglesia todos los domingos por la mañana.

Otra de las personalidades “famosas” (a parte del reverendo y el periodista Simmons) era el jugador de fútbol Bill Reynolds. Bill era un chico alto, musculoso y de poco más de 1.80 de estatura. Estaba allí porque ese día acudía a una entrevista ofrecida por una cadena de radio local (entrevista que por supuesto no se realizó). El día anterior había estado muy emocionado, ensayando hasta altas horas de la noche frente al espejo algunas gesticulaciones que pudieran resultarle atractivas a Sarah Adams, la chica que le gustaba desde que estaba en la high school. Bill era apuesto y tenía a algunas chicas intentando atraparlo, pero él seguía prendado de la belleza y personalidad de Sarah. Ahora, mientras miraba el televisor, pensaba en Sarah. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Estaría tan asustada como todos por la oscuridad? ¿O acaso Sarah sería tan valiente y centrada para no creer las patrañas de las que hablaban los tipos como Jimmy Wayne? Bill suspiró pensando en lo hermoso que sería que Sarah le telefonara. – No me importaría ir a buscarla en medio de la oscuridad – pensó.

- ¿Oyeron eso? – dijo una mujer sentada frente a Bill. Bill desvió la mirada y vio a una mujer joven, quizá de no más de 30 años vestida de enfermera.

La enfermera se levantó con una expresión alerta en el rostro. Miro de un lado a otro ansiosa.

- Calma, hija – dijo Jimmy Wayne.

La mujer apenas se volvió a mirarlo, como si el reverendo no estuviera allí y hubiera escuchado la voz de un fantasma.

- Shhh... - dijo la mujer – Apaguen esa cosa – dijo señalando el televisor.

- ¿Qué demonios? – dijo un hombre vestido con un overol que lo identificaba como empleado de limpieza del Charleston.

- Cálmate, afuera no hay nada – dijo una mujer que se levantó y le tocó el hombro a la enfermera. Ella se volvió a mirarla pero tenía la misma expresión que cuando había hablado el reverendo.

Bill había vuelto a sumergirse en sus pensamientos, creyendo solamente que lo que la mujer decía era producto del miedo, cuando de pronto también lo escuchó. Mejor dicho todos en la sala lo escucharon. Se les veía en los ojos, no hacía falta hablar. Incluso Jimmy Wayne parecía asustado.

El ruido en el exterior se intensificó y todos los captaron con escalofriante claridad. Era un alateo. Algo enorme volaba afuera. Bill trago saliva intentado serenarse, pero entonces un grito quebró de súbito sus intenciones. La mujer que se había levantado con intenciones de tranquilizar a la enfermera gritó tan fuerte que todos voltearon inmediatamente a ver lo ocurría.

- ¡Santo Cielo! – dijo Christopher Simmons.

Bill sintió que gritaría también, pero logró contenerse en el último segundo. Aun así sintió que el miedo alcanzaba límites intolerables. Afuera, apostado contra la pared había una criatura humanoide con enormes alas. Observaba a la multitud con extrema quietud. Sus ojos eran humanos

como los de cualquiera, pero su apariencia era la de un monstruo caricaturesco, tal como si hubiera sido dibujado por la mano de un preescolar.

Bill sintió que no podía estar más asustado, pero se equivocaba. De pronto una mano le tocó el hombro y se sobresaltó de tal forma, que en otras circunstancias hubiera resultado gracioso.

- No quise asustarte – dijo Jimmy Wayne

Bill respiró aliviado mientras su corazón aun luchaba por recuperar su ritmo normal.

- Se los dije – advirtió el reverendo, paseando la mirada por todos los presentes.- Es el fin del mundo.

Todos lo miraron pero nadie se atrevió a rebatir su argumento. Un argumento que todos empezaban a creer como verdadero.

10

Ibrahim Al Khali estaba por cumplir 10 años de prisión en la penitenciaría de máxima seguridad ADX Florence en Colorado, Estados Unidos, tras recibir su condena por los cargos de terrorismo y secuestro. Al Khali había intentado, además detonar una bomba en un vuelo comercial en 2008 y era responsable directo del asesinato de algunos ministros y funcionarios del gobierno estadounidense. Ahora, confinado en su diminuta celda en la que pasaba 23 horas al día encerrado sin ver la luz del sol, Al Khali sabía que algo andaba mal, aun dentro de su limitado espacio lo sabía, había algo que no cuadraba. Para empezar, no había recibido alimento desde la noche anterior y ahora el pasillo parecía extrañamente silencioso. De acuerdo, el pasillo siempre era silencioso pero ahora, era algo más que un silencio. Era un vacío sepulcral, un silencio incómodo y escalofriante. Al Khali se levantó de la cama, sus 1.90 de estatura proyectaron una sombra enorme en el suelo. Asomó la cabeza por la diminuta ventanilla y vio que seguía siendo de noche. Era extraño, pues su ritmo circadiano le decía que debía haber luz en el exterior. Observó un poco más allá, hasta donde su vista se lo permitió y pudo ver el enorme muro que separaba la penitenciaría del mundo exterior. Las torres de vigilancia permanecían iluminadas pero no había rastro de movimiento. El terrorista desvió tan solo unos segundos la mirada hacia su celda, pues creía haber oído pasos en el pasillo. Los guardias vuelven al fin – pensó. Cuando volvió la vista a la ventanilla vio un resplandor como el de un millón de soles. Lo primero que pensó fue que un meteorito había llegado a la tierra. Corrió a una de las esquinas de su celda, se agazapó y se cubrió los oídos con ambas manos, esperando el fin. Oyó la explosión, tan fuerte como la de una bomba. El suelo en sus pies tembló y Al Khali se levantó torpemente, estaba aturdido y una nube de escombros se cernía ante sus ojos. Los oídos le zumbaban por la explosión y el humo estaba sofocándolo, tosió e hizo arcadas mientras se tambaleaba como un borracho hacia el exterior. La explosión había sido suficiente para quebrar uno de los muros de su celda. Avanzó a tientas, como un ciego en medio de la oscuridad. No podía ver mucho más allá de su propia nariz. Se tapó la nariz con la mano en un patético intento por no respirar el intenso y negro humo. Finalmente consiguió salir al exterior, tenía los ojos severamente irritados pero aun así pudo divisar la cárcel, ahora reducida a un montón de escombros. Vio las torres de vigilancia derruidas, el edificio principal había sido partido a la mitad, como si un gigante con un hacha le hubiera dado un gran golpe. Al Khali miró en derredor y distinguió algunos cuerpos en el suelo. Algunos yacían enteros pero otros eran solo despojos parcialmente completos de sus compañeros de prisión. Le resultaba increíble que hubiera podido sobrevivir. Frente a él, se alzaba una columna de humo negro intenso, algo se consumía lentamente allí. Tosió una vez más, lo hizo tan violentamente que el pecho entero le dolió. Cayó de rodillas en un golpe seco y doloroso. Cuando finalmente pudo

erguir la cabeza, pudo ver que el intenso humo iba menguando y que detrás había una silueta. Era una silueta como la de un hombre, salvo por el escalofriante detalle de que tenía alas. Enormes alas como las de los arcángeles. Solo que aquello no era una entidad benigna, sino todo lo contrario.

La cosa empezó a dar pasos en su dirección, Al Khali trato de levantarse pero estaba demasiado aturdido para lograrlo. Cerró los ojos esperando lo peor. No pasó nada. Solo podía sentir la presencia frente a él. Era una presencia densa y nociva.

- Ibrahim Al Khali – dijo la cosa frente a él con voz cavernosa.

Al Khali abrió los ojos y sintió que algo caliente le corría por las piernas. Se había orinado. A pesar de ser un sanguinario terrorista la visión del diablo le asustaba tanto como a cualquiera. Solo que aquello no era el diablo, sino un demonio de bajo rango perteneciente al submundo de las legiones. El demonio estiro su mano y tomo a Al Khali por el cuello. La fuerza era tal que lo levanto sin problemas del suelo. Al Khali pateaba y se retorció, logro aferrar con sus manos el musculoso brazo de la cosa, pero el contacto le quemó y las retiró de inmediato. Estaba sumergiéndose en la inconciencia cuando vio que alguien se aproximaba. Este no parecía un demonio, sino todo lo contrario, Al khali pensó que era un hombre común y corriente y tuvo tiempo para pensar también que sus ropas negras estaban totalmente fuera de lugar.

- Bájalo, ahora mismo – dijo el hombre que había aparecido desde detrás. El demonio volvió la mirada, soltó un gruñido y soltó a Al Khali.

- El reino no les pertenece – dijo el demonio – Tenemos el permiso de su reina para estar aquí – concluyo con voz cavernosa. Se volvió y encaró al hombre que había llegado. Detrás, Al Khali se retorció y jadeaba intentando recuperar el aliento.

- Ella no es nuestra reina – dijo el hombre, que no era otro que Dean.

- ¡Lárgate! – chilló el demonio.

- No, tu eres el que se va – dijo Dean esbozando una sonrisa malévol.

El demonio avanzó hacia él. Parecía un toro a punto de embestir. Gruñía y bufaba como una bestia. Lanzo un zarpazo pero Dean lo esquivo con facilidad contorsionándose de una forma imposible. La bestia grito y lanzo más zarpazos al aire. Ninguno dio en el blanco.

- Lárgate o morirás – dijo Dean desde detrás de la bestia. En ese momento estaba frente a Al Khali que miraba todo con expresión estupefacta y curiosa a la vez.

- ¡Jamás! – chilló la bestia. Corrió de nuevo decidió a embestir al hombre. Esta vez Dean no se movió. Cuando la bestia soltó el zarpazo Dean apreso su musculoso brazo. La bestia trato de liberarse pero le fue imposible.

- No olvides de dónde vienes – dijo Dean y acto seguido apretó el brazo de la bestia. La bestia aulló y se escuchó un crujido de huesos. Trato de atacar con su brazo libre pero antes de que pudiera hacerlo Dean le rompió completamente el brazo que mantenía apesado. Le soltó y la bestia retrocedió aullando de dolor. Desplego sus alas dispuesto a huir, pero antes de que pudiera alzar el vuelo, Dean adquirió su forma espectral. Esa forma encapuchada y sin rostro. La bestia se dio cuenta demasiado tarde de quien se trataba, intento volar pero de pronto una neblinosa y fantasmagórica presencia atravesó su musculoso cuerpo. La bestia hizo una última mueca antes de caer al suelo. Muerto. La presencia fantasmal floto unos instantes más en el aire y después descendió materializándose de nuevo en un cuerpo humano.

Dean echo un último vistazo al cuerpo de la bestia y avanzó hacia Al Khali. Este seguía en un estado cercano a la catatonía. Tan solo alzó la vista para ver el rostro de Dean. Este le extendió la mano y dijo:

- Al Khali ven conmigo si quieres vivir.

Al Khali lo miro unos instantes, dudando. Finalmente extendió la mano y sintió como se recuperaba súbitamente de un momento a otro. Una magia oscura le había aliviado. Dean no hablo más, no hacía falta. Al contacto le había transmitido la información al terrorista. Al Khali lo miro y asintió. Tenía una nueva misión.

11

- ¡No podemos usarlos como peones en un juego de ajedrez! – chillo Brooke.
- No tenemos más opción – respondió Rob mientras se servía más vino en su copa.

Estaban en la misma habitación donde Brooke había visto la siniestra presencia de Aballah el comandante de las legiones. Había tenido suerte de que esté, no la hubiera visto y se retirara tan pronto como había llegado.

- Debe... Debe haber otra forma Rob – Brooke lo miro con ojos melancólicos. Estaba de pie y la luz de la luna iluminaba su rostro dándole un aspecto divino. Como el de un hada de cuentos.

- Me temo que no – dijo Rob, dio un sorbo a su copa y añadió: - No podemos enfrentarnos solos nosotros tres a Stacy y a las legiones. No tendríamos ninguna oportunidad de vencer y lo sabes.

Brooke se limitó a cruzar los brazos y bajar la mirada.

- Mira – dijo Rob acercándose a ella y rodeándola con el brazo – Dean se encargara de la pelea aquí. El dirigirá a los humanos para hacer frente a las legiones. No sabemos cuánto tiempo nos tome derrocar a Stacy, pero necesitaremos toda la ayuda posible. ¿Entiendes?

- Entiendo – dijo Brooke en apenas un susurro.

- Bien hermanita – dijo Rob estrechándola en sus brazos. Ella alzo la mirada y el vio que había lágrimas en sus ojos.

- Todo estará bien. – replicó él. – Pero antes debemos encontrar a las mujeres que escaparon, debemos recuperar al bebé que se llevaron con ellas.

Brooke asintió y dijo:

- Yo me encargare de eso.

12

El reverendo Jimmy Wayne dormía en una silla giratoria detrás del escritorio dentro de una oficina. Después de contemplar cara a cara a aquella criatura salida del inframundo, había dado uno de sus acostumbrados sermones a la multitud, las mujeres lloraban y los hombres oraban o se limitaban a escucharlo con expresión de incredulidad. Una incredulidad que poco a poco se iba disipando mientras el reverendo hablaba. Por primera y única vez tenía pruebas de que el infierno existía y que los estaba alcanzando. Después de eso se disculpó ante sus nuevos adeptos alegando que tenía un mensaje importante de Dios y debía estar en completa soledad para poder hablar con él. Así que se retiró a una de las oficinas vacías, corrió las persianas y se acurruco en la silla. Antes de quedarse dormido revolvió las cosas en la oficina y hayo una botella de whisky casi nueva. La abrió, cuidándose de que nadie estuviera viendo a través de las persianas y le dio un buen trago. Minutos después el reverendo Jimmy Wayne dormía con la botella de whisky en su regazo.

Entonces oyó una voz, después de todo no me he equivocado – pensó – Dios de verdad va a

hablarme. Cobro conciencia de que estaba soñando e intento despertar pero le fue imposible. Algo lo estaba llamando, algo lo retenía. Solo que no era Dios, sino una entidad oscura y mortífera. Jimmy Wayne se veía a si mismo en la habitación dormido. Se miró las palmas de las manos y vio que eran casi transparentes. Esto lo asusto y trato de correr a su cuerpo. Pero ante si había una barrera invisible infranqueable. No volveré a tomar – pensó – Dios ayúdame. Entonces oyó de nuevo la voz. Era una voz humana, varonil, casi sensual.

- Jimmy – dijo la voz. – Ven aquí.

El reverendo volvió la cabeza. No vio nada. Echo un segundo vistazo mientras un escalofrío glacial le recorría la espalda. Entonces lo vio. Era un hombre vestido con una larga túnica negra. Llevaba una capucha del mismo color y sus manos eran pálidas y huesudas.

- Ven aquí – repitió la voz. Entonces el hombre se quitó la capucha y Jimmy Wayne se sintió maravillado durante unos instantes. Era un hombre verdaderamente apuesto, con un tatuaje de calavera en la mejilla que le pareció sexy.

Sin pensarlo comenzó a caminar hacia él. Como atraído por una fuerza de gravedad emanada por la criatura. Cuando estuvo finalmente frente a él, el hombre extendió las manos

- Toma mis manos – dijo

Jimmy Wayne tardo unos instantes en reaccionar, estaba en una especie de trance hipnótico mirando aquellas manos perfectas y varoniles.

- ¡Dios, es tan hermoso! – pensó el reverendo. – Si todos los demonios son así quiero ir con ellos.

Finalmente estiró sus manos y cuando las gélidas manos de Dean le tocaron sintió una especie de corriente atravesar su cuerpo de pies a cabeza. Jimmy Wayne quiso gritar pero solo logro emitir un débil gemido asustadizo.

Levantó la mirada y vio que los ojos del hombre brillaban con un resplandor hermoso y sobrenatural.

- Es la belleza de la muerte – pensó Jimmy Wayne

El hombre asintió como si pudiera leer sus pensamientos, sonrió y abrió la boca lentamente para decir:

- Te necesito Jimmy Wayne

El reverendo se mostró confundido, pero de pronto todas las preguntas que estaba pensando hacer le fueron contestadas. Fue como un maremoto de información en su cerebro. Sintió una fuerte sacudida en la cabeza como si le hubieran golpeado con un martillo. Dean le soltó las manos y el reverendo quedo unos segundos allí, de pie, tambaleante y aturdido. Cuando recupero el control sobre sí mismo, el hombre ya había desaparecido.

Súbitamente despertó y la botella de whisky casi se le cayó al piso. Apenas logro asirla del cuello. Se levantó de la silla y salió de la oficina con una sola idea en mente. Debía llegar a la iglesia para hablar con él. Con la muerte. Con el hombre que tan hermoso le había parecido. Eso le había dicho el, en el momento que le azoto una descarga de información directo a la cabeza.

El reverendo se encamino a la salida sin decir palabra alguna a los hombres y mujeres que le hablaron desde el vestíbulo. Salió a la noche donde al alzar la mirada vio decenas de criaturas voladoras como la que había visto en la ventana. Avanzo firme y sin miedo alguno. Pues sabía, de alguna extraña manera, que el hombre de la muerte le protegería de aquellas cosas voladoras. Fueran lo que fueran Jimmy Wayne no les temía más.

Dos mujeres y un bebé caminaban en la oscuridad. Estaban dentro de una casa muy bien construida pero aparentemente deshabitada. Una de ellas sollozaba, aun sintiendo los incómodos efectos del miedo. Y no era para menos, las horribles criaturas de las que estaban ocultándose parecían haberse apoderado de la ciudad entera y quizá hasta del mundo entero. Las mujeres subieron a la planta alta. La escalera era vieja y crujía bajo su peso a cada paso que daban. Arriba había dos habitaciones vacías. En una de ellas había juguetes de todo tipo, pelotas, muñecas, peluches, además de juegos de mesa. La cama era sencilla y pequeña, pero bastante cómoda. Madeleine abrió las persianas, no sin antes asegurarse que no hubiera criaturas voladoras merodeando por allí. La luz mortecina de la luna se coló en la habitación. Era una luz brillante y más que suficiente. Observo el rostro pálido y angustiado de Martha y le hizo una seña para que le entregara al bebé.

Martha asintió. En sus ojos se mezclaban un sinfín de emociones, distinguir las todas hubiera sido imposible en ese momento. Pero más allá de eso, sus ojos, tanto como los de Madeleine denotaban un profundo cansancio.

Había un reloj sobre la cómoda. Este marcaba en ese momento las 3:33 de la tarde, pero afuera, seguía tan oscuro como si la tierra hubiera olvidado como realizar la rotación. Encadenando a ese lado del planeta a la oscuridad eterna.

Madeleine tomó al bebé arrullándolo entre sus brazos, lo recostó sobre la cama y lo tapó con las cobijas. Sin saber el motivo, besó al niño en la frente y fue entonces cuando descubrió algo hermoso dentro de sí. Era un amor que hasta entonces ella no había conocido, lo había oído alguna vez de boca de su madre, de su abuela y de otras tantas personas que tenían hijos, pero que no creía hasta ahora. Ese amor era más fuerte y más puro que cualquier otro tipo de amor en el mundo. Era el amor de Madre. De acuerdo el niño no era hijo suyo (era hijo de una de las dos prisioneras que acabaron muertas en las sucias mazmorras) pero, al contemplar a aquella criatura indefensa y pequeña ante sí, su mente se encargó de llenar de manera inconsciente ese vacío que la muerte de su propio hijo había dejado y ella supo, en ese momento que daría la vida por esos pequeños ser si hiciera falta.

Se apartó de la cama y vio a Martha sentada, recargada contra el suelo. Tenía la cabeza contra sus rodillas y Madeleine supo que se había quedado dormida.

Había decidido que bajaría a inspeccionar la cocina, quizá queda algo de comida en el refrigerador – pensó. Odiaba la idea de tener que hacerlo sola, sobre todo porque podría toparse con alguna sorpresa desagradable. Quizá se encontraría de frente con alguna de esas diabólicas criaturas o quizá con los cadáveres de los ocupantes de aquella casa. Con toda seguridad esos cadáveres le devolverían una mirada acusadora como diciendo: *¿Qué haces en mi casa? Esas cosas nos mataron así que no molestes. Lárgate.*

Sacudió la cabeza intentando alejar esos pensamientos y antes de partir de la habitación, se quedó de pie, allí, un momento contemplando a las dos figuras durmientes frente a ella. Por primera vez se tomó el tiempo de mirar a Martha, sin que su vida corriera ningún peligro (al menos de momento), vio que era más joven que ella, que tenía ya 27 años, vio, también, que era delgada y muy bonita y que su cabello era largo y perfecto. Pero sobre todo, se quedó pensando, mientras la miraba en que tenía que hablar con ella. Necesitaba preguntarle si también ella había sido torpemente engatusada por él. El hombre al que la bruja había llamado Rob. Pensó que era muy probable, pues después de todo Rob era un hombre muy apuesto y había algo en él que Madeleine no había encontrado en otros hombres. ¿Una especie de magia? Quizá. De pronto se encontró recordando cómo había sido conocer a Rob, en lo tontamente enamorada que ella se había sentido, en la vez que hicieron el amor por primera y única vez. Fue allí, donde recordó un

detalle escalofriante: El pene de Rob era demasiado frío. Era gélido, casi como un cubo de hielo. Creyó recordar que significaba eso. Lo había leído en alguna parte. ¿Qué era?... de momento no pudo recordar nada más.

Finalmente su mente regreso al presente. Al oscuro aquí y ahora. Echo un último vistazo al bebé y tras comprobar que dormía plácidamente, bajo las escaleras en busca de algo de alimento. No había tenido demasiado apetito mientras se encontraba en plena huida, pero ahora, pasado el susto inicial, su cuerpo estaba recordándole, de manera dolorosa, que debía comer.

En la cocina no había mucho que ver (ni que comer), tomó unas cuantas frutas, que estaban comenzando a ablandarse demasiado, y hayo un poco de leche en el refrigerador. No quiso arriesgarse a encender la luz, pues podía llamar la atención de las cosas voladoras allá afuera. Así que debía conformarse con lo poco que pudo encontrar. Salió de la cocina, pero antes de que llegara a las escaleras, tropezó con un bulto en el suelo. Bajo la vista y aun en la penumbra, identifico lo que era, no era un bulto cualquiera, sino un cadáver. Madeleine soltó un grito ahogado. Se llevó la mano a la boca para evitar que esté pudiera ser escuchado en el exterior. Retrocedió y entonces, con la luz de la luna colándose al interior, pudo ver que había otros tres cadáveres allí. Había tropezado con el cuerpo de un hombre, pero más allá, había el cuerpo de una mujer y dos niños. Se levantó, aun con la adrenalina inundando su sistema, y se acercó a los cadáveres. Los miro detenidamente unos instantes y pudo ver, que tenían unos pequeños agujeros, apenas más grandes que los que deja una bala, distribuidos en varias partes del cuerpo. A Madeleine le recordó a los agujeros que hacen en las cirugías laparoscópicas. Los cuerpos no pesaban, eran anormalmente ligeros, como si jamás hubieran contenido órganos y vísceras en su interior. Eran poco menos que carcasas huecas e inútiles.

El cuerpo de la mujer había quedado boca arriba, tenía una expresión de terror dibujada en el rostro. Pero, por lejos, lo más horripilante de aquella situación era que, ninguno de los cadáveres tenía ojos. No les habían sido arrancados, como en las películas de terror, más bien, era como si les hubieran reemplazado los ojos por una sustancia gelatinosa y viscosa color negro. Madeleine, muy a su pesar, se acercó a ver con más detenimiento el rostro de la desdichada mujer y cuando vio lo que había en aquella sustancia gelatinosa que ahora eran los ojos, retrocedió tambaleante y dejo caer las frutas y la leche al suelo. Parecía una pesadilla, pero era real. Dentro de aquella sustancia negra y viscosa había gusanos. Gusanos revolviéndose de un lado a otro. Parásitos condensados en una masa extraña y asquerosa, que ella nunca (ni nadie) había visto antes.

Madeleine luchó contra el deseo de vomitar, recogió las cosas que habían caído al suelo y se apresuró a subir las escaleras. Martha y el bebé seguían durmiendo. Madeleine pensó que en algún momento Martha debió haberse despertado, ya que ahora yacía en la cama con el pequeño. Estaba tan horrorizada por lo que había visto abajo, que no se percató de la presencia de una criatura, que estaba sentada en el suelo, en una de las esquinas de la habitación.

En un sitio casi inaccesible a los humanos, pero que se halla, paradójicamente, demasiado cerca, existe el reino de las criaturas de la noche. Un submundo donde la oscuridad eterna y el frío glacial son como la luz del día y el oxígeno de la superficie. Es un mundo hostil. Quizá lo más parecido que la raza humana a visitado, se halla a 11 km de profundidad oceánica, en el famoso trecho de las marianas.

El reino (hasta hace poco al mando de Quantum El Grande) fue desterrado a las tierras altas del inframundo desde los principios de la creación. Se dice que existe un único pasaje con el que cualquier mortal podría descender. Se dice, también, que este pasaje tiene su fin en las tierras

bajas del inframundo. Las tierras que por norma pertenecen a las legiones de demonios y al mismísimo Satán. Cualquier habitante del reino de las criaturas podría dar fe de eso. Y podría dar fe, también, de que ocasionalmente las almas pasan una estadía breve en el reino, antes de su descenso a los infiernos. Incluso se dice que algunas almas logran quedarse allí, materializándose y personificándose poco a poco a fin de tomar la forma de un habitante cualquiera del reino de las criaturas. Satán podría reclamar esa alma pasado algún tiempo, pero su poder se ve limitado por la misma fuerza que lo mantiene encadenado en el lecho del infierno. Es por esa razón que muchos auténticos demonios pueden colarse de tanto en tanto en el reino de las criaturas. A Dios parece no importarle esta situación pues al fin y al cabo ambos (criaturas y legiones) quedan sujetos a su dominio. Lo que parece ignorar u olvidar de vez en cuando, es que los habitantes de las tierras altas del inframundo con frecuencia pueden ascender a la superficie y causar toda clase de horrores. Es pues, probablemente así como dos entidades oscuras y de características demoniacas han logrado llegar tan alto. Tan alto como para ocupar el trono en el reino de las criaturas. Seres tan hábiles y ambiciosos que entre sus planes figura una alianza con los demonios del inframundo, con el único propósito de traicionarles una vez conseguidos sus oscuros objetivos.

En lo alto del balcón asoman entonces, no una, sino las dos entidades. Una en forma de mujer. Una mujer tan hermosa como peligrosa. La otra figura aparece a su lado. Es un hombre. Un hombre oscuro, conocido en las tierras bajas como el Príncipe Setri.

Entonces, los habitantes del reino se postran ante ellos. Los alaban y les temen al mismo tiempo. No saben que ha pasado con Quantum el grande. Pero temen averiguarlo, temen toparse de frente con los inimaginables poderes de la bruja y el hechicero. Saben también, que hay tres como ellos arriba, en la superficie, con los humanos. Pero no albergan ninguna esperanza de que ellos puedan derrotar a las entidades que se ven obligados a alabar. Por un momento dudan, que incluso Satán y los altos oficiales del averno puedan derrotarlos. Y de pronto, como suele suceder cuando se siente miedo, se acuerdan de Dios. Saben que él es el único que puede vencerles.

Bill Reynolds sostenía el móvil en la mano. Había intentado llamar en más de una decena de ocasiones a su casa. Marco una vez más y el resultado fue el mismo de todas las veces anteriores. Nada. Ni siquiera la estática, ni la molesta contestadora automática. Guardo el móvil (que estaba quedándose sin batería) y echo un último vistazo a la hora. Las 6:26 pm. Pronto se cumplirían 24 horas de oscuridad y Bill, que en un principio se decantó por creer lo que decían los noticieros, estaba ahora realmente preocupado. ¿Qué sería de su vida, si tuviera que quedarse atrapado en el edificio Charleston? ¿Dónde estarían sus padres ahora? ¿Acaso las criaturas con cara de demonio los habían matado ya? ¿Y si no solo sus padres estuvieran muertos, sino también el resto del mundo? Ese mundo que por supuesto incluía a la sensual Sarah Adams. Sarah le preocupaba casi tanto como sus padres, y pensó que si tuviera su número haría el intento de llamarla. Con toda seguridad ella contestaría con un cortés Hola, para después preguntar quién carajos llamaba. ¿Bill? No conozco ningún Bill, respondería ella con esa voz de soprano hermosa que tenía.

Bill suspiro y trato en vano de alejar todo pensamiento que tuviera que ver con la humanidad de Sarah Adams. Se quedó de pie, allí, mirando hacia el exterior. Hacia la oscuridad. Con las manos en los bolsillos, balanceaba su peso de punta a talón, talón y punta, punta talón... Bill no podía ver a las cosas que sobrevolaban la ciudad, pero podía escucharlas. Producían un sonido parecido a un gruñido, pero más gutural, más espeluznante y casi humano. Bill retrocedió unos pasos cuando escucho un aleteo demasiado cerca del cristal. Retrocedió un poco más, pero el aleteo parecía ya no provenir desde fuera. Claro que no. Ahora parecía estar endiabladamente

cerca. Quizá provenía desde el mismísimo interior del edificio. Bill paseó la mirada de un lado a otro, nervioso. Tenía que salir de la pequeña oficina en la que se encontraba y alertar al resto del grupo. Si aquellas cosas irrumpían en el edificio, sería el fin. Mientras avanzaba a la salida, intento imaginar cómo sería morir a manos de esas cosas. Probablemente le comerían a uno las entrañas como en las películas de terror o les arrancarían las cabezas a fin de utilizarlas en alguna clase de juego perverso.

Bill salió, trastabilló y casi se cae cuando tropezó de frente con el presentador de televisión, Christopher Simmons. El hombre, miraba algo en la oscuridad con demasiada atención mientras susurraba palabras ininteligibles. Palabras que bien podrían significar que estaba orando o que había enloquecido.

- ¿Está bien? – pregunto Bill

Christopher Simmons no se movió, la oscuridad no permitía ver a detalle su rostro (La única fuente de iluminación era el televisor, que ahora solo transmitía estática) pero Bill pudo ver que el tipo movía la boca como pez fuera del agua. Los murmullos que había estado emitiendo cuando Bill tropezó con él, fueron degenerando hasta que el presentador de noticias solo movía la boca. Parecía un televisor sin sonido.

Bill sacó su teléfono móvil y encendió la linterna. Cuando vio el rostro del señor Simmons, deseo, más que nunca, no haber salido de casa ese día. El hombre tenía los ojos completamente negros, su boca seguía moviéndose como si masticara algo y Bill casi pudo escuchar algo carnoso siendo triturado por la mandíbula del presentador. Se le ocurrió, fugazmente, la idea de gritar y pedir ayuda. Pero se detuvo justo cuando sus cuerdas vocales estaban ya preparadas. ¿A quién pediría ayuda? ¿A la Policía? ¿Llamaría a una ambulancia? Sabía de sobra que eso no serviría de nada. Con toda seguridad esas dependencias ya no existirían como tal. Y de existir, seguro que tendrían demasiado trabajo como para ocuparse del viejo Christopher Simmons.

Bill temblaba y sentía que el corazón le latía como caballo debocado. Miro alrededor, enfocando la luz de la linterna en cada rincón del amplio vestíbulo. No había nadie. ¿A dónde carajos han ido todos? – pensó. Entonces su atención se volcó de nuevo sobre el presentador. Vio que se acercaba lentamente hacia él. Pero era extraño, porque no caminaba, Bill no vio que el viejo levantara siquiera las piernas para avanzar. Pero la realidad era que sí, que se estaba moviendo. En la oscuridad parecía un ente flotante, demasiado liviano como para ser arrastrado por el aire en cualquier dirección. Esta visión fue demasiado para Bill, que sin pensarlo hecho a correr a una de las oficinas. La luz de la linterna no era suficiente para permitirle ver cada detalle y obstáculo que pudiera haber alrededor. Quizá fue por eso que no vio que antes de entrar a la oficina, había al menos 3 cuerpos en el suelo. Uno de ellos era la de la enfermera que había visto por primera vez a la criatura demoniaca en el cristal.

Una vez dentro, el silencio se hizo total. Un silencio solo quebrado por sus propios jadeos y su acelerado pulso.

- ¡Dios! ¿Qué demonios está pasando? – pensó Bill. Sostenía el teléfono contra su pecho, con la linterna encendida, como si fuera una especie de amuleto de la suerte o quizá un crucifijo. Temblaba y sudaba y de pronto, se encontró pensando de nuevo en Sarah, si de nuevo, ¡maldita sea! Nunca antes se había sentido tan asustado, ya era demasiado tener que soportar la oscuridad las 24 horas del día, pero la ecuación se había vuelto más difícil ahora que podría haberse quedado solo. Cerró los ojos y vio de nuevo los ojos negros de Christopher Simmons. Respiro hondo y trato, muy a su pesar, de volver a pensar en Sarah. De pronto se imaginó como sería besarla, como sería tenerla entre sus brazos, como sería si ella supiera que el existe y, más importante aún, como sería si ella le dijera que lo amaba. Aquello pareció surtir efecto, pues se

encontró de un momento a otro, más tranquilo. Se sintió incluso capaz de poder mantenerse con vida, aunque fuera el único hombre sobre la faz de la tierra. Tenía que hacer algo si quería sobrevivir a esa pesadilla, incluso si eso significaba tener que lidiar con lo que sea que estuviera afuera. De repente, pensó, y muy lógicamente que debía haber más gente en su condición. Tendría que haber más refugiados en algún lugar de la ciudad. No podía ser el único. Desde luego que no. Y entonces recordó al reverendo Jimmy Wayne que había salido al exterior sin decir palabra alguna, parecía como hipnotizado, como si fuera arrastrado por alguna fuerza sobrenatural, tal como la que hizo que el presentador avanzara hacia el, sin que este moviera un solo músculo. ¿Dónde estaría Jimmy Wayne ahora? Muerto seguramente – pensó. Mientras estaba allí, recargado contra la puerta, sintió de pronto, como algo pesado golpeaba la puerta. Se apartó de un brinco y retrocedió, ahora en dirección a la ventana. Tenía el móvil levantado en lo alto (como un crucifijo) con la luz enfocada en la puerta.

Los golpes se intensificaron, era como si la puerta estuviera siendo golpeada por un martillo o un mazo. La puerta resistiría, pero no por mucho tiempo. Eso era seguro. Bill echó un rápido vistazo por la ventana y vio algo digno de una película de terror. La gente caminaba en el exterior, aparentemente despreocupados. Pero había algo raro en su andar, Bill pensó que era como estuvieran siendo manipulados por hilos invisibles desde lo alto. Como si en vez de humanos fueran simples marionetas.

Uno de los caminantes se percató de su presencia y volvió la mirada en su dirección. Bill comprobó, con creciente horror, que era una mujer, pero al igual que Christopher Simmons tenía los ojos totalmente negros. La mujer lo miró unos segundos y de pronto, como si hubiera sido alcanzada por un rayo invisible, cayó al suelo. Allí estaba de nuevo la analogía de la marioneta. Era como si el titiritero hubiera soltado de pronto los hilos que movían a aquella desdichada mujer. Bill se apartó rápidamente de la ventana y volvió su atención a la puerta, que retumbaba y sin duda pronto cedería. Bill supo que disponía de pocos segundos para pensar en algo que le permitiera escapar. Pensó que en las películas de terror, al protagonista siempre se le ocurre algo genial en el momento de mayor tensión, pero a él, Bill Reynolds, no se le venía nada a la mente. No llevaba armas y no tenía a ningún aliado del cual apoyarse. Entonces la puerta cedió. Cayó pesadamente al suelo, levantando polvo y produciendo un crujido escalofriante cuando las bisagras oxidadas se desprendieron. Bill buscó rápidamente una imagen en su teléfono. Era una imagen que su madre le había enviado cuando él había estado hospitalizado hacía algún tiempo. Sus dedos sudorosos no conseguían hacer deslizar la pantalla del móvil y el teléfono casi le resbalaba de las manos. Apenas logró conservarlo entre sus temblorosos dedos, levantó la mirada y vio a una criatura gigantesca de aspecto demoníaco frente a él. El demonio no era como en las películas lo muestran, era parecido sí, pero no exactamente igual. El demonio llevaba el cadáver de Christopher Simmons como si fuera un trofeo de cacería. Bill apenas tuvo tiempo de ver que la mano de aquella criatura sobresalía de la mandíbula torcida y rota del viejo presentador. El traje de Simmons, que lucía orgulloso cada noche en los noticieros, estaba empañado de sangre. De su sangre. El demonio sacó la mano de la boca del presentador y este cayó al suelo con un sonido hueco, como si fuera solo una carcasa y no un cuerpo sólido. Bill temblaba cada vez más, sentía que de un momento a otro se desmayaría, no sin antes haber ensuciado sus pantalones. La criatura avanzó en su dirección dando pasos que hacían temblar el suelo, como si un camión pesado se deslizará frente a la acera. Entonces Bill encontró la imagen que estaba buscando, la sostuvo frente a sus ojos y comenzó a leer en voz alta. Era el salmo 23.

“El señor es mi pastor; nada me falta; en verdes pastos me hace descansar. Junto a tranquilas aguas me conduce; me infunde nuevas fuerzas. Me guía por sendas de justicia por

amor a su nombre. Aún si voy por valles tenebrosos, no temo peligro alguno porque tu estas a mi lado... “

La criatura soltó un agudo alarido. Bill no supo si era de dolor, miedo o ambas cosas. Continúo leyendo la imagen cada vez con más fe y con una voz cada vez más potente. Ya no le importaba en lo absoluto que las cosas fuera pudieran escucharlo. Por un momento, mientras leía esas palabras, se sintió poderoso, capaz de derrotar a ejércitos enteros. El demonio aulló una vez más. Bill reunió el valor para alzar la mirada del teléfono y vio como aquella criatura parecía derretirse como la cera. La criatura, con el rostro casi derretido lo miro con una expresión de auténtico odio, pero también, de auténtico dolor. Finalmente desapareció.

Entonces Bill cayó de rodillas y se puso a llorar.

16

Stacy miraba a través de la bola de cristal. La bola mostraba una escena en la que un demonio parecía derretirse lentamente. Un chico, que al principio parecía demasiado débil e inofensivo había recitado algo que había consumido hasta los cimientos a la criatura. Stacy apretó los dientes, dio un manotazo a la mesa y se levantó. Paso la mano por la bola de cristal y esta se apagó de inmediato. Dio media vuelta y rebusco en uno de los cajones. Estaba en los aposentos reales, los aposentos que antaño habían pertenecido a Quantum. Un lugar que ahora le pertenecía, igual que todo el reino. Saco un reloj de arena y lo puso sobre la mesa, junto a la bola de cristal. La arena estaba equilibrada en partes iguales, lo que significaba que ya había agotado la mitad del tiempo concedido.

Dio otro manotazo contra la mesa y esta se tambaleó. Comenzó a dar vueltas en la habitación, pensando sus próximos movimientos. Las cosas no estaban resultando tan bien como lo había planeado. Las legiones eran muy fuertes, pero eran demasiado vulnerables y ella no podía confiar en ellos todo el peso de la misión. La visión de la bola de cristal lo había confirmado. Además aún estaba el hecho de que los tres protegidos de Quantum aún estaban con los humanos y estos también podían mermar la fuerza de las legiones, dejándolos, por consiguiente, debilitados para el enfrentamiento final.

Stacy fue a la cima de la torre, donde estaba el gran trono. Se sentó y dejo que las visiones vinieran a ella. Contemplo la luna y vio en ella el rostro de su aliado. El rostro del más bello ángel del cielo. Del ángel caído. Stacy cerró los ojos y entonces, las visiones llegaron. Estuvo largo rato sentada en el trono con expresión serena, viendo con los ojos de su alma oscura visiones apocalípticas, visiones de guerra y la mejor de todas, una visión donde finalmente las fuerzas del bien perdían la batalla. Se vio a si misma empuñando una espada con la cabeza de un arcángel clavada en la punta. Abrió los ojos, sonrió. El viento hacía ondear su hermosa cabellera, su imagen era la de una mujer hermosa, una mujer inofensiva y hasta angelical.

Las visiones terminaron. Fueron más agradables de lo que ella esperaba, se levantó y descendió al sótano donde aguardaba Setri. Antes de contarle acerca de sus visiones ella volvió a practicarle una felación y después tuvieron sexo de manera desenfrenada. El sexo era la forma en que ambos se mantenían jóvenes, una especie de elixir. Además Stacy no estaba segura si volvería a verlo, después de todo, la misión de Setri no sería sencilla. Debía ascender a la tierra y tomar el mando de las legiones de una vez por todas.

17

Las mazmorras que antaño habían contenido a cuatro mujeres completamente desnudas estaban

ahora vacías. Los cuerpos de dos de ellas seguían en el suelo, ya nunca más tendrían que preocuparse por vestirse y alimentarse. La sangre en el suelo formaba un charco considerable, que de a poco comenzaba a ennegrecerse. De pronto la oscuridad del lugar fue quebrada cuando las potentes luces halógenas se encendieron desde lo alto. La luz reveló la expresión de asombro y terror de una de las mujeres que yacía muerta. Nadie se había tomado la molestia siquiera de cerrarle los ojos y probablemente nadie nunca lo haría.

Dos hombres descendieron por la escalera. Uno llevaba una sotana negra y un crucifijo en el cuello, medía poco menos de 1.80 m y miraba alrededor compulsivamente con unos ojos pequeños y asustadizos. El otro era más alto, poco más de 1.90 m de estatura, tenía una barba de candado y rasgos característicos del medio oriente. Cabello recortado y ojos azul profundo. Al contrario del hombre de la sotana, este tenía una expresión fría y confiada en el rostro. Entre los dos llevaban una camilla, de esas que usan los rescatistas para auxiliar a alguien que se encuentra en un lugar de difícil acceso. Caminaron hasta las celdas y recogieron a las dos mujeres, las cuales ya estaban rígidas y muy frías. Jimmy Wayne hizo una mueca de asco cuando sus manos tocaron los cadáveres, Al Khali vio la expresión del reverendo y se echó a reír como si le hubieran contado el mejor chiste del mundo.

Llevaron a las mujeres al exterior, donde esperaba Dean con los brazos cruzados y una expresión de satisfacción en el rostro. A su lado había un enorme cubo de basura hecho de metal, dentro, el fuego ardía. Los dos hombres bajaron la camilla y de una por una arrojaron a las mujeres dentro del cubo de basura, el fuego no tardaría mucho en reducir sus cuerpos a cenizas.

Jimmy Wayne no pudo resistir más, así que se alejó un poco de los otros y se dirigió a una esquina donde vomitó el desayuno de aquel día tan largo. El estómago se le acalambro y por un momento pensó que echaría fuera no solo el desayuno sino todas sus entrañas. Al fondo pudo escuchar de nuevo la risa de Al Khali. Cuando tuvo fuerzas suficientes regreso, manteniéndose a prudente distancia de las llamas que consumían a las mujeres. El hombre (si es que era un hombre) que se había identificado como Dean lo miró y le sonrió. Tenía unos dientes perfectos, además de unos labios delgados y muy finos, pero eso no evitó que la sonrisa fuera siniestra. A la Luz del fuego, Jimmy Wayne pudo ver durante unos breves instantes el verdadero rostro del hombre, era una calavera. Una calavera sonriente, con cuencas vacías donde se podía mirar la oscuridad y el vacío del infinito.

- Es hora de irnos – informo Dean.

Regreso al interior del edificio y los dos hombres (el reverendo y el terrorista) le siguieron. Subieron hasta el piso más alto, donde hacía poco habían estado reunido las tres criaturas, además de la bruja.

- Tomen asiento, por favor – dijo Dean en un tono extrañamente amable.

Los hombres intercambiaron una breve mirada y finalmente tomaron asiento. El lugar estaba brevemente iluminado por un candelabro con tres velas que pendía del techo. Jimmy Wayne echó una mirada al exterior. La luna era solo un faro rojizo diminuto perdido en el horizonte, pero por fortuna, parecía no haber ninguna de aquellas criaturas voladoras cerca.

- Aquí tienen – dijo Dean dejando dos copas de vino en la mesa. Llevaba una tercera, para sí mismo. Sorbió un largo trago y después miró a los hombres frente a él. Era como la mirada de un padre, un padre que está a punto de dictar las normas y obligaciones de cada uno de sus hijos.

Después de un incómodo silencio, en el que el reverendo sentía que le faltaba el aire, Dean preguntó:

- ¿Saben quién soy?

La pregunta quedó flotando en el aire hasta que Al Khali se adelantó a responder.

- ¿Shaitan?

Dean se echó a reír. Tomo de nuevo su copa de vino y se la termino de golpe, antes de volver a mirarlos.

- Tengo una idea – dijo Dean por fin – Será más fácil si ustedes lo ven por sí mismos...

Jimmy Wayne miro nervioso a Al Khali, esperando que este le correspondiera, pero el terrorista se quedó tan tranquilo como siempre. Miraba fijamente al hombre que creía era Shaitan (el equivalente de satanás para los musulmanes).

- ... Al Khali, Jimmy Wayne – Dean los miro y extendió sus manos. – Denme las manos, les hare ver por si mismos su nueva misión en este mundo de oscuridad.

Al Khali no dijo nada y extendió las manos obedientemente, Dean le tomo la mano derecha y volvió la mirada hacia el reverendo. Jimmy Wayne no se movió, estaba demasiado asustado para que sus músculos le respondieran. Podía sentir como el sudor le bajaba por la espalda hasta el culo, eso sin mencionar que tenía la sensación de que el corazón se le había subido hasta la garganta.

- Dame la mano, Jimmy Wayne – dijo Dean en tono amable y paciente.

El reverendo trago saliva y finalmente sus manos se elevaron lentamente como movidos por una fuerza invisible. Dean le sujeto la mano izquierda y Al Khali la derecha.

- El circulo está completo- repuso Dean con una sonrisa. – Que comience el viaje.

Al khali asintió con la cabeza. Jimmy Wayne paseaba la mirada de un lado a otro, nervioso, esperando que algo pasara. Tras unos cuantos segundos su estado hiperalerta fue decreciendo hasta convertirse en somnolencia, luego en estupor y finalmente cayo inconsciente, no sin antes percatarse que un calor intenso parecía haberse apoderado de la habitación en la que se encontraba.

Mientras el reverendo y el terrorista comenzaban el oscuro viaje que les revelaría su nuevo propósito en el mundo de oscuridad, Brooke, hacía lo propio con las mujeres que habían sido liberadas por Stacy. Luego de que Madeleine regresara a la habitación, Brooke, agazapada como un ladrón en una de las esquinas, abrió el puño que había mantenido cerrado desde su reunión con Rob, revelando un polvo blanquecino tan fino como la arena. Dio un soplido y el polvo se esparció rápidamente por la habitación. Madeleine giro en su dirección, con el tiempo justo solo para percatarse de la presencia de la criatura. Intento levantar al bebé y llevárselo consigo, pero antes de que lo consiguiera cayó al suelo fulminada por un rayo invisible. El polvo sumió a ambas mujeres en un sueño profundo. Una vez que estuvo segura que el polvo había hecho efecto, Brooke se acercó, tomo a Madeleine entre sus brazos y la acostó a los pies de Martha. El bebé abrió los ojos, se removió inquieto y entonces Brooke lo tomo en sus brazos, le sonrió y le beso en la frente. Recostó al bebé contra su pecho, sujetándolo con la mano izquierda. Entonces, antes de irse, descubrió el abdomen de Martha y con la mano libre palpó el vientre de la mujer. Un breve destello de luz surgió al contacto y Brooke no pudo evitar la expresión, totalmente humana, de asombro. La mujer estaba embarazada.

Al Khali aún mantenía los ojos cerrados, cuando de pronto, aun con los parpados cerrados vio un intenso resplandor. Tuvo el impulso de abrir los ojos de inmediato, pero se contuvo, una parte

de su mente creía saber dónde estaba, pero necesitaba mayores referencias antes de abrir los ojos. Ya no sentía el contacto de las manos de ninguno de los hombres con los que se había sentado a la mesa, sus manos estaban libres. Para confirmarlo movió sus dedos libremente. Permaneció de pie, allí, esperando que algo pasara. No sabía que ocurriría o que debía hacer, estaba seguro que el hombre que había llamado Shaitan pronto lo llamaría. Mientras esperaba, noto que estaba en un lugar donde comenzaba a hacer mucho calor. El aire caliente le golpeaba el rostro como si fuera un látigo y pronto estaría cocinándose si no comenzaba a moverse...

- Abre los ojos – dijo la voz de Dean. Parecía provenir de muy lejos, pero Al Khali casi pudo sentir su aliento muy cerca de la oreja.

Lentamente Al Khali abrió los ojos, la primera luz lo cegó unos instantes y volvió a cerrarlos. Tras un segundo intento logro mantenerlos abiertos y reconoció de inmediato el lugar como la ciudad en la que había crecido: Sana, Yemen. Miro alrededor y el lugar pareció cobrar vida súbitamente ante sus ojos. Vio niños llevados de la mano de su padres, niños jugando, niños corriendo y tras unos instantes se vio a sí mismo, tal y como había sido hace 25 años. Su yo del pasado corría tras otro niño un poco más grande. El pequeño Al Khali jugaba y reía, ajeno a los problemas por los que pudiera estar pasando su nación e ignorando por completo su futuro como terrorista.

Entonces, el Al Khali del futuro, al que nadie parecía ver, giro en redondo tratando de encontrar al hombre que lo había llevado hasta ese lugar. No vio nada. No podía recordar exactamente como había sido, pero tenía la certeza de que pronto algo malo pasaría. No era una simple corazonada, era algo peor, mucho peor.

Una mujer grito y el volvió su atención hacia donde estaba congregada una multitud. La escena le resulto entonces, tan familiar y al mismo tiempo tan aterradora.

Varios jeeps cargados de soldados norteamericanos arribaron al lugar y antes de que todos los ocupantes bajaran de los vehículos, y mucho antes de que la gente pudiera correr y defenderse, comenzó la masacre.

La multitud se disolvió rápidamente. Los niños comenzaron a chillar asustados. Las mujeres gritaban histéricamente y Al Khali vio a varias de ellas intentar proteger a los niños, antes de que ellas mismas fueran alcanzadas por los proyectiles. Al Khali corrió, dispuesto a dar la vida por su gente, vio a un soldado que tenía problemas para destrabar su arma y cargo contra él. El soldado ni siquiera lo sintió. Al Khali lo había traspasado, tal y como si fuera un fantasma. Entonces supo que realmente él no estaba allí y que, por lo tanto, su papel se reducía al de un simple espectador. Era como estar dentro de una película, en la que él no podía hacer nada para cambiar el rumbo de los hechos. Esa escena había ocurrido hace muchos años, cuando él era un niño de apenas 9 años. Al Khali presencio la masacre con escalofriante claridad, captó todos y cada uno de los detalles, como si alguien hubiera ralentizado la escena a fin de que el pudiera apreciar lo que ocurría en cada rincón.

Uno de los soldados lanzo una granada donde aún había al menos una docena de personas congregadas, la granada explotó dejando un cráter de considerable tamaño. Al Khali vio volar brazos y piernas por los aires, vio a dos mujeres que corrían totalmente envueltas en llamas y a un soldado norteamericano que reía a carcajadas.

Decidió que ya había visto suficiente, cerró los ojos y se tapó los oídos.

- Esto no está pasando, Esto no está pasando, esto no está pasando.... – comenzó a decirse a sí mismo.

Entonces, aún con los parpados cerrados, un resplandor aún más intenso que el del sol le obligo a abrir los ojos. Al Khali reconoció de inmediato lo que era. Volvió a cerrar los ojos y se

abrazó las rodillas. La bomba cayó y la ciudad entera fue reducida a cenizas. El poder destructivo de la detonación no discrimino a nadie y tanto los ciudadanos como los soldados fueron borrados del lugar. No quedaron restos humanos en lo absoluto, todo se había vuelto oscuridad y la esplendorosa ciudad se había convertido en ruinas. El único que quedaba en pie era el propio Al Khali. Se levantó y elevó la vista al cielo. Había algo observándolo desde allí. Era el rostro de Shaitan. Un rostro humano con ojos amarillentos.

Al Khali contempló con creciente horror como la figura en la luna se materializaba y descendía desde lo alto. Shaitan comenzó a caminar hacia él, Al Khali no se movió. Mientras la criatura seguía su avance, pudo ver como las facciones iban transformándose en las del hombre que le había salvado después de que la prisión en la que se encontraba volara en pedazos.

- Hubieras dado cualquier cosa por salvar a tu gente ¿No? – pregunto Dean.

- Si – respondió Al Khali con voz temblorosa.

- Muy bien – dijo Dean – Te daré la oportunidad no solo de salvar a tu gente, sino al mundo entero.

El terrorista lo miro confundido.

- Te pondré al frente de mi propio ejército y te daré la oportunidad de matar a los que son como esos soldados.

Al Khali bajo la mirada unos instantes, parecía estar reflexionando o quizá asimilando lo que aquello significaba. Entonces Dean le tendió la mano. Al Khali alzó de nuevo la mirada y antes de estrechar la mano de la criatura, se detuvo unos instantes a contemplar sus ojos. No eran los ojos de Shaitan, pero tampoco había nada bueno en ellos. Después de todo, luego de estrechar la fría mano de Dean tenía la certeza de haber vendido su alma al diablo.

Mientras Ibrahim Al Khali veía volar por los aires brazos y piernas en llamas, el reverendo Jimmy Wayne yacía en una habitación. Era una habitación enorme, lujosamente decorada y adoquinada con incrustaciones de piedras preciosas. La habitación estaba parcialmente iluminada. Una única bombilla en el techo era suficiente para que el reverendo pudiera apreciar cada uno de los detalles. Tomó entre sus manos un jarrón que lucía muy antiguo, lo sostuvo entre sus manos y lo volvió a poner en su lugar. Estaba comenzando a aburrirse, resoplo y se acostó sobre la cama. Era una cama muy suave, el reverendo pensó que bien podría dormirse hasta que algo pasara. Con la mirada fija en el techo estaba comenzando a adormilarse cuando de pronto la puerta de la habitación se abrió, la puerta emitió un leve crujido antes de quedar abierta de par en par y entonces entro una mujer. Estaba completamente desnuda y Jimmy Wayne vio que era apenas una jovencita, quizá de 15 o 16 años. El reverendo no tuvo tiempo de contemplar a detalle cada uno de los rasgos de la joven, rasgos que en un futuro la convertirían en una mujer adulta y deseada, pues detrás de ella, entro una segunda mujer y después una tercera, una cuarta una quinta....

El reverendo se incorporó sobre sus codos y para cuando finalmente la puerta se cerró había un total de 10 mujeres en la habitación. Todas eran jóvenes, con los rasgos característicos de la adolescencia. Seguramente ninguna de ellas sobrepasaba los 20 años. Sintió como una erección dolorosa comenzaba a crecer en sus ajustados pantalones. Entonces las mujeres comenzaron a acercarse a él. Jimmy Wayne trato de erguirse pero no pudo, de pronto se sentía como si estuviera drogado, la habitación comenzó a dar vueltas y sintió como algo se le revolvía en el estómago. No eran sus intestinos quejándose o su estómago reclamando alimento, aquello se sentía como si algo vivo caminara por sus entrañas, algo vivo ascendía desde su estómago, podía sentir como las patas de la criatura trepaban por su esófago. El contacto de esa cosa era repulsivo, asqueroso y el

reverendo pensó que era como si la criatura lo estuviera violando, lo estuviera ultrajando. Sintió a aquella criatura ascender hasta la garganta, Jimmy Wayne pensó que allí acabaría todo, si, seguramente así sería, la criatura saldría por la boca y él podría respirar aliviado y quizá hasta dejaría que las chicas le dieran un sensual masaje. Por supuesto estaba equivocado.

La criatura continuó deslizándose por sus entrañas, sujetándose y trepando con unas patas que parecían tener diminutas púas. Jimmy Wayne no lo sabía pero la cosa iba dejando un rastro de sangre a su paso, cortando tejido y provocando pequeños sangrados con cada movimiento. El bicho (o lo que fuera) se dirigió primero a la nariz y después a los ojos y con toda seguridad su destino final sería el cerebro del reverendo.

El antiguo predicador se llevó las manos a la cabeza y profirió un grito escalofriante de dolor. El esfuerzo hizo que la garganta le doliera y sintiera como sus cuerdas vocales se tensaban hasta unos límites peligrosos que podrían dejarle afónico. Las mujeres se congregaron a su alrededor. Lo miraban con la misma expresión que un humano puede tener al ver morir a una gallina o a un cerdo.

La habitación comenzó a llenarse de un olor a azufre demasiado penetrante, la temperatura subió de golpe quizá 30 o 40 grados Celsius. El reverendo miro alrededor, aun sintiendo el dolor palpitante que le provocaba la criatura, que ahora, parecía haber alcanzado finalmente su cerebro y vio que los rostros de las mujeres comenzaban a deformarse como si no estuvieran hechas de piel sino de plastilina o cera. Jimmy Wayne intento gritar pero no pudo más que emitir un débil gemido.

Se llevó las manos a los ojos para ocultar lo espantoso de la visión. Lo último que vio fue que aquellas bellas chiquillas se habían convertido súbitamente en las criaturas aladas y demoniacas que había visto a través de los cristales del edificio Charleston. Antes de que la horrible visión terminara pudo sentir, con escalofriante claridad, como la criatura que se aferraba a sus entrañas daba un mordisco a su masa encefálica. Pudo escuchar incluso el masticar lento y viscoso de la criatura.

Justo cuando creyó que moriría, una mano fría le aparto sus propias manos del rostro. El reverendo se resistió al principio, pero la voz que escucho inmediatamente después le tranquilizo.

- Tranquilo, Jimmy Wayne – dijo Dean en el mismo tono que tendría un padre al tratar de serenar a un hijo asustadizo.

El reverendo abrió los ojos y vio que las criaturas habían desaparecido. No había olor a azufre flotando en el aire y por supuesto ninguna criatura devoraba sus entrañas. Entonces, al contrario de Al Khali, que había mantenido el control de sí mismo hasta el final de su propia visión, Jimmy Wayne echo a llorar. Era un llanto de verdadero dolor, un llanto de verdadero terror.

Dean lo estrecho entre sus brazos, el reverendo acepto el abrazo y continuo sollozando por unos segundos antes de levantar el rostro y toparse a poca distancia con el rostro que tan hermoso le había parecido la primera vez. Durante años había mantenido su homosexualidad lejos de los reflectores de las cámaras y aún más lejos de su iglesia, pero ahora, al contemplar a Dean supo que haría cualquier cosa que le pidiera, pues no solo era guapo sino que además tenía el poder de apartar aquellas horribles visiones, unas visiones que nunca antes había experimentado, ni siquiera en la época que era un ávido consumidor de LSD.

Antes de que pudiera pronunciar palabra alguna, Dean habló (aun lo sostenía en los brazos y la escena resultaba un tanto patética)

- Lo que has visto, es solo una muestra de lo que sufrirás si ellos te atrapan

Jimmy Wayne pareció reflexionar unos instantes, alzo el rostro y aun tratando de recuperar la

calma pregunto:

- Dime pues ¿Qué quieres que haga?

Dean sonrío y antes de hablar por segunda vez, beso al reverendo en los labios. Fue un beso fugaz, pero, al igual que Al Khali, Jimmy Wayne supo que su destino estaba sellado.

21

El capitán Martín Ferrer vigilaba desde su camarote. En el cielo, una nube negra gigantesca se cernía amenazadoramente en el horizonte. A sus 47 años, el capitán Ferrer intentaba recordar si antes, en sus casi 30 años de experiencia como navegante había visto algo así. Su instinto le decía que aquello no era una simple tormenta, aquello era algo peor, mucho peor. Ya era demasiado que no hubiera asomado la luz del día en casi 24 horas y ahora, como cereza sobre el pastel, estaba la tormenta. Afuera los truenos rugían con potencia y los rayos iluminaban el cielo con tal intensidad, que por algunos momentos el capitán Ferrer y su tripulación creyeron que la luz del sol había vuelto. Finalmente se apartó de la ventanilla, no soportaba ver ni un segundo más el escenario tan desalentador que tenía ante sus ojos. Aquello era como una escena salida de la biblia, una escena a la que con toda seguridad le seguiría el fin del mundo. Ferrer se frotó la barbilla y se quitó los anteojos. Se quedó de pie, allí, esperando que de un momento a otro la tormenta azotara con furia la embarcación. Pasará – se dijo a sí mismo – Nada bueno se puede esperar con una tormenta como la que se avecina – dijo a la habitación vacía mientras un relámpago iluminaba la habitación con una luz azul espeluznante.

Entonces oyó que tocaban la puerta.

- ¡Capitán! , ¡Sera mejor que venga a ver esto! –

Ferrer se colocó de nuevo los anteojos y camino apesadumbrado a abrir la puerta. De pie, frente a él, estaba el elemento más joven de su tripulación, el muchacho estaba empapado de pies a cabeza y temblaba como una gelatina.

- ¿Qué pasa, Víctor? – pregunto el capitán

- ¡Venga, Capitán! – grito desde la cubierta otro hombre, mientras avanzaba hacia ellos.

- ¡Quítate de en medio, Víctor! – el recién llegado empujo al chico y se plantó frente a Ferrer.

- ¿Qué pasa, Carlo? – Ferrer se percató de lo estúpida que resultaba su pregunta, cuando era obvio que estaban acercándose al ojo de una enorme tormenta. No obstante, sabía que su tripulación no lo molestaría solo porque tuvieran miedo de la lluvia, los truenos y los relámpagos. Sus muchachos no eran así. Pero al mirar sus rostros cansados y mojados por la lluvia, supo que ellos también tenían el mismo horrible presentimiento que él. Ferrer se mantuvo firme creyendo que aquello era el fin del mundo, pues pensaba que solo un acontecimiento de tal magnitud podía sumir al mundo en la oscuridad, solo algo tan maligno podía ser responsable de una tormenta tan colosal.

- Sera mejor que lo vea con sus propios ojos, capitán – Carlo lo miro con una expresión extraña. ¿Miedo? ¿Asombro? ¿Incredulidad? ¿O una mezcla de todas ellas? Ferrer pronto lo averiguaría.

Los tres hombres avanzaron hasta la cubierta y se plantaron a lado de un cuarto hombre que sostenía el timón y luchaba por mantener la estabilidad de la embarcación. Desde luego sus intentos eran poco menos que inútiles. El capitán pudo ver a lo lejos un vórtice que succionaba el agua, la fuerza con la que lo hacía, trajo a la mente del capitán las leyendas sobre los monstruos marinos que supuestamente habitan en las profundidades, y es que aquello era como si una criatura marina de dimensiones colosales estuviera bebiéndose toda el agua del océano. La embarcación describía una órbita alrededor del vórtice y Ferrer sabía que a menos que el barco pudiera

acelerar a la velocidad de un auto de fórmula uno, terminarían siendo tragados. No morirían ahogados, con toda seguridad no sería así, pues la fuerza del agua probablemente despedazaría sus cuerpos antes de que eso sucediera.

- ¡Allá, Capitán! ¡Mire! – Carlo grito con todas sus fuerzas para hacerse escuchar por encima del ruido producido por la lluvia y el viento.

Ferrer vio que señalaba un punto muy cerca del vórtice. A primera vista no logro ver nada más allá del terrorífico agujero que amenazaba con tragárselos, pero entonces, justo cuando estaba por preguntar de nuevo a Carlo que estaba pasando, lo vio. Fue solo un momento, pero lo justo para saber de qué se trataba. Miro a cada uno de sus hombres, buscando que alguno de ellos rompiera el silencio. Nadie lo hizo. No hacía falta. La visión había sido tan escalofriantemente clara, que no dejaba lugar a dudas.

- ¡Oh por Dios, viene hacia acá! – grito el hombre que estaba al timón.

Ferrer se quitó los anteojos, totalmente inútiles ahora que el agua había empañado los cristales, y aun con su disminuida visión pudo ver que la silueta de un hombre se acercaba a ellos. Parecía haber salido del mismo vórtice que se tragaba el agua violentamente.

- ¡Esa maldita cosa esta caminado sobre el agua! – grito Carlo retrocediendo unos pasos.

- ¿Qué hacemos ahora, capitán? – pregunto Víctor con una voz extrañamente serena. Era la voz de alguien que se ha resignado a morir.

Ferrer permaneció inmóvil. Por el rabillo del ojo pudo ver como el resto de su tripulación se acercaba. Ahora los doce hombres contemplaban de primera mano cómo la silueta comenzaba a materializarse. A medida que se acercaba, pudieron distinguir como la sombra negra ahora tenía manos, tenía piernas y tenía ojos. Los ojos eran de un rojo escarlata intenso. Ferrer casi profirió un grito cuando la mano de su sobrino (que no era un miembro de la tripulación, sino solo un invitado) Matteo se posó sobre su hombro.

- ¿Qué demonios es eso? – pregunto Matteo.

Ferrer no respondió y solo tuvo tiempo de advertir el miedo en los ojos de su sobrino, y se preguntó, unos instantes antes de que el hombre salido de la tormenta se revelara ante ellos, si de verdad alguien como él podía sentir miedo. Se respondió que sí y no solo eso, si había alguien que pudiera tener miedo de ser arrastrado por el vórtice hasta el mismísimo infierno y ser castigado por toda la eternidad, ese era sin duda su sobrino Matteo Ferrer, pues se decía, según recordaba el capitán, estaba inmiscuido en redes de prostitución infantil. Razones de sobra para arder en el infierno, sin duda.

De pronto, todos los hombres de su tripulación profirieron un grito. Ferrer centro de nuevo su atención en la silueta (que ya no era tal) y vio al hombre flotando frente a él. Por unos breves y escalofriantes instantes pudo ver cada detalle de su rostro. Era un rostro humano, pero inquietante. Su piel era tan blanca como la leche y los huesos de sus pómulos eran prominentes y casi parecían estar afilados, tenía ojos humanos, pero con un color imposible: rojo. ¡Su maldita iris era roja!

El Capitán Ferrer retrocedió hasta chocar con el cuerpo petrificado de su sobrino. Tuvo tiempo de ver como el hombre de la tormenta soltaba un zarpazo y desgarraba la garganta de su sobrino. Esté volvió la mirada hacia él unos instantes, antes de caer muerto en la cubierta.

El hombre de la tormenta estaba ahora en la cubierta del barco, caminaba como si estuviera inspeccionando el mobiliario de la embarcación.

Ferrer yacía en el suelo, observando al hombre que había matado a su sobrino. Miro alrededor y no pudo ver a nadie de su tripulación, ni siquiera podía escucharlos. El barco seguía en medio de la tormenta, pero milagrosamente parecía haber alcanzado la velocidad suficiente para mantenerse en órbita alrededor del vórtice. Ferrer se sintió, de pronto, terriblemente mareado por

la velocidad que llevaba la embarcación, sintió unas nauseas repentinas que no se aliviaron hasta que vomitó. Cuando al fin logro recuperarse escucho que algo gigantesco sobrevolaba su barco. Levanto la vista y vio a unas criaturas voladoras, como aves gigantescas pero de aspecto humano rodeando su embarcación como si fueran buitres.

-Hola y Adiós – dijo de pronto el hombre de la tormenta.

Ferrer lo miro unos instantes frente a él, lo vio levitar y despegar el cuerpo de la cubierta. Una vez que el hombre perdió contacto con la embarcación, Ferrer, el resto de su tripulación y el barco entero se precipitaron con vertiginosa violencia al vórtice.

El capitán cerró los ojos rogando a Dios morir ahogado antes que despedazado por la fuerza del agua. Dios pareció no escucharlo, pues antes de que se sumergiera en la inconciencia pudo sentir como su brazo izquierdo le era violentamente arrancado. El sufrimiento, después de eso, duro poco.

22

La luna seguía allí, en lo alto, pero de a poco su brillo parecía estar menguando, la luna misma daba la impresión de estar encogiéndose, alejándose de su planeta madre.

Bill no tenía idea de que hora podía ser. Había perdido la cuenta de las horas que llevaba en vigilia y ahora, mientras caminaba, sentía como si sus piernas estuvieran hechas de cemento, o como si llevara un pesado grillete atado a cada extremidad.

Caminaba despacio y con cuidado, temeroso y alerta, por si alguna criatura voladora aparecía de pronto con intenciones de llevarlo consigo. Los parpados le pesaban y tenía que caminar tanteando las paredes, tal como si fuera un ciego.

Finalmente llegó a la calle donde vivía, el letrero decía Lincoln Street. Bill vivía justo donde Lincoln Street y Wally Street se encontraban. Su casa, sobresalía por las del resto del barrio, debido al color amarillo chillante con el que estaba pintada la fachada, un color que Bill había desaprobado tajantemente, pero que su madre encontraba extrañamente atractivo. Mara Reynolds se había empeinado tanto que su hijo y su marido no tuvieron más opción que ceder y pintar la fachada con ese espantoso tono de amarillo.

Bill contuvo el aliento cuando finalmente se paró frente a su casa. Todo estaba extrañamente silencioso. Ni siquiera el estridular de los grillos, ni el gorjeo de las aves. El viento helado le golpeaba la cara, dejándole una sensación dolorosa inmediatamente después. Bill estiró la mano y lentamente recorrió el seguro de la puerta. Era una cerca que daba al jardín de la casa. La cerca nunca tenía llave, así que cruzó el césped hasta plantarse en el porche y de frente a la puerta principal.

Oyó algo que rasgaba la puerta desde el interior, era un sonido insistente y en medio de tanta oscuridad era casi tan estruendoso como un avión al despegar. Así que, motivado por una experiencia anterior, sacó su teléfono móvil. Estaba por comenzar a recitar el salmo que había derretido a un demonio frente a sus ojos, como si éste fuera una barra de mantequilla en el sartén, cuando la diminuta puerta para mascotas se abrió y de ella saltó un perro de raza pequeña, quizá una rara e inusual cruce entre un Terrier y un Pomerania.

El perro corrió a los pies de Bill, lo olfateo y comenzó a mover la cola amistosamente.

Bill se agacho (no sin que sus doloridos músculos se quejaran) y levanto al perro del suelo, quien, a la primera oportunidad le lamio el rostro.

- Candy ¿Qué haces aquí? – dijo Bill en apeas un susurro, como sí le estuviera contando un secreto a su mascota.

El perro jadeaba y seguía moviendo la cola, pero en ningún momento ladro. Ni siquiera un

gemido. Nada. Era como si supiera que cualquier sonido que emitiera pudiera atraer algo. Algo maligno.

- ¿Dónde está mamá y papá? – Bill dejó de nuevo al perro en el césped y echo un vistazo a la planta alta de la casa, a la recamara de sus padres, por si veía a alguien asomarse.

El perro entonces se plantó frente a él con expresión interrogante e inquieta, como si quisiera alertar a su amo sobre algo desagradable. A Bill no le gustó nada la expresión del canino, habría podido jurar sobre un montón de biblias que el perro parecía a punto de llorar. Su expresión era inquietantemente humana.

Sacudió la cabeza, tratando de apartar esas ideas tan absurdas, entonces rodeo al perro, subió las escaleras y se detuvo frente a la puerta. Por unos instantes creyó que había tocado, pero entonces, se dio cuenta que eso que escuchaba no era el sonido de sus nudillos golpeando la madera, sino el latir frenético de su corazón. Puso una mano, con la palma abierta sobre la puerta. La empujo levemente y la puerta se abrió lentamente. No de par en par, solo unos centímetros, apenas lo suficiente para que Bill entrara.

Lo primero que vio fue, una vez más, la insoportable oscuridad. Una oscuridad viva y casi palpable. Candy pasó a su lado, rozándole la pierna derecha y Bill se sobresaltó, dejando escapar un leve quejido.

El perro le adelantó y después se detuvo, volvió la vista hacia Bill, que permanecía quieto y silencioso como si no estuviera allí, y el chico intuyo rápidamente que el perro quería que lo siguiera.

Entonces avanzó, tratando de que el piso de madera no crujiera bajo sus pies. El perro también echó a andar y desapareció de su vista unos instantes, pero luego lo vio, inmóvil, justo en la entrada de la cocina. El animal emitió un quejido mientras olisqueaba algo en el suelo. La luz de la luna, que se colaba allí, era insuficiente para ver toda la escena. Bill solo distinguía el rostro angustiado del perro, y a lado, una masa negra y corpulenta que yacía en el suelo. Bill trago saliva. Avanzaba lentamente a la cocina, rogando en su interior que aquella masa en el suelo no fuera lo que estaba pensando. El perro notó su angustia y se acercó a él, quizá intentando dar una especie de consuelo. Bill sacó el móvil, encendió la linterna y apuntó la luz directamente sobre la cosa que había en el suelo. La sorpresa fue tal, que el teléfono resbalo de sus manos, tan rápido, que golpeo al perro en la cabeza. El animal no se quejó, y si lo hizo, Bill no pudo escucharlo. Estaba hipnotizado contemplando el cadáver de Mara Reynolds. El cadáver de la mujer que le había dado la vida.

Bill quiso apartarse de aquella grotesca escena, pero no logro más que retroceder un par de pasos, miraba fascinado y asqueado el cadáver. Tuvo tiempo suficiente de registrar en su cerebro cada macabro detalle en el cuerpo sin vida de Mara Reynolds. Los ojos de su madre, antaño claros y hermosos, eran ahora dos masas gelatinosas negras, que servían de nido a una clase especialmente repulsiva de gusanos, y cuando Candy cruzó la cocina y rozó accidentalmente el cadáver, Bill sintió que algo caliente ascendía por su garganta. Al contacto con el perro, el cuerpo de Mara Reynolds se tambaleo violentamente de un lado a otro, como si en vez de pesar los 71 kg que marco la báscula la última vez que Bill la acompañó al médico, pesara solo unos cuantos gramos. Bill supo entonces que aquello ya no era un cuerpo sino tan solo un cascarón. Una carcasa hueca y vacía.

Bill no lo soporto más y salió corriendo a toda velocidad. Llego hasta el jardín. Todavía jadeaba, cuando vio que el perro le había seguido, trotando con sus diminutas patas.

Mientras aún tenía las manos en las rodillas, pudo sentir que alguien o algo estaba observándolo, podía sentirlo tan claro como si tuviera algo pesado sobre sus hombros. No fue el

único, el perro también lo sintió, pues giro repentinamente la cabeza y comenzó a gruñir de forma amenazante.

Bill pensó entonces que todo había terminado. Sabía que no tendría de nuevo el aplomo suficiente para encarar a otra criatura de aspecto demoniaco como la que había visto en el edificio Charleston. Renunciaba definitivamente. Renunciaba a luchar para salvar su vida, renunciaba a buscar a su padre (quien seguramente había corrido la misma suerte que su madre) y renunciaba sobre todo (y muy a su pesar) a Sarah Adams y a la posibilidad de cortejarla y quizá hasta de tener una vida juntos. Este último pensamiento le inyectó una pizca de fuerza y valentía, así que, movido tanto por Sarah, como por la idea de morir de pie, cara a cara con la criatura que le haría lo mismo que a su madre, giro la cabeza.

La visión no se parecía en nada a lo que esperaba ver. En el porche de la casa contigua había una mujer observándolo. No hacía nada, solo lo veía con sana curiosidad. Era una mujer joven y de inmediato Bill supo que era humana, que era una sobreviviente igual que él. Solo que no podía recordar haberla visto antes en la casa vecina. Daba igual eso no importaba en ese momento. Solo importaba que sus ojos eran hermosos y expresivos y no una masa gelatinosa estéril como los de su madre.

De pie en el porche, Martha Grey tenía una sensación similar. Había encontrado a alguien, a un muchacho asustado, pero vivo. Lo cual significaba que Madeleine y ella no eran las únicas en el nuevo mundo de oscuridad.

23

Después de hundir el navío que estaba al mando del capitán Ferrer, Setri se trasladó al lugar de origen de los acontecimientos, al lugar donde tendría lugar la ineludible batalla entre él y las tres criaturas. Criaturas, que por hallarse en el mundo de los humanos, no habían visto de primera mano la caída del reino al mando de Quantum, Criaturas que aún no se habían postrado ante su figura y a la de la nueva reina, Stacy. Luego de que Setri, contemplara con regocijo el hundimiento y muerte de la tripulación del extinto capitán Ferrer, se trasladó a tierra firme escoltado por algunas criaturas aladas a las que después les ordeno desaparecer, no sin antes decirles que informaran a su comandante Aballah que debía reunirse con el cuanto antes.

En el camino a la ciudad, Setri se divirtió un poco. A su paso por un pequeño poblado encontró a un hombre visiblemente borracho, Setri lo miro unos instantes antes de decidir qué haría con él para divertirse. El borracho le devolvió la mirada interrogante, mientras aún llevaba en la mano una botella de licor barato. Setri se dio cuenta inmediatamente que no era un simple bebedor social, sino un auténtico empedernido. Supuso, además, que nadie lo extrañaría si desapareciera de la faz de la tierra.

El borracho se acercó tambaleante a él, Esbozando una mueca desagradable, un hilillo de baba le corría por las comisuras de la boca. El hombre estaba demasiado tomado como para percatarse de la anormal coloración de la piel y los ojos de Setri.

- ¿Quiere un trago? – dijo el borracho extendiéndole la botella a Setri.

Setri miro la botella y después al hombre, sonrió amistosamente y tomo la botella de las manos harapientas del sujeto. El hombre lo miraba como un padre orgulloso mientras Setri simulaba tomar un trago. Simulaba, porque lo que en realidad hacía era verter un potente veneno que su propio cuerpo producía, tal como si fuera una serpiente. Setri se limpió la boca con el dorso de la mano y devolvió la botella al hombre.

- Muchas gracias – dijo Setri con voz varonil de barítono.

- De nada amigo, es un licor barato pero muy bueno, créame – dijo el hombre antes de beber

todo el contenido de golpe.

El hombre carraspeo, tratando de liberar su garganta del ardor producido por la mezcla, arrojó la botella al suelo y emitió un sórdido eructo.

- Usted no es de por aquí – dijo el borracho

Setri rio.

- No, solo estoy de paso

- ¡Excelente! – Exclamó el hombre – Sabe hace mucho...

Sus palabras se detuvieron abruptamente. La sonrisa de Setri se ensancho, mientras un placer casi sexual le invadía al ver que el hombre caía al suelo y comenzaba a retorcerse como gusano en el anzuelo.

- ¡Duele! – dijo el borracho. ¡Qué demonios hiciste! – el hombre se tocaba el pecho desesperadamente, como quien está sufriendo un infarto.

Setri camino hacia el, con sus pesadas botas aplastando la gravilla y sus manos dentro de la enorme gabardina negra. El hombre trato de decir algo más, pero de su boca ahora solo salían sonidos ininteligibles. Algo liquido bullía en su boca, a ojos de cualquiera hubiera parecido que el licor barato finalmente le habría provocado vómitos, pero Setri se puso en cuclillas para ver más de cerca lo que en realidad estaba pasando. Y lo que estaba pasando era sencillo y macabro al mismo tiempo: el hombre, antaño un borracho con años de trayectorias a cuestras, estaba expulsando sus órganos corroídos y diluidos. Una mezcla sanguinolenta y pestilente burbujeaba en su garganta hasta abrirse paso al exterior. Setri miraba con fascinación la escena, era la mirada de un estudiante que finalmente ha entendido un tema especialmente difícil.

El hombre se retorció solo unos instantes más, antes de quedar totalmente inmóvil. Lo último que expulso habían sido sus piezas dentales, cariadas e incompletas en su mayoría. Quedo muerto boca arriba con una mueca de doloroso terror en el rostro. Setri se incorporó miro a derecha a izquierda y después de nuevo al cadáver.

- Te gustaba tanto el alcohol amigo, lo único que hice fue darte una dosis tan grande como tus deseos. Espero que lo disfrutes – dijo Setri mientras echaba a andar hacia la carretera que lo conduciría a la ciudad.

Estaría allí en poco tiempo, antes incluso de que se cumplieran las primeras veinticuatro horas de oscuridad.

Una bala calibre 22 rodaba por una mesa inclinada, una vez que estaba cerca del borde una mano la atrapaba en el aire evitando que cayera al suelo, la mano, colocaba de nuevo la bala en su posición original y el proceso iniciaba de nuevo. El sonido de esta, resbalando era el único en la habitación, salvo quizá por el incesante tic tac del reloj de pared que en ese momento marcaba las 10:08 pm. Rob finalmente tomo la bala y la guardo en el bolsillo de su chaqueta, se levantó y camino a la chimenea, donde unas brazas casi consumidas emitían tan solo unos cuantos destellos. Afuera, la luna se había reducido al tamaño de una cabeza de alfiler y él frio comenzaba a ser un verdadero problema, problema que con toda seguridad resultaba como consecuencia lógica de la ausencia de luz solar. Incluso Rob sintió que de seguir así, pronto, el mismo tendría que arrojarse con algo más que la ropa que llevaba puesta. Fue un pensamiento fugaz, casi inconsciente, pues no tenía pensado quedarse mucho tiempo más en ese mundo, así que daba igual si salía el sol o no. Había que volver pronto al reino de las criaturas, arreglar las cosas, y entonces, mientras el fulgor de las llamas agonizantes se reflejaba en sus ojos, pensaba en la batalla. La inminente batalla que tendría lugar, una vez que Brooke regresara con el niño en brazos. Rob se pasó una

mano por la cabeza y exhalo el aliento que había estado conteniendo, la luz de las llamas danzaba en su rostro dándole un aspecto tétrico e inquietante, pero también reflexivo. Era un rostro de alguien que sabe que está por hacer algo difícil, algo que nunca se imaginó que debería hacer y algo que, en principio nunca debió ocurrir. Se lamentó por no haberse dado cuenta antes de los planes de Stacy, Rob siempre le tuvo mala espina, como suele decirse, algo en su interior siempre supo que una mujer como ella siempre se siente seducida por el poder, atraída a jugar sucio y escupir en la cara a quienes le han tendido la mano. Así era Stacy. Pero quizá, lo más terrible de aquello no fuera el hecho de que le hubiera dado la espalda al reino que la acogió, por mucho (y Rob lo sabía mejor que nadie) lo más temible era su poder. Rob había dicho que tendrían pocas o ninguna posibilidad de derrotarla y no mentía. Pero de pronto, mientras Brooke subía las escaleras, un pensamiento más horrible se instaló en su cabeza. Había uno como Stacy en el reino, uno que Rob creyó recordar fungía como hechicero y clarividente. Por el momento no pudo recordar el nombre, pero algo más poderoso que una corazonada le decía que aquel hombre con toda seguridad apoyaría los planes de la bruja Stacy. Separados serían peligrosos, pero si aquellas dos entidades oscuras trabajaban juntas (como él pensaba que ocurriría o estaba ya ocurriendo) entonces no habría mucho, por no decir nada, que se pudiera hacer. Rob pensó que sería tan inútil como si un perro tratara de vencer a una manada de leones. Aquello sería una pelea a todas luces desigual. El resultado, una total carnicería.

- Interrumpo – dijo Brooke a sus espaldas. No fue una pregunta, pues lo dijo con el mismo tono en el que cualquiera diría “Hola”

Rob se volvió. De pronto todo a su alrededor le parecía más frío. Como si el solo hecho de que hubiera pensado en el hechicero, pudiera traer su presencia. Una presencia fría y miles de veces más letal que la que ellos o cualquier otra criatura de la noche pudieran producir. Antes de hablar, Rob pensó que en realidad ellos no eran malos, ellos solo tenían una encomienda, una misión si quiere verse así, y esa misión era mantener el reino y su especie entera con vida. Una labor tan sencilla, como titánica. Pues ello incluía alimentarse de los humanos (no solo de su carne, sino de sus emociones y vitalidad) y usar a sus mujeres para reproducirse, lo cual no siempre resultaba sencillo. ¿Y quién podría culparles por querer sobrevivir? Después de todo no es muy distinto de lo que los humanos hacen todos los días con las demás criaturas vivientes con las que cohabitan. ¿No es cierto?

- ¿Estas bien? – pregunto Brooke mientras daba pequeñas palmaditas en la espalda del bebé. Esté se removió un poco pero siguió durmiendo, ajeno como siempre a la situación.

- Es hora de irnos – dijo Rob mirando a su pequeña hermana directamente a los ojos.

Ella le devolvió la mirada. Era una mirada triste y melancólica como la de cualquier ser humano.

- No me mires así – repuso Rob mientras avanzaba de nuevo a la ventanilla desde donde la luna parecía haber disminuido aún más su tamaño. – No tenemos elección.

- ¿Hay algo más? ¿No es así? – pregunto Brooke mientras se acercaba con el niño al débil calor de la chimenea.

Rob se volvió y hablo con voz trémula:

- Setri

Brooke se estremeció, la simple mención del hechicero del reino le inspiraba un miedo primitivo y muy incómodo.

- No recordaba el nombre hasta hace poco – continuo Rob – Pero estoy seguro que el muy maldito apoya los planes de Stacy. – Tras una breve pausa, añadió – Puede que incluso el este detrás de todo esto.

- No...No, es posible, Quantum no lo permitiría, además... - Brooke se detuvo cuando vio la expresión glacial de Rob. Conocía a su hermano y aquella mirada la asustó. Era una mirada que denotaba que debían abandonar de una vez por todas cualquier esperanza de que Quantum estuviera vivo.

- También me cuesta creerlo, Brooke. Pero no parece haber otra explicación. –Rob se acercó a ella y le tocó el hombro con una mano. Ella alzó la mirada y él pudo ver que había lágrimas luchando por salir. Las lágrimas eran un signo totalmente vinculado con su parte humana, Rob nunca había llorado, pero ahora mismo casi sintió deseos de hacerlo, pudo sentir, incluso, un ligero cosquilleo en sus ojos.

- No lo lograremos – dijo Brooke. Había comenzado a sollozar.

Rob esbozó una sonrisa forzada. Una sonrisa triste sería más adecuado decir.

- Pelearemos – replicó Rob con la voz más seria y decidida de la que era capaz en esos momentos.

Brooke enjugó sus lágrimas y agachó la mirada.

- Hay algo más – dijo por fin

- ¿De qué se trata? – preguntó Rob

- La otra chica también está embarazada – dijo ella alzando de nuevo la vista.

Rob abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor y finalmente no lo hizo.

- He pensado que lo mejor es dejarla, si Stacy se entera que lleva en su vientre a una criatura la matará y no podremos defenderla.

Rob guardó silencio. Parecía estar meditando seriamente las palabras de su hermana menor.

- De acuerdo.

- ¿De acuerdo que?

- Tienes razón, Brooke. La dejaremos... y pensándolo bien también deberíamos dejar a este bebé. Si Stacy de verdad está apoyando los planes de Stacy, será mejor para el quedarse aquí- Rob miró al bebé y le acarició en la cabeza. – Y pensándolo bien tú también debes quedarte.

Brooke se sobresaltó ante la idea. Rob le sonrió y también le acarició a ella en la cabeza.

- Eres la más humana de los tres, si las cosas no salen como Dean y yo lo hemos planeado, tú deberás empezar una nueva vida aquí y además, este bebé no puede estar en mejores manos que las tuyas.

Brooke le miró unos instantes y después se lanzó a sus brazos. Rob la abrazó, la besó en la frente y dijo una palabra que ella recordaría por el resto de su vida.

- Te quiero

Una hora más tarde, cuando Rob ya había salido, el bebé murió. Brooke lo acunó en sus brazos cantándole una vieja canción, no sabía porque había muerto, pero tenía la sensación de que si Stacy había tocado al pequeño, quizá ello hubiera sido suficiente para envenenarlo lentamente. Lo arropó y lo dejó en la cama y entonces salió.

La carretera Tx 359 conecta la ciudad de Laredo, Texas con la costa este de los Estados Unidos. A la altura del pequeño poblado de Oilton un hombre caminaba tambaleante, parecía un borracho más, pero cualquiera de los autos que hubieran tenido el reparo de detenerse a prestar auxilio se habría encontrado con que aquel hombre no estaba borracho en lo absoluto. Su andar era errático, lento y atáxico, pero la causa real de su comportamiento tan singular, se debía a que, un par de horas antes el desdichado hombre (que era un vagabundo sin techo del poblado de Oilton) se había encontrado casualmente con algo. Algo que parecía un hombre. Ese hombre, que

no era otro que el Príncipe Setri había tocado en la nuca al vagabundo, le había acariciado ligeramente con la intensidad del suave viento y se había despedido y continuado su camino, no sin antes bendecirlo en una lengua extraña. El vagabundo, un hombre de mediana edad y de aparente buena salud, había dado unos cuantos pasos en dirección al pueblo, cuando de pronto una picazón horrible comenzó a escocerle la nuca. Trascorridos diez minutos, en su campo visual aparecieron criaturas microscópicas, como esporas. Estas eran negras y de apoco parecieron cobrar vida dentro de la cabeza del sujeto. Fue entonces cuando empezó su andar errático. El tipo trato de buscar ayuda pero tan solo unos instantes después sintió que algo caminaba en su cabeza. O mejor dicho algo devoraba su cabeza. El pobre sujeto no lo sabía, pero el contacto del hechicero había instalado en él una variedad de cáncer increíblemente progresiva y mortal, cada minuto que pasaba era el equivalente a llevar meses con un cáncer tradicional. Finalmente, y para su fortuna, un conductor descuidado no tuvo tiempo de pisar el freno cuando el tambaleante hombre salió de entre la espesa hierba que bordeaba la carretera, y término antes de tiempo con su sufrimiento. El hombre voló por los aires y cayó al suelo con un sórdido *crack*. El conductor se detuvo a tratar de auxiliarle, pero cuando vio que del cadáver del sujeto brotaban insectos parecidos a langostas, insectos negros y asquerosos, puso pies en polvorosa, regreso al auto y piso el acelerador sin mirar atrás.

Mientras esto sucedía, al final de la carretera TX 359 Setri daba sus primeros pasos en la ciudad. Desde lo alto de edificios, casas, tiendas y almacenes Setri vio a las criaturas voladoras que le observaban. Parecían gárgolas de algún castillo gótico de los cuentos. Setri apenas las observo. Siguió su caminar despreocupado, sus pesadas botas resonaban en la desierta calle. Su gabardina casi tocaba el suelo, mientras ondeaba al viento. Setri comenzó a silbar. En lo alto, las criaturas le seguían con la mirada, pero sin moverse de su posición.

Entonces un aleteo se sumó al sonido de las botas de Setri, esté levanto la mirada y vio a la criatura. Aballah descendió en un rápido movimiento y se plantó cara a cara con el hechicero.

Setri era alto, pero Aballah lo era aún más, su inusual estatura (poco más de 3 metros) y su grotesco tamaño eran incluso una rareza entre su especie. Aun así Setri no se inmuto. Permanecieron en silencio unos instantes. En la lejanía algunos perros aullaron, como si intuyeran la presencia de algo muy maligno en las cercanías.

- El Príncipe Setri – dijo Aballah con voz profunda – Cuanto gusto verte de nuevo.

Setri sonrió y ladeo un poco la cabeza a modo de reverencia.

- ¿Ella te envió? – pregunto la criatura.

- Ella me envió – confirmo Setri. Parecía divertido con la pregunta.

- ¿YCuál es el trato que ofreces?

- Aliarnos para la batalla. Cuando él – Setri hizo un gesto señalando al cielo – vea que su más preciosa creación sucumbe ante nosotros, vendrá y entonces nosotros presentaremos la batalla que hemos estado esperado por siglos.

Aballah tenía una expresión de satisfacción en su grotesco rostro. Asintió e hizo una mueca lo más parecido a una sonrisa de lo que era capaz.

- ¿Qué dices? – pregunto Setri ante el silencio de él comandante de las legiones

- ¿Qué digo? Que es brillante

- Bien – dijo Setri – El primer paso es ver quién de los dos se queda al frente de todo.

La criatura lo miro confundido, sus ojos de pesadilla se abrieron como platos cuando vio a Setri retroceder. Esté abrió la gabardina, dejando al descubierto su delgado pecho, paso sus manos detrás de la cabeza y se soltó el cabello. Esté le llegaba hasta los hombros. Aballah no pudo evitar una carcajada.

- ¿Qué se supone que haces? – dijo Aballah. Su voz sonaba más humana ahora que había reído. Setri se limitó a mirarlo con expresión beneplácita y de absoluta confianza.

- ¿Quieres pelear conmigo? – la criatura lo miro con la expresión clásica de: *no sabes lo que haces*

- No soy el mismo que conociste hace mucho tiempo – dijo Setri – He pasado mucho tiempo arriba.

- ¿Y? – la expresión divertida de Aballah había desaparecido. Ahora miraba al delgado hechicero con una mezcla de ira y arrogancia.

- Ven a averiguarlo – Setri extendió las manos y movió los dedos indicándole que se acercara. Esto enfureció al comandante Aballah, quien más enfurecido que antes comenzó a caminar hacia el hechicero. No estaba dispuesto a permitir esta clase de insolencia. Setri podía estar entre los más poderosos en el reino de las criaturas, pero abajo, con los pesos pesados como suele decirse, no había sido nunca algo más que un alfeñique débil y de bajo rango, en cambio, Aballah era un ser que imponía e infundía un temor absoluto a donde quiera que fuera. La insolencia de Setri iba a costarle caro. Pues las criaturas como él no conocían la piedad. Aballah no la tendría con el hechicero, de eso estaba seguro.

Aballah llego hasta donde estaba él y lanzo un puñetazo al hechicero, un puñetazo que contenía toda la ira que se había estado guardando desde hace tiempo. Por un breve momento, pensó que la pelea con Setri podría servirle como una especie de calentamiento, cuando tuviera que enfrentarse a los ángeles y arcángeles del cielo ya tendría experiencia destripando criaturas. Se perdió tanto en sus pensamientos que tardó en darse cuenta que no había golpeado a Setri. De hecho, Setri ya no estaba. Aballah giro en redondo tratando de localizarlo y cuando estuvo a punto de completar los 360 grados, algo lo golpeo en su enorme mandíbula. El comandante reacciono rápidamente y retrocedió antes de que pudieran golpearle por segunda vez. Sacudió su pesada y enorme cabeza y frente a él vio a Setri, estaba desnudo de la cintura hacia arriba, y sonreía como si la estuviera pasando en grande golpeando al poderoso comandante de las legiones.

Aballah bufó como si fuera un toro y emitió un sonido gutural de ira. Cargo contra Setri a gran velocidad, pero el hechicero lo esquivo sin demasiada dificultad y el ataque violento de Aballah no golpeo otra cosa que no fuera el viento. Arriba, las criaturas veían la escena como espectadores en una pelea de box.

- ¿Qué pasa? ¿No puedes golpearme ni una vez? – dijo Setri en tono burlesco, parecía a punto de reír.

Aballah lo miro unos instantes y cargo de nuevo contra él. Lanzo puñetazos a diestra y siniestra. Izquierda y derecha, arriba y abajo, pero ninguno lograba golpear el delgado cuerpo de Setri. En uno de esos golpes Setri se agacho y le golpeo de nuevo en la mandíbula. Si bien tenía mejor puntería que Aballah, sus golpes causaban poco daño en el musculoso cuerpo de la criatura. Fue quizás eso, precisamente lo que provoco que después del impacto, Aballah contratacara un par de veces con éxito. En el primero asesto un rodillazo en el rostro de Setri y en el segundo su enorme puño dio de lleno en el pecho del hechicero. Este cayo rodando en el suelo. Estaba boca abajo, tratando de levantarse, cuando de pronto el pesado pie de Aballah se posó con fuerza sobre su espalda dejándolo de nuevo tendido en el suelo, inmovilizándolo.

- ¿Lo ves? – Dijo Aballah – Sigues siendo el mismo de siempre. Débil e insignificante. No entiendo como la reina de las criaturas puede confiar en alguien como tú.

Setri no respondió. Jadeaba y el pecho le palpitaba con un sordo e incómodo dolor.

Aballah emitió un leve gruñido y alzo la mirada para mirar a las demás criaturas en lo alto de los edificios. Ya estaba completamente convencido de que había ganado y pensando en lo que

haría con el insolente Príncipe setri, cuando sintió que una mano le sujetaba la pierna.

- ¡Cuidado! – grito una criatura desde lo alto.

Aballah se volvió para ver al hechicero. Entonces, para su asombro, pudo ver que las facciones humanas de Setri estaban cambiado. Ahora eran más las facciones de una bestia que las de un hombre. La mano que le sujetaba emitía un calor tan atroz incluso para una criatura como él, acostumbrado a las altas temperaturas. Aballah aulló de dolor y uso toda su fuerza para desasirse del contacto de aquella mano infernal. Setri se puso de pie con la agilidad de un felino. Su delgaducho cuerpo comenzó a hincharse hasta alcanzar las dimensiones del mismo Aballah. ¡No! Decir eso no era hacer justicia. ¡En realidad estaba convirtiéndose en Aballah!

El comandante retrocedió, pensó en echar a volar y alejarse de allí, pero eso no sería bien visto por sus subordinados.

Una vez convertido en una copia fidedigna de Aballah, Setri cargo contra él. El comandante de las legiones trato de defenderse pero su “gemelo” era mucho más fuerte. Tras solo unos minutos Aballah yacía en el suelo. Su rostro había sido reducido a despojos sanguinolentos y la pierna le escocia con un ardor insoportable en el área donde Setri le había tocado. Cerró los ojos y entonces una punzada dolorosa en el pecho le hizo abrirlos de nuevo. Se miró y vio su propia sangre salir de su pecho. No en pequeñas cantidades, sino a presión como agua expulsada por un geiser. Entonces Setri, con su forma humana de nuevo, hundió su alargado brazo en la herida. Aballah chilló de dolor y antes de que cerrara los ojos (esta vez para siempre) vio su propio corazón en la mano del hechicero. Tuvo tiempo de ver la expresión de Setri antes de morir, era la misma sonrisa bobalicona e inquietante de siempre. Aballah el gran comandante estaba muerto.

26

Un par de horas después de la muerte de Aballah, Stacy miraba fijamente el reloj de arena. Su expresión no era de satisfacción, sino de absoluto malestar. El plazo estaba a punto de terminarse, eso, en su opinión no era lo malo. Después de todo, la noche llegaría después como siempre lo había hecho y ella podría continuar con sus planes. Lo malo, era que con la llegada del amanecer, los estúpidos humanos atribuirían el milagroso regreso del día a Dios, a su Dios. Lo cuál era una tontería, pues nadie mejor que ella sabía que Dios no había intervenido en lo absoluto en favor de los hombres. Y se preguntó si de hecho, alguna vez había intervenido en su favor. Después de todo el mundo de los hombres, no se diferenciaba mucho del infierno mismo, y de eso ella podía dar fe con su sello.

Lo que pasaba en realidad era que el día volvería sencillamente porque el hechizo que había logrado sumir al mundo en la oscuridad se terminaba, la prueba de ello era el reloj ante sus ojos.

Afuera el reino se mantenía en silencio, a la expectativa y a la espera de que la nueva reina diera el silbatazo inicial que los guiaría hasta la batalla.

Stacy aparto el reloj de arena y volvió su atención a la bola de cristal. Paso su mano sobre ella y esta se encendió emitiendo un ligero destello naranja. La visión la lleno de temor, algo que ella creía nunca volver a sentir desde... desde que...

Entonces la bola de cristal emitió otro destello naranja, pero no era que estuviera apagándose o algo por el estilo. El destello era la luz del sol asomando por el horizonte en el mundo de los humanos. El rostro de Stacy palideció, debía encontrar la manera de prolongar la oscuridad o de propiciar cuanto antes la batalla entre las criaturas en el cielo y las criaturas de la noche. Pero por lo pronto, su dominio en la tierra quedaba debilitado. La luz del sol anunciaba que las criaturas de Dios no estaban del todo desentendidas de la situación.

EL HOMBRE DEL SOMBRERO

1

Bill Reynolds escucho atentamente la historia que las dos chicas tenían que contar. Le pareció que ellas se comportaban como si le conocieran de toda la vida. Durante el tiempo que precedió al amanecer las chicas hablaron largamente, contaron a Bill con lujo de detalle todo lo que habían visto, desde las criaturas voladoras, las mazmorras (Madeleine rompió a llorar cuando recordó nuevamente el rostro de su bebé tendido en el suelo, con dos profundos agujeros en el cuello), el bebé que habían llevado consigo desde el momento de su huida hasta hace muy poco, pero sobre todo contaron a Bill sobre la bruja y sobre lo que ellas llamaron los otros, es decir las otras criaturas que acompañaban a la bruja.

- Una de ellas incluso parecía amable – dijo Madeleine refiriéndose a Brooke. – Le dije que se jodiera, no me enorgullezco de eso, pero lo hice.

Martha por su parte, contó sobre los tipos que habían intentado violarla cuando ella salía de un bar en las afueras de la ciudad. Contó que el tipo que la rescató le pareció sin reservas el hombre más guapo que ella había visto jamás. Cosa en la que Madeleine estuvo de acuerdo.

- Lo último que recuerdo, fue que me puso su mano justo en la nariz y cuando desperté estaba desnuda en esa horrible celda.

¿Desnuda? ¿Por qué harían algo así? – pregunto Bill

- No lo sabemos – contesto Madeleine – pero éramos cuatro mujeres las que estábamos en las celdas – Miro a Martha para cederle la palabra. Ella asintió y dijo:

- Las otras murieron – agacho la cabeza y la voz pareció quebrársele de a poco – Me da

escalofríos solo de recordar cómo fue. – Miro a Bill con un gesto que decía: *No me atrevo a decir más.*

- ¿Qué son esas cosas? – pregunto Bill tras un breve silencio que empezaba a resultar incómodo. Ambas chicas intercambiaron miradas y fue Madeleine la que tomo la palabra

- No lo sabemos, pero la mujer que mató a mi bebé estoy convencida de que era una bruja... o lo más parecido a una bruja. Es como una criatura salida de esas historias que contaban nuestros padres o abuelos, con la intención de asustarnos y obligarnos a portarnos bien.

- Si te refieres a las criaturas con alas que están allá afuera – dijo Martha ante la expresión de Bill que denotaba que no estaba del todo satisfecho – Estamos igual de confundidas que tú.

- Aun así... No sé... Es como sí...

- Suéltalo de una vez, chico – dijo Madeleine

- Está bien. – Bill se inclinó hacia adelante, resoplo y hablo – Es como si esto fuera el apocalipsis. El fin del mundo ¿ya me entienden?

- Perfectamente – respondieron las dos mujeres al unisonó.

- ¿Y tú de dónde saliste? – pregunto Madeleine poniéndose en pie y acercándose a la ventana.

- Estaba en el edificio Charleston, se supone que tendría hoy una entrevista

- ¿Entrevista de qué? – Martha parecía sinceramente interesada.

- Bueno... soy jugador de futbol. Digamos que mi entrenador pensaba que tenía un futuro realmente prometedor. ¿Vaya Futuro prometedor, no les parece?

Madeleine se encogió de hombros

- Podría ser peor – repuso Martha. Bill la miro y la chica le sonrió.

Es tan bonita, pensó Bill. Por un momento la chica sentada frente a él le recordó a Sarah. Sarah Adams, quien con toda seguridad a estas alturas ya estaba muerta con una masa negra gelatinosa en el lugar donde antes estaban sus espectaculares ojos verdes.

Martha se volvió a la ventana y cuando se levantó Bill contemplo sus hermosas piernas largas y delgadas. Bill se sonrojo fugazmente pero la chica no lo capto pues se dirigía a la ventana junto a Madeleine.

- ¡Por Dios Santo! ¡Miren Allá! – Bill se levantó rápidamente y se acercó a la ventana, la voz de la chica denotaba autentica euforia.

Los tres intercambiaron miradas. Sus expresiones eran una mezcla de tantas cosas, júbilo, euforia y también asombro y temor. Los primeros rayos de sol tocaron sus rostros, los ojos de Martha Gray se iluminaron con un fulgor bello color azul. Bill contemplo el rostro de ambas chicas a la luz del sol. Ambas eran bellas, pero Martha le pareció lo más encantador que había visto en mucho tiempo. Pensó fugazmente que si aquellas criaturas de las que habían hablado las chicas venían del infierno, Martha, sin duda, parecía venir del mismo cielo. Su cabellera roja se agitaba con el viento, unas pecas salpicaban su rostro en dosis exactas, las justas para dotarla de una belleza exquisita y poco común. Justo cuando creía que no podía ser más hermoso un momento así y que la cabeza le estallaría de alegría por ver la luz del sol nuevamente surgir en el horizonte, Martha lo abrazo fuertemente. Una sensación electrizante pero agradable recorrió a Bill. Martha le soltó poco después y se abrazó a su amiga con la misma emoción que lo había hecho con Bill.

Bill se quedó pasmado unos segundos. Contemplaba absorto como el sol ascendía con rapidez hacia lo alto. Iluminando de a poco el cielo, primero con una tonalidad naranja tan pequeña como un pincelazo en un enorme lienzo, pero después convirtiéndose en una franja de luz y finalmente conquistando los cielos con su luz cálida y etérea. Miro hasta donde le alcanzo la vista y no pudo ver a ninguna de aquellas criaturas voladoras merodeando. Ya no. Era un alivio. Un alivio grato y doloroso a la vez, pues el sol salía como siempre lo había hecho, solo que ahora él había quedado

huérfano, y no solo eso, quizá incluso, no habría más gente aparte de él y las chicas. Le daba miedo salir y tener que averiguarlo.

- ¿Vienes? – Pregunto Madeleine de pronto.

Bill se sobresaltó al oír la voz. Las chicas estaban en el umbral de la puerta, ni siquiera se había percatado en que momento le habían dejado solo al pie de la ventana.

- ¿A dónde? – dijo finalmente

- Afuera. – Repuso Madeleine– Tenemos que averiguar que ha pasado con toda la gente de la ciudad.

Bill y las chicas bajaron las escaleras. Se movían con lentitud, como si estuvieran debajo del agua. Afuera las criaturas ya no estaban, pero siempre era mejor estar preparado.

2

Para cuando el amanecer llegó, solo una de las cuatro criaturas seguía aun en la tierra. Los caballeros de la oscuridad, Rob y Dean habían huido en direcciones opuestas pero con un objetivo en común: Prepararse para la batalla final. Sabían que el amanecer solo significaba una cosa, y esa era que, las fuerzas se estaban alineando para la batalla. Rob había vuelto al reino de las criaturas utilizando el único pasaje físico que conecta ambos mundos. Se había despedido de Brooke poco antes del alba, había sido un adiós doloroso, incluso para una criatura como él, pues sabía que era poco probable que volviera a verla. Daba igual. Solo deseaba que ella sobreviviera y si alguien debía luchar e incluso sacrificarse, el aceptaría gustoso el cargo. Dean, por su parte, se hallaba en una de las cuevas del sistema montañoso que nace en el centro de México y se extiende por lo largo y ancho de Estados Unidos. Allí, acompañado por sus nuevos discípulos Jimmy Wayne e Ibrahim al Khali permanecía en la penumbra y en lo profundo de la cueva. Los tres estaban sentados alrededor de una diminuta fogata, Dean mantenía ambas palmas juntas como si estuviera orando, llevaba puesta una túnica, como las que usan los monjes y mantenía los ojos cerrados. Los hombres a su lado lo miraban expectantes. Ocasionalmente intercambiaban alguna mirada entre ellos, una mirada que de a poco parecía menos humana. El caballero de la muerte, presentado con el nombre de Dean estaba convirtiendo sus mentes en simples recipientes. La personalidad de ambos hombres estaba siendo reducida, arrinconada en el fondo de sus mentes. Dentro de poco Dean los controlaría a voluntad como si fueran simples marionetas movidos por hilos.

Mientras tanto, afuera, el astro rey tomo su posición habitual en lo alto del cielo, Indiferente ante la situación del planeta. Muchas grandes ciudades alrededor del mundo, antaño rebosantes de gente, estaban ahora vacías. El viento arrastraba las carcasas vacías de los cadáveres, como si fueran las hojas caídas de un árbol en otoño. Si la gente de los noticieros hubiera sobrevivido, habrían informado a los sobrevivientes que cerca del 90% de la población se hallaba reducida a cascarones huecos y sin entrañas. Quizá también podrían haber dicho que, por fortuna, las criaturas voladoras con aspecto inquietante ya no surcaban los cielos. El papa hubiera podido emitir un comunicado alegando que aquello era el inicio del fin del mundo, habría agregado, casi con toda seguridad, que aquello anunciaba la segunda venida de Cristo a la tierra. Eso probablemente habría calmado a los fieles. Solo que aquello ya no podía suceder, pues la santa sede, así como muchas iglesias, templos y centros religiosos alrededor del globo se hallaban vacíos. Sin más feligreses que rezaran oraciones, pronto esas majestuosas construcciones serian reclamadas por la naturaleza.

Miles de mascotas olfateaban sin demasiado entusiasmo los cadáveres de sus amos, en un

intento patético y vano por reanimarlos, pues incluso para ellos debía ser algo totalmente incomprensible el hecho de que los cuerpos no desprendieran ningún olor que pudiera indicar que alguna vez hubieran estado vivos. Algunos animales más osados y movidos por el hambre y la desesperación intentaron alimentarse de los cuerpos, solo para encontrarse con que al intentar dar una mordida, los cuerpos se rompían tal cual cascarones. La visión resultaba especialmente horrenda para los perros demasiado apegados y dependientes de sus amos.

Desde lo alto de la Torre en el reino de las criaturas, la nueva reina miraba el desolado y apocalíptico escenario a través de la bola de cristal. Sonrió complacida, pues después de todo no era tan malo que solo quedaran en pie 1 de cada 10 humanos sobre la faz de la tierra. Casi era una cifra perfecta. A estas alturas Setri ya debía estar al frente de las legiones y eso le hacía sentirse confiada, casi segura de que ganarían la batalla. Dios puede enviar a todos los ángeles y arcángeles que quiera, pero de nada le servirá – pensó Stacy. Esta acabado – dijo para sí misma en apenas un susurro. Su creación, de la que tanto se enorgullecía está casi extinta.

Se levantó y salió al balcón, desde donde la vista era mucho mejor que desde la ventana. Caminaba con sensualidad, su cuerpo era una total invitación a la lujuria y el descontrol. Fue eso, con toda seguridad lo que había sido capaz de seducir a Setri, y fue eso quizá lo que le había ganado un lugar tan alto en los círculos del infierno cuando apenas era una jovencita, con tan solo unos cientos años de edad. La vida allí era buena – pensó Stacy – pero allí nunca pasaría de ser una subordinada, quizá la reina absoluta del segundo círculo del infierno, pero subordinada a fin de cuentas. Había detestado siempre estar bajo las órdenes del ángel caído, y había detestado aún más estar bajo las órdenes de una criatura burda y sin aspiraciones como Quantum. Si Satán se revelo contra Dios, porque no iba a revelarme yo contra él – pensó. Y porque habría de doblegarme ante ellos. Pensaba en esas cosas, mientras contemplaba el reino. Allí la oscuridad era eterna, allí no había castigos como en el inframundo, pero tampoco era un lugar agradable para existir. De pronto una vieja idea, casi sepultada, resurgió en su mente; Ella no quería vivir allí para siempre, ser la reina de las criaturas de la noche era solo el primer escalón. Stacy tenía claro a donde quería llegar, ahora lo tenía claro. Quería llegar tan alto, lo suficiente para estar al nivel de Dios, quizá incluso más allá. Quería tener sus propios fieles, sus propios creyentes, su propia creación. Recordó todos los años que había estado entre los humanos, Influenciado y potenciando conductas sexuales inmorales e insaciables. Eso le divirtió durante un tiempo, pero ahora, ella, la reina de las criaturas aspiraba a convertirse en una deidad. Una sonrisa perversa y hermosa al mismo tiempo iluminó su rostro y supo entonces, que estaba ansiosa de que la batalla comenzara ya. Ella misma estaba dispuesta a participar. Una vez más la imagen de la espada con una cabeza de ángel clavada en la punta llegó a su mente.

- Falta poco – pensó y miro hacia el cielo, donde pudo sentir como alguien desde lo alto enfurecía, ese alguien estaba, lo pudo sentir, casi tan ansioso como ella por empezar la batalla.

Los únicos tres sobrevivientes de la ciudad fronteriza de Laredo, Texas caminaban con expresión perpleja a través de las largas calles y avenidas. Casi no hablaban entre ellos, no hacía falta. Un simple vistazo al rostro, denotaba que los tres estaban sobrecogidos y asustados ante lo que veían sus ojos.

Los cadáveres se contaban por cientos. Había de todo, desde niños pequeños de 2 o 3 años, hasta ancianos de quizá ochenta años o más. Todos con las mismas características con las que Bill había encontrado a su madre; Muertos, con ojos negros que servían de nido de alguna clase de

parásitos inmundos, vacíos, sin entrañas y tan frágiles como un cascara de huevo. Madeleine lloro durante largo rato, abrazada de Martha, luego que descubriera el cadáver de su madre tendido a media calle. La mujer, terriblemente obesa miraba con una expresión de asombro el cielo. Tenía la boca abierta en una “o” gigantesca y Bill pudo ver, no sin sentir una mezcla desagradable de asco y terror, como la señora madre de Madeleine, no tenía ninguna pieza dental. Martha por su parte, evito mirar el cadáver, por desgracia no hizo lo mismo cuando encontró el de su propia madre sentada a la mecedora en el porche de su antigua casa. La señora Gray parecía una figura de cera, solo que daba la impresión de que el escultor se hubiera cansado a medio proceso y hubiera decidido, finalmente, no terminar su trabajo. El demencial escultor en lugar de detallar unos ojos hermosos y realistas a la figura, apostó por colocar dos masas negras de material viscoso y repulsivo como ojos.

Los papeles se intercambiaron y esta vez fue Martha quien lloro en el hombro de Madeleine, Bill se acercó, sintió deseos de consolar a la chica, pero finalmente se decantó solo por tocar el hombro de la chica y darle un ligero y amistoso apretón.

Mientras los tres chicos seguían caminando, con rostros tristes y cada vez más ausentes, Bill vio a lo lejos un rostro conocido. Mientras se acercaba, rogaba a Dios que no fuera quien el creía. Dios por supuesto estaba demasiado ocupado en el cielo como para atender las necesidades de un chico como él.

- ¡Oh, Dios mío! – grito Bill tras reconocer el hermoso rostro de Sarah Adams. Corrió hacia ella y en el camino casi tropezó con el cadáver de un niño pequeño al que también conocía. El nombre del chiquillo era Luke.

Las dos chicas intercambiaron miradas y corrieron tras él. Martha apoyo una mano en el hombro de Bill, este apenas lo noto, miraba absorto el cuerpo de lo que antes había sido Sarah. La bella Sarah, a la que esperaba decirle algún día cuanto la amaba, a la que esperaba algún día invitar a salir y quizá en esa primera cita ella le pediría que le besara, Sarah, la chica con la que fantaseaba cada noche, su ultimo pensamiento antes de dormir y el primero al despertar. Sarah, la chica que deseaba que fuera su esposa, la madre de sus hijos y su compañera y amante hasta que el, Bill Reynolds, partiera de este mundo. Sarah, la chica que hacía de este mundo un lugar mejor.

Bill se había propuesto no llorar enfrente de las chicas, después de todo él era el hombre, pero ver a Sarah reducida a una carcasa inútil y horrenda, fue demasiado para él. Bajo la cabeza hasta que su barbilla toco su pecho y empezó a llorar, primero tan bajo que era apenas perceptible y después tan fuerte que las chicas se acercaron a él (que estaba en cuclillas frente al cuerpo de Sarah) y lo abrazaron. Al contacto de ellas, Bill rompió a llorar como no recordaba haberlo hecho nunca. De acuerdo, la muerte de sus padres le había dolido mucho, pero eso es quizá algo contra lo que la mayoría de las personas debe enfrentarse tarde o temprano: La muerte de los padres. En cambio la muerte de la chica que amaba, era un golpe muy duro y difícil de soportar. Los tres chicos se mantuvieron abrazados durante largo rato. Unidos por una calamidad los tres debían aceptar que solo quedaban ellos tres, al menos en muchos kilómetros a la redonda, y si querían sobrevivir debían mantenerse juntos. Esa era una idea que no se habían planteado hasta después de ver la incalculable cantidad de cadáveres que les rodeaba.

Mientras los chicos continuaban abrazados, aceptando su destino y pensando quizá, sus próximos movimientos, El príncipe Setri los miraba desde lo alto de uno de los edificios con una expresión de satisfacción y placer infinito.

Luego de un par de horas, Bill y las chicas caminaban en la acera, sus expresiones eran aún de

una profunda consternación, pero aun con su propio dolor demasiado reciente, se percibía en ellos un atisbo de lo que habría de convertirse en coraje y deseos de vivir. Si, ahora solo quedaban ellos tres en toda la ciudad, pero tres aún era mejor que uno. A ambos lados de la calle los negocios locales se hallaban vacíos y algunos de ellos, en su interior, tenían cadáveres como si fueran maniqués de exhibición. La visión para cualquiera hubiera sido poco menos que aterradora y enloquecedora, pero no para los tres chicos. Ya no. Bill apenas les dirigía una mirada, pero aquellas carcasas vacías ya no le inspiraban ningún temor; No después de ver a Sarah convertida en un despojo sin vida.

Bill encabezaba la marcha, detrás de él, iban las dos chicas que hasta hace poco habían permanecido en silencio. Ahora, el único que seguía refugiado y perdido en sus pensamientos era el propio Bill. A la distancia podía escuchar solo retazos de la conversación entre las dos chicas, y después de todo, aunque hubiera podido escuchar lo que hablaban a detalle no tenía demasiado interés. No después de lo que le había pasado a Sarah y a sus padres. Continuaron así por un rato; las chicas conversando a varios metros por detrás de Bill, y el, sumido en sus propios pensamientos, mascullando quizá algún plan o mínimo alguna idea. Pensó por un momento cruzar la frontera en dirección a México, albergando la esperanza de que quizá ellos hubieran tenido mejor suerte. Alzo la mirada y en la lejanía pudo ver el puente internacional que se alzaba por encima del rio bravo y que conectaba los dos laredos. La bandera americana y la bandera mexicana ondeaban una frente a otra, impulsadas por el viento de un lado a otro, en un vaivén sin fin.

Bill suspiro recordando, mientras veía el lado mexicano, que solía platicar con sus amigos acerca de la idea de cruzar al otro lado para poder entrar a los bares y emborracharse hasta el amanecer. En su ciudad era legal beber hasta cumplidos los 21 años, Bill, recién había cumplido los 20 y su amigo Mark solía decir que en México les importaba un pito la edad que tengas siempre y cuando tengas suficiente dinero para pagar. – En esos lugares he visto críos de 16 años bebiendo en la barra, junto a viejos que podrían ser de la edad de mi abuelo – decía Mark.

Por supuesto aquellas cosas nunca pudieron ser comprobadas por el propio Bill, todo el plan había quedado en boceto, entre su amigo Mark, algunos chicos más y el. – Iremos en las vacaciones de verano – contestaba Bill cada que Mark sacaba a colación el tema. Ahora esas vacaciones no llegarían nunca; Mark con toda seguridad estaba muerto y tieso en algún rincón oscuro de la ciudad. Bill se pasó la mano por el cabello, que estaba despeinado y alborotado como si acabara de levantarse de la cama, y sin darse cuenta que se había detenido mirando el puente internacional, susurro algo para sí mismo.

- Hubiéramos ido, Mark. – mencionar el nombre de su amigo le provoco una sensación dolorosa, era como si algo se le hubiera estancado en la garganta. La misma horrible sensación cuando se sabe que postergamos tanto nuestros planes, que cuando menos nos damos cuenta la vida se nos ha escurrido de las manos.

- ¿Estas bien? – Martha Gray estaba parada a lado de él. Tenía la mano en el hombro de Bill y este se sobresaltó un poco al escuchar su voz.

- Perdona, no quise asustarte – dijo Martha con expresión melancólica.

- No es nada – contestó Bill – pensaba en lo que debemos hacer ahora.

- ¿Y qué haremos? – pregunto Martha.

- No lo sé – dijo el con una sonrisa triste en el rostro - ¿Alguna idea?

- Madeleine y yo hablábamos de que podríamos tomar un coche de los muchos que están abandonados y viajar a alguna ciudad grande como Houston o San Antonio, quizá incluso Los Ángeles.

Bill se volvió y sus miradas se encontraron unos instantes. – Es muy bella – pensó Bill, pero de inmediato aparto ese pensamiento sintiéndose culpable. Aquello era casi traicionar la memoria de Sarah.

- ¿y bien? – dijo Martha entornando los ojos.

- Oh... Yo... Creo que podríamos intentarlo. Después de todo cualquier cosa es mejor que quedarnos aquí.

Martha soltó una risita y Bill volvió a pensar en lo guapa que era. Y había que reconocerlo, aunque fuera un pensamiento doloroso, era incluso más bonita que Sarah Adams.

Los dos se quedaron allí frente a frente durante unos segundos. Ninguno hablo y un silencio incomodo quedo flotando en el aire unos instantes. Un silencio que a Bill se le antojo curativo. No sabía prácticamente nada de aquella chica, pero de pronto ardía en deseos de conocerla a profundidad. Martha jugueteaba con una piedra, moviéndola con la punta del zapato de un lado a otro. ¿Estaba distraída solamente? ¿O acaso ella también sentía algo agitarse en su interior ante la presencia de Bill?

- ¿Los interrumpo? – dijo Madeleine acercándose a los chicos. Ambos se sobresaltaron un poco y por primera vez Martha oyó a Madeleine reír.

Bill volvió la mirada en dirección a la chica que acababa de llegar y esbozo una sonrisa al ver que cargaba entre sus brazos a Candy, su mascota.

- ¡Guau! ¡Qué lindo! ¿Dónde lo encontraste? – dijo Martha mientras acariciaba al canino.

- Estaba merodeando por allí – contesto Madeleine – Me Pareció que estaba asustado y lo traje conmigo. Quizá su dueño murió – aventuro.

- Es mío – dijo Bill acercándose. El perro despertó de su aparente letargo y comenzó a mover la cola frenéticamente, luchando por librarse de los brazos de Madeleine.

- ¿De verdad? – pregunto Martha al tiempo que Madeleine dejaba al perro en el suelo para que corriera al encuentro de su amo.

El perro se acercó a Bill y su rostro perruno se ilumino de felicidad. Bill lo levantó del suelo y tal y como había ocurrido antes, el perro le lamio amistosamente el rostro un par de veces. Bill ríó ante el contacto de la lengua de su mascota.

- ¿Cómo es que lo olvidaste? – pregunto Madeleine.

- No lo sé. Supongo que fue la emoción de encontrar personas – Bill dejo al perro en el suelo y este se mantuvo pegado a su lado. Miro de soslayo a las chicas y volvió a centrar la atención en su amo.

- Aun así – Madeleine se agacho y acaricio a Candy en la cabeza. Y después se volvió hacia Bill – Es un perro encantador y seguramente te estaba buscando. Les digo que parecía asustado.

- Bueno, pero ya está aquí – dijo Martha también agachándose a acariciar la peluda cabeza de Candy.

- Bill y yo hablábamos sobre el plan del que hablamos – dijo Martha.

- Bien... ¿y qué les parece? – Madeleine se puso de pie y pasó la mirada de uno a otro

- Opino que es buena idea – dijo Bill con la mirada clavada en el puente. Estaba pensando que quizá sería mejor idea cruzar al otro lado pero no lo dijo.

- Bien, pues andando chicos – dijo Madeleine encaminándose a un auto compacto color rojo estacionado cerca. – Esta chatarra tiene las llaves puestas, lo acabo de comprobar. – Abrió la puerta y miro a los chicos con un gesto que quería decir: *Andando*.

Martha se levantó y Candy, que había estado demasiado concentrada en las caricias, volvió a los pies de su amo.

- Andando – dijo Martha encaminándose al coche.

Madeleine encendió el motor al segundo intento. ¡Maldición! – había dicho luego del primer intento fallido.

Bill se quedó atrás unos segundos más, con el perro agitando la cola contra sus piernas, pensando de nuevo en su amigo Mark. *Allí va un buen par* – solía decir Mark cuando veía alguna chica sexy. Bill sabía que no cualquier chica entraba en la categoría de chica sexy de su amigo y nunca le había preguntado a que se refería al decir “un buen par” ¿A las piernas? ¿O al trasero? Pensó que tratándose de Mark probablemente fuera a ambas cosas. Sea como fuere, recordó esas palabras al ver a Martha alejarse en dirección al auto.

- ¿Hey chico! ¿Vienes o no? – pregunto Madeleine desde el asiento del conductor.

Bill asintió y echo a correr al auto, consciente de que quizá las chicas empezarían a pensar que se estaba volviendo loco. Pero no estaba loco, solo estaba comenzando a sentirse atraído por Martha. Quizá atraído fuera una palabra aún demasiado prematura, pero indudablemente algo de eso había. Mientras subía al auto con el perro saltando detrás de él, recordó otra frase que Mark solía decir. *Cuidado con el amor, amigo mío. Es lo más cercano a la locura que puedes estar.* Bill sonrió pensando que después de todo si podía estar volviéndose un poco loco.

5

Martha miraba por la ventanilla del copiloto. Afuera la carretera I -10 ofrecía un panorama triste y desolador. Desde que habían salido las risas se habían acabado y cada quien permanecía hundido en sus propios pensamientos y cavilaciones; En la ciudad al menos tenían la certeza de que toda la población había sido devorada por las criaturas voladoras, pero aquí, en la larga y calurosa carretera no había ningún ser humano vivo o muerto que pudiera dar más pistas sobre lo que estaba ocurriendo. Por un momento Martha pensó que quizá las criaturas solo hubieran atacado la ciudad de Laredo, quizá esas cosas eran, incluso, una obra de algún gobierno enemigo; tal vez los rusos o los chinos, quizá incluso el gobierno de Kim Jong Un en Corea del Norte o tal vez Vladimir Putin tuviera alguna clase de pacto con los extraterrestres y había ofrecido a su propia madre a cambio de que los alienígenas atacaran a los Estados Unidos y no a la madre Rusia.

Tras discutirlo durante algunos minutos, el grupo había decidido dirigirse a California, pues los tres albergaban buenas esperanzas de encontrar más gente en el camino. La distancia era considerable, por lo que Bill propuso que deberían detenerse en El Paso para reabastecerse de víveres y descansar un poco; una idea con la que las chicas estuvieron de acuerdo.

Las siguiente horas trascurrieron sin muchas novedades, el grupo hablaba en ocasiones, pero la mayor parte del tiempo no había más ruido que el del viento colándose por las ventanillas. El perro dormía en el regazo de Bill y al frente Madeleine conducía a moderada velocidad, tal como si temiera ser infraccionada por alguna patrulla de transito fantasma. A la altura del poblado texano de Sanderson, Madeleine cedió el volante a Bill, por entonces eran casi las 3 de la tarde y los tres chicos estaba ya muy hambrientos; Martha sugirió que buscaran alguna tienda de conveniencia de esas que suelen estar en las gasolineras. Finalmente a la altura de Forth Stockton dieron con una tienda de una cadena local, por supuesto el local estaba vacío aunque con la puerta abierta. Bill y las chicas tomaron unas canastillas de las que estaban en la entrada y las rellenaron de toda clase de alimentos enlatados, frituras y varias botellas de agua. Madeleine se dirigió a la sección de bebidas alcohólicas y tomo un par de Heineken.

- No pienses que dejare que manejes así – dijo Martha cuando la vio guardar las cervezas en la canastilla. Su tono no denotaba reproche alguno sino más bien diversión.

- No hace falta nena – respondió Madeleine - Nuestro chico nos llevara hasta El Paso y yo

seguro que no me emborracho con un par de estas cosas.

Bill también se sintió tentado de tomar algunas cervezas, pero entonces la voz de Mark regreso a su cabeza con una simple pero poderosa advertencia. *La cerveza es buena, amigo, pero es mejor no tomarla cuando te pones tras el volante. Podrías terminar como mi tío Joe, que quedó reducido a un vegetal después de sentirse Superman tras el volante.*

Bill dejo en paz la sección de bebidas alcohólicas y se decantó por llevarse una provisión extra de palomitas de maíz. Tomo una de cada una (limón, extra picante, queso y mantequilla) y salió de la tienda. El auto estaba estacionado en la acera, así que Bill entro, encendió el motor y lo acerco para poder cargar combustible. Mientras luchaba con la pistola del despachador y después de derramar un poco de combustible en el suelo volvió la mirada hacia la tienda y vio que las chicas aún seguían llenando sus canastillas. Pensó que quizá buscaban toallas sanitarias o algo que fuera de uso exclusivo de las chicas, Bill se mantuvo allí, con la espalda pegada al cofre del auto y con el sol pegándole de lleno en la espalda y el cuello. Volvió su atención al despachador, saco la pistola del depósito de combustible y la coloco de nuevo en su lugar. Justo cuando el *click* de la pistola indicaba que estaba asegurada sintió que alguien lo miraba desde dentro de la tienda; Era Martha y cuando Bill le devolvió el gesto, la chica sonrió tímidamente y bajo la mirada. Bill se quedó mirándola unos instantes más, mientras adentro, Martha seguía rellenando su canastilla.

De pronto un ruido de motor comenzó a escucharse en la lejanía. Bill no lo capto al principio, pero de a poco el ruido fue incrementando. El chico giro la cabeza sobre sus hombros justo a tiempo de ver que un auto circulaba a gran velocidad sobre la Interestatal 10. Era un auto viejo de color verde y tonalidad espantosa. Bill corrió hasta el borde de la carretera y agito las manos, esperando que el conductor lo viera por el retrovisor y se detuviera. Finalmente el misterioso sujeto a bordo no se detuvo, pero Bill tuvo tiempo de captar su silueta. Era la silueta de un hombre con un sombrero.

Para cuando se pusieron de nuevo en marcha el calor sobre el cielo texano era sofocante. La temperatura del desierto de Arizona parecía estar extendiendo su dominio ahora que los molestos humanos habían sido reducidos casi a cero. Martha trato de encender el aire acondicionado, pero se encontró con la desagradable sorpresa de que estaba averiado desde solo Dios sabía cuándo.

Durante el trayecto Bill no hablo, estaba pensando en el auto que había visto pasar. Decidió que no se lo contaría a las chicas a menos que fuera necesario. No quería asustarlas y no valía la pena hacerlo, tal vez aquello solo hubiera sido producto de su imaginación. En la parte trasera, Madeleine dormía y el perro yacía acurrucado contra su pierna. No estaba dormido pero mantenía la cabeza baja con expresión triste y apática.

Para cuando llegaron a El Paso eran cerca de las ocho de la noche. Todos salvo Bill dormían. Madeleine y Candy en el asiento trasero; Martha en el asiento del copiloto.

Lo primero que Bill vio al llegar fue que la ciudad estaba tan iluminada como siempre. Las casas tenían las luces encendidas, pero no había niños jugando a la pelota, ni viejos leyendo en los porches, ni amas de casa regresando a casa con las compras. Bill condujo al centro de la ciudad, por el rabillo del ojo vio que Madeleine estaba desperezándose y que Candy movía amistosamente la cola al contacto con la chica. Sonrió ante la idea de que al menos el perro tendría ahora tres personas que se ocuparan de él.

Volvió la vista al camino justo cuando llegaban a una intersección; el semáforo estaba en rojo pero a Bill no le molestaba la idea de saltárselo. Después de todo no hay nadie que se disponga a cruzar – pensó.

Avanzo lentamente, aun dudando, o quizá aun albergando la esperanza de que algún auto le

pitara si cometía la imprudencia de saltarse el alto. Justo cuando estaba a medio camino de cruzar la avenida escucho el sonido inconfundible de un claxon. Se sobresaltó, no supo si de miedo o de emoción al encontrar otra alma. Piso el freno abruptamente y las chicas se despertaron inmediatamente, sobresaltadas y en estado hiperalerta.

- ¿Qué pasa, Bill? – pregunto Martha mientras se sobaba la cabeza que había impactado ligeramente en la ventana.

Bill mantenía la mirada fija en el retrovisor. Cuando hablo lo hizo lentamente y en un susurro.

- Miren atrás –

Las dos chicas voltearon al unísono y Martha emitió un grito ahogado llevándose la mano a la boca para acallarlo.

- ¿Qué demonios hace allí parado? – inquirió Madeleine

- Es el hombre del sombrero – dijo Bill. Las dos chicas se volvieron a verlo. Sus rostros denotaban confusión con un ápice de miedo asomando en sus ojos.

El hombre del sombrero empezó a caminar en dirección a ellos, dejando a sus espaldas el auto verde que Bill había visto en la carretera.

6

Buenas noches – dijo el hombre del sombrero a los tres chicos. El hombre vestía unos pantalones de pana color verde (casi del mismo tono que su destartado automóvil) una camisa blanca con manchas de sudor alrededor de las axilas; Tenía una barba espesa al estilo de Santa Claus, era delgado y usaba anteojos; Su piel era arrugada como pergamino; En las manos llevaba varios anillos metálicos, algunos con incrustaciones de algo que se asemejaba al diamante, otros, por el contrario eran corrientes sin chiste ni diseño, y había un tercer grupo de anillos; aquí entraban los que tenían forma de algunos animales, había un escorpión, un tigre y un águila y el más grande de todos ellos, enclavado en el dedo medio de la mano derecha, un anillo que estaba moldeado a la forma de una cobra rey. Su sombrero parecía uno como los que usan los magos, salvo que la copa era más pequeña; una figura de una torre rodeada de un campo de rosas estaba estampada en el sombrero, sostenida por costuras viejas que pronto cederían.

Los chicos vieron de pies a cabeza al viejo, prestando especial atención a los ojos por si había gusanos en ellos. Finalmente intercambiaron miradas antes de que Bill contestara al extraño.

- Buenas noches – respondió

- ¿Qué los trae por aquí? – pregunto el viejo con una sonrisa como si el hecho de que la ciudad estuviera deshabitada fuera cosa de todos los días

Tras una breve pausa Madeleine se apresuró a contestar. Bajo la ventanilla y encaro al viejo.

- Nosotros buscamos ayuda

- ¿Qué clase de ayuda? – el viejo parecía verdaderamente extraño con la respuesta. Frunció el ceño y las arrugas de la frente se le marcaron de tal forma que parecía haber un laberinto allí.

- Ah... bueno... - empezó Bill. Madeleine le dirigió un gesto que decía: “yo me encargo”

- Algo mato a todas las personas de una ciudad – dijo Madeleine sin reservas. Su expresión era firme y de auténtico liderazgo.

- ¡Oh! Es eso – dijo el viejo – Cosas así están pasando por todas partes.

- ¿A qué se refiere con eso? – pregunto Martha desde el asiento del copiloto.

El viejo soltó una carcajada que lo hizo ponerse colorado. Los tres chicos lo miraron con extrañeza.

- Oiga... ¡No sé de qué diablos habla pero de dónde venimos todos han muerto, algo se comió sus entrañas y los dejó secos como a una pasa! – Madeleine estaba comenzando a irritarse; los dos chicos se volvieron a verla y finalmente el viejo acalló su carcajada y los imitó.

- Tranquila, Jovencita – dijo con voz amable – Se lo que ha pasado.

- ¿Lo sabe? ¿Cómo? – pregunto Bill moviendo nerviosamente el volante.

- Si, ¿Cómo es que lo sabe? – dijo Martha.

- No conozco los detalles, pero he visto antes a esas cosas volar por los aires – el viejo se detuvo un momento y su expresión se endureció – Se los dije todo el tiempo a esos fracasados de Kenneth y Sam, pero siempre decían que estaba loco... Todos decían que estaba loco... ¡Pero mírenme ahora! Ahora soy yo el que está vivo y ellos están muertos. ¡Muertos y enterrados! Quizá tan muertos como la gente de la que ustedes hablan, o quizá solo se perdieron... No lo sé... Solo espero que Sam haya llevado su casco de minero para alumbrar el camino al infierno... ¡Oh! ¡Oh! ¡Es como la canción de AC/DC! ¡La que habla de la carretera al infierno! Seguro que ahora mismo Ken y Sam están con Bon Scott cantando el estribillo de esa odiosa canción...

Los chicos miraban al hombre del sombrero, mientras éste seguía con su incesante letanía, una letanía que cada vez se alejaba más del tema principal.

- Oiga... ¡Oiga! – Chillo Madeleine. El viejo paro su lengua y la miro estupefacto. – No hemos venido a escuchar la historia de Ac/Dc, ni de Kerry y Sam...

- Es Kenneth – interrumpió el viejo.

- Si, si, como sea – intervino Bill – Escuche solo queremos saber si de verdad usted sabe lo que está pasando.

El viejo pareció meditar la pregunta. Se levantó los anteojos y se frotó los ojos.

- ¿Quieren escuchar una historia? – el viejo volvió a colocarse los anteojos, puso los ojos unos instantes en cada uno de los chicos y los tres sintieron que los vellos de la nuca se les erizaban. No era el viejo lo que les asustaba; ya no, pero había algo en sus ojos. Algo que podría ser una advertencia, algo que podría ser miedo, un miedo profundo y arraigado hasta el tuétano.

- Hable de una vez – dijo Madeleine. Su voz sonó firme pero los otros chicos sabían que ella también estaba asustada.

- Bien – el viejo sonrió y se quitó el sombrero revelando una incipiente calvicie. – Primero vayamos a mi casa. Seguro que este auto puede seguirle el paso a mi bebé. – El viejo se encamino a su auto, lo encendió y se detuvo frente a los chicos. – Síganme

Bill metió primera y puso en marcha el compacto detrás del auto verde del viejo.

Para cuando llegaron a la casa del viejo, eran casi las 10 de la noche. La oscuridad había vuelto y aunque ninguno lo admitió los tres chicos tenían miedo de que la noche se prolongara indefinidamente.

- Por favor tomen asiento – dijo el viejo mientras dejaba su sombrero en un perchero junto a las escaleras.

La casa constaba de dos plantas, la sala era vieja pero aún conservaba la suavidad de sus mejores años, el comedor (que se hallaba en la misma sala) estaba hecho de madera, parecía estar recién barnizada. Las paredes estaban decoradas por algunos cuadros. La mayoría parecía estar hechos por pintores amateurs pero Martha pudo identificar uno, era una pintura que había visto hacía tiempo en casa de Nora.

- Es Francisco de Goya – dijo

- ¿De qué hablas, nena? – pregunto Madeleine que centraba toda su atención en las botellas de whisky y tequila que el viejo exhibía orgulloso en una vitrina de cristal.

- De esto – dijo señalando la pintura – Es *El Coloso* de Francisco de Goya.

- ¿Quién es él? – pregunto Bill acercándose a Martha que permanecía de pie, inmóvil, contemplando la pintura.

- Si, nena ¿Quién es ese tal Francisco de Goya? – Madeleine se acercó también y de pronto los tres chicos estaban de frente a la pintura.

- Es un pintor español de los siglos xviii y xix, los padres de Nora eran admiradores de su trabajo.

- Nena, me confundes más, ahora tampoco sé quién es Nora

- Su obra más influyente es... - empezó Martha ignorando el comentario de Madeleine.

- *Saturno devorando a su hijo* – respondió la voz del viejo desde sus espaldas.

Los chicos se volvieron al mismo tiempo en su dirección. Parecían un trio de chiquillos asustados en posición de firmes.

- Exacto – dijo Martha en un susurro.

- Esa la tengo en mi habitación – dijo mientras colocaba las tazas de café en el comedor. – Pueden ir a verla si les apetece – el viejo sonrió y los miro. Los tres sintieron de nuevo esa sensación de miedo ascender desde la espalda hasta la nuca; El viejo volvió de nuevo su atención a las tazas del café.

- Por favor siéntense, le serviría café también a él – dijo señalando a Candy que yacía acurrucada junto al sofá – pero Ken decía que los caninos no toman café que se alteran casi tanto como con el alcohol.

- Eso es cierto – respondió Bill sentándose a la mesa. – Escuche, sé que va a contarnos algo que según usted es necesario para entender lo que está pasando...

- Es vital – respondió el viejo fulminándolo con la mirada.

- Si, eso dije, que es vital, a lo que me refería es que ni siquiera nos ha dicho su nombre.

- Mi nombre no es importante – dijo el viejo mirando atentamente su café.

- Aun así deberíamos saberlo, por el bien de la historia – dijo Madeleine que en ese momento añadía un par de cucharadas de azúcar a su café.

El viejo la miro y asintió con la cabeza.

- Muy bien, para los efectos de este relato es necesario. Mi nombre es Tom.

- Bien, Tom puede empezar a contarnos su historia. – Madeleine dio un sorbo grande a su café e hizo una mueca justo antes de que el viejo comenzara a hablar.

- Todo comenzó... - dijo el viejo

- Espere – interrumpió Martha

- ¿Qué sucede, nena? – pregunto Madeleine mientras añadía más azúcar a su bebida.

- ¿No quiere saber nuestro nombre? - pregunto Martha.

- No es necesario – contesto el viejo. – De donde yo vengo los nombres no son importantes. Ahora por favor no interrumpen hasta que termine ¿Entendido?

Los tres chicos a la mesa asintieron con la cabeza.

Martha se acercó a Bill y le toco brevemente la mano, el chico se giró y ella le sonrió tiernamente. Fue justo después de eso que el viejo Tom comenzó a contar su historia. Una historia que prometía dar algunas pistas acerca de lo que estaba sucediendo en el mundo.

SUCEDIÓ EN HALLOWEEN

1

Dave y Eileen miraban atentamente un programa de concursos por televisión, el presentador, un tipo llamado Nicky anunciaba que había llegado el momento de la trivia para los tele-espectadores. Dave dio un largo sorbo a su café, tomó el control remoto del televisor y subió el volumen. El hecho de que subiera el volumen no significaba que adorara la voz de castrato de Nicky o que le gustara escuchar las risas y aplausos del público como si estuvieran allí mismo, en su sala, no, si subía el volumen se debía únicamente a que los chiquillos Jacky y Tom estaban jugando a corretearse por toda la casa y lo que había empezado con unas cuantas risas, ahora, era un auténtico jolgorio de risas infantiles chillonas y desesperantes; a las risas se sumaban los ocasionales berridos de Jacky cada vez que Tommy era tan rápido que la niña no podía atraparlo.

A Dave le desesperaba sobre todo la paciencia y la sorprendente capacidad de su esposa Eileen para tolerar aquellos ruidos estridentes sin que ello afectara su atención en el programa de concursos de Nicky Dicky. Dave subió el volumen, se acomodó en el sofá y escuchó atentamente la pregunta de la trivia. Era su parte favorita del programa, porque aparte de que Nicky dejaba de lado las preguntas sosas y estúpidas para pasar a preguntas más científicas y de cultura general, había la posibilidad de que cualquiera pudiera salir sorteado, que le hablaran los del programa a su casa y si acertabas se podía ganar una cifra considerable de dinero.

Dave esperaba ansioso que el estúpido pelmazo de Nicky, con sus horribles gafas, hiciera la

pregunta del millón. Entonces, antes de que Eileen y él pudieran escuchar la pregunta, una mala jugada del destino hizo que la luz se cortara en todo el vecindario. Tan pronto hubo ocurrido Dave profirió una maldición, Eileen mantuvo la calma (como siempre lo hacía) lanzando un único suspiro de frustración; Los chicos, en cambio, profirieron un grito que era mitad emoción y mitad terror.

- ¡Tranquilos! – grito Eileen al tiempo que se ponía de pie y se dirigía a la cocina para buscar algunas velas. En los años 50 el auge de los teléfonos celulares inteligentes estaba aún demasiado lejos, así que se debía recurrir a las velas si no se quería chocar de frente contra alguna pared.

Mientras Eileen caminaba a la cocina seguida por los niños, Dave, se tumbó de nuevo en el sofá mirando fijamente el televisor apagado. Suspiro y se reclino un poco. En ese momento una idea le vino a la mente, tan fugaz y repentina como un rayo. Era día de Halloween y los chicos nunca habían salido a pedir golosinas en el vecindario, parte de eso se debía a que la madre de Dave y la madre de Eileen se oponían rotundamente a lo que ellas llamaban una tradición pagana. Las viejas brujas (como a veces las llamaba Dave) no reconocerían la palabra “pagana” aunque les operaran el cerebro. El propio Dave nunca había tenido la oportunidad de disfrazarse, ni de pedir golosinas cuando era niño. Ahora, mientras escuchaba que los niños hablaban con Eileen acerca de lo genial que sería salir en una noche así a recolectar caramelos, Dave decidió que los llevaría a pedir golosinas, en realidad estaba pensando en que toda la familia saliera. Dar un paseo siempre venía bien y si las viejas brujas se enteraban, Dave estaría más que feliz de decirles que podían meterse su falsa santurronería por el culo.

Los chicos regresaron con Eileen a la sala, Dave los vio acercarse cuando la luz de la vela se reflejó en la pantalla sin vida del televisor. Los miro sobre los hombros y allí estaban sus chicos, Tommy de 9 años con sus pequeños shorts y su cabello corto estilo militar y Jacky de 5 años con unas trenzas, su cara pecosa y su abultada barriguita.

- Hey, chicos vengan acá – dijo Dave

Los niños se acercaron a él con expresión de curiosidad.

- Escuchen niños hoy es Halloween y saldremos a pedir golosinas por el vecindario.

Los niños estallaron en gritos de júbilo y ambos se lanzaron sobre Dave y lo abrazaron como solo solían hacerlo cuando era su cumpleaños.

Eileen miraba la escena con los brazos cruzados, su expresión ceñuda cambio en cuanto los pequeños corrieron a la planta alta en busca de cualquier cosa que pudiera servirles como disfraz.

- ¡Apresúrate a subir Jackie! – dijo Tommy apurando a la chiquilla. Los niños pasaron a lado de Eileen y ella les sonrió lo mejor que pudo. Dave pensó que probablemente se estaba preguntando en lo que diría su madre si se enteraba. Eileen sintió su mirada y se volvió en su dirección. La sonrisa falsa estaba allí de nuevo. Dave se levantó del sofá y se acercó a ella.

- Descuida, cariño. Solo será un momento – Eileen lo miro y Dave supo que de verdad tenía miedo de lo que dijeran las viejas mojigatas de su madre y su suegra. La abrazo y le beso en la frente.

- Acompáñanos también – propuso Dave. Antes de que ella pudiera contestar los chicos bajaron corriendo. Tommy se había puesto unos colmillos falsos y usaba una sábana color café oscuro como capa, parecía una versión diminuta y de poco presupuesto de él conde Drácula; Jackie llevaba encasquetado un enorme sombrero de bruja. Era un sombrero viejo que con toda seguridad había pertenecido en algún momento a los antiguos dueños de la casa. Eileen siempre decía que se desharía de él, pero nunca lo hacía en realidad. El sombrero le quedaba algo grande a la pequeña Jackie, pero su expresión de felicidad compensaba en gran medida el pobre e improvisado disfraz.

- Bien niños, andando – dijo Dave ya con la mano en el pomo de la puerta de entrada.
 - Esperen – dijo Eileen – Lleven esto – Eileen dio a cada uno de los chicos un pequeño recipiente de plástico para que allí recolectasen los dulces que seguramente juntarían.
 - Ven con nosotros mamá – dijo Jackie con su voz infantil. Miraba a Eileen con ojos tristes y ella tuvo que hacer acopio de una verdadera fuerza de voluntad para no ceder a los deseos de su pequeña hija.
- Eileen se acercó a los niños y dio un beso a cada uno en la frente. De nuevo la sonrisa falsa apareció en su rostro, como pincelazo sobre lienzo.
- Vayan con cuidado – dijo por fin – preparen la cena para cuando regresen.

Dave estaba impresionado por la cantidad de gente que había en las calles, era como si todos los habitantes del pequeño pueblo de Ashley se hubieran puesto de acuerdo para salir todos de sus casas a la misma hora. Los chiquillos corrían sin ninguna precaución atravesando las calles y hacían largas colas en los sitios donde daban los mejores dulces. Dave se sintió fascinado con lo bien que estaba organizado todo. En ese momento ya no pensaba en Nicky Dicky y su estúpido programa de trivias, ahora era solo Dave, un padre cariñoso que llevaba por primera vez a pedir golosinas a sus dos hijos pequeños. La nostalgia llegó también, por supuesto, cuando sintió deseos de haber vivido por lo menos una vez una cosa así cuando era niño. Sintió deseos de reclamarle a su madre por haberle prohibido una diversión tan sana e inofensiva y todo por su fanatismo religioso a Jesús y su iglesia. Dave pensó que lo único bueno que la iglesia había aportado a su vida había sido a su esposa Eileen, ya que gracias a que su madre y la madre de Eileen se habían conocido en la santa iglesia (ambas igual de fanáticas a la religión) él había tenido la oportunidad de acercarse a la mujer que sería su esposa. Luego habían venido sus hijos y su felicidad había aumentado. Eran lo que podría decirse un matrimonio ejemplar; rara vez discutían y nunca, en sus trece años de matrimonio, había habido infidelidades. Dave no era aficionado a la bebida y Eileen era una madre dedicada y muy amorosa a sus hijos, el único defecto de ella, vendría quizá, de que parecía estar siendo arrastrada al peligroso fanatismo religioso de las madres de ambos. Ello sucedía sin que la propia Eileen lo admitiera y seguramente, también, sin darse cuenta. Pero Dave era muy observador y sí que empezaba a notar ese potencial problema en su mujer. Aún era un problema pequeño, como una semilla que empieza a germinar, pero Dave temía que la semilla se transformara en un árbol gigantesco que tarde o temprano se interpondría y desgarraría su matrimonio desde los cimientos.

Mientras los chiquillos estaban formados fuera de un negocio local esperando su dotación de golosinas, Dave vio acercarse a dos personas; eran muy altas e iban increíblemente bien disfrazados. En ese momento la energía eléctrica se reestableció y pudo ver con mayor detalle los disfraces. Los sujetos caminaban tomados de la mano; era una pareja; un hombre y una mujer. Caminaban por la calle, debajo de las potentes lámparas que iluminaban todas las calles del suburbio. Pasaron junto a Dave en el momento exacto que unos chicos de quizá unos 16 o 17 años se acercaban a los extraños y les saludaban. Para Dave era obvio que a los chicos les encantaban sus disfraces.

Dave contempló la escena, viendo como esos primeros chicos eran sustituidos por otros. Los extraños estrecharon manos a diestra y siniestra; de haber existido los teléfonos inteligentes en aquella época seguramente muchos no habrían desaprovechado la oportunidad de tomarse fotografías con ellos.

Dave vio que Tommy y Jackie aún seguían formados en aquella cola que parecía interminable. Jackie lo vio y le saludó con la mano, gesto al que Dave correspondió con una sonrisa casi tan

fingida como la de Eileen.

Para cuando volvió de nuevo la mirada a los extraños bien disfrazados, había tanta gente congregada a su alrededor que parecía una fila más de donde recibir golosinas. Los tratan como si fueran celebridades – pensó Dave al tiempo que miraba a detalle los disfraces de los sujetos. Mientras lo hacía una idea estúpida, pero aterradora surgió en su cabeza. ¿Y si no son disfraces?...

Sacudió la cabeza en un intento por hacer desaparecer la idea y se dispuso a descubrir algún fallo en la vestimenta de los extraños. – Debe haber alguno – dijo su propia voz dentro de su mente.

Estudió detenidamente el disfraz de los sujetos y no pudo encontrar ningún fallo. ¡Eran disfraces perfectos! El hombre llevaba una máscara de payaso de dientes afilados y amarillentos, como los de las grandes bestias; Su traje de payaso tenía pompones en lugar de botones, desde algún lugar debajo del atuendo sobresalían cadenas que el sujeto disfrazado de payaso arrastraba mientras seguía caminando y estrechando manos de vecinos y conocidos de Dave. Sus zapatos enormes color rojo parecían ser lo suficientemente pesados como para ser escuchados aún con el ruido y la algarabía de las calles. Dave volvió su atención a la mujer, había comenzado a caminar en la dirección de los extraños, olvidándose por completo de los chicos, los cuales ya estaban por llegar al frente de la fila. La mujer iba disfrazada de con un largo vestido negro, como si viniera de un funeral; llevaba un sombrero tan grande como el que usaba Jackie en ese momento; un velo ocultaba su rostro, de tal manera que solo era posible verle los ojos.

- Mira papá – dijo Jackie. Tommy la sostenía de la mano como buen hermano mayor, llegaron hasta donde estaba Dave y le mostraron una paleta diminuta cubierta de chocolate. Al parecer ese era el premio gordo después de haber estado formados durante largo rato.

Dave apenas los oyó. Asintió con un *Si, si* mientras veía alejarse a los extraños. Habían llegado a una intersección entre dos concurridas calles y saludaban a la multitud como si fueran botargas atrayendo clientela a algún negocio.

A lo lejos comenzó a escucharse ruidos de motores, los niños y Dave volvieron la cabeza en dirección de dónde provenía el ruido. Dos autos Mercedes Benz Type 300 modelo 51 bajaban la empinada cuesta en dirección a la intersección; avanzaban despacio evitando arrollar a la multitud. La gente detuvo todo lo que estaban haciendo en ese momento para mirar los autos, que avanzaban lenta y pesadamente por la calle como bestia moribunda.

Dave tomó a los niños de las manos. Jackie a la izquierda y Tommy a la derecha, se alejó con ellos pensando que sería buen momento para pedir golosinas, ya que niños y adultos miraban con atención hipnótica el avance de los autos camino a la intersección. Dave encaminó a los chicos frente a una pequeña tienda, estaba afuera esperando a que los chicos pidieran sus dulces y pensando en que quizá ya era momento de regresar a casa, donde seguramente Eileen ya había preparado una deliciosa y humeante cena, cuando sonó una detonación ensordecedora. Dave se volvió rápidamente sobre sus talones tratando de ver, con la agudeza característica de los sentidos que da la adrenalina, que ocurría. Lo que vio hizo que el corazón le palpitará tan fuerte en el pecho: una estampida humana corría cuesta abajo hacia la intersección del payaso, Dave entró rápidamente a la tienda tomó a los niños por las manos y les dijo que se ocultaran tras el mostrador.

- ¡Cierra la puerta! – grito Dave al dependiente. El anciano tendero le miro desconcertado pero no hizo ninguna pregunta, seguramente también había oído la detonación.

El viejo salió de detrás del mostrador, se deslizo rápidamente hasta la puerta corredera con la intención de cerrarla. Dave dejó a los niños y corrió a ayudarle al viejo que a duras

penas había conseguido deslizar la puerta unos pocos centímetros; detrás Jackie y Tommy preguntaban que ocurría.

- Calma – dijo Dave al momento que él y el viejo dependiente corrían la puerta para cerrarla. Los dos hombres estaban por conseguirlo, cuando una segunda detonación sonó prácticamente frente a ellos; Jackie comenzó a chillar histéricamente, Dave miro sobre sus hombros y vio a los niños agazapados entre cajas de cartón y botellas vacías. Cuando volvió la vista al frente vio unos dedos sostener la puerta desde el exterior.
- ¡Con fuerza! – grito Dave al dependiente de la tienda. El hombre asintió con el rostro colorado y la frente sudorosa por el esfuerzo. Los dos hombres empujaron con fuerza, pero fue inútil, la mano que sostenía la puerta desde fuera era demasiado fuerte. Dave alzo la mirada y vio que los dedos que asomaban eran dedos blancos, como salchichas albinas. Gruesos y largos.

Afuera las detonaciones se intensificaban. Dave imagino a los niños y adultos disfrazados corriendo en todas direcciones, como gallinas sin cabeza; imagino al payaso desenfundando un arma larga y pesada y disparando contra la gente sin piedad. El hombre o la cosa que se encontraba afuera empujo con tal fuerza que la puerta crepito y se tambaleo como si hubiera sido golpeada por un martillo gigante. La vibración se sintió de tal forma que Dave pudo sentir como está recorría cada fibra muscular, cada tendón y cada hueso de su cuerpo. Sabedor de que ya no podrían impedir que la puerta se abriera, Dave se volvió de espaldas a la puerta con la determinación de ofrecer la mayor resistencia antes de que finalmente la cosa en el exterior entrara y les disparara. El dependiente lo imito y los dos hombres quedaron de espaldas a la puerta; afuera algo seguía golpeando la puerta de metal con un objeto tan enorme y pesado como para ser una simple escopeta o rifle de asalto. Los disparos en el exterior semejaban fuegos artificiales, salvo que no eran acompañados de gritos de júbilo como ocurría cada cuatro de julio sino por gritos y alaridos de terror...

Eileen preparaba la cena cuando escucho los disparos. El corazón le dio un vuelco y salió corriendo hacia la ventana, cruzo sagazmente la sala, llego a la ancha ventana que daba a la calle, descorrió un poco las persianas y asomo sigilosamente. La escena afuera era digna de pesadilla; Eileen grito y se echó para atrás; la habitación daba vueltas y sintió que las piernas le flaqueaban, logro asirse y echo un segundo vistazo aún con el corazón palpitándole fuertemente en el pecho. Afuera la gente corría y gritaba, los padres cargaban con sus niños como si fueran sacos de boxeo. La mortecina luz de la luna aunada al brillo de los faros le permitía ver con escalofriante claridad lo que parecían ser enormes gusanos de hocico redondo y dentado como el de las lampreas marinas deslizándose por la calle. Más allá, en el extremo de la calle y debajo de la luz de un faro, Eileen vio a un sujeto empuñando un arma larga que ella nunca había visto antes, ni siquiera en los filmes de gánsteres que a veces veía con Dave cuando los niños ya se habían ido a dormir. El hombre (o mujer) portaba una máscara que parecía haber sido hecha por un asesino serial depravado; Eileen miro un rato el rostro del sujeto y con súbito horror comprobó que aquella mascara parecía estar confeccionada con piel humana. De pronto uno de los gusanos – lampreas salto y choco contra la ventana, Eileen grito de nuevo y se apartó rápidamente de la ventana.

En la cocina algo hervía, pero Eileen estaba demasiado ocupada pensando en sus hijos y su marido como para percatarse. Sacudió la cabeza y se frotó el rostro con las manos, una terrible sensación de pánico estaba apoderándose de ella. ¿Estaré volviéndome loca? – Pensó - ¿Será un castigo de Dios por dejar que mis hijos participaran en una tradición pagana? Eileen se mordió la

lengua en un intento por despertar de la pesadilla, desde luego nada paso...

Dave apretó los dientes, la espalda y las manos le dolían terriblemente. Volvió la mirada hacia el viejo tendero y vio que su rostro estaba más colorado que nunca.

- ¡Váyase! – dijo Dave. El tendero lo miro con una expresión de severa estupefacción, o quizá fuera de mudo asombro.
- Usted solo no resistirá – replico el tendero con voz jadeante justo cuando un nuevo golpe de martillo hacía temblar los cimientos de la construcción.
- ¡Váyase y llévese a mis hijos! ¡Ocúltelos y no permita que les pase algo! – la voz de Dave se quebró en las ultimas silabas. Miro a sus hijos y vio que ambos estaban mirándolo. Tommy abrazaba a Jackie con la temeridad del hermano mayor, no lloraba pero sus ojos reflejaban un profundo terror; la chiquilla en cambio lloraba tan fuerte que a Dave le costaba pensar... y entonces, a la velocidad de la luz, pensó que nunca más volvería a ver a sus chicos. Fue una idea terrible pero era mejor abandonar las esperanzas de que el sobreviviría. Quizá sus chicos sí (y esperaba de todo corazón que así fuera) y eso le bastaba.

Finalmente antes de que el viejo tendero echara a correr y se llevara a los chicos al sótano, Dave sonrió, reuniendo toda la impasibilidad que le fue posible, y miro a sus chicos por última vez.

- Los amo – dijo justo en el momento que el viejo cargaba con Jackie (que pataleaba y berreaba) y tomaba a Tommy de la mano.

Dave cerró los ojos, aguantando todo lo que pudo, sintiendo como sus fibras musculares se estiraban como ligas; antes de apartarse de la puerta escucho algo rasgarse, quizá fuera uno de sus músculos. Intento correr en la dirección donde segundos antes habían desaparecido sus chicos, pero en ese momento el martillo gigante golpeo la puerta, esta salió volando hecha añicos, como si no fuera de metal en lo absoluto. La puerta impacto contra el mostrador; una lluvia de vidrios voló por la tienda, Dave volvió la vista una sola vez y vio lo que se aproximaba a él, trato de agacharse pero el martillo fue más rápido. La cabeza de la gigantesca herramienta choco de lleno contra el pecho de Dave matándolo al instante.

Un ser gigantesco color blanco, con alas y apariencia demoniaca entro sólo para recoger su martillo. Afuera, los disparos habían cesado y los gritos de terror habían dejado de escucharse hacía tan solo unos instantes.

La criatura se quedó de pie frente a la tienda. Al otro lado de la calle, la mujer que había acompañado al payaso durante la procesión hasta la intersección miraba con severo placer los cadáveres desperdigados a lo largo y ancho de la calle. Esa mujer no era otra que la bruja. Stacy.

Luego de los hechos ocurridos en el pueblo de Ashley, los sobrevivientes intentaron durante varios días contactar con la policía. Una de esas personas fue Eileen Williams; La muerte de su marido fue un episodio doloroso del que tardaría mucho en recuperarse pero aun así estaba agradecida con Dios por haber permitido que Tommy y Jackie sobrevivieran al espantoso evento.

Durante las 24 horas que siguieron a las detonaciones y a la aparición de lo que los pobladores de Ashley llamarían “Los visitantes” numerosas llamadas de auxilio saturaron las líneas del condado vecino de Perville y aunque todas las llamadas fueron atendidas con la promesa de que pronto se iniciaría una investigación para dar con el paradero de los asesinos ninguna patrulla de policía llegó nunca a Ashley. Las comitivas y elementos que partieron en dirección al pequeño pueblo terminaban, sin ningún motivo aparente, desviándose de la carretera y llegando a cualquier lugar, menos a Ashley. Conforme pasaban las horas las llamadas a los números de emergencia provenientes de Ashley se intensificaron; los pocos sobrevivientes de aquella noche de terror saturaban las líneas y lo más raro era que cada llamada era más rara y siniestra que la anterior. El oficial de policía Jack Owen fue el último en recibir una llamada proveniente de Ashley; al día siguiente, con la noticia reciente y fresca de que el pueblo finalmente había sido encontrado por una patrulla de caminos, Owen contó a sus compañeros que la última llamada la había hecho una mujer mayor. Todo había empezado normal – contó Owen – pero después una interferencia incomoda había azotado los oídos del agente. Lo último que dijo Owen a sus compañeros fue que la anciana había dicho, antes de que la comunicación se cortara por fin, que desde su ventana podía ver gente caminando. No un andar normal, sino atáxico, tambaleante y muy inquietante. – Parece que están muertos, los gusanos se los han comido – dijo la anciana al oficial Owen antes de que la interferencia se convirtiera en un zumbido hipersónico ahogando finalmente las palabras de la mujer como si está fuera tragada por algo o alguien.

Algunos años después apareció un hombre que se identificó como Tom, éste decía ser el único sobreviviente del desaparecido pueblo de Ashley. El veterano Owen se entrevistó con él en una ocasión y el viejo oficial sintió que el corazón le saltaba del pecho cuando Tom le narro con escabrosa claridad los detalles y pormenores de los últimos días del pueblo de Ashley. Dijo al agente Owen que su hermana Jackie y su madre Eileen habían sido “devoradas” (lo dijo así textualmente, apunto Owen en su informe) por seres parecidos a babosas. “Dijo también que había criaturas voladoras esperando su turno de darse un festín con los restos, tal como si fueran buitres”

Owen entonces había dejado ir al sujeto, acto seguido, firmó el reporte con mano temblorosa y se fue a casa. Ese día antes de dormir rezo a Dios por seguir vivo.

EN EL REINO: LA PRIMERA BATALLA

1

Mientras el viejo Tom contaba a los chicos como había conseguido sobrevivir a aquellos horrores y mientras explicaba que aquello que había ocurrido en Ashley no era más que una versión a escala de lo que estaba ocurriendo ahora, Rob y Dean regresaban a las tierras yermas y estériles del reino de las criaturas de la noche. Ante ellos se extendía la vasta extensión de las tierras del sur, allí la oscuridad era más profunda y los ojos de ambos resplandecían con un fulgor verde esmeralda.

- Seguramente los hampones ya avisaron a Stacy que hemos llegado – dijo Rob mientras continuaban su andar a las tierras centrales, donde se alzaba la imponente torre que fungía como sede del reino.

La gravilla que crujía bajo sus pies era el único sonido, aparte de su propia respiración, en el vasto terreno. Un ser parecido a una gárgola surcaba los oscuros cielos, Rob y Dean elevaron la vista al cielo; sabían que pronto empezaría la batalla.

- Todo está muy silencioso – apuntó Dean cuando la torre ya se alzaba imponente a solo unos cuantos metros.

Rob no contestó, tenía la mirada fija en lo alto. Donde hace poco habían visto al ser-gárgola había ahora una docena de aquellas criaturas volando en círculo (como buitres, lo había descrito el viejo Tom en su relato)

- Ya ha empezado – dijo Rob con su voz de barítono. Se le veía tranquilo y en paz, quizá pensaba en Brooke. Pensando que pasara lo que pasara ella conseguiría sobrevivir.

De pronto la pesada puerta de la torre se abrió. Los dos giraron la cabeza esperando que saliera un ejército incalculable de criaturas, pero lo que salió en cambio los dejó impresionados. Stacy estaba en la puerta frente a ellos y a escasa distancia. Era diminuta comparada con Rob y Dean; Esbelta y sonriente, con el largo cabello suelto y de un brillo muy bello a la luz de la luna. Dean se preguntó como aquella mujer podía ser ahora la reina. Como aquella mujer podía ser más poderosa que cientos de criaturas juntas.

- Por favor pasen – dijo Stacy con una sonrisa en el rostro. Rápidamente les dio la espalda y avanzo de vuelta a la seguridad de la torre.

Rob y Dean se quedaron plantados un momento afuera, intercambiaron miradas con expresión incrédula. Habían llegado preparados para una batalla sangrienta, habían imaginado que Stacy ni siquiera asomaría desde lo alto de la torre, pero ahora, allí estaba ella y allí estaban ellos sin ninguna otra criatura a la vista, sin ningún hampón que cuidara las espaldas de la reina.

El interior de la torre estaba construido con piedra caliza y se elevaba sobre un campo de rosas negras, en su mayoría marchitas desde hacía tiempo. Rob vio que todo parecía estar tal y como lo había visto la última vez que estuvo allí, los candelabros colgaban con el mismo aspecto triste y fúnebre de siempre, casi esperaba que Quantum bajara a recibirle como siempre lo hacía.

Stacy los condujo a una habitación debajo de la larga escalinata que ascendía a los pisos superiores y la cima de la torre. El lugar estaba frío y más oscuro que en el exterior; Stacy tomó y encendió una vela y la colocó en la mesa. Ella se sentó y miro a sus visitas con una expresión de placer y beneplácito.

- Siéntense, por favor – indicó Stacy haciendo un ademán con la mano.
- ¡Basta de juegos! – grito Dean golpeando con la palma de la mano la dura superficie de la mesa; y aunque el ruido sonó tan fuerte como un disparo en la estrecha habitación, Stacy no pareció inmutarse. - ¡Sabemos lo que has hecho, maldita bruja! – la expresión de Dean se endureció, por un momento su rostro pareció volverse cadavérico, las venas del cuello resaltaron de modo imposible y sus dientes humanos de pronto se parecieron más a los de una bestia de grandes colmillos.

Hubo un momento de silencio antes de que Stacy lo rompiera al echar a reír.

Dean sentía hervir la sangre de ira, miro a Rob que permanecía impasible pero con la mirada fría clavada en Stacy quien reía como si le hubieran contado el mejor chiste del mundo.

- Que tonta soy – dijo Stacy – Yo que pensé que venían a prestarme su ayuda, después de todo ustedes también son parte de este reino ¿O no?

Por fin Rob habló:

- ¡Tú pactaste con las legiones! ¡Les prometiste algo que no podrás concederle!
- Te equivocas tesoro – Stacy subió los codos a la mesa y los miro con expresión coqueta – Lo único que hice fue darnos a todos una segunda oportunidad
- ¡Basta! ¡Voy a matarte! – Dean rodeo la mesa estiro las manos e intento tomar a Stacy por el cuello, pero antes de que pudiera apresarla esta se levantó y retrocedió unos pasos evitando ser alcanzada
- Oh... Yo no intentaría algo así – dijo Stacy con voz tranquila

Dean avanzo hacia ella profiriendo maldiciones, Stacy esta vez no se movió; su expresión de candidez y elegante femineidad se desvaneció en un instante; su blanco rostro adquirió rápidamente matices purpúreos, los ojos se le pusieron en blanco y sujeto el brazo de Dean en el aire. La expresión de éste fue de incredulidad al principio y de intenso dolor inmediatamente después; Stacy sujetaba su brazo con una fuerza implacable, como el de una tenaza de fundición al rojo vivo, rápidamente una sensación quemante comenzó a recorrerle

todo el cuerpo; era como recibir una fuerte descarga eléctrica sin la posibilidad de caer en la inconciencia o de morir, lo cual por supuesto era peor.

Rob miraba aquello con la impasibilidad de un espectador, Dean mientras tanto luchaba compulsivamente por desasirse del corrosivo contacto de la bruja, finalmente, tras lo que pareció una eternidad, Stacy soltó el brazo de Dean y recupero su aspecto de mujer humana, Dean retrocedió tambaleante se miró el brazo y vio que aun salía humo de su extremidad, los huesos y tendones eran visibles a simple vista. La piel que había estado expuesta al contacto de la bruja había desaparecido, solo unos cuantos colgajos que parecían cortados con tijeras de poco filo pendían vacilantes de la extremidad, amenazando con caerse ante el menor movimiento.

- Es preciso que entiendan que esta es una gran oportunidad para todos nosotros – dijo Stacy mientras caminaba alrededor de la habitación

Dean echó a reír mientras aún se sujetaba el despojo que era su brazo, Rob lo miro con asombro y Stacy con algo parecido a la ira.

- ¿Y luego qué? – apunto él – Cuando ganemos la batalla, si es que ganamos, ¿Quién será la reina? ¿Tu?
- ¿Tienes alguna mejor idea, cariño? – respondió Stacy esbozando una sonrisa fría, y tan artificial como la de una figura de cera.
- Salgamos de aquí – dijo Rob; se movía en dirección a Dean que permanecía en cuclillas sujetándose el brazo cuando sintió que Stacy le sujetaba también del brazo, Rob se quedó congelado en el acto pensando que pronto su piel se derretiría por el contacto. En cambio esta vez el contacto de Stacy fue cálido y acogedor, quizá demasiado acogedor. Rob estuvo seguro que la bruja no movió los labios pero igualmente pudo escuchar su voz, no en sus oídos sino dentro de su cabeza.
- *Deshazte de Él y Regresa aquí, Te estaré esperando en lo alto de la torre-* Tras una pausa la voz de Stacy añadió – *Te enseñare todos los encantos que no podrás encontrar nunca con las humanas* - La bruja le soltó, en el acto Rob sintió que algo parecía romperse en su cabeza, como si alguna neurona hubiera estallado con la potencia de una supernova, se volvió a mirarla y vio que Stacy remataba su propuesta pasando su lengua bífida por sus finos labios y con un guiño coqueto.

Dean ya se había puesto en pie, ya no se tocaba el brazo pero a la vista el brazo parecía estar empeorando.

- Te mataremos, lo juro – dijo Dean
- Buena suerte con eso – respondió Stacy en tono amable y sarcástico.

Ahora fue Dean quien sujeto a Rob

- Vámonos – dijo

Cuando se encaminaban a la salida, la voz de Stacy sonó a sus espaldas

- No se atrevan a regresar sino han cambiado de idea... - ambos se detuvieron y se volvieron a mirarla. La figura de la bruja parecía de pronto más pequeña y siniestra.
- ... Esta vez he sido amable, pero la próxima vez no esperen el mismo recibimiento de mi parte...

Rob y Dean caminaron de vuelta a las tierras del sur, allí donde se alzaban las imponentes murallas que rodeaban la ciudad decidieron tomar un pequeño descanso. Necesitaban pensar sus

próximos movimientos.

- Lo mejor será que te vayas de aquí – dijo Rob después de un largo silencio, arriba las criaturas habían dejado de sobrevolarles pero eso no significaba que no estuvieran cerca – Ambos sabemos que Setri está arriba con los humanos –

Dean guardo silencio y solo se limitó a emitir un suspiro cansino. Yacían sentados recargados contra la pesada y larga muralla; En las torres de vigilancia se podían ver a los hampones apostados, seguramente habían recibido órdenes de la reina de no perderles de vista.

- Bien – dijo por fin Dean – Regresare y enfrentare a Setri.

Rob asintió con la cabeza

- ¿Y tú que harás aquí? Stacy dejo claro que no nos ira tan bien como la próxima vez.

Rob guardo silencio, mantenía la mirada fija en la lejana torre quizá pensando en la propuesta de Stacy. Muy a su pesar se dio cuenta que una parte de él en verdad deseaba probar las mieles de la nueva reina.

- ¿Y Bien? – pregunto Dean ante el silencio de su hermano.
- Yo... Tratare de convencer a las criaturas y hampones de que Stacy es una maldita impostora. Ponerlos en su contra es la única posibilidad que tenemos de recuperar el reino y pienso que es lo mismo que tú debes hacer allá arriba, con las legiones.
- Muy bien – repuso Dean poniéndose en pie. – Solo ten cuidado ya has visto lo que me ha hecho – Extendió el brazo que parecía un colgajo de piel putrefacta e inútil.

Rob miro a su hermano de arriba abajo, permaneció sentado y en silencio; una parte de su mente demasiado arrinconada estaba pensando en que quizá Dean no sobreviviría a la fiera batalla que se estaba por desatarse y otra parte, cada vez más grande, pensaba en Stacy, en lo increíble que sería poseerla. Se preguntó si quizá la bruja lo había hechizado con el simple contacto. – A Dean le destruyo el brazo con solo tocarle y a mí me ha hechizado, maldita seas Stacy – pensó Rob

- ¿Seguro que estas bien? – pregunto Dean
- Estaré bien – respondió Rob esforzándose por sonreír y por sosegar el implacable deseo sexual que se apoderaba de él minuto a minuto.
- Bien, entonces me voy – Dean estiro la mano buena
- Que la suerte te acompañe, hermano – Rob se puso en pie y le estrecho la mano. Se miraron unos instantes y acto seguido se abrazaron como lo harían dos buenos amigos que se desean éxito.
- Ten cuidado con esa maldita – dijo Dean apartándose por fin y alejándose en dirección al túnel que le conduciría de vuelta a la tierra.

Rob contemplo a Dean alejarse y perderse en la oscuridad. Su respiración se había vuelto trabajosa y su corazón palpitaba por arriba de los 150 latidos por minuto, trato de relajarse, se frotó el rostro con las manos en un gesto que había aprendido de los humanos en todos sus años de cacería, pero todo era inútil, su mente estaba completamente arrinconada y sabía, por muy doloroso que fuera, que solo se libraría de ese intenso deseo si lograba satisfacer sus impulsos sexuales con la reina. Rob se puso en marcha en dirección a la torre, sin sospechar siquiera en que estaba por ocurrirle lo mismo que les ocurre a los zánganos después de copular con la abeja reina de la colmena.

La torre se alzaba imponente sobre el lecho de rosas marchitas, en los cielos oscuros una luna diminuta ofrecía una iluminación apenas suficiente para poder ver más allá de las narices. El camino a la torre estaba lleno de gravilla y en el silencio de la noche algunas criaturas agitaban sus alas a poca distancia de Rob, éste se había vuelto varias veces en dirección de los aleteos pero lo poco que había captado eran sombras, sombras negras y alargadas. Rob sabía que los hampones le vigilaban muy de cerca, listos y pendientes de cualquier acción que pudiera emprender, listos para atacarlo si la situación lo ameritaba.

Finalmente llegó al pie de la torre, aún sentía su corazón latir frenéticamente, se miró las manos y vio que temblaban ligeramente y de pronto, para su sorpresa, se dio cuenta que estaba sufriendo muchas cosas que solo creía posibles en los humanos, para empezar sudaba, tenía una sensación dolorosa y palpitante en los testículos y, como cereza sobre el pastel, sentía de pronto un intenso deseo de llorar. Era una rara combinación de sentimientos, sentimientos que no había experimentado nunca antes.

La puerta se abrió lentamente y una figura colosal apareció en el umbral, era Paul el fiel sirviente y mayordomo desde hacía generaciones. Paul se veía igual que siempre, salvo quizás por el hecho de que su expresión era triste y derrotada, sus poderosos músculos de antaño empezaban a convertirse en bultos fofos e inútiles.

- La reina le estaba esperando – dijo Paul en un tono extrañamente robótico. Era una voz sin ningún ápice de vida en ella, como si alguien estuviera controlándole a la distancia y el viejo Paul no fuera más que una marioneta.

Rob avanzó deprisa hacia la larga escalinata ascendente, miró atrás una sola vez y vio a Paul alejarse en dirección al pasillo de las habitaciones de huéspedes, su andar era lento y torpe como si la gravedad ejerciera en él un efecto doble y las extremidades le pesaran diez veces más.

Rob llegó a la cima y penetró en la oscuridad de la habitación real. Recordó que la última vez que había estado allí había sido recibido por Quantum, el recuerdo casi le hizo sonreír (otra estúpida cualidad humana), pero de inmediato el esbozo de sonrisa desapareció al recordar el rostro fúnebre y sin expresión del Príncipe Setri que también estaba allí la última vez que Rob vio a Quantum con vida y sentado en su trono como el gran gobernante que era.

Permaneció de pie en medio de la sala, expectante, miraba por la ancha ventana en donde la luz pálida de la luna apenas conseguía iluminar el gran trono real.

- Que gusto que hayas regresado – dijo la voz de Stacy desde uno de los rincones

Rob giró sobre sus talones y, aún a pesar de la oscuridad, pudo ver la silueta de Stacy acercándose lentamente hacia él. Caminaba con un vaivén tan sensual, tan natural, tan provocativo, que de inmediato Rob olvidó que la entidad frente a ella no era una mujer humana, sino una bruja tan antigua y poderosa como el mismo Satán.

La silueta se materializó pronto en una mujer hermosa, no llevaba puesta ninguna ropa y sus pechos blancos y firmes parecían obra del mejor escultor del universo. El cabello largo y negro le caía seductoramente por los hombros; sus delgadas piernas eran tan perfectas y simétricas que Rob sintió que podría contemplarlas por el resto de la eternidad como si fueran una especie de trofeo invaluable. Stacy se detuvo a pocos centímetros de Rob, estaba tan cerca que podía sentir su respiración y oler el perfume que brotaba de sus poros, era una fragancia dulce, como un campo de flores de lavanda en primavera. Rob bajó la mirada hacia el pubis de ella, con la misma expresión de un adolescente que se enfrenta a su primera experiencia sexual. El monte de Venus de Stacy parecía estar detallado con la precisión de un alfarero, pequeñas líneas surcaban la pelvis

creando un relieve de ensueño que desembocaba finalmente en la cavidad femenina. Rob levanto tímidamente la mirada, sintiendo un rubor sofocante en el rostro, y vio a la bruja directamente a los ojos. Eran unos ojos hermosos, como dos luceros asomando en el alba, como dos estrellas que dan luz a la más profunda y horrida oscuridad.

Ella se acercó y Rob la tomo entre sus brazos, deleitándose con el contacto de sus dedos sobre la piel blanca y tersa de Stacy. La bruja le beso en la comisura de los labios, dejando en él un sabor tan dulce como la miel, después le dio la espalda y Rob contemplo con expresión atónita la espalda delgada y las líneas y curvas que descendían vacilantes hasta las nalgas. Stacy giro la cabeza encima de los hombros y le sonrió con una belleza sobrenatural, una belleza que haría parecer a Afrodita un patético esperpento mal maquillado.

Rob avanzo hacia ella como hipnotizado, como sumido en un mundo que le era completamente desconocido y en el que Stacy dictaba las reglas.

Rob la tomo con fuerza por las caderas y la penetro con toda la fuerza de su ser; Stacy gimió. Por unos instantes cedió el puesto de mando a Rob, por unos instantes fue tan humana como las mujeres a la que había liberado en las sucias mazmorras. Stacy se agitaba moviendo suavemente las blancas caderas. Finalmente y tras varios minutos ambos alcanzaron el orgasmo; el cuerpo de Stacy se agito como un maremoto y después la tensión desapareció dejando como único residuo una sensación de placer y éxtasis infinito en sus cuerpos.

Stacy tomo su ropa y comenzó a vestirse, detrás de ella Rob yacía de rodillas sujetándose la entrepierna como si hubiera recibido un fuerte golpe. Stacy se volvía a mirarlo, lo contemplo con la misma expresión fría y calculadora de un observador deseoso de aprender algo nuevo.

- ¿! Qué demonios me has hecho?! – grito Rob en la oscuridad. Aparto las manos de su entrepierna y vio que sus genitales se estaban desprendiendo como si fueran una costra repulsiva.
- No he hecho nada que tú no hayas querido – dijo Stacy con la misma voz melodiosa y despreocupada de siempre.

La bruja entonces camino hacia la puerta.

- Si te sirve de consuelo, lo he disfrutado mucho, cariño – tras una pausa añadió – Morirás pronto, ese es el precio que has de pagar. Es el precio que todos pagan.

La puerta de la gran sala del trono se cerró a las espaldas de Stacy, Rob se quedó allí sintiendo como poco a poco su fuerza vital iba desapareciendo. A los pocos minutos estaba ya nadando en las aguas de la inconciencia y tras un par de horas estaba finalmente muerto.

LAS PLAGAS

1

- ¿Cómo fue que usted fue el único sobreviviente del pueblo? – pregunto Madeleine remangándose las mangas de la camisa hasta los codos. Parecía una oficinista en un día particularmente cargado de trabajo

El viejo Tom la miro y los chicos se percataron de lo cansado que parecía a pesar de que solo había hablado por espacio de cuarenta minutos. Era como si el hecho de haber recordado aquel extraño suceso de su infancia lo hubiera envejecido cinco o quizá diez años. Sin decir palabra se levantó y se dirigió a la cocina

- ¿Quieren un poco más de café? – pregunto con medio cuerpo ya dentro de la cocina.
- Así estamos bien, gracias – se apresuró a responder Madeleine. Miro a los chicos y supo que pensaban lo mismo que ella. *Este hombre es muy extraño*

El viejo Tom regreso al comedor con una única taza de café (la suya) y cargando una caja de galletas abollada y polvorienta.

- Bueno, quizá apetezcan una galleta – dijo Tom con una sonrisa de dientes amarillentos que los chicos hubieran preferido no ver jamás.

Tom abrió la caja de galletas y repartió los paquetes envueltos en celofán a sus invitados.

- Disculpe, pero... - empezó Martha
- Oh... ya se lo que va a decir señorita – dijo Tom haciendo un ademán en la mano como

si espantase una mosca – y la respuesta es que no lo sé – Tom abrió un paquete de galletas y mordió una con la gracilidad de un perro hambriento y mal educado. Se reclino un poco hacia adelante en dirección a Martha y Bill, de pronto su expresión afable se volvió sombría y un tanto siniestra – Yo mismo no sé porque esas cosas parecidas a lampreas no me devoraron como lo hicieron con mi hermana y mi madre. Es algo... mmm... ¿Cómo se dice?

- Extraño – interrumpió Bill. Su voz fue apenas un murmullo.
- ¡Eso! ¡Eso, chico! ¡Muy bien! Es algo extraño – el viejo Tom mastico otra galleta, triturándola como si fuera un trozo de carne cruda y especialmente dura. Restos de galleta volaron por todos los rincones de la mesa y algunos más incluso llegaron al suelo. Candy se había despertado y empezaba a dar cuenta de la comida en el suelo.
- Ahora si me disculpan, debo limpiar la casa para cuando Kenneth y Sam lleguen, ustedes no están para saberlo pero son los peores jugadores de domino en el mundo – el viejo hizo una pausa y añadió con la voz ahora convertida en un bajo susurro, como si les confiara a los chicos el secreto de la inmortalidad – siempre acabo con algunos dólares extras en mi bolsillo las noches de juego – dicho esto el viejo Tom soltó una carcajada cascada y estertórea que sonó como a piedras dentro de una calabaza vacía. Los chicos se miraron con la misma expresión de incredulidad y desconcierto. Entonces Bill hablo de tal forma que solo las chicas pudieran escucharlo.
- Creo que es hora de irnos – dijo
- Buena idea – concordó Madeleine en un susurro. Martha se limitó a asentir con la cabeza. Frente a ellos el viejo Tom tenía el rostro colorado y su risa parecía aumentar sus decibeles segundo a segundo. El viejo comenzó a agarrarse el vientre y fue entonces cuando los tres chicos se pusieron en pie, el perro los miro con expresión inquieta, emitió un gemido y corrió a esconderse detrás de la pierna de su amo.
- Bien...mmm. Ha sido un placer señor y gracias por invitarnos – dijo Bill ante el silencio de las chicas. Sabía que ante cualquier peligro o situación que se saliera de control él debía ir por delante, era algo que estaba escrito en letras de oro en su cerebro. Los tres chicos avanzaron a la salida en fila india y con el perro gimiendo tras ellos.
- Esperen – dijo el viejo Tom deteniendo su acceso de risa de una manera tan repentina que rayaba en lo tétrico.

Los tres chicos se volvieron a mirarle con Bill encabezando la marcha, Martha inmediatamente después y Madeleine al final.

- Conduzcan hacia la costa oeste, estuve allí hace un par de días. En California hay un grupo de sobrevivientes como ustedes.
- Oiga – dijo Madeleine con un tono que denotaba que estaba a punto de mandar al diablo al pobre viejo. Tom se volvió a mirarla. – No puede saber eso, esto no tiene dos días que empezó, salgamos de aquí ahora – dijo dirigiéndose hacia Bill.

Bill avanzó y abrió la puerta hacia un cielo oscuro cubierto de una cantidad anormal de estrellas, por un pequeño y extraño momento le pareció que podía ver la galaxia Andrómeda y la vía láctea juntas, como si bailaran una danza cósmica que solo ellas entendían. Los tres chicos bajaron los escalones del porche, los escalones de madera crujieron bajo su peso. El viejo Tom los siguió hasta el umbral de la puerta y se quedó de pie unos segundos allí sin decir nada, con la mirada perdida como si estuviera en una especie de trance.

- Gracias por el café – dijo Martha que se había quedado un poco rezagada respecto a los

otros

- Vámonos, nena - dijo Madeleine – El hombre está esperando a sus amigos muertos.

Martha dio unos pasos en dirección al auto cuando de pronto la voz del viejo Tom sonó a sus espaldas.

- El tiempo ya no es lo que era – grito a los chicos que en ese momento tenían medio cuerpo dentro del auto. Tras una pausa añadió con melancolía – Ya nada lo es... Hagan lo que les digo si quieren vivir, vayan al oeste y pidan misericordia de Dios...
- Sube Nena – dijo Madeleine a la chica que se había quedado en la acera escuchando atentamente las palabras del viejo Tom.

Martha avanzo y abrió la puerta del lado del copiloto. Madeleine conduciría. El motor arranco en el segundo intento justo cuando el viejo Tom gritaba desde su porche:

- ¡Kenny! ¡Sam! ¡Qué alegría verlos de nuevo! – el viejo avanzo trastabillando hasta la acera para encontrarse con los amigos que solo él podía ver.
- Ese tipo está loco – sentenció Madeleine mientras pisaba el acelerador en dirección al este.

2

Al Noroeste de Minnesota, y a más de 1600 millas de distancia de la ciudad donde los chicos habían hablado con el viejo Tom, se haya el Parque Judge CR Magney, un terreno enorme de bosque mixto donde se entremezclan coníferas, álamos, abedules con rodales de abeto blanco, arce azucarero y tilo. En las cimas de las colinas y barrancos, sobre todo a lo largo del arroyo Gauthier, hay algunos restos de pino blanco, abundan los grandes cedros blancos a lo largo del río. En el interior abundan los grandes rodales de abeto blanco, resultado de la plantación y de una vigorosa resiembra natural después de las cosechas de la madera. Alrededor de las cascadas, la neblina constante crea un microclima propicio para la presencia de varias especies de plantas que no se encuentran en ningún otro lugar del parque

El parque es más conocido por "La Caldera del Diablo", una inusual cascada situada en el río Brule a 2,4 km de su desembocadura. El río se divide en dos para fluir alrededor de una masa de roca riolítica. El flujo del este atraviesa una cascada de 15 m y continúa río abajo. El flujo del oeste surge en un bache, cayendo por lo menos 3,0 m, de donde popularmente se entendía que "desaparecía bajo tierra" Se dice que los visitantes han dejado caer palos, pelotas de ping pong y rastreadores GPS en la Caldera del Diablo sin verlos resurgir. Es en esta peculiar cascada donde la neblina se mezclaba con la neblina de la noche, creando una atmósfera densa y bastante sugestiva. El ruido incesante de la cascada viajaba a través del bosque, llenándolo todo. Fue en ese momento que una figura surgió del agua, Dean había regresado a la tierra usando el único pasaje físico conocido que conecta ambos mundos. Emergió lentamente, moviéndose como si aún estuviera dentro del agua, como una sombra que se materializara lentamente en algo sólido, en algo humano. Elevo la vista al cielo donde las estrellas podían contarse por cientos, quizá miles. Saco su pie, agitando la bota como un felino que ha tocado accidentalmente el agua, y emprendió el camino. No sabía con certeza a donde debía dirigirse, pero si sabía que a donde quiera que fuera Setri lo encontraría, quizá enviaría a Aballah o a otros demonios de bajo rango para intentar cazarle. Dean estaba preparado. Sentía pena por haber dejado a su hermano a merced de la bruja y todo su ejército, pero en el fondo una certeza aplastante le decía que no debía preocuparse nunca

más por Rob. Mientras echaba a andar por la interminable carretera en dirección al sur se palpó el brazo donde la bruja había posado sus dedos, aquel contacto había sido repulsivo y doloroso, como si en lugar de dedos hubieran sido ventosas las que le habían sujetado, unas ventosas con dientes, unas ventosas que segregaban alguna especie de ácido tan potente como para convertir su piel en jirones sanguinolentos. No sabía si la lesión sanaría, durante generaciones Dean había sido el encargado de infringir dolor y causar enfermedades horribles a todos aquellos humanos que eran menos que escoria, a aquellas almas que hacían cosas horribles y a las que el mismo Dios renunciaba y entregaba gustoso al reino de las criaturas; por un momento recordó al borracho ex – convicto que había atropellado a esa pobre muchacha el día mismo que empezaba la cacería, recordó la expresión del terror del sujeto y de pronto sonrió, aun a pesar de su propio dolor, cuando pensó en aquel sujeto al que le había instalado un tumor cerebral de crecimiento exponencial, convertido ahora seguramente en una inútil vegetal y sin ningún rastro de vida.

Dean disfrutaba del dolor, más que disfrutar se alimentaba del dolor y la miseria humana, pero solo la de aquellos a los que Dios despreciaba, aquellos que por sus acciones les esperaba el fuego y la condena eterna. Para él, la existencia de seres como Setri y Stacy desafiaban toda la lógica de las cosas, era como si en el gran engranaje del universo hubiera un fallo, un fallo terrible. Aquellas cosas no debían existir, su presencia era como una paradoja estúpida y sin sentido. Por un momento, Dean se preguntó si era verdad lo que escucho muchas veces en su estancia en el reino de las criaturas. *¿De verdad son más fuertes que Satán y sus oficiales? ¿De verdad pueden derrotar a Dios? ¿A sus ángeles y arcángeles?*

Dean sacudió la cabeza, en un gesto totalmente humano y desplego sus enormes alas de criatura. Se elevó, haciendo un gran corte de sombra en la luminosidad del cielo estrellado. Batió sus alas una sola vez y se dirigió a toda prisa hacia el sur, hacía el epicentro de la batalla.

Un par de horas más tarde se hallaba lo suficientemente cerca para ver las ciudades fronterizas de Texas y Arizona ahora sumidas en una oscuridad natural ante la falta de humanos que encendieran las bombillas de sus casas. Fue allí, mientras aun sobrevolaba una pequeña ciudad con cadáveres huecos regados por doquier, cuando vio dos figuras moverse entre las sombras. Eran las figuras de sus hombres: Ibrahim Al Khali y el reverendo Jimmy Wayne. Dean descendió solo para dar la orden a sus “oficiales” de que la batalla iniciaría pronto, de que las fuerzas de ambos bandos se estaban alineando y de que, por tanto, era su deber reclutar a todos los sobrevivientes para hacer frente a la legión comandada por Setri y Aballah.

Fue así como ambos hombres marcharon en direcciones opuestas; Dean se quedó allí, de pie, entre la inmensa negrura y el vasto terreno estéril a sus alrededores. Unos minutos después, cuando ya sus hombres se habían alejado, escucho pasos a su espalda, no eran los pasos de alguna criatura sino de un hombre. Dean giro en redondo y vio a pocos metros de distancia al Príncipe Setri, éste no se movía, solo estaba allí, esperando, con la misma expresión inquietante y fría de cuando Dean lo vio por primera vez.

- Bienvenido a mi reino – dijo Setri juntando las palmas y haciendo una reverencia al estilo oriental.

- Este no es tu reino, debes regresar a donde perteneces – dijo Dean con un deje

autoritario en su voz.

Setri se echó a reír.

- Tú y yo estamos en el mismo bando, Dean ¿Acaso no te das cuenta?
 - Eso mismo dijo la maldita bruja – repuso Dean alzando la cabeza con gallardía.
 - Entonces ya lo sabes – respondió Setri – ¿Te unirás a nosotros? ¿O es que acaso prefieres seguir las ordenes de un dios cruel, un dios que es incapaz de sentir compasión por cualquiera de sus creaciones?
 - Todo en el universo tiene un orden, Setri ¿Eres tan estúpido que no te das cuenta el lugar tan privilegiado que tenemos en el reino de las criaturas? ¿Qué acaso no ves que Dios es quien ha dado la potestad de que nuestra especie perdure?
- Setri pareció meditar unos segundos antes de hablar:
- ¿Por qué conformarnos con las migajas que Dios nos da? No te has dado cuenta que la maldad en el mundo siempre estuvo presente y en los últimos años tenía más fuerza que nunca. Si Dios hubiera querido erradicar todo eso lo habría hecho hace siglos con los ojos cerrados... El ansía esta batalla al igual que nosotros. – Mientras hablaba el rostro de Setri brillaba bajo la luz de las estrellas. Era un tono azulado surcado por líneas pálidas y grises que corrían en todas direcciones. Sus penetrantes ojos rojos brillaban con la luz espectral de los infiernos.
 - Sea como sea – dijo Dean – No pienso formar parte de esto, si perdemos la batalla contra las criaturas del cielo seríamos desterrados a lo más profundo del infierno, encadenados a su lecho como lo está Satán. ¿Es eso lo que quieres? ¿Es eso...?
 - ¡Basta ya! – grito Setri – No pienso darte ninguna oportunidad más, siempre supe que eras débil... Todos en el maldito reino lo son. Si no quieres luchar a nuestro lado entonces estás contra nosotros.
 - ¿Cuáles nosotros? – Un viento helado, como el aliento de una criatura gigantesca azoto repentinamente el rostro de Dean. -¿Tu y Stacy? ¿Ustedes solos enfrentaran la ira de Dios y de sus ángeles?

Setri parecía irritarse cada vez más con cada mención de Dios. Su expresión relajada y serena de al principio se había convertido ahora en una expresión cargada de ira. El rostro, antes azulado, era ahora de una tonalidad purpurea con los ojos tan brillantes que parecían competir con las estrellas. Setri no hablo pero Dean pudo sentir el viento helado de nuevo, miro de un lado a otro con una idea aterradora en mente, eso no era un viento normal, eso era... eso era... ¡El aliento de una criatura! Un hedor como el de mil cuerpos en descomposición empezó a flotar en el aire; Dean se llevó el brazo bueno al rostro para protegerse del cada vez más intenso viento y entonces lo vio. Una criatura gigantesca estaba acercándose desde detrás de Setri, este giro la cabeza por sobre los hombros y la presencia del gigante pareció entonces devolverle los ánimos porque esbozo otra de sus sonrisas de maniquí. El gigante avanzaba como un hombre a gatas, de vez en cuando, mientras se acercaba, daba la impresión de que se arrastraba. Dean escucho un campaneo y un castaño de dientes, era como el ruido de miles de huesos chocando unos contra otros.

- Coorreeee... dijo Setri moviendo los labios lentamente como si fueran agallas de tiburón.

Dean alzo la mirada en el momento exacto que la colosal criatura se erguía. La luz de las estrellas ilumino el rostro y el cuerpo de aquel monstruo. ¡Era un esqueleto gigante! Dean pensó

que debía medir como mínimo 20 metros de altura, quizá incluso más.

- Que empiece la batalla – dijo Setri difuminándose primero de forma traslucida y después en una sombra que parecía contener toda la oscuridad en ella; finalmente desapareció.

El enorme esqueleto emitió un gutural ruido desde sus entrañas, no era un grito de batalla ni el rugido de alguna bestia conocida, aquello era como el ruido de uñas sobre una pizarra solo que llevado a la décima potencia. Dean sintió que el sonido le recorría el cuerpo como un diapasón, invadiendo sus entrañas con la insoportable vibración. Supo entonces que no tendría ninguna posibilidad de derrotar a aquella criatura, ni siquiera se sentía lo bastante fuerte para hacerle frente. Así que desplego sus alas y se elevó rápidamente, el esqueleto comenzó a manotear con sus gigantescas manos como si tratara de matar un insecto, pero Dean logro poner distancia con relativa facilidad. La criatura entonces se puso de nuevo en cuatro patas y lanzo su huesudo cuello hacia delante, intentando alcanzar con los dientes a su escurridizo adversario. Dean logro esquivar el ataque y antes de que aquel monstruo lo intentara de nuevo, huyo en dirección al sur. El gigante lanzo otro de sus gritos ensordecedores y se quedó de pie, allí, en el inmenso terreno que había sido el estado de Texas. Dean se alejó lo suficiente, pero aun en la lejanía vio al enorme esqueleto avanzar en la dirección en la que el terrorista Al Khali había marchado hacía solo algunos minutos.

4

El viento arreciaba con fuerza levantando polvaredas y haciendo que los árboles se meciesen vacilantes como un péndulo. En la zona del desierto de Arizona el viento amenazaba con convertirse en tornado. La larga carretera I -10 estaba cubierta completamente de arena, pero no había riesgo alguno de que los autos sufrieran algún percance, por la sencilla razón de que no había casi nadie disponible para manejar los cientos de miles de vehículos que se habían quedado estacionados para siempre en todas direcciones.

Una mujer de rasgos nórdicos caminaba por la carretera a la altura del pequeño poblado de San Simón. Sus ojos azules brillaban con la intensidad del mar iluminado por la luna en una noche despejada. Enfundada en un vestido color blanco como los de las princesas de los cuentos caminaba sin prisas y con la tranquilidad de cualquier mujer paseando despreocupadamente un día de verano en la playa. La mujer seguía un rastro. El rastro de un bebé no nato a muchas millas de distancia.

Una sensación poderosa en su interior le decía que ese bebé era la clave para la supervivencia de su especie, y algo, más fuerte aún en lo hondo de su corazón, le decía que su hermano había muerto y que aquel bebé sería lo más cercano que estaría de él jamás.

El viento helado llevaba silbando largo rato, pero hacia tan solo unos minutos que el aroma fresco, que ocasionalmente transportaba el olor de las plantas del desierto, llegaba transportando ahora un tufo desagradable, como a podredumbre. De pronto y a la lejanía pudo captar un movimiento, fue solo un instante, algo que apenas pudo captar por el rabillo del ojo. Giro sobre los talones, atrás no había nadie solo el asfalto iluminado por la intensa luz de las estrellas, el sonido del viento era el único sonido a kilómetros a la redonda. Una serpiente de cascabel paso a

escasos metros de Brooke, ella la levanto del suelo, sosteniéndola con cuidado entre ambos brazos, comenzó a acariciarla como si fuera una mascota peluda; la serpiente cerro los ojos y pareció adormilarse unos instantes. El viento volvió a arreciar con intensidad provocando un sonido como de campanas tubulares, como el sonido del viento entrando por una cerradura. Brooke levantó la mirada y allí estaba la silueta, a pocos metros de ella, era como una sombra recortada y sobrepuesta encima de la luz estelar. Con sumo cuidado bajo a la serpiente y el reptil recobro rápidamente su siseo característico, alejándose rápidamente en dirección a las profundidades del desierto.

- Una chica tan hermosa no debería caminar sola por estos parajes – dijo la sombra frente a ella.
- Tú y Stacy no ganaran esta batalla – replico Brooke tratando de que su voz no reflejara el miedo que le producía aquella criatura frente a ella.
- He venido a darte la oportunidad de aliarte con nosotros – la sombra comenzó a iluminarse como si de pronto pudiera absorber la luminosidad de las estrellas. Entonces las facciones humanas, pálidas y puntiagudas revelaron el avatar predilecto del Príncipe Setri.

Brooke dio un par de pasos hacia atrás, lo hizo inconscientemente movida quizá por el miedo que le infundía el hechicero.

- Tu hermano está aquí y ha decidido unirse a la causa... a nuestra causa – dijo Setri acercándose lentamente
- Es mentira – Brooke sentía que la temperatura del lugar había descendido súbitamente quizá 10 o 20 grados centígrados
- No lo es – respondió el hechicero en tono amable – Dean es una criatura muy sabia y me parece que ya es hora de que dejes de preocuparte por la escoria, la humanidad por suerte se extinguirá pronto y este lugar será solo el escenario de la batalla final.
- No participare en esto y tú, Setri, eres tan iluso al pensar que podrás ganar la batalla a las criaturas del cielo
- Bien, tú lo has querido así, te habrías ganado sin ningún problema un puesto importante en el nuevo orden. Serías una deidad alabada por muchos mundos y no solo en este. Nuestro dominio será universal y cuando ese día llegue desearas haber aceptado mi ofrecimiento.
- Ese día nunca llegara – respondió Brooke, sentía que las piernas le temblaban a causa del primitivo miedo que le producía Setri pero aun así logro que su voz sonara firme.

Setri hizo una mueca que bien pudo ser una sonrisa

- Llegara. Mientras tanto contempla como las plagas exterminan lo que queda de esta absurda creación de Dios. – El rostro de Setri volvió a oscurecerse tan rápido como un agujero negro engulléndose a sí mismo y entonces desapareció tan rápido como había llegado, Brooke pudo escuchar el sonido del viento apresurándose a llenar ese vacío.

Brooke se quedó allí unos segundos escuchando el siniestro sonido del viento y sintiendo como de a poco una vibración en el suelo parecía estarse intensificando. Primero fue como si un camión de dimensiones colosales estuviera acercándose por la carretera, pero después Brooke pudo determinar que la vibración provenía de debajo de la tierra, como si las placas tectónicas de pronto hubieran cobrado vida propia. Retrocedió aún más cuando vio que el duro asfalto era quebrado por algo que estaba emergiendo de las entrañas de la tierra. Entonces de pronto y a poca distancia de ella, en el terreno arenoso del desierto, una criatura

alargada salto como un delfín haciendo una acrobacia en el agua. Brooke abrió mucho los ojos viendo con la claridad que da la adrenalina en los momentos de mayor tensión, como un gusano gigantesco asomaba por un agujero abierto en la tierra. El gusano la miro y saltó en su dirección, Brooke lo esquivo por los pelos contemplando como el gusano pasaba de un lado a otro a escasos centímetros de su cara. Miro a izquierda y derecha y pudo ver como nuevos gusanos con hocico de lamprea surgían del desierto, los gusanos se agitaban unos instantes en el aire como para desempolvase o como si estuvieran emergiendo de un largo sueño.

El terror aumento cuando vio que estaba en el medio de aquellas cosas, venían de todos los flancos con un único objetivo; avanzaban con voracidad, compitiendo entre ellas para ver quien llegaba primero a la presa. Brooke se esforzó por salir de su asombro, sabía que si se quedaban allí pronto los gusanos/lampreas la despedazarían con sus filosos dientes. Así que hizo lo único que se le ocurrió en ese momento: ahueco sus manos entrelazando los dedos, acercó su boca y soplo. Un brillo blanquecino surgió de entre sus manos y acto seguido extendió los brazos todo lo que pudo. Millones de partículas blancas como granos de arena volaron por los aires. Las lampreas comenzaron a retorcerse en el suelo como babosas bajo una lluvia de sal. Mientras estas se agitaban convulsas en el suelo Brooke echó a correr lejos de allí.

Setri estaba mirando desde lo alto de un peñasco: *Sí que es fuerte, la necesitamos de nuestro lado.* – pensó.

5

Eran las 6 de la mañana. El amanecer era aún una franja diminuta de azules en el horizonte, una tenue luz naranja asomaba tímidamente en la base, arriba la luminosidad de las estrellas iba decreciendo lentamente, la vía láctea había dejado de ser visible a simple vista y en el fondo estrellado Betelgeuse, la estrella roja súper masiva, yacía agonizante.

Finalmente cuando el alba era algo más que un visitante lejano, Bill, Martha Gray y Madeleine circulaban por la eterna carretera I-10 W acercándose a la ciudad de Los Ángeles, en California.

Bill conducía en silencio, perdido en sus propias cavilaciones. Martha iba en el asiento del copiloto acariciando a Candy con movimientos suaves y monótonos. Acariciar al perro parecía estar surgiendo algún tipo de efecto terapéutico en ella, pues Bill la había visto sonreír en más de una ocasión. Madeleine por su parte miraba absorta por la ventanilla. De los tres era la que con más frecuencia rompía el silencio, a menudo solo para decir a Bill, a quien llamaba *niño*, que se detuviera para que ella pudiera abastecerse de nuevo con algunas cervezas o para que salieran a hacer sus necesidades. *Sería una pena que fueras gay y no pudiéramos repoblar la tierra* – dijo Madeleine a Bill pocos momentos después de que dejaran atrás la casa del viejo Tom. El comentario había desatado risas en los tres chicos y el rostro de Martha incluso se puso había puesto colorado. Después de eso cada uno había comenzado a contar un poco sobre su vida pasada, Bill les hablo de su pasión por el futbol y sobre su sueño de pertenecer algún día a la NFL. Les hablo de su amigo Mark y de sus muchos proyectos juntos; desde formar una banda de rock, hasta una alocada idea de crear

una aplicación que pagara por hacer deporte y leer libros. – *La idea es que el usuario genere puntos con actividades que beneficien su salud física y mental y después pueda cambiarlos por dinero en efectivo o incluso viajes en autobús.* – había dicho Bill con el rostro resplandeciente de emoción al recordar sus viejos planes. Martha, por su parte, contó lo duro que había sido para ella la separación de sus padres y la muerte de su hermano menor de 12 años, Dylan, a causa de una leucemia. Les hablo de su amistad con Nora, una chica liberal y con ideas algo retorcidas. – *En el fondo es buena persona y quizá mi única amiga* – dijo Martha enjugándose una lágrima al recordar a Nora. Bill había querido abrazarla en ese momento, pero se limitó a mirarla, bien sabía que a veces no es consuelo lo que se busca sino simplemente ser escuchado. Al final, Madeleine les contó que había estado casada en el pasado. *Tuve un aborto y él no me lo perdono, me trato como si hubiera sido mi culpa. Después de eso dejo de trabajar, me dijo que se había casado con una mujer no con una muñeca de plástico incapaz de concebir y que no estaba, por tanto, dispuesto a mantenerme. Fue una época difícil para mí, recuerdo llorar todos los días cuando se ponía el sol, había días que ya no quería vivir, quería que todo simplemente se acabara. Cuando finalmente nos separamos me sentí mejor, fue como quitarme el peso de todo el puto mundo de encima. Me sentí bien durante un tiempo, algunos meses después conocí a Rob; era un hombre encantador y además muy guapo, así que, casi sin darme cuenta, me enamore de él como una estúpida adolescente Todo iba bien hasta que una noche Rob me dijo que iríamos a cenar a un lugar especial. ¿Sabes a donde me llevo?* – había preguntado a Martha. – *No* – Respondió ella. *Nada más y nada menos que a aquellas asquerosas mazmorras. Ahora estoy segura que él era uno de esos que nos secuestraron...*

Ahora, mientras la imponente ciudad era algo más que un lejano rumor, los tres viajaban en silencio. El amanecer casi había llegado, el sol asomaba discretamente desplazando a la noche y opacando el brillo de las estrellas.

- Los quiero, chicos – dijo Madeleine desde el asiento trasero.

Martha se volvió a mirarla con extrañeza, no por lo que había dicho sino por el tono fatalista en su voz. Bill le dirigió una mirada de reojo por el espejo retrovisor y la chica le sonrió.

- ¿Por qué suenas como si estuvieras despidiéndote? – pregunto Martha

- Nada de eso, nena – respondió Madeleine haciendo un ademán con la mano – Es solo que es grandioso tener compañía cuando todos en el mundo parecen haber desaparecido. – A sus pies Candy agitaba amistosamente la cola y olfateaba curiosamente las suelas de los zapatos de la chica.

- Es grandioso haberlas encontrado – dijo Bill tímidamente

- ¿Tú también? - Martha miro a ambos chicos con sus ojos color miel, tenía arrugada la nariz como si un aroma fétido flotara en el ambiente.

- Y yo a ti Bill, si fuera unos años más joven no me molestaría repoblar la tierra contigo – Los tres chicos estallaron en carcajadas.

Desde lo alto el auto parecía un enorme insecto que avanzara por la carretera, la imagen proyectada en una bola de cristal era de matices violáceos, como si se mirara a través de un cristal. Alguien aplico un efecto de zoom, alejando la imagen, encogiéndolo el automóvil y

expandiendo a kilómetros a la redonda un terreno desolado. Autos en llamas, autos varados en las grandes ciudades provocaban un tráfico estático, cadáveres desperdigados aquí y allá. La imagen se alejó aún más, el auto apenas era una mota de polvo oscuro en movimiento sobre la bola de cristal. En la ciudad de los Ángeles quedaban algunos sobrevivientes, solos habían sido poco motivo de preocupación, pero ahora, que estaban juntándose, reorganizándose, planeando, buscando una explicación ante lo ocurrido eran una autentica molestia. La mano de Stacy pasó sobre la bola de cristal, cambiando abruptamente la visión que esta reflejaba. Y entonces, en la enorme bola apareció el planeta tierra en todo su esplendor, los mares y océanos seguían allí, los continentes, plantas y animales también, como si no echaran de menos la presencia de los humanos. Y Stacy sabía que bien podría ser así, durante mucho tiempo ella misma había considerado a los humanos la plaga más nociva en el planeta, la creación más abominable de Dios, un error que nunca debió cometerse. Contemplaba el reflejo pensando porque Dios y sus ángeles aún no habían salido en defensa de esos pobres desgraciados, preguntándose porque las legiones no habían sido capaces de exterminar a todos de una vez por todas. Eso habría puesto las cosas mucho más fáciles y quizá incluso Dios demitiría ante una posible batalla. Quizá incluso se postrara ante ella. La idea le hizo sonreír, la luz de la luna ilumino sus dientes de un tono mortecino escalofriante. Stacy se levantó y antes de dirigirse al balcón desde podía verlo todo en el reino tocó el brazo de Rob que estaba a su lado. El cadáver tenía una expresión de dolor que perduraría por siempre, la boca estaba torcida como si una bala de gran calibre la hubiera atravesado, las manos estaban rígidas y dobladas en ángulos imposibles; la piel empezaba a asemejarse a viejos pergaminos y los músculos se consumían lentamente como devorados por un fuego invisible.

Una vez en el balcón, Stacy concibió una idea. Lanzaría un nuevo hechizo sobre los sobrevivientes. Estaba al tanto de lo que Dean y Brooke planeaban y no estaba dispuesta a dejarles actuar y atacar con demasiada facilidad. Pronto debía hablar con todas las criaturas del reino y era mejor alentarles a luchar ¿Cómo? Asegurándoles que la humanidad estaba severamente diezmada y que tarde o temprano las fuerzas del bien contratarían, empezando así la tan esperada batalla.

Entro de nuevo a la gran sala, se sentó de nuevo frente a la bola de cristal. La imagen de la tierra seguía allí. Stacy poso su mano sobre la bola, sus ojos hermosos desaparecieron de pronto, dejando en su lugar una capa lechosa sin vida, un par de enormes colmillos de serpiente aparecieron en su boca y por unos breves instantes fue visible, tras el avatar de Stacy: la hechicera hermosa, el horrendo ser que venía desde los confines del universo. Stacy aparto la mano de la bola con el tético resplandor del objeto reflejándose en sus ojos. Su sonrisa se ensancho tanto que llegaba de oreja a oreja.

En la bola de cristal, junto al planeta tierra, flotaba ahora un planeta idéntico. Los mismos continentes, la misma porción de agua, el mismo tamaño; solo el movimiento de rotación era distinto, como si el planeta estuviera frente a un enorme espejo; un cordón de energía conectaba a ambos mundos, el planeta tierra con rotación contraria estaba alimentándose del original como alguna clase siniestra de hermano gemelo parasitario.

Una vez puesto el hechizo las ciudades de todas las latitudes del mundo recobraron su esplendor, las carreteras dejaron de ser silenciosas para volver a sus antiguos hábitos de bullicio y contaminación, los aviones volvieron a surcar los cielos, los niños volvieron a salir a las calles para jugar y crecer, los adultos retomaron sus rutinarias (y aburridas en su mayoría) vidas, sus empleos y sus responsabilidades. El plan era sencillo, al igual que con la larga noche, había un plazo. Un plazo que habría de cumplirse, pero mientras eso sucedía era como si todo hubiera sido una pesadilla colectiva, los muertos volverían a andar sobre sus propios pies y la ilusión de que todo volvía a ser como antes sería el punto clave para que el mal pudiera encaminarse a la victoria.

No obstante la visión no era para todos, las dos criaturas que se encontraban aún en la tierra, continuaban viendo el mismo panorama, la misma devastación y la misma desolación a kilómetros y kilómetros a la redonda. Los hombres de Dean tampoco compartían este privilegio, pues ellos seguían caminando por las desiertas carreteras a la espera de encontrar sobrevivientes, la razón era simple, ellos ya no eran humanos, eran ahora solo enormes marionetas controladas por una de las criaturas; una especie de extensión del cuerpo de la criatura, si se quiere ver así.

El príncipe Setri estaba en lo alto de un peñasco, sentado en posición de loto y con los ojos cerrados parecía un monje budista realizando el Sokushinbutsu, su frecuencia cardiaca rondaba en ese momento los 20 latidos por minuto y su respiración estaba casi en cero. No meditaba, era la forma en que podía mantenerse comunicado con Stacy que se encontraba en el reino de las criaturas. Durante el trance, Stacy le había comunicado el cambio de planes, Setri abrió los ojos después de cortada la comunicación y se encamino en la búsqueda de las dos criaturas con el propósito, ya no de ofrecer un trato sino sencillamente de aniquilarlos.

8

Lo que los chicos vieron mientras el auto rodaba camino al Downtown de Los Ángeles les dejo boquiabiertos, no era que simplemente hubieran hallado a unos cuantos sobrevivientes sino que la ciudad parecía tan normal como siempre, autos circulando por las calles y avenidas, gente haciendo las compras de la semana de manera despreocupada, parejas que caminaban tomadas de la mano, música sonando desde diferentes puntos de la ciudad, etc.

- ¿Qué carajos...? – la voz de Madeleine se desvaneció como llevada por el viento.

Martha miraba atónita a una pareja sentada en el parque, tomaban helado y parecían ser reales; sin más preocupaciones que su amor. Bill miraba hacia la acera, donde una muchacha se percató de su mirada y le sonrió con un deje de coquetería. Bill se estremeció, no por la mirada en sí, sino porque se imaginó de pronto a la chica sin ojos y con la masa negra repleta de gusanos en su lugar.

- ¿Qué demonios está pasando? – pregunto Madeleine desde el asiento trasero. Candy miraba también por la ventana, olfateando el vidrio y moviendo la cola, parecía estar feliz de encontrarse de nuevo en una ciudad repleta de humanos.

- No puedo creerlo – dijo Bill en voz baja.

- ¿Qué no se supone que todos estarían muertos? – pregunto Madeleine mientras tomaba al perro y lo recostaba sobre su regazo.

- Eso fue lo que dijo el hombre – contestó Martha sin apartar la mirada de la acera.

- Quizá aquí no llegaron esas cosas... Quizá, soló... - Bill se volvió hacia las chicas esperando que algunas de ellas completara la frase con una idea más cuerda que la que él estaba pensando.

- Alto, chico – Madeleine alzo la mano en señal de Stop – No creo que eso sea lo que haya pasado, las noticias decían que la oscuridad había afectado a todo el país, quizá incluso a todo el mundo.

- Si pero ¿Cómo explicar esto entonces? – pregunto Martha.

Bill había detenido el auto en una intersección, el semáforo estaba en rojo y desde allí podían ver más negocios y más personas haciendo sus vidas tan normales como siempre. En lo alto de los edificios aledaños había toda clase de negocios: cafeterías, academias, boutiques, oficinas e incluso pequeñas plazas comerciales. Pero nada más. No había ni rastro de las horribles criaturas demoniacas, ni de la bruja que Martha y Madeleine habían mencionado, ni de los gusanos de los que el viejo Tom les había hablado. Solo gente y más gente.

- No lo sé, nena. Pero pienso que debemos bajar, interactuar con esta gente y preguntarles si saben qué demonios está pasando...

- De acuerdo – concordó Bill con la mirada fija al frente.

El semáforo cambio a verde y el auto se puso de nuevo en marcha. Bill aparco en el estacionamiento de un gran centro comercial. Hubo un momento de silencio antes de que se abrieran las puertas y se decidieran a bajar. Ninguno quería ser el primero.

Bill resopló.

- Bien, Vamos – dijo al fin.

Abrió la puerta y el perro salto inmediatamente del auto, posando sus peludas patas en el asfalto caliente de la mañana. Levantó la mirada y vio a su amo, que le correspondió con una sonrisa tensa.

Las otras puertas se abrieron y las chicas bajaron.

- Bueno, el calor sigue siendo igual de insoportable en este lado del país – dijo Madeleine mientras desabotonaba un poco su blusa.

- ¿A dónde vamos, primero? – quiso saber Martha

Bill se encogió de hombros

- Entremos al centro comercial – propuso Madeleine – Mi vejiga se ha encogido con el viaje y necesito hacer pis.

- No se ha encogido, es un efecto secundario del miedo – dijo Bill

- Cállate, niño, No me vas a decir tú lo que mi aparato urinario necesita

- De acuerdo - Contesto Bill y los dos rieron.

Avanzaron hacia el centro comercial con Martha rezagada y mirando nerviosa de un lado a otro, quizá esperando que alguna criatura voladora apareciera. Se quedó afuera unos instantes, mirando el cielo y contemplando a la gente que entraba y salía de una manera que en otra situación hubiera resultado grosera. Un niño pequeño salió, se soltó de la mano de su madre y estuvo a punto de tropezar con Martha. Ella lo miro a tiempo y se apartó como si el niño fuera una criatura ponzoñosa capaz de hacerle daño. La madre del niño le dirigió una mirada desdeñosa y llamo rápidamente a su chiquillo, quien caminaba balanceándose peligrosamente de un lado a otro con una paleta de chocolate en la mano.

- ¿Vienes o no? – dijo Bill desde las puertas automáticas de la entrada.

Martha lo miro unos instantes como si también le resultara un extraño y después se apresuró a avanzar. Bill sintió que su corazón se desbocaba cuando Martha le tomo de la mano y entraron así al supermercado. Él se giró a mirarla pero Martha no le correspondió, seguía mirando atónita a las personas que iban y venían de todos lados. Finalmente ella sintió la mirada del chico y le sonrió tímidamente, Bill supo que tenía miedo. Él también estaba asustado pero trataría de ser valiente no para sí mismo, sino para ella.

Caminaron de la mano hasta la zona de sanitarios donde Madeleine había entrado hacía algunos minutos. Había dos enormes frigoríficos entre la entrada y la zona de cajas, el frio que despedían los aparatos resulto refrescante para ambos después del intenso calor que hacía en el exterior. Madeleine salió unos minutos después secándose las manos en las perneras del pantalón, miro a los chicos y estos se soltaron rápidamente las manos, como si de pronto el contacto les quemara. Madeleine les sonrió advirtiéndoles que se había dado cuenta y los chicos se sonrojaron ligeramente.

- Ahora vamos por las cervezas, chicos, síganme –

Martha y Bill intercambiaron una mirada, el enarco la ceja y ella se encogió de hombros.

- Todo parece tan normal – dijo Martha a Bill mientras caminaban por el pasillo de bebidas alcohólicas.

- Bastante – respondió él – Si no supiera lo que ha pasado diría que esto sería como un viaje de vacaciones. ¿Habías estado antes en California?

- Vine una vez con mis padres y mi hermano cuando aún vivía, recuerdo que estuvimos en el Golden Gate y que mi padre nos llevó en su auto por toda la costa, pasamos por Santa Mónica, Los Ángeles, San Diego, incluso comimos tacos en Tijuana esa vez.

- Suena genial – dijo Bill

- Lo fue, pero después de eso mi hermano enfermo y mis padres se separaron poco después de que el muriera, supongo que fue demasiado para ellos. Su matrimonio era genial, aunque yo era una niña en ese entonces, podía darme cuenta de ciertas cosas. Recuerdo que papá solía cargar a mamá y darle vueltas como si ella fuera la niña pequeña y no yo. Ella reía y Dylan y yo aplaudíamos entusiasmados...

Bill asintió en silencio.

- Después de su separación cada uno hizo su propia vida y yo quede a la deriva, como si no existiera en lo absoluto.

Bill sintió entonces deseos de abrazarla y esta vez no se contuvo; rodeo a Martha con el brazo y ella acepto el abrazo acurrucándose en su pecho, el contacto de su cabello le provoco a Bill un cosquilleo en la barbilla muy agradable. A pesar de que ninguno había tenido tiempo de asearse debidamente, el cabello de Martha tenía un olor agradable, era el olor de una rosa que ha dejado atrás sus mejores días y está en proceso de marchitarse pero que aun así conserva un ligero aroma fresco e inmarcesible.

- ¿Quieren una cerveza? – pregunto Madeleine desde el refrigerador, estaba inclinada revisando los estantes más bajos. Dirigió una mirada a los chicos y esta vez no se separaron.

- ¿Cómo piensas pagarlo? – pregunto Martha aún en los brazos de Bill.

Madeleine hizo un gesto que indicaba que no se había detenido a pensar en eso, se revisó los bolsillos del pantalón y no encontró más que una moneda de veinticinco centavos.

- Creo que tendremos que prescindir de las cervezas por ahora – dijo Madeleine colocando el

six pack de vuelta en el refrigerador.

- Espera – dijo Bill – Con esto puedes comprarlas – extendió un billete de 20 dólares a la chica. Ella lo contemplo un momento y después lo tomó de sus manos.

- Que lindo niño, Gracias Bill – dijo Madeleine - ¿Seguros que no quieren una?

- Por supuesto que sí, no pensaras tomarte todas tu sola ¿o sí?

- Claro que sí, nena. Pero me conformare con cuatro si es que ustedes quieren una.

- Yo sí acepto una – dijo Bill – Creo que es una buena manera de comprobar si aún estamos vivos o si tal vez estamos muertos en la carretera y esto es una especie de purgatorio.

- No digas tonterías, Bill – Madeleine tomo el six pack entre sus brazos como si fuera un bebe y se encamino hacia las cajas.

- No pareces muy preocupada – dijo Martha, quien caminaba a su lado.

- Claro que no, nena. Si estamos muertos que más da y si de verdad toda la gente regreso estoy dispuesta a olvidar lo que vimos antes de venir aquí.

- Si, pero...

- Escucha, nena. Solo quiero pagar las jodidas cervezas y largarme de aquí. Quizá inicie una nueva vida aquí – Madeleine puso el six pack sobre la cinta transportadora de la caja.

El cajero era un hombre mayor con anteojos y una papada que colgaba como si fuera la piel colgante de un gallo. El hombre levantó la mirada un instante, vio a Madeleine y se apresuró a cobrar. Entonces paso algo inquietante, el hombre de la caja se quedó inmóvil con el ticket en la mano, los tres chicos estaban discutiendo sobre a donde debían dirigirse ahora, así que tardaron unos segundos en percatarse de que no solo el viejo cajero se había quedado quieto como si estuviera hecho de piedra, sino que toda la gente a su alrededor también lo hizo. Probablemente la imagen más bizarra fue una que ocurría en la caja contigua, donde un hombre había lanzado a un niño pequeño al aire. La sonrisa de ambos se había quedado congelada, el hombre extendía los brazos y miraba hacia arriba esperando que el pequeño cayera de nuevo a sus brazos.

- Pero que carajos, es esto – dijo Bill

- No sé, yo tomare mis cervezas y saldré de aquí – dijo Madeleine, quien no se molestó siquiera en recoger el ticket de las manos inmóviles del cajero.

Los tres chicos se encaminaban a la salida, con Madeleine encabezando la marcha; Martha había vuelto a tomar la mano de Bill. Avanzaban rápido, sintiendo que de alguna manera las estatuas humanas tenían la capacidad de seguirles con la mirada y entonces, tan súbitamente como había ocurrido, la gente recobro su movimiento justo donde se habían quedado. Bill volvió la cabeza sobre los hombros y vio que el niño finalmente caía a los brazos del hombre (quien probablemente fuera su padre). El cajero se quedó desconcertado al mirar el ticket en su mano, pero aparentemente lo olvido tan rápido como lo había recordado y siguió cobrando a los demás clientes con gesto despreocupado.

- Debemos salir de aquí lo antes posible – dijo Madeleine nerviosamente. Con mano temblorosa abrió la puerta del copiloto y dejo las cervezas en el asiento. Martha subió atrás y Bill se acomodó en el asiento del conductor, bajo la ventanilla y encendió el motor. Antes de echar a andar llamo a Candy un par de veces, el perro había salido con ellos tras llegar al centro comercial, pero Bill lo olvido completamente cuando Martha le había tomado de la mano. Hubo uno segundos de silencio hasta que vio salir de entre dos grandes camionetas al canino. Martha abrió la puerta trasera y el perro salto adentro de inmediato. Bill miro por el retrovisor, vio el camino despejado y puso el auto en marcha; estaba esperando que una pareja avanzara con el carrito de compras hacia la entrada cuando de pronto escucho una voz conocida que le helo la sangre.

- ¡Bill! – grito la voz

Por unos momentos Bill creyó estarlo imaginando, probablemente por el susto que le produjo ver a la gente perder su movimiento como muñecos sin batería, pero la voz insistió una vez más y esta vez sonó más cerca.

- ¡Bill! ¡Espera!

Bill piso el freno abruptamente cuando vio salir de entre dos autos a Sarah Adams.

9

Ibrahim Al Khali estaba a punto de desmayarse, el intenso calor de la mañana no hacía otra cosa que consumir las escasas fuerzas que le quedaban. Había estado vomitando desde hacía un par de horas y pronto estaría deshidratado y demasiado débil como para dar un paso más. Un par de buitres sobrevolaban en lo alto, a la expectativa de que el hombre cayera para acercarse. El terrorista se miró los brazos y vio que en ellos estaban formándose llagas de color rojo sangre, como si alguien le hubiera golpeado a latigazos. Toco una llaga con sus dedos y el dolor que le provoco fue tal que soltó un alarido. Estaba sediento, hambriento y para colmo todavía no veía a ningún sobreviviente que pudiera reclutar. Al Khali comenzaba a creer que era una pérdida de tiempo, por un momento deseó haber muerto con sus compañeros de celda de la ADX Florence. La explosión me habría matado rápidamente y sin darme cuenta – pensó. No tendría por qué estar sufriendo toda esta mierda...

Los buitres en el cielo habían descendido un par de metros y Al Khali podía verles los picos, las garras y los ojos tan hambrientos como los suyos. La temperatura en ese momento rondaba los 23 grados centígrados, pero la sensación térmica era mucho mayor; en el aire flotaba una humedad que a Al Khali le recordó a los climas calurosos de su natal Yemen. Siguió andando, tambaleándose como un borracho, cuando de pronto escucho el aleteo de los buitres, giro en redondo asustado, creyendo que las aves estaban cansadas de esperar a que su comida cayera al suelo y habían decidido comérselo vivo. Miro hacia arriba, con el sol lastimando sus retinas y pudo ver que las aves se alejaban de él.

De pronto bajo sus pies sintió una vibración, muy leve al principio, pero estaba intensificándose poco a poco, como si algo sumamente pesado estuviera acercándose.

- Debes irte de allí – susurro la voz de Dean en su cabeza. La voz sonaba lejana como si fuera transmitida desde miles de kilómetros de distancia.

El terrorista giro con una expresión de alerta que bien podía ser el principio de un estado catatónico. A derecha e izquierda no había nadie, solo el caliente asfalto bajo sus pies y el susurro tenue del viento. La vibración bajo sus pies se intensifico, algo había chocado con fuerza desde debajo de la tierra contra el duro asfalto.

Hubo una segunda embestida desde el subsuelo; Al Khali miraba estupefacto como algo estaba quebrando el asfalto a cien metros de distancia, la cosa de debajo embistió una vez más y una horrible cabeza de gusano asomo en el agujero que había creado. El gusano se retorció unos instantes luchando por sacar a la superficie la totalidad de su alargado cuerpo; Al Khali, mientras tanto, permanecía inmóvil, con un hilillo de baba resbalando por su barba mal cuidada y con los ojos asustadizos de una liebre que esta por ser engullida por la gran serpiente.

El gusano logro sacar la mitad de su cuerpo del asfalto agrietado y miro en dirección a Al Khali. La criatura abrió sus enormes fauces y Al Khali pudo ver una hilera de dientes que parecían prolongarse hasta las entrañas de la criatura. Pensó en echar a correr pero sus piernas parecían

estar soldadas al suelo, las sentía entumecidas y pesadas como losas.

Una segunda criatura emergió del suelo a escasos cinco metros; La horrible visión del gigantesco gusano le provocó que se le erizaran los vellos de la nuca, un escalofrío le recorrió el cuerpo en un sordo espasmo. La criatura despedía un olor nauseabundo, de podredumbre, como a miles de cuerpos en descomposición. Otro gusano había salido a las espaldas de Al Khali, la criatura se abalanzó hacia él como un tiburón que salta fuera del agua. Al Khali reaccionó, pero demasiado tarde, pues aunque evitó que la criatura lo embistiera de lleno, la cola del animal lo había golpeado por debajo de las costillas con tal fuerza que Al Khali cayó al suelo sintiendo de inmediato un dolor lacerante y pulsante como el de las quemaduras en la zona que el gusano había impactado.

El terrorista lanzó un grito descarnado, no tanto de dolor sino de profunda impotencia. Desde lo alto la escena mostraba a Al Khali como un navegante que ha quedado a la deriva en medio del océano y que está siendo rodeado y acechado por miles de criaturas marinas de tamaños colosales. Los gusanos saltaban de la tierra como delfines en el agua. Al Khali se puso de pie, no había una sola parte de su cuerpo que no estuviera afectada por el dolor, miró de reojo a las criaturas y echó a correr. Los gusanos le concedieron unos segundos de ventaja antes de abalanzarse sobre él. Al Khali volvió la vista atrás, el hocico de una de aquellas criaturas había pasado lo bastante cerca como para que respirara de primera mano el olor pútrido y rancio proveniente de sus entrañas. El gusano lamprea más próximo volvió a cargar contra él, pero Al Khali logró esquivarlo por poco. Las piernas le dolían pero aún eran veloces, la criatura emitió un sonido gorgojeante de frustración y recluso para volver a atacar. Esta vez el terrorista no fue lo suficientemente rápido y el gusano prensó su pierna con una fuerza equivalente a la de un tiburón blanco. Los ojos horribles de la criatura miraron a Al Khali unos instantes, una capa sedosa y viscosa cubría los párpados rojos y escamosos. La criatura estaba comenzando a arrastrarlo hacia su guarida. Sus compañeras no lo vieron con buenos ojos y trataron de morder a Al Khali para arrebatárselo de las fauces del gusano, La criatura retrocedió a gran velocidad, renuente a compartir el botín, las demás emitieron un chillido agudo que Al Khali no había escuchado nunca en ningún animal terrestre. Quiso taparse los oídos pero se encontró con que sus manos golpeaban insistente la dura piel del gusano lamprea en un intento por desasirse. Al Khali estaba a punto de desmayarse, no tenía idea cuanta sangre había perdido pero en el cuerpo del gusano y en el asfalto había enormes charcos de sangre. El gusano lo blandió por los aires como si fuera un muñeco de trapo y Al Khali pudo escuchar como los tendones de su pierna se estiraban como ligas hasta romperse, escuchó con escalofriante claridad como algunos huesos se pulverizaban como si fueran un cascarón de huevo.

Impacto duramente contra el suelo, su campo de visión estaba estrechándose, pronto no habría más que oscuridad, pero entonces, de un momento a otro y casi como en un sueño pudo sentir que el enorme gusano había dejado de moverse, la presión de la mordida había disminuido y entonces, por puro instinto, Al Khali sacó la pierna herida de las fauces de la bestia. No quería mirarla pero así lo hizo y, aunque su visión se había vuelto borrosa pudo ver su pierna destrozada, un par de huesos le sobresalían, uno a la altura del muslo y otro por debajo de la rodilla. Miró alrededor alarmado, recordando que había muchos más gusanos cerca de él. Pero ya no había nada. Al Khali se alejó usando sus manos como apoyo e impulsándose hacia atrás. El gusano estaba totalmente inmóvil como si de pronto se le hubiera parado el corazón.

Al Khali se tendió sobre el suelo, con el imponente sol dándole directamente en el rostro. Al nivel del suelo las fracturas del asfalto por donde habían emergido los gusanos eran pequeñas montañas que formaban cordilleras a lo largo de muchos metros a la redonda. Cerró los ojos un

momento y al instante volvió a abrirlos. Entonces vio un rostro frente a él. No era Dean, ni Jimmy Wayne, ni nadie a quien pudiera reconocer. El hombre que lo miraba tenía los rasgos más finos que había visto en su vida, tenía ojos del color del océano, cabellera rubia y sostenía una espada con la punta clavada en el suelo. Antes de que Al Khali perdiera la conciencia, vio que más hombres como ese estaban acercándose. Entonces vio que aquellos hombres tenían alas. Alas como los ángeles.

El encuentro de Jimmy Wayne con lo que Stacy denominaba como *Los Observadores* fue similar a lo que había sufrido el terrorista Ibrahim Al Khali. Mientras este último miraba su pierna destrozada por las fauces del gusano/lamprea, el reverendo Jimmy Wayne yacía hecho un ovillo dentro de una enorme caravana abandonada en la carretera. El suelo temblaba como si miles de camiones pesados estuvieran acercándose, Jimmy Wayne no tardó en darse cuenta que el temblor era acompasado, que parecía tener sincronía, ¡Peor aún! Parecía tener vida. El reverendo se refugió en la caravana y se cubrió de pies a cabeza con unas mantas que encontró allí. Las mantas tenían un olor desagradable como si un perro se hubiera meado encima, pero en ese momento nada de eso importaba en lo absoluto.

Transcurridos unos minutos el temblor se intensificó tanto, que el auto mismo saltaba unos centímetros del suelo. El reverendo se mordió la lengua en uno de sus bruscos movimientos y la sangre comenzó a brotarle de la boca. Se quitó la manta de prisa y entonces, antes de que cometiera la imprudencia de salir al exterior, vio una criatura colosal; un esqueleto gigante caminaba a escasos metros de donde se encontraba. El esqueleto sostenía una campana en una mano y el sonido de los enormes huesos sin cartílago al frotarse era tan insoportable que el reverendo se llevó las manos a los oídos. Aquel ruido era mil veces peor que cualquiera que hubiera escuchado antes. La enorme criatura dio un par de pasos más y se detuvo abruptamente, el reverendo no podía ver la cabeza de aquella cosa pues el techo de la caravana se lo impedía y no estaba lo bastante loco como para salir a averiguarlo. Palpo la cruz debajo de su roída y vieja camisa y comenzó a rezar un padre nuestro. Cerró los ojos para rezar y cuando los abrió se encontró con que el enorme cráneo del esqueleto lo miraba a través de las sucias ventanillas de la caravana. Jimmy Wayne soltó un grito afeminado y retrocedió todo cuanto pudo en el espacio de la caravana, su espalda tocó el frío metal de la carrocería. El enorme esqueleto estaba de frente a él, quizá mirándolo, el reverendo no lo sabía pero intuía que así era, pues la criatura estaba desprovista de ojos. Era el rostro más horrible que había visto nunca, todo huesos, desprovisto de cualquier tipo de emoción humana, meneando su gigantesca cabeza de una forma mecanizada y escalofriante. Tuvo la impresión de que la criatura quería hablar, pero solo emitía gemidos ininteligibles como los de un mudo o como los de alguien que se encuentra amordazado. El esqueleto extendió la mano y tomó la caravana como si fuera un juguete, no la levantó pero comenzó a balancearla de un lado a otro. El reverendo gritaba y suplicaba de una forma que en otra circunstancia hubiera resultado risible. En uno de los movimientos uno de los cristales se rompió, Jimmy Wayne sujetó la cruz como un talismán y se dispuso a saltar al exterior, pensando que si echaba a correr seguramente sobreviviría, pero entonces, el esqueleto soltó la caravana, se

irguió y empezó a desmoronarse ante los ojos incrédulos de Jimmy Wayne. Miles de sombras se desprendían del enorme esqueleto, como agua evaporándose. El reverendo supo que eran las almas de los muertos que iniciaban la transmigración. Finalmente el esqueleto quedó reducido a cenizas blancas como la nieve, cenizas que fueron rápidamente esparcidas en todas direcciones por el viento de la mañana.

Jimmy Wayne alzó la vista y vio un círculo de hombres alados en lo alto. Los hombres sostenían unas espadas que parecían estar forjadas de oro. Sus sombras se proyectaban en el suelo ensombreciendo un área considerable. El reverendo retrocedió asustado, intentó entrar de nuevo en la caravana pero era tarde, los hombres de las espadas estaban detrás de él. Jimmy Wayne temblaba de pies a cabeza incapaz de voltearse, pero cuando uno de aquellos seres posó su mano en su hombro toda sensación de malestar desapareció.

11

- Oh, Bill gracias a Dios que te encuentre - Sarah se acercó hasta el automóvil detenido a medio camino de la salida del estacionamiento. Bill la miraba atónito, incapaz de creer lo que estaba pasando. Todo en ella estaba perfectamente igual a como la recordaba. El cabello castaño le llegaba hasta los pechos ondeando en el viento como el pelaje de un pura sangre, la piel blanca y reluciente, ligeramente bronceada en el cuello, un bronceado que a Bill siempre le había encantado; llevaba una blusa blanca translúcida que resaltaba sus generosos pechos, una falda corta color negro y un par de calcetas blancas y largas completaban la vestimenta. Era el mismo atuendo que Bill había visto muchas veces en las clases que llegó a compartir con Sarah.

- Sarah... que... - comenzó Bill

- Es lindo ver un rostro conocido – dijo la chica posando sus hermosos ojos color verde en Bill. - ¡Oh! Lo siento que maleducada soy – añadió mirando a las acompañantes de Bill.

- ¿Conoces a esta chica? – preguntó Madeleine desde el asiento del copiloto. Miraba con cautela a la recién llegada.

- Si – asintió Bill sin apartar la mirada de Sarah

- Bien, entonces que suba. Tenemos mucho que averiguar

- De acuerdo – dijo Bill

- Gracias Bill, en verdad estaba comenzando a asustarme mucho

- ¿Por qué? – preguntó el chico.

- Hay algo raro aquí, Bill – respondió Sarah abriendo la portezuela.

- ¿Es esta chica la que vimos muerta, antes de que Candy apareciera?- susurro Madeleine. Se había acercado tanto a Bill a fin de evitar que la invitada les oyera.

Bill se volvió y la miró, asintiendo con la cabeza. Su expresión era de total desconcierto.

Martha Gray compartía el asiento trasero con la recién llegada, Candy estaba en medio de ambas chicas olfateando amistosamente a Sarah a lo que ella respondió acariciándole en la cabeza al animal.

Rápidamente la chica recién llegada entablo conversación con Bill y Madeleine, y Martha pudo notar que el ápice de tensión y miedo que había antes en la voz de Bill estaba desapareciendo, era obvio que estaba comenzando a sentirse a gusto con la presencia de Sarah, Martha sintió una punzada de celos al ver la estupenda química que parecía haber entre ambos y de pronto, y sin ningún motivo, se encontró recordando el momento en que ella y Bill habían entrado de la mano al supermercado, cerró los ojos y a su mente vino una imagen aún más

sugere, era una imagen en la que Bill la besaba, Martha abrió los ojos rápidamente sobresaltada por la idea.

El auto circulaba a través de la gran avenida. Bill y Sarah platicaban y reían como si no hubiera presente nadie más. Madeleine iba en silencio bebiendo cerveza, en un momento le ofreció una a Martha y ella aceptó, pensando que quizá el alcohol le ayudaría a apartar las ideas que estaban formándose en su cabeza. Bebió dos latas grandes y cuando las hubo terminado sentía caliente el rostro y estaba mareada.

- ¿Estas bien? – pregunto Sarah de pronto tocándole la pierna con la mano.

Martha apenas se volvió a mirarla y le contesto que sí. Miraba fijamente por la ventanilla, esforzándose por enfocar, cuando la voz de Madeleine le hablo. Parecía provenir de muy lejos.

- Nena, ¿Quieres bajar al baño?

Martha sacudió la cabeza y se percató de que el auto estaba detenido frente a una estación de servicio. Madeleine ya había bajado del auto, y Bill y Sarah la miraban expectantes. Quiso decir algo a aquellos dos, pero se limitó a sonreír y bajar del auto.

En la estación de servicio los baños estaban sucios y en el aire flotaba una mezcla horrenda de orines, excrementos y tabaco. Martha se apresuró a hacer sus necesidades y salió conteniendo la respiración, afuera, Madeleine la esperaba.

- Es mi turno, nena. Le dije al tonto de Bill que mi vejiga se ha encogido

Madeleine soltó una carcajada y Martha sonrió meneando la cabeza de un lado a otro.

- Es mejor que aguantes la respiración antes de entrar allí – dijo Martha con una sonrisa

- Vamos, seguro que no puede oler peor que mi ex – marido después de correr – Ambas chicas rieron esta vez.

Madeleine desapareció detrás de la puerta del baño y Martha se quedó allí de pie, observando a las personas que iban y venían. Del sanitario de hombres salió un hombre gordo con aspecto de camionero, el gordo vio a Martha y escupió al suelo, después sonrió torpemente mostrando unos dientes que habían dejado ya muy atrás sus mejores días. El personal que despachaba el combustible en la estación parecía tan normal y apático como siempre, los hombres miraban a Martha de reojo mientras llenaban grandes depósitos y las pocas mujeres que estaban allí la veían con cierto desprecio, envidiando quizá su juventud y belleza. Martha entonces volvió la mirada en dirección al auto en el que habían viajado, dentro estaban Bill y Sarah, podía verlos reír y podía ver la cola del perro asomando de vez en cuando como si fuera el visor de un submarino. En un momento dado Bill la miro, ella había estado viéndolo reír y la mirada de él la tomó por sorpresa. Sintió pena de ser sorprendida, pero se mantuvo firme y no bajo la mirada al piso como solía hacerlo cada vez que Nora le presentaba a algún chico guapo. Bill le sonrió amistosamente y ella, movida más por instinto que por otra cosa, le correspondió. Fue en ese momento cuando supo que estaba enamorándose de él. Martha recordaría después ese instante, porque aunque breve, fue mágico. Casi pudo sentir que la mirada de él denotaba que su sentimiento era correspondido, pudo sentir todas las cosas tontas de las que hablan los poetas: las mariposas en el estómago, el rubor recorrerle el rostro, el sudor en las manos y el rápido latir de su corazón.

Su mente estaba comenzando a idealizar escenarios cada vez más románticos a lado de Bill, cuando de repente sintió que algo la miraba, algo siniestro, algo demasiado incomodo como para ignorarlo. Miro entonces de reojo y pudo ver, aun a través del cristal, el rostro inquietante y maligno de Sarah, un rostro que parecía estar corroído por la locura y la enfermedad. ¡Era el rostro de la maldita bruja de las mazmorras! Martha aparto la mirada y al retroceder choco con Madeleine que solo Dios sabía cuánto tiempo llevaba allí parada junto a ella.

- ¿Todo bien, nena? – pregunto Madeleine

- Si – contesto Martha, iba a añadir algo más pero temía que su voz denotara sus emociones.
- Bueno, vamos – dijo Madeleine avanzando hacia el auto.

Martha se quedó de pie unos segundos allí. Bill ya no la miraba y el rostro de Sarah volvía a ser el de antes. Es muy bonita – pensó Martha con amargura.

Los tres chicos la llamaron y se encaminó al auto, pero antes de que pudiera llegar, un dolor en el vientre la hizo doblarse sobre sus rodillas. Cayó al suelo y grito para después perder el conocimiento. Algo vivo estaba removiéndose en sus entrañas.

Dean sobrevolaba las tierras yermas. El sonido del aleteo se unía a los sonidos de grandes explosiones, fuertes terremotos y al sonido ocasional de alguno que otro animal agonizante. El Sol a sus espaldas, parecía del doble de su tamaño normal, la temperatura media en la Tierra había alcanzado los 55 grados centígrados y en los grandes desiertos del mundo el termómetro alcanzaba los 80 grados centígrados. Pese al intenso calor, Dean seguía vestido con una casaca negra y unos pantalones del mismo color con raras incrustaciones que destellaban en cuanto el sol las tocaba. Giro a la derecha cuando escucho una fuerte explosión proveniente de una ciudad cercana. La detonación había sido causada cuando el fuego alcanzo una estación de gasolina. Miles de fragmentos de roca y metal volaron a escasos metros de donde Dean sobrevolaba. A nivel del suelo los enormes gusanos brotaban en cantidades tan numerosas que era como si su nido estuviera inmediatamente debajo del asfalto. Al no haber comida las criaturas se atacaban entre ellas violentamente. Dean pudo contemplar, desde la posición segura en la que se encontraba, como trozos de gusano salían volando en todas direcciones, producto de las mordidas y dentelleadas. Algunos gusanos perecían demasiado fácil, eran débiles. Para otros, los más fuertes, mataban hasta tres o cuatro de sus compañeras antes de que las heridas causaran su muerte.

En el horizonte, media docena de colosos arrancaban arboles como si fueran simples ramas clavadas al suelo. Los gigantescos esqueletos perseguían también a las criaturas del reino animal que aún quedaban en pie. No podían comérselas como lo hacían los gusanos, pero sus poderosos dientes arrancaban cabezas, abrían entrañas y partían por la mitad a toda aquella criatura viviente que encontraran en su camino. Hacía el oeste enormes columnas de vapor ascendían al cielo producto de la evaporación progresiva de los mares, ríos, lagos y océanos. La temperatura seguía aumentando, pronto aquello sería un caldero infernal al mismo nivel que el planeta Venus.

Dean miraba todo aquello con impotencia y en silencio abrumador. Pronto el lugar sería tan hostil como para que el mismo pudiera sobrevivir. Estaba quedándose sin opciones, había perdido toda potestad sobre sus hombres que habían sido salvados por Los Observadores. Se hallaba además debilitado e incapaz de encontrar a Brooke, no obstante sabía que seguía con vida, lo sabía, cosa que no ocurría si pensaba en Rob, Dean de alguna madera ya sabía que su hermano estaba muerto, la bruja había lanzado sobre él un hechizo tan poderoso que ningún ser hubiera podido soportar. Lo echaba de menos y pensó que si el fin habría de llegar sería genial poder contar con Rob a pesar de todo.

Y así, mientras contemplaba como la Tierra era poco a poco consumida por el planeta gemelo que yacía en un plano diferente, sintió algo moverse a sus espaldas. Dean giro tan rápido como pudo y el rostro de facciones pálidas y puntiagudas del príncipe Setri apareció frente a él. Dean adopto la forma fantasmagórica y transparente que tanto le había caracterizado durante las épocas de cacería en la Tierra y trato de alejarse de aquel demonio de ojos rojo escarlata y apariencia humana. Le fue imposible, una fuerza invisible parecía emanar de Setri, una fuerza con poder de

atracción gravitatoria que le impedía escapar.

La criatura frente a él sonrió y Dean recupero nuevamente su apariencia humana. Al contrario de él, Setri no necesitaba alas para poder volar, el hechicero levitaba y se desplazaba tan bien como en tierra.

Setri tenía el rostro pálido, inexpresivo, hubiera pasado por un maniquí de no ser por el brillo de sus ojos. Un brillo tan seductor como peligroso. Dean levantó los brazos dispuesto a luchar, el brazo que había tocado la bruja aún estaba recuperándose, no estaba del todo mal como antes.

Al fin el rostro cetrino del demonio sonrió, Dean escucho el ruido inconfundible de alas siendo batidas en el aire. Giro sobre los hombros y vio a media docena de criaturas detrás; eran los hombres de Aballah, eran miembros de las legiones, demonios de bajo rango. Fue en ese momento cuando comprendió que no tendría oportunidad alguna de vencer, no frente a seis criaturas, siete si se contaba a Setri. Miro al hechicero a los ojos y supo que él ni siquiera se molestaría en pelear. Sería despedazado por las cosas a sus espaldas. De pronto y sin saber porque, se sintió decepcionado de no tener oportunidad de medir sus fuerzas contra las de Setri.

Setri pareció leerle el pensamiento porque asintió con la cabeza. Dean miro el momento exacto en que la figura del hechicero/demonio se volvía negra y desaparecía inmediatamente después. Dean giro en redondo para encarar a sus oponentes justo cuando un par de explosiones hacia volar por los aires: arboles, tejados, cadáveres y restos de gusanos.

Dean levanto los brazos preparándose para la pelea. En el rostro de las criaturas se dibujó una expresión horrible que denotaba satisfacción. Dean esquivo los primeros ataques y logro asestar dos golpes en el hocico de la primera y segunda criatura, trato de hacer lo mismo con la tercera, pero una cuarta le pateo en el estómago con la fuerza de un mazo. Otra de las criaturas le sujeto del brazo herido y Dean soltó un alarido de dolor, que fue seguido por otra explosión en tierra...

Arriba, muy arriba de donde se desarrollaba la batalla, Los Observadores miraban atentos la pelea, hablaban entre ellos debatiéndose entre si debían o no intervenir.

LOS OBSERVADORES

1

Martha despertó sobresaltada. Sobre la frente tenía una fina capa de sudor. Miro de un lado a otro tratando de reconocer el lugar. Una corriente de aire frío se colaba por la ventana, agitando las cortinas y acariciándole la piel con dedos gélidos. El cuarto estaba decorado con pósteres de bandas juveniles y con los flyers promocionales de algunas películas clasificación doble A; un par de lámparas de lava estaban frente al ancho mueble que contenía el televisor y media docena de cajones. El lugar olía a esencia de canela y sobre su cabeza un ventilador de hélices acumulaba polvo y unas cuantas telarañas. Martha centro su atención en la puerta cuando escucho voces provenientes de afuera. La pesada puerta de madera se abrió y allí estaba Sarah sosteniendo una bandeja de comida, hablaba con alguien afuera y tras soltar una carcajada entro a la habitación.

Martha la miro dubitativa, Sarah tampoco hablo, pero sonreía. Dejo la bandeja junto a una de las lámparas de lava y miro a Martha que yacía en la cama apoyada con los codos, a medio erguirse.

- Vaya susto que nos metiste – dijo Sarah

- ¿De qué hablas? – espeto Martha. Trato de sonar amable pero su voz delató que no toleraba bien la compañía de Sarah.

- Te desmayaste – apunto la chica sentándose al borde de la cama

- No... No recuerdo nada – Martha sacudió la cabeza y después, como si súbitamente lo hubiera recordado, se tocó el vientre y miro a Sarah, alarmada. – Recuerdo que sentí que algo se

movía en mi estómago...

- Quizá comiste algo que te cayó pesado – respondió Sarah con voz tranquila.

- No, No, esto fue diferente, era como sí... - Martha alzo la mirada, esperando que Sarah dijera algo más, pero la chica se limitaba a mirarla con deje compasivo. Algo que a Martha por supuesto no le gusto en lo absoluto. *“Pensara que estoy loca”*

- ¿Dónde estamos? – pregunto mientras se descubría las piernas y las apoyaba en el suelo de madera de la habitación. El suelo era viejo y había pequeños huecos entre las maderas, tanto así que podía ver lo que había debajo de ella: Era una cocina.

- Esta casa es de una tía mía – repuso Sarah – Venimos aquí después de que te desmayaras, todos nos asustamos, pero la chica que venía con ustedes...

- Madeleine

- Si, ella. No dejaba de gritar, creo que de verdad se asustó más que nadie, hablaba de que era culpa de la bruja o algo así.

Martha asintió en silencio.

- Veo que estas mejor – dijo Bill. Estaba parado en el umbral de la puerta, debió haberse cambiado de ropa, porque ahora llevaba una playera negra sin mangas y un pantalón blanco con algunas rasgaduras. Martha lo miro y le pareció más apuesto que nunca. Bill había sido jugador de futbol en el pasado y sus músculos grandes y fuertes eran evidencia irrefutable de que en el pasado había sido un atleta de alto rendimiento. El chico miro a Martha y ella le correspondió con una sonrisa torpe, tímida, por un momento se preguntó si él había sentido sus ojos clavados en sus músculos. Martha bajo la mirada al suelo tímidamente. Ella también podía sentir que el chico la miraba y se sentía avergonzada por los harapos con los que estaba vestida, eso sin mencionar que su cabello era un desastre y de que tenía los ojos llenos de lagañas y el rostro sin maquillar.

- Sera mejor que comas – dijo Sarah con su voz de falsete que tanto detestaba Martha. Sarah acerco la bandeja y Martha contesto con un gracias apenas audible.

Martha miro la comida y advirtió lo deliciosa que se veía. Era un corte de carne de ternera, una ración generosa de verduras entre las que había zanahoria, coles, brócoli y algunos granos de elote, además de una pieza de pan blanco.

- ¿Dónde está Madeleine? – pregunto Martha mientras jugueteaba con las verduras.

- Salió a comprar algunas cosas – respondió Bill

- ¿No serán cervezas de nuevo, verdad? – Martha no se había equivocado, la comida le sabía deliciosa lo cual quería decir que estaba muy hambrienta o que Sarah era una cocinera estupenda. Se decantó por creer lo primero.

Bill ríó antes de contestar. Martha advirtió que la miraba y trato de comer con más decencia.

- No, ha ido a la farmacia a buscar algunos medicamentos de venta libre en caso de que vuelvas a sentirte mal.

- Muy amable de su parte – respondió Martha.

- Oh... - dijo de pronto Sarah – Que tonta soy, he olvidado traerte algo de tomar. Te preparare un té que te ayudara a hacer mejor digestión.

- Gracias – contesto Martha mientras se llevaba la mano a la boca tratando de contener un eructo.

Sarah salió de la habitación y a los pocos segundos los dos chicos oyeron que removía algunas cosas en la cocina.

- Me alegra que estés mejor – dijo Bill – Nos diste un buen susto. – El chico entro a la habitación y se sentó en el lugar que hasta hace algunos momentos había ocupado Sarah.

Martha no contesto, estaba terminando su bocado así que solo se limitó a mirarlo y a esbozar

una pequeña sonrisa.

- Sabes, aun no puedo creer que Sarah este viva y que nos esté ayudando.

- Yo tampoco lo entiendo – dijo Martha – se supone que estaba... muerta... - La chica había bajado la voz y miraba a Bill expectante.

- Si, así es – respondió el. Su mirada se había ensombrecido, quizá recordando la imagen del cadáver de Sarah.

- Algo raro está pasando, Bill – dijo Martha apartando la bandeja de su regazo.

- Lo sé – asintió el – Quizá...

- ¿Qué?

- Nada, olvídale – dijo Bill levantándose de la cama

- No, Bill, mírame

- ¿Qué?

- Dime que piensas, por favor. – Dijo Martha y tras una pausa añadió – Ninguna idea, por muy imposible que parezca, puede ser descartada. ¿Ya olvidaste lo que dijo ese hombre?

Bill trago saliva y volvió a sentarse al borde de la cama.

- Esta bien – dijo por fin – ¿Qué tal si todo esto lo hemos imaginado nosotros?

Martha trato unos segundos en asimilar lo que estaba escuchando, miraba al chico esperando que de un momento a otro agregara algo más o que dijera que estaba bromeando, pero no hizo ni lo uno ni lo otro.

- ¿Qué? – Dijo Martha al fin – Bill ¿Lo dices enserio?

Bill se puso de pie nuevamente, se paró de frente al mueble con el televisor y hablo de espaldas a Martha.

- ¿Cómo explicas, entonces, que todo mundo parece haber regresado?

- Bill, yo...

- No, Explícamelo entonces – el chico se giró súbitamente y Martha vio la desesperación en sus ojos, vio un ferviente anhelo de creer en algo que no implicara la muerte de las personas a las que había conocido antes.

- Bill, no debemos... - Martha se detuvo de pronto y volvió a tocarse el vientre con las manos, primero suavemente y después con fuerza como si quisiera evitar que le saltaran las entrañas. La bandeja cayó al suelo y ella se dejó caer en la cama boca arriba. Dio un par de respiraciones tratando de calmarse, pero entonces el dolor llego, no poco a poco, si no súbitamente como un latigazo. Martha soltó un alarido de dolor y comenzó a retorcerse en la cama.

- ¡Bill! ¡Ayúdame! – grito

El chico se puso rápidamente en movimiento y corrió a su lado.

- Tranquila – dijo sujetándola por los hombros para evitar que se fuera a caer de la cama.

Martha sentía que algo enorme y caliente se movía en sus entrañas. Trato de relajarse cuando Bill la sujeto pero el dolor era demasiado intenso, se sacudió con más fuerza y Bill tuvo que usar toda su fuerza para evitar que cayera de la cama.

- ¡Sarah! – Grito Bill - ¡Llama una maldita ambulancia!

Martha se libró unos segundos de los brazos que la sujetaban y arqueo la espalda como una mujer en un parto. El espasmo fue tan intenso y doloroso que le recorrió todo el cuerpo hasta la punta de los pies. Finalmente cedió. El cuerpo fuerte y rígido de la chica se volvió de pronto débil y flácido. Bill se puso en cuclillas y sus rostros quedaron frente a frente. Martha aún tenía una mueca de dolor en el rostro y tenía los ojos tan apretados que apenas eran visibles.

- Aquí estoy – dijo Bill en un susurro. Martha abrió los ojos y sin poder evitarlo más se echó a llorar. Bill se levantó, se sentó en la cama y la estrecho entre sus brazos. Martha puso el rostro

contra su pecho y comenzó a sollozar amargamente. Bill la abrazó con más fuerza y le dio un beso en la cabeza.

Recargada contra la barandilla de la escalera, frente a la puerta abierta de par en par, estaba Sarah Adams, mirando la escena con una expresión de macabro y depravado placer.

2

Madeleine caminaba por la acera, iba tarareando una vieja canción que había escuchado en la radio cuando era una niña. No recordaba el título, pero sí que era una de las favoritas de su padre, que había muerto cuando ella apenas estaba en su más tierna infancia. Llevaba en su mano la bolsa con varios medicamentos de venta libre: analgésicos, aspirinas y antieméticos, además de un par de jeringas. No sabía porque las había comprado pero su madre siempre solía tener jeringas de sobra en el pequeño botiquín de la casa. “*Las inyecciones te curan más rápido, hija*” – solía decirle cuando pequeña. A Madeleine le aterraban las agujas pero curiosamente siempre que su madre solicitaba inyecciones ella mejoraba notablemente.

Ella había tomado del anaquel más por un instinto que por una verdadera necesidad, pues rápidamente se dio cuenta que ninguno de los medicamentos que llevaba necesitaba una jeringa.

Cruzo la avenida con unas cuantas personas que habían estado esperando a que el semáforo cambiara de color. Mientras cruzaban, Madeleine las observo a todas. Todo parecía normal, no había ni una sola cosa que le hiciera sospechar que algo andaba mal. Una mujer que iba junto a ella llevaba dos niños pequeños tomados de las manos y sus regaños eran igual al de cualquier madre, más allá, una pareja de ancianos caminaban tomados de la mano, reían y su andar era lento y cuidadoso como es normal en cualquier anciano, e incluso un perro salchicha paso a escasos centímetros de ella. Madeleine miro incluso el pelaje del perro, la correa que le sujetaba y el olor que despedía. Todo era igual que siempre. Nada fuera de lugar.

Siguió caminando, ya podía ver la casa a la que Sarah les había llevado. Casa que ella les había asegurado pertenecía a una tía suya. Estaba aproximándose a la última intersección cuando avisto a un hombre sentado en el suelo, el hombre llevaba un saco gris rasgado, sus zapatos estaban rotos y los dedos sucios del hombre asomaban al exterior.

Madeleine lo miro y advirtió que a su lado había un violín viejo y polvoriento. El hombre miraba el suelo y solo levantó la mirada cuando Madeleine pasó frente a él. La chica se sacó una moneda y se la tendió al hombre generosamente. El hombre la tomo y volvió a bajar la mirada al suelo como si allí hubiera algo muy interesante que ver.

Madeleine apretó el paso, estaba por iniciar de nuevo el tarareo de la vieja canción cuando el hombre le hablo a sus espaldas.

- ¿Perdone? – dijo Madeleine girando sobre los talones.

- Ten cuidado con Sarah – dijo el hombre sin apartar la vista del suelo.

- ¿Perdón?

- Dije que tengas cuidado con Sarah – dijo nuevamente el hombre. Finalmente alzó la cabeza y miro a Madeleine directo a los ojos. Su rostro estaba limpio y su piel tenía el color de la leche, sus ojos eran dos grandes luceros color azul cielo.

El hombre se levantó, tomo su violín y comenzó a caminar en dirección contraria.

- ¡Espere! – dijo Madeleine acercándose a él.

El sujeto se detuvo un momento pero sin voltearse.

- ¿Cómo sabe de Sarah? ¿Quién es usted? – pregunto

El hombre sonrió. Aún tenía la sonrisa en el rostro cuando se giró. Madeleine advirtió que era un hombre joven y muy alto, un detalle que no había captado en primer momento ya que el sujeto

estaba sentado. Aun así fue extraño, porque mientras estaba esperando la respuesta, el hombre parecía hacerse más grande a cada momento.

- Pronto comenzara la batalla – respondió el hombre.

- ¿Qué batalla? ¿De qué diablos está hablando?

El hombre bajo la mirada y sonrió con la expresión de un maestro que trata de explicar un tema nuevo a su aprendiz.

- No soy el indicado para explicártelo – dijo al fin – Pero tengan cuidado. Lo que está por suceder estaba escrito que ocurriría en algún momento. Mientras tanto ustedes deben mantenerse al margen de todo y rezar a Dios por sobrevivir.

- Amigo, creo que te has vuelto loco – dijo Madeleine

El hombre esbozo una ancha sonrisa y extendió las manos. Una luz blanca salía de las palmas. Madeleine las miro unos segundos, atónita. El resplandor se intensifico y cuando alzo de nuevo la vista, el hombre había desaparecido. El violín yacía en el suelo recargado contra la pared y a su alrededor de nuevo el mundo había retomado su curso. Sacudió la cabeza, aun sintiéndose deslumbrada por el la intensa luz y camino la distancia restante a la casa. A los pocos momentos había olvidado el rostro del hombre, pero las palabras de este se negaban a desaparecer.

Antes de entrar a la casa, atisbo por una ventana que estaba solo parcialmente oculta por una cortina vieja y sucia, al chico, Bill, parecía estar dormido en el sofá de la sala. Madeleine se acercó a la ventana, pisando unas cuantas plantas que crecían en el jardín y miro más de cerca. La habitación estaba silenciosa y en penumbras, pero entonces el rostro de Sarah apareció al otro lado de la ventana, justo frente a ella. Madeleine retrocedió, sobresaltada soltó la bolsa de las medicinas. Se alejó unos paso más, lo suficiente para ver el rostro anormalmente sonriente de Sarah. La sonrisa de la chica era estática y le abarcaba todo el rostro de oreja a oreja y los ojos se movían de un lado a otro como impulsados mecánicamente por algo o alguien. Madeleine recogió a toda prisa la bolsa con los medicamentos y cuando se volvió, vio docenas de personas sonrientes mirándola fijamente desde todos lados.

3

- ¿Sabes dónde estás? – pregunto la voz de Setri.

Brooke abrió lentamente los ojos, la voz del hechicero parecía provenir de muy lejos. Ella se sentía adormilada, con las extremidades fatigadas como si hubiera caminado una enorme distancia. Miro alrededor, su visión era un tanto borrosa y difuminada pero reconocía el lugar en el que estaba: Era una bahía. Una bahía solitaria de arena color ocre rodeada por enormes formaciones rocosas y de un oleaje escaso. Las aguas parecían estáticas por momentos, como si la luna hubiera dejado de ejercer su efecto de marea.

Brooke reconoció la figura del hechicero de espaldas a ella y de frente al inmenso océano. Tenía el torso desnudo y las manos extendidas. Una trenza de enramado imposible le colgaba hasta la cintura. El hechicero se volvió y la miro. Solo entonces Brooke advirtió el terror que le seguía infundiendo, se sobresaltó y trato de levantarse, pero inmediatamente advirtió que sus brazos y piernas estaban sujetos por pesadas cadenas ancladas a las rocas.

El hechicero camino hasta ella y se puso en cuclillas. Echo una última mirada al océano y después, con su pesada y huesuda mano, la abofeteo. El dolor se distribuyó rápidamente por el rostro de Brooke y termino rápidamente con el estado de estupor en el que se encontraba. Aunque el miedo y el dolor eran grandes, levantó el rostro y miro directo a los ojos al hechicero, su rostro de huesos puntiagudos y piel pálida nunca le había parecido más espantosos. Era como mirar una

máscara mal confeccionada hecha de pieles de gente muerta.

- Te hice una pregunta – repitió Setri abofeteándola de nuevo.

Este segundo golpe fue más intenso que el primero y Brooke sintió el sabor de la sangre en la boca.

- No – respondió ella tensando los brazos contra las cadenas. El cabello le colgaba por el rostro picándole los ojos, pero estaba decidida a no bajar la mirada. A no dejarse intimidar.

El hechicero sonrió y se levantó.

- Estás frente al Mar de las ánimas. Este es un sitio muy especial, sabes. En este lugar yacen miles de almas encadenadas en el lecho marino, sus lágrimas mantienen vivo este lugar, su dolor engendra criaturas acuáticas tan horribles que ni siquiera los hombres, con su limitada capacidad de imaginación, podrían idear...

Brooke no respondió, estaba aún aturdida por los golpes, pero la razón principal era que tenía tanto miedo del hechicero y sus palabras que temía abrir la boca y escuchar su propia voz temblorosa.

- ... Criaturas como tú y Dean tampoco comprenden la importancia de esta batalla. Criaturas como ustedes se conforman con las migajas que al padre celestial se le caen de la mesa. ¿Acaso no es tan poderoso como para barrer con toda la maldad que durante años ha carcomido este mundo? ¿Acaso no es verdad que goza con el dolor de los hombres? Respóndeme Brooke ¿Nunca antes te has hecho estas preguntas?...

Setri se alejó, dándole la espalda a Brooke y clavando sus ojos en la inmensidad del mar de las ánimas.

- ... Nunca nadie ha podido hacerle frente, ni siquiera Satán y su legión de demonios. Incluso ellos están sujetos a sus caprichos y deseos. Incluso ellos temen la ira de Dios. ¿Acaso un ser que es temido y que exige ser adorado, merece estar al mando de una creación tan bella como está? En mi opinión eso es una actitud egoísta y abominable. ¿Acaso una criatura que permite que miles de niños, hombres y mujeres sufran guerras, hambre, enfermedades incurables y demás catástrofes merece nuestro respeto y adoración? Mi respuesta es no. ¿Y sabes porque? Porque el teme que un día dejen de adorarlo, teme el crecimiento de la raza humana y teme que los hombres sean un día capaces de conocer otros mundos gobernados por deidades más sabias y benevolentes, deidades que lo harían ver tan malo como al mismo diablo. Contéstame Brooke ¿Es eso propio de un dios? ¿Es propio siquiera de un gobernante justo?

El hechicero regresó a lado de Brooke, acercando su rostro al de ella, tanto que Brooke pudo oler el aroma que se desprendía de las fauces de Setri. Era un olor al mismo tiempo dulce y desagradable, como un incienso de gran intensidad que provoca dolor y escozor y parece ascender hasta el cerebro.

Brooke no respondió. Se limitó nuevamente a ver a los ojos del hechicero. Tenía una expresión furiosa que a Setri le pareció divertida. Volvió a abofetearla, esta vez fue con tal fuerza que ella hubiera caído de espaldas de no haber sido por las cadenas que la sujetaban.

- Ya no pienso ofrecerte de nuevo que te unas a la causa. La reina y yo hemos hablado acerca de las actitudes estúpidas e infantiles tuyas y de tu hermano. Una criatura como tú no tiene ninguna utilidad ni en este, ni en otro lugar, así que voy a gozar verte morir lentamente. ¿Ves eso? – dijo Setri señalando un lugar en el horizonte.

Brooke se incorporó todo cuanto le permitían sus cadenas y miró el punto que Setri le señalaba.

- Cuando el Mar empiece a agitarse, las olas aparecerán. Serán cada vez más grandes a medida que las almas en el lecho aumenten su dolor y agonía. Morirás cuando las olas alcancen

este punto o antes si alguna criatura marina sale a alimentarse.

Setri se puso de pie.

- Ojala pudieras usar tus habilidades de salvación para salvarte a ti misma, tal y como hacías con los humanos.

El hechicero se adentró en las aguas y su figura fue desvaneciéndose hasta desaparecer tragado por el mar de las ánimas.

Brooke se echó a llorar, presa del miedo y de la impotencia ante lo que estaba por sucederle.

4

Martha abrió lentamente los ojos. Sentía una presión en el pecho que le impedía respirar con normalidad, aunado a ello, una sensación aplastante invisible presionaba con fuerza su cuerpo contra la cama. Ya no sentía dolor, pero aquello era casi igual de horrible. Lo último que recordaba era a Bill sosteniéndola entre sus brazos ¿Le había besado la cabeza, mientras ella lloraba y se lamentaba? Le pareció que así había sido o que en todo caso había sido un sueño muy bello.

La casa estaba extrañamente silenciosa, no había rastro de las risas y ocurrencias de Madeleine, ni de la voz de Bill, que tan reconfortante le resultaba. Trató de incorporarse, pero la fuerza invisible que se lo impedía parecía no ceder ni un segundo su aplastante presión. Trató de gritar y tampoco pudo, a duras penas brotó de su garganta un leve quejido. Escucho pequeñas pisadas en la habitación, en el suelo de madera. De pronto el rostro canino de Candy apareció a poca distancia de ella. Martha se sobresaltó un poco, pero el perro la miraba con expresión tranquila como si nada fuera de lo normal estuviera ocurriendo. El perro estaba parado a dos patas y agitaba la cola en señal amistosa. Llevaba algo en el hocico. Martha miro con detenimiento y pudo ver lo que era: un trozo de carne.

Candy continuó su recorrido en la habitación, totalmente ajeno a la situación por la que Martha atravesaba, cuando de pronto Sarah apareció en el umbral de la puerta. Llevaba algo entre sus brazos, o mejor dicho a alguien. Martha no podía levantar la cabeza de la almohada para mirar con mayor detalle, pero pudo distinguir a Sarah cargando una cobija con algo dentro. Le pareció incluso escuchar que Sarah tarareaba una vieja canción de cuna.

- Espero que te sientas mejor – dijo Sarah. Martha no podía verla pero sentía cerca su presencia
- ¿Dónde están los demás? – Martha sabía que algo andaba mal, no era normal no escuchar a Bill y a Madeleine.
- Ellos volverán pronto – respondió Sarah. – Mientras tanto quiero que veas lo que tengo en mis manos
- ¿Qué es? – la presión que sentía en el pecho había disminuido y esta vez fue capaz de incorporarse en la cama sobre los codos. Al incorporarse vio a Sarah al pie de la cama. La cosa que sostenía entre las cobijas se removió un poco. Sarah bajo la mirada a la cosa que acunaba en sus brazos y miro a Martha nuevamente. Sonrió.

Martha grito cuando vio los dientes de Sarah teñidos de color rojo.

- Es una abominación ¿sabes? Tiene la piel escamosa como la de un lagarto y alas como de murciélago. No tiene ojos, ni labios. Pero tiene cola como las bestias. Creo que Rob no hizo bien su trabajo. – La sonrisa de sangre de Sarah se ensancho - Una cosa como

esta no debería haber existido jamás. Mira por ti misma...

Sarah dejó caer las cobijas al suelo y entre sus brazos Martha vio agitarse a una criatura parecida a un renacuajo. La cosa tenía cola como Sarah había dicho y estaba cubierto por una sustancia grasosa, viscosa, brillante y de un olor nauseabundo.

- Sabes, no creo que sobreviva – dijo Sarah. – Tendré que matarlo, es una pena porque este hijo tuyo hubiera podido ser la salvación del reino. – Entonces, dicho esto. las fauces de Sarah se abrieron como las de un felino de gran tamaño y mordió a la criatura. Martha grito de terror mientras escuchaba con escalofriante claridad como los dientes de Sarah se encajaban en el gelatinoso y viscoso cuerpo de la criatura. El sonido era como el de agua hirviendo, como el de las burbujas agitándose...
- ¡Nena, despierta! – Martha abrió los ojos sobresaltada. Busco con la mirada a Sarah y a la criatura repulsiva que llevaba cargando pero solo vio el rostro asustado y alarmado de Madeleine.
- Cielo santo, nena. Creí que estabas muerta...
- ¿Pero qué...? – Martha estaba aún débil y su voz le sonaba ajena y lejana.
- No hay tiempo para explicaciones – dijo Madeleine ayudándola a ponerse en pie – Debemos irnos de aquí cuanto antes.
- ¿Dónde está Bill?
- He intentado despertarlo pero... - Madeleine se detuvo y bajo la mirada como si temiera decirlo. Estaba ayudando a Martha a calzarse los zapatos.
- ¿Pero qué? – Martha se sentía de pronto más despierta, algo en la expresión de su amiga le decía que algo terrible había ocurrido. Quizá todavía estuviera ocurriendo.
- Creo que está muerto, nena.

Las palabras golpearon a Martha con fuerza, miró fijamente a Madeleine esperando que dijera algo más, pero la chica se limitó a devolverle la mirada y a terminar de calzarse los zapatos. Eran unos zapatos toscos y sucios pero eran mejor que nada.

- Debemos irnos ya nena ¿Puedes caminar?
- ¿Dónde está Sarah? - ¿pregunto Martha con ojos llorosos. Una lágrima le nublaba la vista, se limpió con la mano y trato de ponerse de pie. Sentía las piernas débiles y entumecidas pero fue capaz de lograrlo.
- Afuera – respondió Madeleine – La muy perra no es lo que aparenta... Nada en este puto lugar lo es.
- ¿Y Bill dónde está? Martha estaba ya de pie. Aún sentía algo de dolor en el vientre pero había mejorado lo suficiente para permitirle andar y pensar.
- ¿Escuchaste lo que te dije, nena? Esta muerto o al menos lo parece. Esta abajo en el sofá, creo que esa perra de Sarah lo mordió o algo así, tiene una marca profunda en el pecho. Me pareció que no respiraba y cuando le tome el pulso este era más débil que el tic tac de un reloj barato de pulsera.
- Vamos – dijo Martha.

Cuando las chicas bajaron a la sala vieron a Bill acostado en el sofá. Para su sorpresa tenía los ojos abiertos.

- ¡Cielos, Bill! Creí que estabas muerto – dijo Madeleine al verlo.
- ¿Estás bien? – pregunto Martha acercándose a él.
- No es Sarah... - dijo Bill. Tenía la mirada clavada en el techo. Sus ojos denotaban un

profundo miedo y una confusión desmedida. No se volvió a mirar las chicas pero Martha estaba feliz de que siguiera con vida. Al acercarse a él vio la marca de la que había hablado Madeleine. Era la marca de unos dientes, pero por suerte parecía no ser tan profunda y la coloración no era tan escandalosa como había imaginado.

- Claro que no lo es, nene. Debemos salir de aquí cuanto antes. – Madeleine miraba nerviosa hacia la ventana. Martha estaba de cuclillas, le tomó la mano a Bill y vio que esté por fin despegaba la mirada del techo y se volvía a mirarla. Ella sonrió y el chico le correspondió. Bill desvió unos segundos la mirada hacia la ventana y de pronto parecía asustado de nuevo.

Madeleine profirió una maldición y Martha finalmente volvió la cabeza sobre los hombros para ver lo que tanto inquietaba a sus amigos. Tras la ventana y ocultos solo parcialmente por las cortinas claras había al menos una docena de siluetas humanas. Arriba Candy aullaba temeroso.

5

El mar de las ánimas estaba embravecido. Sus aguas se agitaban violentamente, creando olas cada vez más grandes y avivando a las criaturas marinas que lo poblaban. Brooke yacía empapada en las arenas, muy cerca de la orilla. El cabello se le pegaba al rostro de tal manera que reducía considerablemente su campo de visión. El cielo estaba teñido de diferentes tonalidades naranjas y rojizas y en el cielo la luna parecía mirarla, como burlándose de su sufrimiento aprovechándose de su privilegiada posición en el cielo. Las cadenas que la sujetaban estaban fuertemente adheridas a las rocas y Brooke estaba cansada de forcejear. El mar seguía haciendo crecer su furia y lanzó contra ella una ola enorme. Brooke la vio venir, respiró hondo y aguantó la respiración mientras el agua golpeaba con fuerza su delgado cuerpo. La fuerza de la ola, fue tal, que de no haber sido por las cadenas la habría arrastrado mar adentro. Una vez que el agua se hubo alejado, Brooke levantó la vista al cielo y gritó con toda la fuerza de la que fue capaz:

- ¡Ayúdame!
- ¡Sálvame!

Un par de horas después el cielo se había teñido de azul y pronto la luz del sol se extinguiría definitivamente. Era el momento del que le había hablado Setri. Las criaturas marinas saldrían a alimentarse una vez que la noche llegara. Brooke temblaba tanto por el frío, como por el miedo que le infundía la posibilidad de tener que quedarse a orillas del mar de las ánimas durante la noche. Cerró los ojos y trató de serenarse; una ráfaga de viento especialmente intensa llevó hasta ella un olor tropical muy agradable y fresco. En ese momento pudo escuchar como una criatura comenzaba a arrastrarse fuera del agua, podía escuchar el chapoteo, el aleteo de alguna cosa desagradable y sobre todo la vibración de

algo muy grande bajo sus pies. Pero no se atrevía a abrir los ojos. Si debía morir devorada por algún monstruo, prefería no tener que ver a la criatura a los ojos, prefería no sentir la impotencia de verlo acercarse a ella y no poder escapar. La criatura emitió un rugido apagado y después una respiración que sonaba como a succión. Brooke temblaba, sentía la proximidad de la criatura, sentía como se deslizaba y acortaba la distancia y pese a que se había prometido no abrir los ojos, al final no pudo contenerse. Abrió los ojos y entonces comprendió que de nada había servido tenerlos cerrados puesto que no representaba una diferencia ya que la criatura frente a ella carecía de ojos. Era una criatura alargada y al mismo tiempo obesa como una morsa gigantesca. Su piel parecía una especie de blindaje color gris. Tenía un par de orificios en el lugar donde pudieran haber estado los ojos. Estos se abrían y cerraban según las necesidades ventilatorias de la criatura. Brooke la vio desplazarse usando varias extremidades parecidas a tentáculos retorcidos. No podía verla pero estaba segura de que la cosa podía olerla, escucharla, sentirla. La criatura comenzó a acercarse, abriendo y cerrando los orificios ventilatorios cada vez más aprisa. Los tentáculos terminaban en algo parecido a una garra e iban cavando agujeros en la arena a medida que avanzaban. Brooke cerró los ojos nuevamente, resignada totalmente a sufrir una muerte horrible. Por un momento deseo que Dios hubiera hecho inmortales a las criaturas de la noche, como lo había hecho con sus ángeles e incluso con los demonios del inframundo.

Había olvidado como se rezaba, pero estaba dispuesta a intentarlo de todos modos. Un tentáculo le rozo en la pierna, el contacto de aquella criatura fue doloroso y repulsivo al mismo tiempo. Brooke apartó la pierna tanto como pudo pero entonces dos tentáculos más apresaron sus piernas; intento patear para liberarse pero fue inútil. Los tentáculos la aferraban con fuerza, como tenazas. Aún con el miedo que sentía estaba decidida a no abrir los ojos. De pronto, algo más inesperado aún, sucedió. Sintió como alguien posaba una mano sobre sus hombros. Comparado con el contacto asqueroso de los tentáculos aquello era muy reconfortante.

- Levántate – dijo una voz masculina a sus espaldas. Brooke abrió los ojos y vio sus piernas aún aferradas a los tentáculos de la criatura, pero la cosa salida del mar de las ánimas estaba inmóvil, muerta. Brooke se apresuró a liberar sus piernas y trato de incorporarse. Pudo hacerlo, ya no había cadenas que la sujetaran. Una vez puesta en pie giro en redondo y vio a un hombre de suaves facciones, casco y espada brillante frente a ella. El hombre estaba rodeado por una luz blanca que por alguna razón resultaba tranquilizadora.

- Sígueme – dijo el hombre – La batalla ha iniciado. Dios ha decidido salvar no solo a los humanos, sino también a ustedes.

EN EL REINO: LA SEGUNDA BATALLA

1

La multitud estaba congregada frente a la enorme torre. El balcón más próximo al suelo se hallaba a unos diez metros sobre las cabezas de cientos de habitantes en el reino de las criaturas de la noche. Algunos eran feos, de rostros deformes y jorobas prominentes, pero la mayoría tenía un aspecto humano casi perfecto. De hecho, por la salvedad de las enormes alas que llevaban a sus espaldas la mayoría podrían pasar por humanos, tal y como lo habían hecho Rob, Dean y Brooke durante años. El pueblo estaba reunido y el murmullo de sus voces podía escucharse a varios kilómetros a la redonda. Esperaban ansiosos la salida de la reina al balcón, pues no solo presentarían a los nuevos miembros de la guardia real, sino que por fin habría novedades acerca del futuro del reino y claro, hablarían de la batalla que estaba por venir.

Los machos iban vestidos con pesadas e intrincadas armaduras con el espacio suficiente para desplegar sus alas. Las hembras, por su parte, llevaban largos vestidos de colores oscuros, complicados peinados y enormes zapatillas completaban la vestimenta de la mayoría.

- Al fin sabremos cómo murió Quantum – decían algunos – Como pudo dejar el reino en manos

de alguien como Stacy, que no es más que una hechicera, una adivinadora... - alegaban otros. – Seguro que lo mató, deberíamos derrocarla – decían los más osados, aunque probablemente temían a la reina igual que los demás.

Finalmente transcurridos algunos minutos un miembro de la guardia real asomo por el balcón e hizo sonar un instrumento parecido al corno francés. Las voces del reino entero se acallaron y algunos cuervos (únicos animales permitidos en el reino de las criaturas) graznaron alejándose hacia lugares más tranquilos. Stacy salió finalmente entre aplausos y ovaciones de algunos y murmullos y miradas llenas de reproche por parte de otros. La reina lucía un sencillo vestido negro, tan largo que ocultaba sus pies y se arrastraba tras ella. Llevaba además una capa color violeta y el cabello suelto como era su costumbre.

- Callar, para que la reina pueda hablar – grito Paul (el antiguo primer oficial de Quantum) desde lo alto.

Poco a poco las voces fueron acallándose hasta terminar en un silencio sepulcral. Stacy se acercó todo cuanto pudo, recargando su cuerpo contra los pesados barandales del balcón bajo.

- ¡Reino de las Criaturas de la Noche, prestar atención a mis palabras! – dijo Stacy con voz potente. – La hora de ganarnos un lugar en el universo ha llegado. Una nueva era se avecina y debemos estar preparados. Sé que muchos se preguntaran que ha pasado con nuestro antiguo regente y solo quiero decirles que vengaremos su muerte. El dios cruel que nos ha desterrado aquí... el dios al que los humanos rezan todas las noches se ha llevado la vida de Quantum El Grande. – los murmullos volvieron a acrecentarse en la multitud, Paul tuvo que volver a repetir que guardaran silencio. Cuando las voces cesaron Stacy continuó. – Pero no tengan miedo, esta vez no estaremos solos. Tenemos un aliado muy poderoso a nuestro lado. Satán y sus oficiales presentaran batalla. Ellos como nosotros ansían justicia y sueñan con hacerse de un lugar propio para ser adorados. El Príncipe Setri, fiel servidor de nuestro amado reino se ha comunicado conmigo y me ha dicho que las criaturas el cielo ya están en la Tierra intentando salvaguardar a los sobrevivientes, intentando frustrar de nuevo nuestras aspiraciones con su pleitesía estúpida hacia Dios. ¡No lo permitiremos más! – la voz de Stacy era potente y sonaba tan alto como el instrumento que había anunciado su llegada momentos antes.

- ¡Que viva la reina! – grito alguien en la multitud. Algunos más lo siguieron y el grito de batalla se hizo más fuerte. - ¡Que viva la reina! ¡Que viva la reina!

- ¡Viva el reino de las criaturas de la noche! – grito otro grupo en la multitud; los demás se unieron pronto. Todos, hombres y mujeres elevaban el puño y repetían sin cesar ¡Viva el reino! ¡Viva el reino!

Stacy miraba complacida desde la seguridad del bajo balcón. Convencida y segura de que esta vez Dios no podría aplastar una rebelión tan fuerte como la que se estaba gestando.

- ¿Qué haremos ahora mi señora? – pregunto uno de los guardias a su lado.

- Iremos arriba a presentar batalla – respondió Stacy mirando al guardia con una sonrisa que solía reservar para Setri.

La multitud seguía aclamando cuando de pronto una bandada de cuervos oscureció la luz de la luna. Stacy no les prestó atención al principio, pero rápidamente se dio cuenta que algo andaba mal; para empezar las aves nos solían ir en grupos tan numerosos como el que surcaba los cielos. Los cuervos nunca habían atacado a los habitantes del reino de las criaturas. Siempre habían sido dóciles y hasta serviciales, pero esta vez la enorme bandada de cuervos comenzó a descender del cielo como kamikazes suicidas. Pronto alcanzaron las cabezas desprotegidas de las hembras y las ovaciones y gritos de alegría fueron rápidamente reemplazados por gritos de terror y desesperación. Algunas criaturas lograron desplegar las alas y lograron matar a docenas de

cuervos, pero era como intentar apagar un incendio con un vaso de agua. La bandada era inmensa, de miles de animales furiosos picoteando y mordiendo a los habitantes del reino. Un enorme cuervo voló directo al rostro de Stacy, la reina lo sujeto en el aire y estrangulo al animal usando solo la fuerza de la mano. Los guardias reales desplegaron las alas y con un enorme lanzallamas empezaron a menguar la fuerza de las aves. Los cuervos comenzaron a huir en desbandada mientras sus cuerpos yacían envueltos en llamas, miles de graznidos retumbaron en lo largo y ancho del reino. Stacy quedo complacida al ver que los cuervos huían, lo que no vio, sino hasta que era demasiado tarde era que tal acción no se debía al contraataque en sí, sino a que las aves estaban abriendo espacio para algo que estaba surgiendo de los cielos. De pronto una luz blanca tan brillante que resultaba cegadora cayó sobre las oscuras tierras del reino de las criaturas. El efecto fue total en la mayoría de los habitantes, pero Stacy pudo ver en todo momento lo que sucedía. Retrocedió, sintiéndose asustada por primera vez en mucho tiempo. Las criaturas del cielo estaban descendiendo. Eran cientos de ángeles de armaduras doradas y espadas brillantes.

Stacy entro a la habitación y cerró las pesadas puertas del bajo balcón tras de sí. Afuera la batalla comenzó. Las criaturas no estaban preparadas para algo así y muchas trataron de huir, algunas lo consiguieron, pero la mayoría era alcanzada por las afiladas espadas de los ángeles. Una explosión sacudió los cimientos de la torre, arrojando el cadáver de Rob frágil y de huesos quebradizos al suelo. Se hizo añicos.

El cielo resplandecía con destellos amarillos, blancos y anaranjados. Stacy estaba de pie en el centro de la habitación, había ansiado tanto esta batalla pero no tenía previsto que ocurriera así. Las criaturas del cielo la atraparían y la matarían. Eran demasiados como para que ella sola pudiera hacerles frente y no albergaba ninguna esperanza de que las criaturas de la noche pudieran vencer.

Una segunda explosión hizo estallar uno de los muros, este voló hacia adentro y se estrelló directamente sobre la mesa donde estaba la bola de cristal. Stacy reacciono muy tarde y la bola quedo aplastada bajo toneladas de piedra caliza. La furia se encendió en los ojos de la bruja al contemplar su preciada posesión totalmente destruida. El muro que había sido derrumbado le permitía ver ahora lo que sucedía en el exterior. Las cabezas de las criaturas volaban de aquí para allá, los alaridos de dolor se unían a la sinfonía de las explosiones y sobre todo el desastre se alzaban los ángeles del cielo, victoriosos, con sus cascos y armaduras resplandecientes como el sol de la mañana. Stacy había ansiado tanto la batalla que se había confiado demasiado al pensar que esta vez nadie saldría en defensa de la Tierra y sus habitantes. Deseaba más que nada haber estado preparada, quizá si hubieran ascendido tan solo unas horas antes a la Tierra hubiera tenido la oportunidad de alzarse con la victoria en esta primera batalla que marcaba el inicio de la guerra que había esperado durante siglos. Por primera vez en mucho tiempo la bruja, la reina, sentía miedo de verdad. Miraba atónita la bola de cristal hecha añicos bajo los escombros, sabiendo que eso marcaba el final del hechizo que había lanzado sobre las tierras del dios que tanto aborrecía. Aquello significaba que los humanos pronto idearían una rebelión o al menos conseguirían sobrevivir, esto último fue lo que más la hacía enfurecer, la hacía sentirse derrotada y vacía. Pensó en último momento que quizá ella también había aprendido algo de los humanos en todos los años que estuvo cerca de ellos, susurrando en los subconscientes de los grandes tiranos de la historia, sembrando ideas peligrosas en los grandes predicadores y gobernantes, tentando a los religiosos a abandonar cualquier mandato de paz y santidad.

Una nueva explosión la hizo reaccionar, arrojándola violentamente de nuevo a la realidad, una sensación tan intensa y horripilante que casi pudo sentir lo que los millones de humanos en la Tierra habían sentido al perder a sus seres queridos. Por un momento incluso parecía que sería

capaz de derramar una lágrima.

La nueva detonación provenía de la base misma de la torre y todo a su alrededor parecía estar derrumbándose, los muros restantes se balanceaban de un lado a otro como indecisos entre la posibilidad de caer y la de mantenerse en pie.

- ¡Deprisa, mi señora! – grito Paul desde los pasillos. Stacy lo miro unos segundos sin poder hablar. Seguía sin poder asimilar lo que estaba ocurriendo...

- ¡Salga, la ayudare a escapar! – dijo Paul mientras de su frente corría un rastro de sangre que partía su rostro por la mitad. Estaba sucio y su voz tenía un deje de miedo.

Stacy finalmente se puso en marcha cuando escucho un aleteo lo bastante cerca de ella como para sentir el viento en la nuca, avanzo, primero lentamente y después, una vez en el pasillo, echó a correr tras Paul hacia los enormes sótanos de la torre. En el camino fueron avistados por un par de los hombres bajados del cielo

- Siga por allí – dijo Paul quién se había quedado atrás para hacer frente a los hombres que les seguían. Stacy escucho solo unos segundos después los gritos de Paul y después todo fue silencio. Tan rápido como había empezado, todo cesó. No se escuchaban más voces, ni más explosiones. Nada. Stacy estaba agazapada, oculta por una hilera de enormes cajas de dudoso contenido. Se miró las manos y vio que temblaban, se maldijo por eso. Detestaba parecer más humana a cada minuto, pero más que parecer detestaba sentir. Las señales de aquella transformación hacían tiempo que habían comenzado, pero ella, en su afán de poder, en sus sueños de inmortalidad, nunca se había dado cuenta. Todo había empezado quizá desde el momento mismo en que comenzó a disfrutar de su sexualidad como cualquier mujer.

Afuera todo era silencio, pero dentro de su cabeza había miles de voces que no podían acallar, miles de preguntas que no podían ser contestadas. Ahora todo su cuerpo temblaba, tenía frio y lo peor de todo ¡Tenía miedo! Se llevó las manos a la cabeza y grito tan fuerte como pudo, era un grito cargado de odio, de dolor y de ira. Por un momento no le importo ser escuchada, ser capturada, casi ansiaba que eso sucediera. Al menos así podría tener paz y podría descansar de las responsabilidades de liderar una batalla que ahora le parecía imposible de ganar.

Después de gritar se sintió mejor, los temblores estaban desapareciendo y volvía a sentirse confiada. Se levantó deseando con todas sus fuerzas que aquel episodio de debilidad no volviera a repetirse. Era una estupidez, ella era una criatura poderosa y dotada de poderes que harían temblar a los mismos demonios y no podía acobardarse ni temer. Ascendió y contemplo los restos de un reino destruido, había fuego por doquier y cadáveres desperdigados en todos los rincones de las tierras del reino, la mayoría estaban incompletos, sin cabeza, sin brazos, sin piernas, sin alas... Stacy vio el cadáver de Paul ensartado con una lanza dorada y puntiaguda justo en la cabeza. Camino entre los muertos, sin sentir la menor pena por el pueblo que la había llamado su reina, por el pueblo que segundos antes la había aclamado con fervor y alegría.

- No los necesito – susurro para sí misma... - No los necesito... No los necesito...

Miro hacia arriba y vio a las criaturas el cielo congregadas en lo alto, formaban un circulo justo donde antes había estado la cima de la gran torre del reino de las criaturas de la noche. Los observadores no se movían, se limitaban a mirarla. Stacy sintió deseos de matarlos a todos, pero sabía que precipitarse sería el equivalente a una muerte temprana, estúpida y sin propósito. Tuvo que alejarse, como un caminante solitario. No servía de nada ocultarse, después de todo tanto ellos como ella misma, sabían a donde debía dirigirse ahora.

La ciudad que antes les había parecido esplendorosa y llena de vida, era en realidad un pequeño pueblo deshabitado y con cientos de autos abandonados en los garajes, en el lugar hasta las mascotas estaban muertas y el aire se mezclaba con el hedor de los miles de cadáveres en descomposición. Bill despertó cuando Candy comenzó a gemir y lamerle el rostro. Miro alrededor y vio a las chicas aun dormidas sobre la dura madera del porche donde se encontraban. La casa era vieja y apestaba casi tanto a humedad como a podredumbre. Bill se puso en pie de un salto, miro a Madeleine y después a Martha. Parecían unas chiquillas que durmieran plácidamente. Bill se preguntó si quizá solo él había tenido esa pesadilla. Recordó el rostro sin vida y sin ojos de Sarah y sintió escalofríos. Vio al otro lado de la calle y allí estaba el auto con el que habían salido de la casa del viejo Tom. ¿También habría sido un sueño? Se preguntó Bill. A estas alturas le parecía que cualquier cosa que viera podría perfectamente ser un producto de su imaginación. – Quizá enloquecí después de la entrevista con Christopher Simmons y mamá y papá me recluyeron en un hospital psiquiátrico... Quizá es allí donde estoy realmente y todo esto es un sueño... También ellas deben ser una alucinación – se dijo mirando a las chicas. Martha se incorporó aun parcialmente adormilada y Bill pensó qué si Martha era una alucinación, era sin duda la alucinación más bella que su mente sería capaz de inventar.

- ¿Dónde estamos? – pregunto la chica

- No tengo idea – Bill estaba en cuclillas acariciando a Candy.

- Lo último que recuerdo es que... - Martha se detuvo y su expresión tranquila se desvaneció.

Abrió los ojos como platos y miro a Bill con gesto preocupado y temeroso.

- ¿Qué? ¿Qué recuerdas?

- Que estábamos en casa de Sarah – respondió Martha. La respuesta cayó como un balde de agua helada sobre Bill. La idea de estar loco le pareció de repente mejor que la realidad que estaba viviendo.

- ¿A dónde se fue esa perra? – dijo la voz de Madeleine a sus espaldas. – Oh, lo siento Bill – añadió cuando ambos chicos se volvieron a mirarla – Es solo que tú también cambiarías de opinión si hubieras visto lo que yo vi en Sarah.

- Descuida – respondió Bill. Martha esbozo una sonrisa

- Creo que todo fue un sueño – dijo Madeleine.

- Imposible – respondió Martha. No quería preocupar a sus amigos pero el dolor que había sentido en el vientre estaba comenzando a molestarla de nuevo. Aquello era prueba irrefutable de que lo que habían visto y vivido no era una alucinación.

- Ese maldito olor es insoportable – Madeleine se cubrió la nariz con la blusa que llevaba puesta, dejando al descubierto una abdomen blanco y terso pero lleno de cicatrices. Martha y Bill la miraron consternados pero ninguno se atrevió a hacer ninguna pregunta.

- Estoy de acuerdo contigo – Bill se puso en pie y miro a derecha e izquierda y de nuevo a sus amigas. – Tenemos que ponernos en marcha de inmediato y averiguar cuanto antes en donde estamos, solo recuerdo que...

- Íbamos a Los Ángeles – respondió Martha. Se acercó a Bill y le puso una mano en el hombro.

- Pues andando – Madeleine bajo el porche y las escaleras de madera crujieron bajo su peso.

El auto estaba a poca distancia, tenía incluso las llaves puestas.

- Es mi turno de conducir – dijo Madeleine. Bill le devolvió una sonrisa.

- Vamos Candy – Martha la llamo y el perro salto al asiento trasero con ella.

Una vez en carretera el desolado panorama fue sustituido rápidamente por visiones aún más angustiantes y terroríficas. Los pueblos vecinos por los que transitaban parecían haber sido arrasados por un huracán especialmente violento, los cadáveres ya no eran simples cascarones vacíos, sino que ahora estaban terriblemente hinchados y a la mayoría les faltaba más de una parte del cuerpo. Martha sintió que su estómago se le revolvió causándole espasmos aún más dolorosos en el vientre.

Transcurridos algunos kilómetros vieron el letrero que anunciaba la cercanía de la ciudad californiana de Los Ángeles, éste estaba roído como si alguna criatura lo hubiera estado mordisqueando, incluso parecía cubierto de una sustancia viscosa y desagradable que goteaba del letrero como la baba de un animal. El sol se reflejaba en aquella cosa dándole un aspecto todavía más desagradable.

- Creo que no hay ningún sobreviviente – dijo Martha desde el asiento trasero – Ese hombre estaba equivocado, además de loco.

- No lo creo, nena, mira allá y dime lo que ves – Madeleine señaló un auto aparcado algunos metros más adelante. Martha miró y vio a una pareja que les hacía señas para que se detuvieran, en sus rostros vio reflejado el mismo miedo que ella sentía.

3

- ¿Cómo pudo pasar esto?

- Sencillo. Nos hemos confiado demasiado.

Stacy estaba sentada a la orilla de un peñasco con las piernas balanceándose en el vacío. Setri estaba de pie junto a ella, ambos miraban el horizonte, donde una mezcla de tonos grises y anaranjados ofrecían un espectáculo nunca antes visto sobre la Tierra.

- Si las legiones deciden no participar en la batalla lamento decir que nuestras probabilidades de éxito son escasas

- ¡Eso no sucederá! – replicó Stacy poniéndose en pie de un brinco. El eco de su voz resonó en la lejanía.

- Eso no podemos saberlo, debemos convocarlos cuanto antes. Debemos traer hasta aquí toda la caballería de los infiernos.

El rostro de Stacy, más humano que nunca, denotaba una preocupación que alarmaba al propio Príncipe Setri.

- Además está el hecho de que los humanos sobrevivientes pronto comenzaran a reagruparse.

- Eso ya lo sé – respondió Stacy tajantemente. – Todo el maldito plan se está yendo al carajo.

- Si, pero aún podemos ganar si Satán pone a su ejército de nuestro lado.

- No hubiera tenido que suceder así, pero las criaturas del cielo nos sorprendieron con la guardia baja y nos han vencido rotundamente en la primera batalla.

- Si a eso se le puede llamar batalla – replicó Setri sin apartar la vista del horizonte que ahora parecía iluminado por miles de juegos artificiales. En la lejanía se alzaban enormes columnas de humo negro y masas de enormes gusanos se alimentaban de los pocos animales que aún quedaban.

Un par de enormes esqueletos humanos arrancaban los arboles como si fueran velas en un pastel de cumpleaños.

- Convoquémoslos entonces – dijo Stacy finalmente. – Esto no durara mucho más...

- Así se hará mi reina – Setri hizo una reverencia, estrecho la mano de la bruja entre las suyas y la beso justo en el dorso.

- Levántate, ya habrá tiempo para eso y cuando llegue, ocuparas tu lugar junto a mí en el gran trono.

Setri se mantuvo con la rodilla hincada, levantó la mirada. El rostro de Stacy era tan maligno como hermoso. Casi deseaba no tener que descubrir la verdadera forma que se ocultaba tras aquella hermosa mujer.

- Antes respóndeme algo – dijo Setri poniéndose de pie.

- ¿Qué cosa? – en los ojos de Stacy se reflejaba un estanque hermoso y brillante de muchos colores. Resultaba casi imposible para el hechicero apartar la mirada de aquellos ojos de naturaleza hipnótica.

- Ese al que los humanos llaman Dios, al que llaman el creador del universo ¿También te creo a ti?

Stacy lo miro fijamente unos instantes, inmóvil, con el rostro blanco y los ojos brillantes e inexpresivos.

- Ese del que hablas tú, Setri príncipe de los infiernos, se ha encargado de relegarme de un mando tan alto como el del hombre que está a su derecha en el cielo. No puedo decírtelo ni siquiera a ti, el hombre que se ha encargado de satisfacer mis necesidades humanas y al que espero convertir en mi rey muy pronto, pero te daré una única pista para que saques tus propias conclusiones. Ese al que los hombres llaman Jesucristo es el hijo bueno del gran Dios de los cielos y yo, podría decirse que soy la hija mala.

ANGELES Y DEMONIOS

1

El día había llegado, alrededor de la Tierra miles de sobrevivientes se habían reagrupado formando pequeñas comunidades, miles de hombres, mujeres y niños se esforzaban por reconstruir sus vidas o lo que quedaba de ellas. Las abominables criaturas rastreras en forma de gusano habían desaparecido hacía solo algunos días. Aquellos hombres que escribirían la historia a partir de ahora contarían a las futuras generaciones (si es que las había) que ellos, los hombres, habían sobrevivido durante semanas en cuevas, en las cimas de montañas y cerros y prácticamente en cualquier lugar en el que pudieran ocultarse para evitar servir como alimento de gusanos, hablarían también de lo duro que había sido sobrevivir sin apenas agua y comida. Sin embargo lo más impactante del relato iniciaría tras el día en que una lluvia tan limpia e inofensiva como cualquier otra cayera sobre el devastado planeta. Aquel día hombres, mujeres, niños y cualquier criatura viviente que aún quedara en pie bebieron hasta hartarse, aquel día también fue el fin de las asquerosas y repulsivas plagas que estaban destruyendo a la Tierra como si fueran parásitos insaciables, la lluvia quemaba a aquellas cosas como si fuera ácido y no agua lo que caía del cielo, los gusanos/lampreas se retorcieron bajo la lluvia como babosas empapadas con sal. Los chillidos de las criaturas provocarían pesadillas en más de un niño, pero pese a todo aquel fue un día feliz. Un día en que los remanentes de la humanidad olvidaron sus antiguos y tontos problemas, un día en el que olvidaron sus juegos de guerra, sus vicios y sus perversiones. Un día en el que el creador esbozo una sonrisa al ver a sus hijos abrazarse unos con otros sin importar credo ni raza.

Unos días después y con un desfile incalculable de estrellas en los cielos, los sobrevivientes comenzaron a salir de sus escondites para buscar agua y alimento, para construir pequeñas aldeas

y dar los primeros pasos para instaurar una sociedad e intentar rehacer sus vidas con los escasos recursos que tenían a la mano.

Esa misma noche miles de fogatas ardían alrededor del hemisferio occidental del planeta; miles de personas yacían congregadas alrededor de las mismas, entre ellas el reverendo Jimmy Wayne y el terrorista Ibrahim Al Khali, Dos credos opuestos reunidos en un mismo sitio compartiendo el agua y el pan.

Al amanecer en la quietud de la mañana un sonido se elevó, dispersándose a lo largo y ancho del planeta, empezando primero como un susurro y después como un tenue zumbido, consistente y sostenido y al mismo tiempo suave y melodioso al oído.

En las entrañas de la Tierra, las fuerzas del mal alineaban filas, los altos mandos iban a lomos de bestias cuadrúpedas de tres cabezas y afilados colmillos. Las almas condenadas en las profundidades del mar de las ánimas se liberaron de sus ataduras y de las aguas se formaron cientos de criaturas con apariencia humana llenas de escamas que emergían arrastrándose lentamente sobre sus vientres deformes. Tenían un único diente en sus torcidas bocas, tan enorme como los colmillos de una morsa adulta.

Dean yacía encadenado frente a las costas del Mar de las Ánimas, tal y como le había sucedido a Brooke. Miraba con templanza y estoicismo resignado a aceptar su destino. Las criaturas se arrastraban hacia él con lentitud, moviendo con repulsión sus voluminosos cuerpos y abriendo sus bocas a tal grado que podía escuchar sus mandíbulas tensarse y sus huesos crujir con un sonido parecido a un cascabeleo. Una criatura se acercó lo suficiente para que Dean pudiera hendirle su blanda cabeza con una de sus botas. La criatura se agito bajo su pie, hasta que quedó inmóvil. Dean se permitió esbozar una sonrisa, la última con toda seguridad. Las demás cosas salidas del agua se percataron de la muerte de su hermana y se apresuraron a socorrerla. Dean se levantó todo cuanto sus cadenas se lo permitieron, tenía el rostro mallugado, un brazo destrozado e inutilizado y cientos de heridas pequeñas que sangraban lentamente. Por lo visto después de lo que Stacy había provocado Dios no deseaba conservar a ningún habitante del reino de las criaturas con vida, esta vez los eliminaría definitivamente como castigo por su rebeldía. Dean cerró los ojos deseando que pronto el mismo Dios aplastara a la bruja y al hechicero. Su último pensamiento fue para Brooke, ojala su pequeña hermana al menos consiguiera sobrevivir, ella había sido la más buena, la más humana, siempre usando sus poderes para auxiliar a los desgraciados y a los enfermos, siempre...

Sus pensamientos se interrumpieron cuando sintió el contacto de aquellos seres rastreros bajo sus pies. Trato de levantar la pierna para asestar una patada pero en ese momento otra criatura se abalanzo sobre él, derribándolo por completo. Todo lo que pudo hacer después fue cerrar los ojos y esperar que aquello terminara pronto. *A Dios le gusta tanto matar como a los hombres, no hay duda que fueron creados a su imagen y semejanza...*

- De todas formas no nos era útil – dijo Stacy a Setri. Estaban sobre un despeñadero cercano mirando como el cuerpo de Dean desaparecía bajo cientos de criaturas marinas hambrientas.

Brooke sintió la muerte de Dean tal y como había sentido la de Rob. Aun a la distancia tenía la certeza de que ahora solo quedaba ella. Era una de las dos sobrevivientes y debía encontrar a la otra, después de todo, la criatura que se gestaba en el vientre de la mujer que había visto en las

mazmorras era hijo de su hermano Rob.

- Sabes que debes de entregárnoslo – había dicho el hombre de la armadura brillante, el mismo que la había rescatado. Brooke lo había mirado pensando una forma de no tener que hacerlo, pero se había limitado a bajar la mirada pues después de todo, los observadores la habían salvado de una muerte segura.
- No hay forma de ...
- Ninguna – cortó el hombre de la armadura – Es un mandato divino.
- Al menos déjame encontrarlo – sugirió Brooke
- Bien, adelante, pero no intentes nada que no esté permitido, recuerda que te estaremos vigilando.

Después de haber dicho aquello, el hombre que le había salvado la vida desapareció, su armadura resplandeció con el brillo del sol y de un momento a otro ya no estaba allí.

Brooke se apartó de la carretera cuando escucho un auto aproximarse, el conductor la paso de largo pero finalmente se detuvo unos metros adelante. Un chico de rostro alargado, de cuerpo delgado y aspecto andrajoso se apeó del vehículo.

- ¿A dónde se dirige? – pregunto el chico, su voz sonaba chillona y poco varonil. Brooke pudo notar que incluso su cuerpo parecía a mitad de camino entre masculino y femenino.

- Busco al hijo de mi hermano, no sé dónde pueda estar, pero según supe quizá este en Los Ángeles o San Francisco. – el chico la miro de arriba abajo.

- ¿Usted no es de por aquí, verdad?

- Soy extranjera – reconoció Brooke

- Si eso puedo verlo – dijo el chico – Supongo que es todo un hallazgo encontrar en el camino a una chica tan bonita como usted, espero que no le moleste que se lo diga...

- En lo absoluto – Brooke se esforzó por esbozar una sonrisa.

- Estupendo, entonces vamos. La acercare tanto como pueda, solo que será a Los Ángeles, San Francisco queda demasiado lejos de mi ruta

- Te lo agradeceré infinitamente.

- Yo también busco a mi familia – dijo el chico una vez arriba de la camioneta. Era una camioneta vieja y oxidada, pero al menos el motor parecía funcionar de maravilla. - ¿Tiene idea de que es lo que ha estado pasando? Mi abuela solía decir que mi generación vería el fin del mundo, ya sabe el apocalipsis y todas esas cosas de las que hablan en la iglesia, pero no se... - el chico sacudió la cabeza – nunca creí que ocurriera de verdad ¿Qué piensa usted que es?

- Creo que tu abuela tenía razón, probablemente si sea el fin... - el chico sacudió de nuevo la cabeza, pensativo. Durante el resto del viaje ninguno dijo una sola palabra. No hacía falta, ambos estaban pensando en lo mismo.

- Así que también ustedes los vieron

- Si – respondió Martha secamente. Tenía en las manos un pelador de patatas y frente a si un enorme y oxidado cazo. Arrojo la patata dentro del agua hirviendo y tomo otra del sucio costal para repetir el proceso.

- ¿Qué creen ustedes que eran?

Martha se limitó a mirar al hombre, era un tipo flaco como un palillo, de cabello largo, barbas abundantes y bastante desaliñadas.

- Yo creo que eran extraterrestres – dijo la chica que arrojaba especias al enorme cazo donde hervían patatas, zanahorias y chicharos además de agua.

- Ja! – Respondió el hombre – Para ti todo lo que no tiene respuesta es obra de los extraterrestres.

- ¿Tienes alguna mejor idea, hombre? – la chica le miraba con desprecio. – En lugar de estar haciendo preguntas estúpidas deberías hacer algo útil, me refiero a algo más útil que quitarte los piojos y rascarte tus diminutas bolas.

- Tienes razón – respondió el hombre poniéndose en pie – Iré a follar con alguna de las recién llegadas, seguro que eso te gustaría ¿no?

- Lárgate, ya – la chica tomo una zanahoria cruda y se la arrojó, el hombre se agacho justo a tiempo para evitar el impacto y salió no sin antes soltar una carcajada burlona.

- Ese hombre, es un idiota – dijo la chica a Martha cuando se quedaron solas. La casa olía a tierra y a orines pero aquel era el mejor lugar que habían podido encontrar, al menos contaba con una chimenea funcional para darles calor por las noches. En la segunda planta había un par de recamaras en buen estado, con muebles de madera y algunos cuadros familiares de sus antiguos ocupantes. Lo mejor de la casa era la cocina, dotada de un par de enormes parrillas, cazos, cazuelas, cucharones de madera y varios costales de verduras, semillas y una que otra fruta. La mayor parte de los alimentos estaba ya en mal estado y Martha y la chica que trabajaba con ella, de nombre Marina tenían que escoger con cuidado las que pelaban y arrojaban al cazo.

- ¿De verdad crees que sean extraterrestres? – pregunto Martha sin apartar la vista de la patata que sostenía entre sus manos.

- Por supuesto que no, solo que a hombres como ese hay que darles las respuestas más tontas. Ya conoces el dicho, los tontos creen tonterías, pero si quieres saber mi opinión acerca de todo lo que ha estado pasando, creo que es una especie de castigo divino. – Marina mordió una zanahoria, era su manera de descartar las buenas y maduras de las viejas y podridas, guiño un ojo indicando que estaba buena y la arrojó al cazo. – Por cierto ¿Estás embarazada?

Martha se sobresaltó al oír esas palabras pero en ningún momento le paso por la cabeza contestar a algo de lo que ni ella misma estaba segura. Lo cierto es que cada día se esforzaba por no pensar en eso, se esforzaba por olvidar el terrible dolor que había sentido cuando se habían encontrado con Sarah.

- Anda, puedes contarme – apremio Marina en tono amable – Imagino que el padre de tu bebé está muerto, como lo está toda mi familia ¿o caso es el chico con el que llegaron tú y tu amiga?

Martha arrojó otra patata al cazo, suspiro preparándose para contestar pero entonces entro Candy corriendo, olfateando el aroma de las especias en el aire y agitando su cola de un lado a otro. Martha sonrió al verla y Marina le arrojó una rodaja de zanahoria al canino, Candy lo olfateo y tras vacilar unos instantes la engulló completa.

Madeleine entró inmediatamente después con una expresión de preocupación en el rostro.

- ¿Qué pasa nena? – pregunto Martha aun sonriente.

- Hay dos hombres recién llegados...

- Estupendo – espetó Marina – Ojala que sean útiles y no unos sucios holgazanes como el tipo que estaba aquí hace un rato, ni siquiera me he tomado la molestia de aprenderme su nombre.

- No sé si sean útiles o no, pero traen información un tanto... preocupante – Madeleine se puso en cuclillas y empezó a acariciar al perro, éste respondió lamiéndole las manos.

- ¿De qué se trata? – Quiso saber Martha

- Anda chica habla ya – apremió Marina quien sujetaba un cucharón de madera como si fuera una espada.

- Esos hombres dicen que debemos refugiarnos bajo tierra, uno de ellos dice ser un predicador, un rabino o algo así.

- ¿Un predicador? – Marina hizo una mueca de asco

- Sí – continuo Madeleine – Dice que ángeles y demonios están por enfrentarse aquí mismo.

Martha y Marina intercambiaron miradas.

- ¡Eso es una tontería! – sentencio Marina cerrando con fuerza el puño sobre el cucharón de madera.

- Me temo que no – respondió Ibrahim Al Khali de pie en el umbral de la puerta. El reverendo Jimmy Wayne estaba a su lado. Ambos hombres iban vestidos con largas túnicas verde jade, con estampados dorados de dragones, ángeles y caballos. Detrás de ellos estaba buena parte de la comunidad, Bill incluido.

4

Más tarde ese mismo día cuando la oscuridad comenzaba a sumir al mundo en las tinieblas, Al Khali yacía alrededor de una hoguera, sostenía entre sus manos un cuenco, bebió para aclararse la garganta y habló a la multitud. Sus palabras resonaron en la lejanía desde donde un eco fantasmal parecía burlarse de él.

- Los ángeles de Dios estarán aquí pronto, deben creer en ellos como yo creo, les habla un hombre con un pasado oscuro. Si alguien como yo pudo ser perdonado y enviado por las criaturas del cielo para traerles un mensaje, cuanto más recibirán ustedes, ustedes que son los elegidos. Los ángeles los han llamado Los hombres y las mujeres de América, el nuevo pueblo de Dios serán todos ustedes, desde el más joven hasta el más anciano están llamados a convertirse a la fe, a la única fe que puede salvarlos....

La multitud escuchaba con atención al hombre que hablaba en la hoguera, varios metros más allá un segundo grupo estaba congregado alrededor de una segunda hoguera escuchando un discurso similar de la boca de Jimmy Wayne. Madeleine y Marina servían los platos de sopa de patata y zanahoria a todos los miembros de la comunidad. El hombre flaco y desaliñado cuyo nombre era Walter daba de comer a un par de niños huérfanos tan sucios como él. Desde la ventana Bill veía a Candy jugueteando con otro grupo de niños que reían y trataban de atraparlo.

- ¿Crees en lo que dicen? – pregunto Martha a sus espaldas. La habitación donde había cocinado a lado de Marina estaba vacía y solo iluminada por un par de velas sobre una mesa vieja a la que le faltaba una pata.

- No lo sé – respondió Bill en un susurro - ¿y tú? – pregunto apartándose de la ventana y volviéndose hacia la chica. La luz de las velas iluminaba el rostro de Martha del color del atardecer y el brillo de la flama resplandecía en sus ojos, dándoles una belleza sin igual. Bill pudo sentir como se le erizaban los vellos de la nuca al mirarla directo a los ojos, Martha se percató y sonrió tímidamente.

- Tampoco lo creo – respondió ella con un tono de voz que Bill no había escuchado antes.

Bill camino hacia ella, pensó que Martha se apartaría cuando él se acercara demasiado pero no fue así. El rostro de ella le pareció en ese momento tan brillante como el sol, tan hermoso como un cielo lleno de estrellas, le sostuvo la mano y una sensación electrizante le recorrió el cuerpo en ese instante de pies a cabeza. El tacto de sus dedos era agradable, cálido, y su piel tersa y suave era como sumergirse en un estanque de agua clara, cálida y refrescante.

- No sé si esos hombres tengan razón – dijo Bill – No sé si el mundo va a acabarse mañana,

pero lo que sí sé, es que Te amo. Que si está es nuestra última noche en este mundo, me agrada que tenga que ser a tu lado...

Martha lo miro y el vio que una lagrima resbalaba por sus mejillas. Eso, lejos de descomponer su rostro la hizo parecer todavía más bella.

- Bill, yo...

- Shhh, No digas nada. Alguna vez escuche que el amor se hace más fuerte y noble en la calamidad, pero lo que yo siento por ti nació de la desgracia misma. Me dolió haber perdido a mis padres, a mis amigos, e incluso a Sarah, pero haberte encontrado a ti ha sido lo más maravilloso de todo esto, sin importar como haya pasado. – Entonces, despacio y muy lentamente Bill acerco sus labios a los de Martha, la chica cerro los ojos y Bill pudo notar que temblaba un poco. El primer beso fue fugaz pero mágico, ambos lo sintieron. El segundo fue más largo y pasional y al tercero los sumergió a ambos en un torrente de emociones y sensaciones. A la luz de las velas, Bill beso su cuello, sus manos, sus mejillas, deleitándose con su aroma, con la suavidad de su piel y saboreando cada centímetro de su ser. Entregándose en cuerpo y mente a ese momento. Martha gimió cuando él la penetro, Bill sentía el latir de su corazón contra su pecho y por un breve y mágico momento ambos corazones sincronizaron sus latidos. Ella lo estrecho con fuerza contra su pecho sintiendo el calor de su cuerpo contra el suyo, irradiando pasión en su interior, después, tras algunos momentos, ambos alcanzaron el orgasmo. Después de consumado su amor se quedaron un momento tendidos en el suelo y cuando salieron de la casa caminaron lejos de la multitud, Madeleine los miro alejarse tomados de la mano y sonrió emocionada.

Una vez fuera, se recostaron sobre la hierba sin más preocupaciones que mirar y tratar de contar las estrellas del firmamento. Martha señalo un punto en el cielo diciendo que parecía un barco en altamar, Bill señalo otro punto en el extremo opuesto alegando que aquello parecía un delfín saltando fuera del agua. Martha rio y le dio un golpecito en el hombro, le sujeto la mano y mirándole a los ojos susurro:

- ¿Te quedarás conmigo toda la vida?

Bill la miro, le beso en la mano y respondió lentamente:

- Esta y todas las que vengan después.

Madeleine estaba mirando a una distancia prudente sosteniendo a Candy entre sus brazos, estaba feliz por sus amigos tanto que se permitió derramar algunas lágrimas de felicidad.

- ¿Por qué te has alejado? – pregunto Marina a sus espaldas

- Lo ves – dijo Madeleine con un gesto en dirección a sus amigos

Los ojos de Marina se abrieron como platos pero antes de que dijera algo Madeleine hablo de nuevo. – Algunos tienen la suerte de encontrar a su alma gemela, y sabes algo, pase lo que pase mañana, mis amigos son felices hoy, para ellos solo existe su amor y quizá solo eso haga falta para sobrevivir y ser feliz.

Cuando el amanecer llegó, miles de figuras emergieron junto con la luz de la mañana. Figuras negras recortadas contra un cielo azul claro y despejado surgían de las entrañas de la tierra, otras salían de oscuras cuevas y algunas más emergían de los océanos. El mar de las almas se hallaba vacío. Las almas de los condenados se habían unido a la legión de demonios adoptando formas de criaturas rastreras, su andar lento las hacia rezagarse. Al frente, cabalgaban los altos mandos del infierno. Contrario a lo que durante miles de años la religión había hecho creer a la humanidad, estos demonios no eran criaturas horribles, no tenían cuernos, ni alas, ni cola, sino que su aspecto

era el de hombres altos, apuestos, fuertes, de ojos claros y hermosos, narices respingadas y labios finos. Incluso los oficiales menores, los que habían estado bajo el mando del extinto Aballah tenían un aspecto gallardo y tan humano como sus comandantes. Los corceles que montaban eran todos de color negro azabache y el doble de grandes y musculosos que un caballo normal. El Príncipe Setri cabalgaba en el flanco derecho de la avanzada, llevaba una larga túnica de lino negra y una capucha sobre la cabeza, y al contrario de las demás criaturas iba desarmado. El canciller, primer oficial y representante de Satán, Adramalec iba en medio de la formación, era tan alto que su caballo era aún más grande que el resto, a su derecha e izquierda iban dos entidades de menor rango con los rostros cubiertos bajo una capucha roja y sosteniendo entre sus manos enormes estandartes, uno de ellos con la cruz invertida y el otro con un símbolo antiguo desconocido. Este primer grupo de más de cincuenta mil elementos se encontró de frente con un segundo, comandado por otro príncipe de los infiernos, Leviatán. Esté hizo una reverencia cuando estuvo frente a Adramalec y a Setri le dedico solo una mirada desdeñosa, gesto al que Setri correspondió con una sonrisa. Una vez sumado el grupo comandado por Leviatán las fuerzas sumaban arriba de cien mil elementos. Tras recorrer algunos kilómetros se encontraron con un tercer grupo, éste era infinitamente más numeroso que los anteriores, sumando con facilidad los doscientos cincuenta mil elementos. Al mando iba Baal la mano derecha por excelencia de Satán. Setri lo miro unos instantes, su aspecto era el de un hombre de larga cabellera, musculoso y de piel blanca, tenía además una barba espesa y su estatura era intimidante, era más alto incluso que Adramalec y el Príncipe Leviatán. Finalmente el último en unírseles fue Belial y sus ochenta legiones de demonios, este a diferencia de los demás comandantes era pequeño, de aspecto delgado y de cabellera rubia platino. Cuando el colosal ejército pasó junto al mar de las ánimas oyeron las trompetas que anunciaban el inicio de la batalla. El mar comenzó a agitarse levantando olas gigantes. La luna apareció en el cielo como en cualquier eclipse de sol, avanzó vacilante y se detuvo a medio camino de ocultar al astro rey, ensombreciendo parcialmente la Tierra.

- ¡Nuestro señor Lucifer, llegara después con el resto de los elementos! – anuncio Baal con una voz tan potente como las trompetas en los cielos.

- Príncipe Setri gracias por ayudarnos a conseguir esta nueva oportunidad – dijo Baal volviéndose a mirarlo. Setri sintió un enorme placer al ver miles de rostros volviéndose hacia él y asintió con la cabeza.

- ¡Mirar hacia arriba! – grito Leviatán señalando el cielo.

En el cielo cientos de nubes se apartaron para dejar paso a un resplandor blanquecino con la potencia de mil soles. La intensa luz hubiera quemado con facilidad las retinas de cualquier mortal, pero no las de los demonios. La luz fue rápidamente opacada por miles de sombras descendiendo desde los cielos, los caballos en tierra se inquietaron y Setri estaba seguro que también muchos de sus compañeros lo estaban, lo veía en sus ojos y podía oler el hedor de su miedo flotando en el aire.

Al volver la vista al cielo Setri vio descender a los ángeles y arcángeles. Blandían espadas tan brillantes como el oro mismo.

- ¡Aooooo! – grito Baal con toda la fuerza de la que fue capaz.

Leviatán lanzo un gruñido tan potente como un cañón y el resto de los demonios menores lo imitaron. Levantaron sus espadas, de una hoja tan negra como la obsidiana al aire y cabalgaron hacia adelante, al sitio donde habían descendido las criaturas del cielo.

Setri se quedó inmóvil, mientras sus compañeros avanzaban a gran velocidad a su lado. A Baal y los otros les gusta tanto la guerra como yo la detesto – pensó. Una vez fue dejado atrás, bajo del caballo y le dio una palmada a este en los cuartos traseros para que echara al galope,

miro un momento la escena, viendo como cabezas de ángeles y demonios rodaban por los suelos en todas direcciones, escuchando el ruido del acero contra el acero, entonces dio media vuelta y su forma humana se fue volviendo negra como una sombra hasta que finalmente desapareció. Nadie de sus compañeros pareció percatarse de su ausencia, estaban demasiado ocupados para que les importara, después de todo Setri no era el mejor en el combate cuerpo a cuerpo.

A cientos de leguas de allí, Stacy lo esperaba a las puertas del averno para tomarlo por asalto ahora que las fuerzas enteras del infierno habían salido a presentar batalla.

- Nadie ha visto mi verdadero poder hasta ahora – dijo Stacy cuando Setri hubo llegado – Es hora de ganarme el respeto de mi padre y mi hermano allá en los cielos.

6

La gran entrada al averno era una cueva oculta entre enormes formaciones rocosas, cientos de espeleólogos habían visitado la zona en el pasado sin saber que aquella cueva no tenía fin, sin saber que la mayoría de sus cientos de caminos no conducían a ningún lugar más que a la negrura más espesa. La mayoría de estos pasajes tenían por lo menos un cadáver, algunos de ellos no eran más que huesos, otros parecían demasiado recientes, tanto que aun sus linternas permanecían encendidas. En el corazón del gran cañón no había ningún asentamiento humano y los animales también eran escasos. El viento levantaba polvaredas de tierra herrumbrosa en todas direcciones, a veces tan intensas que la gran cueva que descendía al corazón del infierno quedaba oculta por semanas y meses enteros. Setri estaba en la entrada, aguardando a que Stacy, que estaba sentada en posición de loto y con los ojos cerrados y la cara al sol, se levantara para iniciar el viaje. Setri no había vuelto a ese lugar desde que fuera desterrado al reino de las criaturas de la noche, en cambio, Stacy, lo había visitado con frecuencia durante años tratando de gestar la rebelión que por fin había llegado.

- Ha llegado la hora – dijo la bruja poniéndose en pie. Llevaba una túnica idéntica a la de Setri, tan larga que le cubría la totalidad de las piernas y que se arrastraba tras de sí.

Setri miro al cielo, casi esperando que fueran descubiertos por las criaturas del cielo antes de que pudieran entrar. No fue así. Pensó que quizá Dios también deseaba esta batalla, que quizá deseaba ver todo de lo que era capaz su hija rebelde. En el pasado Setri había creído que Stacy no era más que el avatar con el que se presentaba una diosa poderosa, omnipotente, quizá incluso más poderosa que el dios de los humanos, pero ahora que sabía la verdad, le parecía que estaba siendo cómplice de las aspiraciones vanas y caprichosas de una hija enfadada con su padre por no haberle otorgado las mismas oportunidades que a su hijo favorito. Pensar en eso le irritaba y cada vez se le hacía más difícil de tolerar.

- ¿Es que no piensas acompañarme? – Setri se había quedado de pie en la entrada de la caverna. La voz de Stacy desde dentro sonó con eco, al ver que el hechicero no se movía salió de nuevo a la luz.

- ¿Qué te pasa, cariño? ¿Es acaso que ya no quieres ocupar tu lugar junto a mí en el trono y en mi cama? – Stacy dijo esto último posando su blanca y delicada mano sobre la entrepierna de Setri. El hechicero bajo la mirada y contemplo atónito el rostro de Stacy, un rostro hermoso de cabellera negra y larga, los ojos de ella tan bellos como peligrosos lo miraban con una mezcla de extrañeza y coquetería. Ella parpadeo y como por arte de magia el cuerpo de Setri, hasta entonces aferrado a la tierra, se puso en marcha.

Una vez dentro, todos los caminos parecían iguales, pero Stacy sabía con certeza cuál era el que los conducía directo al primer círculo del infierno. Tras algunos minutos de oscuridad, al dar

la vuelta en un recodo, Setri vio una luz al final del pasadizo. Era una luz anaranjada, al acercarse más pudo ver que provenían de antorchas ancladas a las paredes. Habían llegado al primer círculo, los moradores de este sitio no recibían tormento alguno, pero cuando vieron entrar a Stacy se apartaron todo cuanto les fue posible de su camino, algunos sollozaron, otros recargaban las espaldas contra los muros mirándola con asombro y algunos más se postraron ante ella.

- Mi señora viene a rescatarnos – dijo un anciano calvo y de barba larga – Tal y como lo hizo Jesús en el pasado.

Stacy miro al sujeto con desprecio, frunció el ceño y le escupió a la cara. El viejo emitió un aullido de dolor, que fue amplificado varios decibeles por el enorme espacio de la estancia. Se llevó las manos al rostro y cuando Setri vio que por fin las apartaba, vio el rostro quemado del viejo, la piel se le había derretido allí donde la saliva de la bruja lo había tocado y los tendones parecían tan estirados como ligas a punto de reventar. Después de esto nadie se atrevió a decir nada. Stacy llevo a la puerta que conducía al segundo círculo, la atravesó sin mirar atrás y Setri vio que se encontraban ante una escalera de piedra que descendía, allí los gritos de las almas eran tan intensos que costaba no pensar en algo que no fuera el dolor por el que estaban atravesando esos pobres desgraciados.

Setri vio al Rey Minos a la entrada del segundo círculo, éste alzo la mirada e hizo un gesto de asentimiento cuando vio a Stacy, empujo la pesada puerta y la bruja entro sin decir palabra alguna, Setri se volvió a mirar al rey Minos, que yacía sentado en un enorme escritorio, sus piernas estaban enterradas bajo una sustancia viscosa que consumía lentamente sus extremidades.

Dentro del segundo círculo el viento arreciaba con fuerza, los huracanes y tornados en la superficie eran una brisa insignificante comparada con los torrenciales vientos del segundo círculo del averno.

- No te quedes atrás, cariño – dijo Stacy al hechicero.

El suelo vibraba bajo los pies de Setri, quien miraba hacia arriba, donde miles de hombres y mujeres desnudos eran arrastrados por los fuertes vientos alrededor de un enorme pico de montaña que se alzaba en el centro del círculo. Las almas orbitaban sin cesar y el único placer que podían encontrar era cuando el viento los juntaba lo suficiente como para que pudieran fornicar, Setri vio hombres fornicando con otros hombres, otros con mujeres y mujeres con otras mujeres. Los gritos que se escuchaban en el recinto no eran en lo absoluto de placer sino de descarnado dolor. Finalmente la escalinata les condujo a otra puerta, una criatura con el rostro cubierto como los verdugos hizo una reverencia al ver a Stacy y les abrió la puerta. Setri lo miro tratando de reconocerlo, pero la criatura no levantó en ningún momento la vista, era jorobado y al alejarse, Setri vio que tenía una cojera bastante acentuada.

- ¿No te alegra volver? – dijo Stacy esbozando una sonrisa.

- La verdad es que nunca eche de menos este lugar – respondió Setri – Sería mejor que Satán subiera hasta nosotros.

Stacy se echó a reír.

- Cariño, no olvides que Satán ha salido ya a la batalla. Yo llegare hasta el fondo de este maldito lugar, me sentare en su trono y cuando al ángel caído regrese hare rodar su cabeza.

- ¿Piensas matarlo tú misma? – la voz de Setri denotaba incredulidad. Algo que a Stacy no le gusto en lo absoluto.

- ¿Y porque no? – Dijo la bruja sin inmutarse – Cuando mi padre vea que su mejor amigo ha perdido este lugar se verá obligado a negociar conmigo. ¿Ves lo injusto que ha sido siempre? Prefiere darle un lugar como este a un ángel traidor que a su hija – Stacy se encogió de hombros – Pero que podía esperar yo, si a su amado hijo varón le dejo morir en la cruz, siempre me he

preguntado porque lo permitió, yo en su lugar hubiera dejado caer toda mi ira sobre la sucia humanidad, los hubiera aplastado como la escoria que son. Jamás he entendido porque ama tanto a los hombres, sabes. Creo que disfruta ver como se destruyen entre sí, creo que encuentra placer en hacerles sufrir, enviándoles enfermedades y cataclismos.

Setri escuchaba aquello en silencio, había estado prestado tanta atención que para cuando se dio cuenta ya estaban al final del tercer círculo, echo una última mirada al lugar. Vio a miles de hombres y mujeres hundidos hasta la cintura en un suelo fangoso y nauseabundo. Del cielo caía una lluvia sin fin acompañada de enormes piedras de hielo que golpeaban a los condenados causándoles un gran dolor. En las orillas varios demonios castigaban a latigazos a los hombres que trataban de huir. La puerta se cerró tras de sí e iniciaron el descenso al cuarto círculo del infierno.

La escalera que descendía se había vuelto más pronunciada, casi recta. Setri vio una enorme cantidad de hombres desnudos, harapientos y tan delgados que parecía imposible que pudieran mantenerse en pie. Estos hacían rodar enormes piedras circulares sobre una ladera tan inclinada como las escaleras mismas. La tarea resultaba imposible para la mayoría de los condenados y cada vez que se detenían, los demonios les picaban en los costados con sus puntiagudas lanzas, los condenados soltaban alaridos inhumanos y se veían forzados a continuar su ardua y eterna labor, una vez en la cima el proceso iniciaba de nuevo con una nueva roca.

Al salir de allí, Setri y Stacy se encontraron frente a las aguas turbias del Río Estigia. Flegías, el barquero les sonrió al verlos llegar, y les hizo una seña para que se acercaran a su vieja y desgastada embarcación. Una vez a bordo, la barcaza se desplazaba lentamente como si flotara sobre petróleo y no sobre agua. Setri diviso la otra orilla, la que marcaba el fin del quinto círculo, pero antes de que el barco pudiera llegar, vio miles de almas peleando entre sí en las profundidades del Estigia, aquello no era una simple riña, hombre y mujeres peleaban a muerte, aunque no pudieran en lo absoluto volver a morir. Vio hombres desgarrando gargantas de otros hombres, a mujeres siendo golpeadas por hordas salvajes de hombres rabiosos y de filosos dientes. Las entrañas volaban de un lado a otro creando un festín horripilante de carne y sesos. Más abajo, en el lecho del río, había hombres y mujeres encadenados, a Setri le recordó por un momento a las almas del Mar de las Animas, salvo por el detalle que las almas del estigia no se movían, tenían los ojos abiertos en una expresión de eterno terror y sufrimiento.

- Esos de abajo son los perezosos – dijo Flegías el barquero. – Y estos, los desgraciados que luchan sin sentido, son los violentos.

- ¿A dónde se han ido los vigías de las altas torres? – pregunto Stacy con una voz extrañamente amable.

- Mi señora, los vigías ascendieron a la Tierra con sus arcos para presentar batalla a los Ángeles y Arcángeles. – respondió el barquero

- Por lo visto pocos se han quedado aquí – intervino Setri - dime una cosa barquero ¿Queda alguien de los altos oficiales en los niveles inferiores?

- Lo dudo, mi príncipe. Todos los altos y bajos comandantes ascendieron como las mareas del océano.

Al llegar al otro extremo del río Setri vio las altas murallas de la ciudad de Dite, alzo la vista en el momento que el barquero ayudaba a descender a Stacy y vio a las diosas erinias allí de pie entre dos almenas de los altos muros de la ciudad. El barquero se alejó entre un mar de lamentos y agonías, Stacy levantó la vista y su mirada se encontró con las de las diosas erinias quienes desde lo alto dieron la orden para que se abrieran las puertas del sexto círculo del infierno.

- Bienvenida sea mi señora – dijo la criatura en la puerta. Era una doncella hermosa de larga

cabellera rubia, caderas perfectas y pechos blancos y perfectos, llevaba pesadas y lujosas joyas por todo el cuerpo y una corona brillante en la cabeza; vio a Setri e hizo una reverencia – Príncipe Setri es un placer verlo de nuevo. – Setri sonrió; Stacy apenas vio a la doncella y continuó caminando por las escaleras que descendían a un enorme pozo que escupía llamaradas tan altas que se elevaban por encima de las murallas. Cuando descendieron a la puerta que separaba el sexto del séptimo círculo Setri contemplo con asombro como, lo que parecía un pozo en llamas desde arriba, era en realidad un enorme cráter de lava ardiente, sobre este se alzaban un centenar de tablas apiladas en las que los condenados eran asados a fuego lento por los demonios con cabezas de lobo. Allí los gritos eran tan fuertes que era imposible escuchar hasta los pensamientos propios.

La doncella abrió la puerta que marcaba el fin del sexto círculo, hizo una reverencia y se alejó en dirección al enorme cráter. Un demonio con cabeza de lobo le rasgo las prendas y la poseyó allí mismo con tal brutalidad que los gritos de la doncella se unieron al de los condenados.

- ¿Te inquieta este lugar cariño? – pregunto Stacy mientras atravesaban una enorme grieta hacia la entrada del séptimo círculo.

- No, solo que había olvidado como eran las cosas aquí.

Stacy soltó una carcajada.

- Cariño, no son tan distintas a las cosas en la Tierra. Los humanos no son tan feos arriba, pero aquí adquieren su verdadera forma, la forma de sus pecados, la forma de sus acciones, vicios y perversiones.

El séptimo círculo estaba custodiado por una bestia mitad humana, mitad toro. El aquelarre de gritos venía dado por bestias famélicas parecidos a perros que perseguían sin fin a los condenados, estos eran masticados y desgarrados sin la posibilidad de poner fin a sus sufrimiento, a los lados, se alzaba un bosque interminable de naturaleza inquietante, de los arboles venían gritos y llantos inconsolables, las arpías, unas criaturas voladoras se posaban sobre sus ramas y arrancaban parte de la corteza de sus troncos, lo que salía de allí no era savia sino sangre, una sangre negra, una sangre negra y espesa.

El octavo círculo era un lugar oscuro dividido en diez fosas, la oscuridad impidió ver a Setri los castigos que se infringían allí, pero a la luz de las diminutas antorchas colgadas de las paredes pudo ver a algunos seres desfilando, eran seres con cuerpos humanos, pero de rostros torcidos, largas extremidades, cuerpos deformes y tan amorfos que cualquier cosa en la tierra por horrible que fuera, parecía hermosa a su lado. Los gritos, llantos y lamentos venían desde todas direcciones creando una atmosfera tétrica que haría enloquecer a cualquier mortal.

Stacy caminaba por los pasillos hacia la puerta que marcaba el descenso al noveno y último círculo del averno. Su expresión era de absoluta tranquilidad, de férrea confianza. Setri la vio sonreír y susurrar algo que no pudo escuchar. Las pesadas puertas se abrieron y allí estaba el fin de la escalinata, allí el lugar era frío, cubierto de nieve y de vientos helados. Estaba tan iluminado que la luz se reflejaba en la nieve creando en las paredes figuras muy bellas y danzantes. Al final de la estancia se alzaba un trono enorme, un trono forjado de hierro y huesos, recubierto con una fina capa nívea. El trono estaba flanqueado por dos picas con las cabezas de Bruto y Judas Iscariote enterradas en el hielo.

- Hemos llegado, cariño – dijo Stacy con una sonrisa. Camino hacia el trono pero antes de que pudiera alcanzarlo y sentarse una figura emergió de las sombras. Setri se detuvo abruptamente al verlo, pero Stacy pareció no percatarse, tenía la mirada fija en el trono de hielo.

La figura del hombre hablo desde las sombras, era una voz tan bella como la de un tenor con un timbre excepcional de voz.

- Así que has venido a sentarte en mi trono – dijo la voz.

Stacy se sobresaltó, y se volvió rápidamente en la dirección de dónde provenía la voz.

- La hija de Dios y el hechicero del reino de las criaturas han venido a visitarme, ustedes disculparan que no tenga nada que ofrecerles, pero este lugar es frío y estéril. – El hombre salió de entre las sombras. Era sin duda el ser más hermoso que Setri había visto jamás, sus facciones blancas y puntiagudas parecían emitir luz propia, sus ojos eran como dos luceros y sus brazos y piernas eran largas, esbeltas y fuertes. El ángel caído iba vestido con una larga gabardina sosteniendo un bastón de un metal desconocido entre sus manos.

- He venido a ofrecerte una alianza – dijo Stacy con voz firme.

- Eso no es lo que mis ojos han visto, mi señora. Me parece que no esperaba encontrarme aquí, quizá pensaba que estaría arriba peleando con mis antiguos compañeros, debo admitir que considere hacerlo, pero Baal se ofreció a ir en mi lugar en este primer asalto. Setri – dijo el hombre mirando al hechicero – Es un gusto tenerte de nuevo en estas tierras, ojala consideres quedarte, aquí hay mucho trabajo por hacer.

- No hemos venido a quedarnos – respondió Stacy – Si no te interesa aliarte con nosotros, será mejor que te hagas a un lado.

El hombre se echó a reír. Setri trato de decir algo pero sentía las palabras atoradas en la garganta.

- ¿Y si me niego? ¿Vas a matarme, alteza? – la sonrisa del hombre se ensancho, dejando al descubierto una hilera de dientes afilados color pergamino. – ¿Tu príncipe morirá por ti? – añadió mirando a Setri con desdén.

- No le necesito – replico Stacy

- Bien, veamos qué tan buena es la princesa del rey de los cielos. – el hombre levantó el bastón entre sus manos y este se convirtió en una espada tan brillante como la de los ángeles que combatían en la tierra. La hoja era alargada y la empuñadura brillante. – A sus espaldas hay otra espada, alteza. Tómela por favor, no quiero parecer ventajoso.

Stacy tomó la espada, era opaca y de hoja oscura pero tan grande y afilada como la que blandía el ángel caído.

- Príncipe Setri será mejor que te marches de aquí, no querrás ver como la cabeza de vuestra princesa rueda por los suelos. A usted también le doy la oportunidad de que se marche princesa de los cielos.

- ¡No me llames así! – rugió Stacy levantando la espada tan cual larga y pesada era.

- Bien, que no se diga que no le he dado oportunidad de irse. Ahora vuestra hermosa princesa perderá la cabeza. – el rey de los infiernos levantó su enorme y brillante espada y lanzo una estocada.

Setri sentía como el miedo le paralizaba las piernas ¿Qué podía hacer? ¿Huir? ¿Pelear? Las preguntas se amontonaban en su mente ¿De verdad Stacy no necesitaba de su ayuda para derrotar mano a mano a un ser tan poderoso? El ruido del acero contra el acero comenzó a hacerse cada vez más alto. El ángel caído manejaba la espada con absoluta maestría, su velocidad y sus movimientos eran tan limpios que por un momento el hechicero se alegró de no haber tenido que ser el, el que lo enfrentaba. Stacy había conseguido, de momento, detener todos los golpes, pero Setri se percató de que con cada nuevo choque de espadas Stacy se tambaleaba y retrocedía. Estaba arrinconándola. *La matará y después a mí* – pensó Setri – *Maldición, esto ha sido una locura...*

La luz del sol se colaba por las pequeñas grietas entre las rocas, sobre sus cabezas los movimientos sacudían la tierra en movimientos oscilatorios y los gritos de batalla incluso atenuados resultaban claros y escalofriantes. Brooke levantó la mirada por sobre los cientos de personas que estaban sentadas allí, a lo lejos diviso a la chica que había visto en las mazmorras antes de que Stacy las liberará causando la ira de sus hermanos. Más allá vio a los hombres que Dean había reclutado en el pasado con la intención de liderar un ejército que pudiera ayudarlos en caso de una posible batalla, Brooke reconoció a los sujetos casi de inmediato, pero ellos por alguna razón ni siquiera le prestaron atención. Uno de ellos estaba de pie hablando en voz baja a un grupo de personas, Brooke pensó que después de todo el uso que su hermano pensaba darle a aquellos sujetos no había cambiado mucho. Los observadores los habían reclutado y probablemente también salvado, de tal manera que de ahora en adelante sus vidas les pertenecían. Quizá también hubieran borrado de sus mentes todo rastro de sus antiguas vidas, aquello tampoco le sorprendía, de niña había escuchado historias similares, historias en las que grandes tiranos y pecadores se volvían hacia la luz. Afuera, el sonido de las espadas se intensificaba a cada momento, Brooke se preguntó cuántos combatientes habría. ¿Estaría allí Setri? Esperaba que sí y esperaba que alguno de los ángeles de Dios le atravesara la garganta con la espada.

De repente un grito atrajo la atención de toda la multitud.

- ¿Qué fue eso? – dijo el chico junto a ella. Era el mismo que la había llevado hasta lo que él llamaba “el refugio”
- No lo sé – respondió Brooke esforzándose por ver que ocurría, la gente se puso de pie impidiéndole ver. Alcanzo a ver el rostro tenso de Jimmy Wayne a lo lejos.
- ¡Tranquilos, por favor! – dijo Al Khali acercándose rápidamente.
- Creo que alguien se ha desmayado – dijo Brooke al chico

Un nuevo grito sonó por toda la estancia, era una mujer. De pronto una idea rezumbo en la mente de Brooke ¿Sería aquella chica? ¿La que lleva al hijo de mi hermano en su vientre? La idea era demasiado fuerte para soportarla.

- ¿Qué pasa? – preguntó el chico.

Brooke no respondió y empezó a caminar abriéndose paso a empujones entre la multitud. A su paso oyó voces angustiadas, mujeres llorando y hasta algunas risas, pero sobre todo eso se alzó un nuevo alarido. Brooke consiguió llegar al lado del reverendo Jimmy Wayne que miraba con expresión atónita lo que sucedía: Al Khali estaba en cuclillas susurrando algo a la mujer que yacía en el suelo. Brooke no alcanzo a escuchar más que unas cuantas palabras, pero de pronto el miedo la invadió al ver de quien se trataba: ¡Era la chica de las mazmorras! El chico al que vio abrazándola estaba también a su lado intercambiando algunas palabras con Al Khali y otras con la chica en el suelo. Algo le toco en el hombro y se volvió sobresaltada, a su lado estaba el chico con el que había viajado. Al contacto una idea se desplazó como corriente eléctrica hacia su cerebro: *Esta enamorado de mí.* ¡Por Dios no había tiempo para pensar en esas cosas! ¡La mujer que había estado buscando estaba dando a Luz! Y aunque la chica no parecía embarazada en lo absoluto, Brooke sabía lo suficiente para tener la certeza de que así era. Los embarazos en el reino de las criaturas no son del todo iguales al de los humanos. Se sintió tentada ante la idea de acercarse, estaba segura de que ella podía auxiliar mejor a la chica de lo que era capaz el antiguo terrorista. Pero si lo hacía, temía que las miradas se volvieran hacia ella, la cuestionarían y probablemente la matarían en cuanto descubrieran que ella no era del todo humana. Le había prometido a Rob que cuidaría de los bebés, uno había muerto hacía tiempo pero aún podía salvar a esté, y con eso mantener viva la memoria de su hermano y el de una raza completa. La multitud estaba en silencio, la chica pujaba, sudaba y temblaba de pies a cabeza. Al Khali hablaba con ella

en voz baja con el rostro sereno. Jimmy Wayne de pie, estaba pálido y el chico le sujetaba la mano a su amada. La chica en el suelo pareció relajarse e incluso cerró los ojos, pero entonces soltó un alarido tan fuerte que muchos retrocedieron algunos pasos, Brooke se mantuvo firme, mirando fijamente a la chica, lista para intervenir si las cosas se ponían peor. Entonces el cuerpo de la chica se arqueó de forma imposible, Brooke oyó gritos y exclamaciones a su espalda mientras el dolor castigaba el frágil cuerpo de la mujer a sus pies.

- Tranquila, nena – dijo una tercera chica. Se acuclillo y comenzó a acariciarle el cabello.

Brooke vio que el chico había comenzado a llorar. Sintió deseos de consolarle, de decirle que no temiera por la vida de su amada.

- Ayuden a esa pobre mujer – grito una voz en algún lugar.

Entonces ocurrió lo impensable, el cuerpo de la chica se tensó tanto que Brooke temió que sus huesos no pudieran resistir. Al Khali se apartó asustado al ver manar un torrente de sangre de la entrepierna de la chica.

- Hay algo vivo allí – dijo la voz de Jimmy Wayne, Brooke se volvió a mirarlo y vio que tenía el rostro tan blanco como la leche

- ¡Retrocedan, todos! – vocifero Al Khali con voz temblorosa.

- ¡Es el anticristo! – opino Jimmy Wayne.

- ¡No diga estupideces! – grito Bill volviéndose con furia a la multitud.

Brooke supo entonces que era el momento de intervenir, no podía permitir que mataran a la chica y menos aún al niño. En ese momento recordó algo que Rob le había dicho en el pasado. *Las mujeres humanas al dar a luz a una criatura de nuestra especie deben estar dormidas o de otra forma el dolor las mataría o dejaría lisiadas, es por eso que eres de vital importancia, hermana.* Brooke había olvidado por completo hasta entonces sus dones, sus poderes, pero en ese momento supo que era la única salida que le quedaba, así que entrelazo sus manos frente a sus labios y sopló. Una luz rosada surgió entonces, algunos presentes se percataron y gritaron cosas a las que no prestó atención. Brooke separo las manos y el aire se inundó con miles de partículas blancas como luciérnagas pequeñas.

- ¡Es ella! – grito una chica frente a ella. Brooke apenas reconoció su rostro.

Oyó algunos gritos más a su espalda, pero pronto las voces se acallaron y el recinto quedo en completo silencio. Al cabo de un rato se volvió y vio cientos de hombres, mujeres y niños en el suelo. Suspiro aliviada, camino hacia la chica en el suelo, acaricio su rostro y toco su vientre. Le rasgo la ropa interior y con movimientos suaves sobre el vientre de la chica ayudo al bebé a salir. El silencio fue sustituido entonces por el llanto de la criatura. Brooke lo estrecho entre sus brazos, le beso la frente y empezó a cantar una vieja canción en un idioma antiguo y desconocido para los humanos. Los ojos se le llenaron de lágrimas y pronto su voz se convirtió en sollozos. Estuvo así largo rato hasta que se vio forzada a pensar en el futuro, a pensar en lo que tenía que hacer a partir de ahora. Se acercó a la chica y le complació comprobar que seguía con vida, vio a su amado junto a ella y a su manera bendijo su amor. No sabía si las palabras bastarían pero las pronuncio de corazón y en voz alta. Después se volvió hacia la multitud durmiente. Vio al chico con el que había viajado y entonces recordó algo que Rob le había dicho la última vez que lo vio. Algo que tenía que ver con quedarse con los humanos y cuidar de sus hijos como si fueran suyos. Sonrió al recordar el abrazo cálido de su hermano en aquel momento. Entonces toco al chico en la cabeza y este despertó lentamente.

-¿Qué... que ha pasado? – preguntó en voz baja, Brooke advirtió que parecía un poco aturdido.

- Shhh – dijo ella – Ven conmigo.

El chico pareció dudar pero obedeció levantándose lentamente.

- ¿Y ese bebé? – pregunto.
- Es mío – respondió Brooke con una sonrisa.
- Guau, no parecías...
- No lo estaba – interrumpió ella – Quiero que me ayudes a cuidar de él.
- ¿Yo, pero yo no...?
- No digas nada ahora, solo acompáñame y con el tiempo quizá podamos ser una familia. - El chico se sonrojo visiblemente sorprendido y emocionado.
- Bien – dijo finalmente - ¿Y a dónde iremos?
- A casa – respondió Brooke – y no temas, ellos solo duermen, pronto acabara todo e iniciara una nueva era.

8

La cabeza sin ojos y desdentada de Bruto salió rodando detrás del gran trono de hielo, Setri había creído que la batalla no duraría mucho, pero Stacy aún resistía estoicamente cada mandoble y cada estocada de la gran espada dorada. Cuando la cabeza de Bruto cayó al suelo, Stacy se agacho, se deslizo como un gato hacía el costado del ángel caído y levanto la espada, Setri pensó que aquello sería el final, pero de alguna manera Satán consiguió detener el ataque, las espadas chocaron con gran estrepito y ambas criaturas midieron fuerzas, Stacy era pequeña y más bien delgada, pero en ese momento parecía tener una fuerza descomunal que no correspondía con sus pequeñas dimensiones. La cara hermosa de ella se convirtió en una mueca dolorosa y Satán logro empujarla a un lado, Stacy salió despedida y su cuerpo choco con fuerza contra el congelado suelo. Setri corrió en su ayuda pero entonces una pesada mano le sujeto del cuello. Era una presión dolorosa, pulsante, que quemaba como el fuego mismo. Setri miro de frente al Ángel caído quien le sujetaba con tanta fuerza que logro levantarlo del suelo usando solo su brazo. Le costaba respirar y su visión comenzaba a nublarse y estrecharse.

- Ustedes son tan patéticos – dijo Satán con voz tranquila pero desafiante - ¿En verdad creían que podían quitarme mi santuario tan fácilmente? ¿Y tú alteza?, si Dios dejo morir a su hijo varón de una forma tan horrible imagina lo que te espera a ti, que solo eres una fémica – la sonrisa de la criatura se convirtió en una mueca grotesca, los dientes color pergamino asomaron unos instantes.

Setri se debatía como gusano en anzuelo sujetando con ambas manos el brazo que lo atenazaba pero incapaz de librarse de él.

- Ustedes han olvidado el lugar que les pertenece, han querido escalar tan alto pero su ejército fue aplastado en una sola batalla por las criaturas del cielo y si pensaban que yo apostaría por su causa estaban equivocados. Tu Setri no eres más que una criatura rastrera sin poder alguno, sé que mataste a Aballah, pero Aballah no era ni la milésima parte de poderoso que yo. La verdad es que nunca me sentí tentado en ayudarles, el reino de las criaturas no era más que un paraje sin apenas importancia, quizá su único logro haya sido conseguir que semejante lugar dejara de existir.

Setri estaba por sumirse en la inconciencia, pero de pronto la risa de Stacy le hizo despertar.

¿Qué planea hacer? ¿Acaso sabe algo que yo desconozco?

- Tu eres el que se equivoca – dijo Stacy – Cuando mi hermano vino aquí se llevó a miles de almas y ni tú y tus sirvientes pudieron detenerle, hoy yo vengo a quitarte tu trono y tampoco podrás detenerme.

Los ojos del príncipe de los infiernos se llenaron de furia, había fuego en ellos, abrió los dedos en torno al cuello de Setri, quien cayó al suelo jadeando.

- ¡Basta ya! – vociferó. - ¡Cuando termine con ustedes exhibiré sus cabezas junto a mi trono!

El suelo tembló creando enormes grietas desde donde salían gigantescas llamaradas, el techo comenzó a desmoronarse, arrojando piedras ardientes y polvo en todas direcciones. Setri creyó por un momento que aquello era obra del mismo Satán, pero al contemplar los ojos del ángel caído vio miedo en ellos. ¿Acaso es Stacy la que provoca esto? ¿Su fuerza es tal que puede derrumbar este lugar solo con pensarlo? Entonces una enorme columna de luz entro desde lo alto, las llamas creaban sombras en las altas paredes y fue allí, donde Setri vio la sombra de cientos de criaturas aladas acercándose. Las sombras portaban espadas y algunas, en la mano libre, llevaban cabezas como trofeos. Las sombras descendieron y rápidamente se convirtieron en seres, seres de armadura brillante y espadas doradas. Setri vio que uno de ellos llevaba la cabeza de Belial en la mano. Stacy sonrió – Ya lo ves, mi padre finalmente me dará el lugar que me pertenece.- El ángel caído apenas pareció escucharla. Su expresión era de absoluto terror.

- Me temo que no es así – dijo el hombre de la brillante armadura arrojando la cabeza de Belial por una de las grietas recién creadas.
- ¡Todos ustedes serán castigados! - dijo otro de los ángeles. – Tu Stacy serás llevada ante la presencia de tu padre y ustedes dos volverán a las aguas fangosas del infierno

El ángel caído cayó de rodillas, no tenía sentido luchar sin sus fieles aliados a su lado. Setri se puso en pie de un salto y trato de huir pero fue interceptado por dos de los caballeros de brillante armadura. Stacy mientras tanto parecía ausente, su rostro denotaba un profundo sentimiento de derrota, al menos, llegado el momento, fue capaz de levantar la vista y sonreír al hechicero con quien había deseado gobernar los cielos eternamente.

Pronto el pozo del averno quedo vacío y silencioso. Setri fue escoltado hasta las costas del Mar de las ánimas donde quedaría encadenado y a la espera de la justicia divina.

Esa noche y en completa soledad, cerró los ojos y se imaginó a Stacy de pie frente a él. La criatura a la que los humanos llamaban bruja, estaba desnuda, su cuerpo perfecto y sensual se movía al ritmo de sus pensamientos. Ella acerco su rostro al suyo y le dio un beso fugaz en los labios.

- Duerme bien, cariño – dijo con una voz tan sensual que le erizo la piel. – Setri se durmió complacido, a la espera de despertar de nuevo en algún otro donde y cuando.
- *Ojala vuelva a verla*

Algunas horas después del cese de los ruidos en el exterior, las personas congregadas en los refugios subterráneos comenzaron a salir, primero fueron enviados algunos voluntarios para cerciorarse definitivamente de que todo había terminado. Un hombre corpulento y de espaldas anchas fue el primero en ofrecerse, Jimmy Wayne se ofreció segundo, Bill Reynolds también se levantó y algunos más lo hicieron después. El panorama, una vez afuera era sombrío, pero al menos la luz del sol resultaba reconfortante.

Los hombres regresaron algunos minutos después.

- ¡Ha terminado! – Anunció a viva voz el reverendo. - ¡Dios nuestro señor ha vencido de nuevo, seremos testigos de una nueva era de paz y esperanza!
- ¡Salid, Hermanos! – secundo Ibrahim Al Khali.

La multitud emergió lentamente, con el sol de frente iluminándoles el camino. Nunca antes su calor y resplandor había parecido tan hermoso. Los primeros en salir fueron Al Khali y el reverendo Jimmy Wayne, ambos llevaban las palmas juntas a la altura del pecho como líderes guiando a su pueblo.

Bill salió escoltando a Martha y Madeleine, con el perro caminando a su lado. Estrecho la mano de su amada y la beso en la frente. Ella sonrió y una lágrima resbaló por su mejilla. Aún con eso, tenía los ojos más hermosos que Bill había visto en su vida.

Aquella noche a la luz de las estrellas, las hogueras ardían por cientos. En los grupos más grandes Jimmy Wayne y Al Khali hablaban a la multitud. Muchos los miraban con una expresión cercana a la adoración, como si fueran alguna clase de profetas, otros en cambio, se limitaban a escucharlos ante la falta de poder hacer algo mejor con su tiempo. Bill miraba los ojos de Al Khali iluminados por las llamas, en ese momento el ex – terrorista hablaba acerca de su vida pasada, de sus viejas creencias islámicas y de cómo había sido convertido a la fe cristiana. Bill se preguntaba si aquello sería cierto, él también había sido criado en la misma fe, pero la idea de que alguien como Al Khali se convirtiera en un líder religioso le revolvió el estómago. Al mirar al otro lado vio al reverendo Jimmy Wayne, ese personaje al que tanto le gustaba aparecer en televisión, ese sobre el que en el pasado habían caído muchas acusaciones sobre lavado de dinero e incluso abuso sexual, según pudo recordar Bill. La idea de que estos dos hombres pelearían en un futuro por imponer su ideología sobre las masas, no le resulto en absoluto imposible, después de todo, antes de que el mundo estuviera de cabeza, las religiones ya peleaban entre sí. Bill sujeto la mano de su amada y pensó que después de todo la religión y Dios mismo (quien quiera que fuese) eran un mal necesario. Él tenía fe en Dios, por supuesto, pero también se había permitido aborrecerlo por haberle quitado a sus padres, a sus amigos e incluso a Sarah. Por haber permitido que durante años permitiera la muerte de miles de inocentes alrededor del mundo, niños muertos de hambre, mujeres violadas y asesinadas, hombres enfermos de poder enviando a la guerra a sus compatriotas, grandes cataclismos que cegaban la vida de miles en segundos. Ahora, mientras Al Khali hablaba sobre la nueva era de paz y esperanza, Bill se preguntaba si de verdad sería así, quizá a Dios solo le gustaba jugar con la humanidad, quizá jugaba con el diablo, apostando con él grandes cantidades de almas.

- Estas muy callado, ¿Estas bien? – pregunto Martha de pronto.

Bill se volvió y vio el rostro de su amada iluminado por las llamas. Parecía tan preocupada y asustada como él. Se obligó a sonreír pues no quería asustarla más, después de todo ya había tenido demasiado dolor y sufrimiento en el pasado.

- Lo estoy, descuida – respondió – Me alegra que estés mejor

Martha sonrió

- Y a mí me alegra tenerte a mi lado.
- Ya somos dos – respondió Bill
- Es una pena que no tengan la responsabilidad de repoblar la Tierra – dijo la voz de Madeleine a sus espaldas. – Ambos se volvieron a mirarla – Estoy seguro de que lo habrían hecho muy bien.
- Estoy segura que sí – respondió Martha y los tres chicos rieron.
- ¿Qué harás ahora? – pregunto Bill a Madeleine que en ese momento tenía a Candy en su

regazo.

- Vivir – respondió encogiéndose de hombros.
- Si, ¿pero a dónde iras? – pregunto Martha
- No lo sé...
- Ven con nosotros – sugirió Martha. Madeleine alzo la vista y miro a sus amigos a los ojos, quizá buscando alguna objeción de parte del chico ante la idea.
- No, nena, ustedes necesitaran su espacio, su hogar...
- Eres como una hermana para nosotros – dijo Bill
- Gracias Bill, pero...
- Pero nada – interrumpió Martha – El destino nos juntó a los tres, además eres nuestra amiga, nuestra familia.

Madeleine esbozo una sonrisa triste, melancolica. Quizá recordando a su familia, a su bebé o a todos al mismo tiempo.

- Bien – asintió al fin.
- ¡Estupendo! – gritaron los chicos al unísono. Algunas personas se volvieron a mirarlos.
- Ahora denme las manos – dijo Madeleine. Bill y Martha así lo hicieron y ella junto las manos de ellos con las suyas propias. – Les deseo que sean muy felices, deseo que su amor sea para siempre y que me permitan estar cerca de sus hijos, cuando los tengan.
- Así será – dijo Martha mirando a Bill
- Así será – replico el chico.
- Bien, ahora puedes besar a la novia – dijo Madeleine soltando sus manos.

Los chicos acercaron lentamente sus rostros y se besaron con cientos de aplausos a su alrededor y con miles de estrellas como testigos de su amor. Después de todo, quizá el amor sea lo único con el poder de salvarnos de cualquier cosa que enfrentemos.

Las catacumbas de Kom el Shogafa están situadas en la calle Bab el Molouk, en el barrio Karmouz de Alejandría (Egipto). Comprende tres niveles, con numerosos pasajes, vestíbulo, antecámara, cámara funeraria y nichos excavados en la roca. Tras la entrada hay una escalera circular, en cuyas paredes hay aberturas para permitir el paso de la luz. Abajo hay un vestíbulo con dos nichos que da paso a una sala circular, en cuyo centro hay una rotonda con pilares. A la izquierda hay una cámara con cuatro pilares. Al fondo de la sala circular hay otra pequeña cámara con dos estatuas. La entrada a la cámara mortuoria está decorada con temas griegos, como Atenea o Medusa, y en su interior hay tres grandes nichos cada uno con un sarcófago de piedra. La cámara está decorada con dioses egipcios, Anubis y Tot, y su techo se apoya sobre cuatro columnas. Es precisamente en la entrada de esta cámara donde la mujer a la que llamaban “La bruja” yace de rodillas sujeta a las paredes por pesadas cadenas. Su rostro está sucio y su cabello aún más. Su ropa desgarrada deja a expuesta una piel blanca como la leche, uno de sus pechos sobresale por encima de su vieja túnica de lino. A sus pies hay un charco de sangre negra, seca y maloliente. La luz del sol apenas penetra en el recinto, algunas arañas del tamaño de la palma de una mano se acercan a las líneas de luz con el fin de intentar calentar sus cuerpos. Una de ellas se acerca tanto a la prisionera que esta levanta la vista, hace una mueca al ver al animal, levanta su talón desnudo y la aplasta con toda la fuerza de la que es capaz. La araña se retuerce unos instantes, pero sus

entrañas se le desbordan y pronto cesa en su esfuerzo.

Stacy sonríe, un hilillo de sangre sigue manando de sus labios, lo saborea con la lengua y traga su propia sangre. Entonces oye el sonido de alguien acercándose a sus espaldas, trata de girar pero el cuello le duele allí donde la empuñadura de una espada la golpeo con fuerza. La sangre sigue escurriéndole por la boca, pero esta vez la escupe y su saliva combinada con su sangre cae cerca de los pies de un hombre. Stacy no levanta la mirada, se limita a mirar los pies grandes y desnudos.

- Siento mucho tu desgracia, Hermana. – dijo la voz. Era una voz varonil y serena.

Las carcajadas de Stacy llenan la estancia. Vuelve a escupir y esta vez levanta la mirada.

- No necesito tu lastima – responde ella.

- He venido en nombre de nuestro padre, para impartir su justicia divina.

- Si eres el hijo de Dios porque adoptas la forma de un hombre tan feo – dijo Stacy sonriendo cínicamente.

- Hermana mía, ¿porque tuviste que adoptar un camino tan distinto al mío? Nuestro padre tenía grandes planes para ti y solo quería a cambio un poco de humildad y sufrimiento. Ahora mismo serías venerada por los hombres y mujeres de todo el mundo.

- ¡Cállate! – grito Stacy - ¡No sabes lo injusto que ha sido! ¡Mientras tú eras criado por una familia de fe, yo fui entregada como prenda de paz a los pueblos paganos! ¡Mientras tu aprendías de los grandes maestros, yo era usada y violada por ellos! Tu vida ha sido alabada y venerada. Los hombres creen que naciste y moriste en la pobreza, cuando tu y yo sabemos que no fue así, la carpintería en aquellos tiempos era de los trabajos mejor remunerados y la idea de que ir a lomos de un burro era igual a pobreza, es tan equivocada como estúpida, pues los hombres realmente pobres andaban descalzos y a pie en aquella época. ¡Nuestro padre me hizo mujer con el único fin de que no estorbara a tus propósitos, con el único fin de hacerme sufrir! - el rostro de Stacy era una máscara furiosa y de sus ojos parecían brotar chispas.

- Estas equivocada, hermana. Nuestro padre es amoroso e infinitamente bondadoso. – El hombre camino alrededor de ella y trato de tocarle en la cabeza, ella se apartó del contacto tan fuerte que las cadenas tintinearón.

- Ja – dijo Stacy sarcásticamente - Dime entonces ¿Qué tan bondadosa será mi condena?

- Lamento decirte que su justicia no será tan bondadosa esta vez, has reincidido más de una vez. Y nuestro padre no está dispuesto a tolerarlo más.

- Dime que hará conmigo, entonces. – Stacy miro desafiante a su hermano y advirtió con horror que sus ojos eran idénticos a los suyos, tan idénticos como dos gotas de agua.

- Mi padre ha reservado para ti el peor de los castigos – dijo el hombre. La expresión de Stacy no cambio, el cabello le picaba los ojos y su cuerpo parecía arder en fiebre pero no iba a mostrarse débil ni asustada.

- ¿Cuál es? – dijo. Se decepciono al escuchar que su voz no sonaba tan desafiante como hubiera querido.

- Volverás a la vida como una mujer humana. – sentenció el hijo de Dios. Los ojos de Stacy se abrieron como platos y de sus entrañas sintió elevarse un grito de verdadero dolor. Esté retumbo tan fuerte que las catacumbas temblaron bajo sus pies y restos de piedra caliza llovieron de los antiguos techos. El hijo de Dios retrocedió unos pasos, solo lo suficiente para mantenerse fuera de su alcance, levantó su cayado y dio un único golpe contra el suelo. Stacy consiguió librarse de las cadenas, pero entonces una luz

cegadora como el resplandor de mil soles apareció frente a sus ojos. La luz crecía y crecía dispuesta a tragársela. Stacy trató de correr pero pronto la estancia estuvo tan llena de luz, como lo había estado de polvo. No había escapatoria. Cuando se sintió acorralada, cayó de rodillas y suplicó piedad a su padre, pero el veredicto estaba dado y la luz la engulló por completo.

EL INFIERNO FUE HECHO EN EL CIELO

1

Despertó sintiendo los brazos entumecidos, trato de levantar las piernas pero éstas estaban débiles y parecían pesar cientos de kilos. Volvió a cerrar los ojos y cuando despertó la luz del sol se colaba por una enorme ventana con las cortinas corridas. Una enfermera se acercó a ella, observo algunos parámetros en el monitor, poso su mano sobre ella, hizo una mueca y salió.

- ¿Dónde estoy? – pensó Jessica cuando consiguió mantener los ojos abiertos por varios minutos.

En el techo había una lámpara de luz blanca que por alguna razón le resultaba inquietante. Poco a poco empezó a reconocer los sonidos y objetos que la rodeaban, giro la cabeza lentamente sintiendo aún un dolor lacerante y vio un monitor de signos vitales, más allá había un pequeño mueble con insumos médicos. Vio jeringas, vendas, soluciones salinas y cajas de medicamentos. Se miró los brazos, del derecho sobresalía una vía plástica que iba directo a una solución que colgaba de un tripié, su brazo izquierdo, en cambio, estaba cubierto por un vendaje sucio y mal

hecho hasta la altura del codo. La puerta se abrió y entro la enfermera, llevaba un vaso de agua, le dedico una sonrisa a Jessica y dijo algo que ella no entendi6, era como si la mujer hablara en otro idioma. Le acerco el agua y puso una capsula en su boca, Jessica la trago, el agua le refresco la garganta y trato de hablar, pero no salieron de su boca m6s que murmullos ininteligibles.

- Tranquila, se1orita – dijo la enfermera – No te esfuerces, tuviste un accidente y pasaste mucho tiempo en coma.

Jessica se limit6 a mirarla sin comprender lo que decía, pero le asusto la expresi6n lastimosa de la enfermera.

- Wa...Wasser, bi...tte – dijo Jessica en un susurro.

La enfermera la miro estupefacta. Disculpa ¿Qu6 has dicho? – pregunto

- Wasser – dijo Jessica se1alando el vaso de agua.
- ¿Agua? – pregunto la enfermera levantando el pulgar y el me1ique simulando una botella.

Jessica asinti6 con la cabeza. La enfermera lleno el vaso con agua y lo acerco a los labios de Jessica, bebi6 con calma, degustando la sensaci6n del agua bajando por su garganta.

Trato de hablar de nuevo, pero sentía pesada la lengua, adormecida y lenta. Se recost6 con l6grimas en los ojos sintiéndose frustrada e impotente. La enfermera le susurro algo para tranquilizarla y sali6 del cuarto.

Aquella noche los sue1os de Jessica fueron intranquilos, no recordaba el accidente pero si cosas que parecían no corresponder a su vida, sue1os ajenos, sue1os de muerte y dolor. Cosas extra1as estaban ocurriéndole, para empezar no entendía como había comenzado a hablar y pensar en un idioma que no era el suyo, se esforzaba por recordar su pasado, a su familia y amigos, pero era como si en su mente hubiera una enorme barrera inquebrantable que le impidiera acceder a esa informaci6n. A la ma1ana siguiente fue capaz de hablar con soltura pero nadie parecía entenderle, no fue sino hasta el tercer día de haber despertado que un m6dico entro y hablo en la lengua que ella entendía perfectamente. Fue así como supo el tiempo que había estado en coma y sobre el duro camino que debía recorrer hacia la rehabilitaci6n total. Algunos días despu6s su familia acudi6 a visitarla, su madre la abrazo y lloro emocionada al ver a su hija viva y despierta. Un hombre calvo y de baja estatura que se present6 como su padre le di6 un beso y un abrazo tambi6n. Otra chica, pelirroja y a juzgar por su aspecto apenas una adolescente que se present6 como su hermana se ofreci6 a peinarla y maquillarla. Jessica miraba a su familia como si no fueran para ella m6s que simples desconocidos, desconocidos que para colmo no podían entenderla. El m6dico, de apellido Fischer, explico a Jessica y sus familiares que había sufrido una lesi6n importante en ambos l6bulos cerebrales y que probablemente ello era la causa de que hubiera olvidado por completo su lengua materna: el espa1ol (aunque aquello no explicaba porque Jessica hablaba Alemán perfectamente). *Quizá ahora no reconozcas a tu familia, pero con el tiempo y mucha terapia los efectos de la lesi6n se irán atenuando. Tal vez un día despiertes y recuerdes todo de tu vida pasada, no lo sabemos a ciencia cierta, el cerebro humano sigue siendo un gran misterio aun en nuestros tiempos.* – El Dr. Fischer se levant6, toco a Jessica en la mejilla y sali6, dejándola con un sinfín de preguntas en su mente.

Algunas semanas despu6s Jessica Sullivan sali6 por su propio pie del hospital. Una vez en casa, su habitaci6n le result6 tan ajena como lo había sido el cuarto del hospital. Los primeros días fueron difciles, pero sus padres y hermana se esforzaban día a día en recordarle quien era.

Con el pasar de las semanas fue capaz de recordar gran parte de su lengua materna, con el tiempo fue retomando sus viejos gustos musicales, sus viejos pasatiempos y los rostros de sus amigos regresaron a su mente poco a poco. Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. El Dr. Fischer valoraba constantemente el progreso de Jessica y una tarde informo a sus padres que la daría de alta. En el centro hospitalario no había nada más que pudieran hacer por ella, el resto dependía de la capacidad de su cerebro para recuperarse. No tengo dudas de que con el tiempo Jessica volverá a ser la misma de antes – sentenció Fischer aquel día.

Con el tiempo, Jessica fue capaz de regresar a trabajar, de estudiar y de salir con sus amigos como solía hacerlo. Sin duda el pronóstico del Dr. Fischer resultó ser acertado, los padres de la joven estaban sorprendidos con su relativamente rápida recuperación. La propia Jessica olvidó con el tiempo todo lo relacionado con el accidente, como si aquello nunca hubiera ocurrido.

Pasaron los meses y los progresos seguían sorprendiendo a todos a su alrededor, hasta que una noche de tormenta, Jessica llegó como todos los días de trabajar, tenía el rostro y la ropa empapadas así que subió a su habitación sin decir nada a sus padres. Fue muy extraño – declararía más tarde la señora Sullivan a la policía – Nos resultó extraño pero pensamos que quizá Jessica había tenido un mal día y que lo único que deseaba era meterse bajo las sábanas y dormir hasta que saliera el sol.

Aquella noche los sueños fueron algo más que solo intranquilos, aquella noche verdaderas pesadillas despertaron a Jessica en más de una ocasión durante la madrugada. Lo que resultaba más escalofriante era la sorprendente claridad de los sueños. En ellos, Jessica no era Jessica, en ellos no era siquiera una mujer, sino una criatura con poderes sobrenaturales. En sus sueños, veía rostros desconocidos, veía seres con enormes alas y de armaduras brillantes. Con el pasar de los días los sueños se intensificaron a tal punto que Jessica estaba convencida de estar volviéndose loca, sus padres sugirieron llevarla al psicólogo, pero esto de poco sirvió, los sueños continuaban y en algunos de ellos Jessica sentía verdadero terror del ser en el que se convertía mientras dormía. Los Sullivan probaron visitar a un segundo y a un tercer especialista pero los resultados siempre eran los mismos: infructuosos. La situación pronto se volvió incontenible, a tal grado que Jessica abandono el trabajo, se recluyo completamente en su habitación; siempre con miedo de cerrar los ojos y quedarse dormida. Durante algún tiempo probó tomar dosis excesivas de café para mantenerse despierta el mayor tiempo posible, llegando incluso a tres días de vigilia, pero pese a sus esfuerzos su cuerpo sucumbió al sueño. Aquella noche fue la última vez que estuvo en su casa, y más terrible aún, aquella noche fue la última vez que sus familiares y vecinos la veían. Cuando amaneció, la señora Sullivan subió hasta su recámara con un delicioso desayuno, cuando abrió la puerta el cuarto estaba vacío, busco a Jessica por toda la casa sin éxito alguno. Para cuando la policía se apersono en la casa de los Sullivan, Jessica se hallaba ya muy lejos de allí, caminando sin rumbo, harapienta y casi catatónica. Algunos días después un camionero dijo haberla visto a tan solo algunos kilómetros de la casa Sullivan y reportó a la policía que “había visto a una mujer en mal estado, sucia y que hablaba consigo misma en voz alta” La policía fue hasta el lugar pero no encontraron señal alguna de que Jessica Sullivan hubiera estado allí, uno de los oficiales sugirió que quizá el camionero hubiera imaginado todo, después de todo es bien sabido que estos tipos usan drogas para mantenerse despiertos – dijo a su compañero.

- ¿Qué es este lugar? – pregunto Jessica. La intensa luz le lastimaba los ojos y el calor era insoportable. Trato de ponerse en pie pero sus extremidades le dolían tanto que apenas pudo levantar el cuello algunos centímetros.
- ¿Tuviste las visiones? – pregunto una voz, por el tono, Jessica supo que era la voz de un anciano o una anciana.
- ¿Qué...Qué visiones? – pregunto la chica con voz trémula.
- Las visiones de lo que está por venir – dijo la voz del anciano.
- No sé de qué habla – sentenció Jessica. Abrió los ojos pero la intensa luz le impedía ver otra cosa que no fuera el intenso resplandor.
- Tus sueños, niña – dijo el anciano tajante. – Esas pesadillas, las mismas que te trajeron a nosotros.

Al oír aquello Jessica sintió como su corazón se aceleraba, el sudor comenzó a correrle entonces por la frente y en las palmas de las manos.

- Así es niña – el anciano soltó una risita – Cuando estuviste dormida viste todo lo que está por venir. Viste a las criaturas de la noche, viste venir a las plagas, viste a los ángeles venir de los cielos y a los demonios surgir de los infiernos, viste incluso a los supervivientes. ¿Lo recuerdas? – la luz se apagó de pronto y la oscuridad fue total, era una oscuridad tan profunda que Jessica casi podía tocar y oler.
- Lo recuerdo – respondió Jessica sintiendo un escalofrío glacial subir por su espalda adolorida.

El anciano volvió a reír.

- Claro que lo recuerdas - dijo – Esas cosas que viste pasaran dentro de poco tiempo, todo lo que has visto existe ya, solo falta una pieza, una pieza importante y esa pieza eres tú.
- ¿Co...como dice? – pregunto Jessica alarmada.
- Tu niña, tu darás a luz a la hija de Dios, a la mujer que simboliza los pecados de la carne, a la mujer que se convertirá en reina y a la que desatara el caos que has visto en tus sueños. Dios ya sabe en que terminara todo, él lo sabe todo, trate de convencerle de que no lo hiciera, pero sabes una cosa niña, a Dios le gusta el sufrimiento, le gusta el olor de la sangre, le gusta que los humanos sientan miedo, después de todo sino fuera por eso nadie se acordaría de él. Su hija es su adoración, la reina y señora de otros tantos mundos, pero ello no impedirá que la envíe a sufrir y a padecer en la Tierra.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Una vez más agradezco a mis amados Padres por su comprensión y apoyo en cada uno de los aspectos de mi vida. A mi amada novia (y espero futura esposa) Mónica Jáuregui por su amor incondicional y porque me hace soñar y querer ser mejor persona cada día. A mis queridos amigos Mónica Ramírez, Delia Paloma, Betzabeth Landeros y Andrea Arzate por mostrar siempre interés en mi trabajo y por ser de mis primeras lectoras, siempre motivándome a crecer como escritor y persona; y por último, pero no menos importante, quiero agradecer a Marina de *Contagiando Lecturas* por su impecable y sincera reseña de “Furia y Poder” misma que pueden leer en su cuenta de Instagram.

NOTAS FINALES

- El personaje de Matteo Ferrer es el mismo que aparece mencionado en “Furia y Poder”, aquel que proporcionaba niños y niñas como esclavos sexuales a Salvatore Di Tella
- La escena donde Stacy y el Príncipe Setri descienden al infierno está basado en las visiones descritas por Dante Alighieri en su obra *La Divina Comedia*
- El Personaje de Jimmy Wayne fue creado a partir de Jimmy Wayne Sutter, personaje que aparece en la obra *Los Vampiros de la Mente* de Dan Simmons
- Los esqueletos gigantes son parte de la mitología japonesa, en donde reciben el nombre de *Gashadokuro*.
- Los gusanos/lampreas son similares a los que aparecen en otra obra de Dan Simmons titulada *Un Verano Tenebroso*.
- La torre en el reino de las criaturas de la noche, la que aparece rodeada por un campo de rosas negras y marchitas está inspirada en la exitosa saga de Stephen King *La Torre Oscura*.